Osvaldo Reyes

EN LOS UMBRALES DEL HADES

LA ORILLA NEGRA

13

Niños que desaparecen sin explicación. Sin dejar rastro. La psicóloga forense Jamilen Lasso, que atraviesa uno de los peores momentos de su vida, es la encargada de dar apoyo a los familiares, pero al ahondar en la vida de las víctimas descubre que las cosas no son lo que parecen. Hechos independientes se transforman en un escenario criminal que apunta hacia una persecución fuera de lo común. Cuando el cuerpo de uno de los niños aparece a las orillas de un río, con señales de haber sido golpeado salvajemente, se desata una investigación a gran escala. Lo que nadie sabe es que un enigmático personaje tiene su propia agenda y que cada niño forma parte de un elaborado plan que llevará a Jamilen a descubrir que la verdad y la mentira son dos lados de la misma moneda y que el mal se puede esconder en el corazón de la persona más inesperada. ¿Te atreves a cruzar los umbrales del Hades?

Osvaldo Reyes

En los umbrales del Hades

Título original: *En los umbrales del Hades*
Osvaldo Reyes, 2017

-

Revisión: 1.0
03/06/2022

PRIMERA PARTE

EL PALACIO DE CRISTAL

¡Al fin lucho contigo! ¡Desde el corazón del infierno te hiero!
¡Por odio te escupo mi último aliento!

Capitán Ahab, *Moby Dick*

Todo acto de creación es, primero que nada, un acto de destrucción.

PABLO PICASSO

Capítulo 1

El extraño observó al niño desde los arbustos.

Pequeñas hojas sin brillo tapizaban las torcidas ramas. Algunas flores, de un rosado oscuro, salpicaban el verde manto como remotas estrellas en un cielo sin nubes.

El extraño no era un experto en botánica, pero esta planta en particular le era conocida. *Pogonopus exsertus*. Coloquialmente conocida como sanguinaria.

—Apropiado —murmuró—, considerando las circunstancias.

Sus ojos nunca se apartaron del niño. Vestía pantalones cortos color caqui y un suéter marrón oscuro con una guitarra eléctrica rayándole la espalda en blanco y naranja brillante. No podía leer las palabras que parecían rasgar la tela, pero estaba casi seguro de que decían «Estrella de Rock».

Sus zapatillas eran blancas, con franjas de algún color oscuro y, a los lados, en la suela, tenían pequeños foquitos que brillaban con destellos azulosos en cada paso. Sus saltos eran vigorosos, pero prudentes, como si temiera caerse. Un mechón de cabello oscuro se balanceaba por encima de la frente, casi tapándole el ojo izquierdo.

Eso explicaría la cautela al caminar, pensó el extraño.

Abrió el maletín que tenía a su lado y sacó del interior una bebida energizante. El chasquido que hizo la lata al abrirse lo sobresaltó por un segundo, pero recordó que a esa distancia el niño no podía oírlo. Su paso no disminuyó ni un ápice y la pelota que empujaba con la punta del pie siguió rodando con toda naturalidad.

Ningún adulto estaba cerca. Nueve años y nadie lo vigilaba.

—¿Por qué te extrañas? —se dijo para sí, sorbiendo el contenido de la lata—. Por eso lo escogiste.

Se tragó hasta las últimas gotas y volvió a colocar la lata dentro de la mochila. Estaba comenzando a referirse a sí mismo en tercera persona.

Esa actitud no podía ser saludable.

El niño pateó la bola con fuerza hacia una portería imaginaria. Se quedó inmóvil por un instante, para luego saltar con renovada energía ante la impresionante proeza del gol que fabricó en su mente. Debía de estar imaginando un estadio lleno de público gritando con todas las fuerzas de sus pulmones el nombre de su héroe.

«¡Tomás! ¡Tomás!», se escucharía en su cabeza, a medida que corría a recoger la bola que seguía rodando.

En dirección al extraño.

Era justo lo que esperaba. Metió la mano en la mochila y sacó un objeto pintado en manchas verdes y chocolates que se confundía con el follaje que crecía a su alrededor.

Cargó el arma y apuntó hacia el niño que, a solo unos pasos, se agachó a recoger el balón.

A esa distancia jamás había fallado.

Capítulo 2

Acarició la suave y pulida superficie de caoba oscura del viejo escritorio. Giró la mano y observó sus dedos. Una delgada película gris cubría los surcos de sus huellas digitales.

Curiosidades de la vida. En pocos meses se podía acumular mucho polvo en una oficina sin ventanas y con las puertas cerradas. En el mismo periodo, el mundo podía cambiar hasta tornarse irreconocible. Ella era una dolorosa prueba viviente del hecho.

Empujó la silla con los pies y las pequeñas ruedas se deslizaron con un chirrido apenas audible. Recostó la espalda contra la almohadillada tela azul del alto respaldar y dejó caer la cabeza hacia atrás, clavando sus ojos en las blancas planchas del cielo raso, con su delicado y tortuoso veteado y sus marcos de madera clara.

Cerró los ojos. Las imágenes desaparecieron, pero su olfato siguió percibiendo las esencias que la rodeaban. El aroma de las esquirlas y flores secas de vainilla que emanaban del plato hondo a un lado de su impresora. Las esencias químicas a las cuales estaba acostumbrada. Las fragancias casi imperceptibles a polvo, humedad y desinfectante. Los olores de la oficina permanecían tan reales para ella como lo fueron meses antes, y no podía olvidarlos, aunque lo intentara.

Una lágrima se asomó con timidez por la esquina de su ojo izquierdo. Con la mano que no estaba cubierta de polvo se la secó antes de que iniciara su descenso. No podía permitirse llorar en ese momento. De hacerlo, no podría detenerse, y no sabía quién podía

estar mirando.

Lo ocurrido ya debía de estar en boca de todos dentro del ministerio y la falta de tacto era una característica que formaba parte del currículo oculto en muchas oficinas públicas. Si la veía alguna de las personas a quienes ella no les caía bien, cualquier señal de falsa simpatía la quemaría como un ácido y no se lo podría perdonar después.

Respiró hondo y empezó a clasificar los papeles que llenaban el espacio que era su área de trabajo. Después tendría que prender la computadora y revisar un volumen equivalente en correos electrónicos. El mundo siguió girando durante su ausencia y su escritorio se volvió el punto de convergencia de documentos físicos y digitales de toda índole. Cada uno esperando paciente su retorno.

Los papeles van y vienen. El trabajo se acumula.

Sabía, desde el primer día que abrió los ojos en su cama sin tener que preocuparse por la ropa que usaría para ir a la oficina, que al regresar tendría que resolver varias toneladas de problemas en pocos días. Sin embargo, esa mañana contaba con una visión muy distinta del mundo y ni en la más terrible de sus pesadillas se imaginó por una milésima de segundo lo que el destino le tenía preparado.

Movió con cuidado la pequeña placa que, en letras negras, anunciaba a los visitantes su nombre y cargo — *Jamilen Lasso / Psicóloga*— para que no la importunaran en sus labores. El primer sobre en la montaña de papeles era de color crema con el logo de una entidad desconocida para ella. Lo más probable, alguna petición de ayuda o apoyo a alguna noble causa. Si el país no había sido succionado por alguna dimensión paralela, el director de esa entidad usaría el dinero para conseguir más fondos, viajando en primera clase y haciendo escalas innecesarias en otros países con menos problemas y más lujos.

Estaba más cínica que de costumbre, pensó, colocando el sobre en una esquina del mueble. Considerando las últimas semanas, no le extrañaba.

Una sombra se interpuso ante la luz que entraba por la puerta y le hizo levantar la mirada. Una silueta femenina, su rostro bañado en

sombras, la obligó a entrecerrar los ojos para enfocar un poco mejor. Solo necesitó un instante para reconocer a la persona en el umbral.

Carol Jenkins, su jefa y amiga más cercana.

Tenía una expresión seria, pero en la comisura de su labio se dibujaba el esbozo de una sonrisa triste.

Eso fue todo lo que Jamilen necesitó ver para que las defensas que había montado a su alrededor esa mañana al dirigirse al trabajo se derrumbaran como un castillo de naipes. Las lágrimas se escaparon de sus ojos en verdaderos torrentes y unos jadeos ahogados lucharon por salir con fuerza de su cuerpo, casi como si en ellos estuviera expulsando todos los espíritus malignos que parecían haberse alojado en su cuerpo, llenando sus días de tristeza y dolor.

Carol entró a la oficina y cerró la puerta detrás de ella. Aun cuando en muchas ocasiones anteriores Jamilen se quejó de la ausencia de ventanas, en este particular momento agradeció la falta de recursos que la mantenía aislada del resto del mundo. Carol se arrodilló a su lado y Jamilen, sin mediar palabra, la abrazó con fuerza.

Sintió su cuerpo sacudirse con cada esfuerzo. Semanas de angustia se fueron acumulando bajo una falsa imagen de fortaleza, para desmoronarse ante la visión de su amiga, con quien había compartido todos los buenos momentos mientras esperaba la llegada de Nicolás.

Nicolás. Su angelito.

Después de lo que le pareció una eternidad logró recuperar el control de su cuerpo. Llenó sus pulmones por completo y luego soltó el aire con mucha lentitud. Dos veces más se tuvo que detener, pero fue más fácil reponerse.

—¡Rayos! —dijo Jamilen abriendo su cartera para sacar un pequeño estuche con un espejo redondo—. Hoy es la tercera vez que tengo que retocarme. A este paso, me voy a quedar sin base.

Miró su rostro en la brillante superficie. Dos líneas oscuras lo surcaban, como sucios ríos de lodo después de una lluvia torrencial.

—Parezco un mapache psicótico.

Con una toallita húmeda se limpió el rostro. Cuando estaba

segura de haber eliminado hasta la última marca de maquillaje, alzó la vista y clavó sus ojos en los de su amiga.

Carol aún conservaba la misma expresión, pero la sonrisa era más evidente.

—Te das mucho crédito —dijo estudiándola con seriedad—. Ningún mapache te envidiaría.

Jamilen la golpeó con suavidad en el hombro.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Carol mientras se levantaba del piso y se alisaba con ambas manos la falda estampada a cuadros.

Jamilen suspiró con fuerza y asintió con la cabeza.

—¿Estás segura de que quieres regresar? Usaste algunas semanas acumuladas, pero creo que todavía te quedan quince días de vacaciones. Podemos utilizarlas si quieres.

—No, gracias —dijo Jamilen—. Lo último que necesito en este momento es quedarme en casa viendo las paredes y recordando.

No lo especificó, pero era claro de qué hablaba.

De Nicolás. De lo que debió de ser.

—Necesito olvidar —repitió con más fuerza.

Carol la estudió con detenimiento. Desde su posición erguida y por lo intenso de la mirada, Jamilen se sintió como un insecto bajo la inquisitiva lupa de un entomólogo.

—¿No estás pensando trabajar hasta que tengamos que recogerte del piso? —le preguntó sin cambiar la expresión facial.

—Solo lo necesario. Tengo muchas cosas que hacer en casa. Tranquila por esa parte.

Carol asintió, aunque se veía que no estaba muy convencida. De repente, su rostro cambió en forma casi imperceptible. Como si una idea acabara de germinar en su mente y tomara raíces con rapidez. Cruzó los brazos sobre su voluptuoso pecho, atributo anatómico que le había causado más de un problema en la oficina.

—¿Qué tienes que hacer en casa? ¿Algún proyecto en especial?

Jamilen tomó otro sobre y, usando el cortaplumas que la misma Carol le regaló el día que comenzó a trabajar en el ministerio, procedió a abrirlo.

—Hace cuatro días comencé a trabajar en el jardín. Sabes que siempre me gustó ocupar las manos. Después de lo que pasó… bueno, siento un cierto placer en cavar la tierra y hacer crecer algo. Aunque sea una pequeña flor, ¿sabes?

No la miró mientras hacía esta confesión y continuó su trabajo. Podía sentir cómo la contemplaba desde las alturas. Eran amigas el tiempo suficiente como para percibir el mensaje insinuado en esas palabras. No requería mayor esclarecimiento y, para ser sincera, no tenía las energías para una declaración más explícita.

El cortaplumas, un pequeño cuchillo de plata con un mango que imitaba la cabeza de un dragón, se deslizó abriendo su tercer sobre. La historia detrás de ese cortaplumas aún podía sacarle una sonrisa, pero justo cuando lo conseguía, escuchó a Carol hacer la pregunta que esperaba que no le hiciera.

—¿Cómo está Lucas?

A la mera mención del nombre, el sobre que tenía agarrado se le escapó de entre los dedos. Lo atrapó en plena caída libre y terminó de abrirlo, pero de una forma más enérgica. Casi con rabia.

La solapa del sobre se desgarró por la mitad. Jamilen sacó el papel del interior y al ver que era un simple volante que, con lujo de detalles, le contaba las ventajas de una crema para arrugas, tomó todo el paquete y lo enterró en el fondo de la papelera a sus pies.

—Ya conoces a Lucas —dijo Jamilen, levantando la mirada—. Sólido como el granito. Siempre. Si en algo puedo confiar en este mundo es que Lucas seguirá funcionando, independientemente de lo que pase en el universo.

—Suenas molesta —dijo Carol.

—¿Quieres la verdad? Sí, estoy molesta. No, corrijo lo dicho. Estar molesta no incluye la opción de querer estrangular a Lucas. Estoy furiosa.

—¿En serio? —preguntó Carol colocando la mano en la cadera, su cara una máscara de dramatismo exagerado—. No se te nota.

Jamilen no pudo detener la sonrisa que se escapó de sus labios, aunque casi lo consideró una reacción involuntaria.

—Muy bien, creo que es obvio mi estado de ánimo en este

momento, pero no cambia el hecho de que estoy muy molesta con Lucas. Era su hijo. Nicolás.

Sus ojos se humedecieron ante la mera mención del nombre. Contrajo los músculos del carrillo y casi pudo oír sus dientes chocar unos contra otros. No pensaba dejar que una nueva cascada de lágrimas le arruinara el maquillaje.

Además, no era mentira lo que le dijo a Carol. Se estaba quedando sin base.

—Jamilen. Sabes que cada persona hace su duelo de forma diferente. Lucas siempre me pareció poco expresivo. No debería sorprenderte.

—No me sorprende. Me exaspera. Cuando recién lo conocí, no lo consideré importante. Para serte sincera, fue lo que me atrajo de él. Era fascinante. Una mezcla de agente secreto con maestro zen, en el cuerpo de un dios nórdico. Me deslumbró.

—Me acabo de imaginar a Lucas vestido como Thor. Estás arruinando mis fantasías sexuales. Por suerte tengo mucha imaginación.

A pesar de todo lo ocurrido, Jamilen pudo sentir disiparse la tristeza que la embargaba momentos antes. No desapareció del todo, pero se diluyó lo suficiente como para permitirle sobreponerse a su pena.

—Dale tiempo —dijo Carol—. Nunca se sabe cómo van a reaccionar las personas ante un problema. Mucho más si el problema es de la magnitud de lo que ustedes dos tuvieron que vivir. Quizás se está haciendo el fuerte por tu bien.

—No necesito a alguien fuerte. Necesito alguien que me entienda.

—Lo hace, pero a su manera. Si hay algo que he aprendido es que nada se resuelve guardando silencio. Deberías hablar con él y decirle lo que piensas.

—A Lucas no le va muy bien hablar de sus sentimientos.

Carol se le acercó y puso su rostro a unos pocos centímetros del suyo.

—Entonces, oblígalo. Algunos hombres necesitan que les

recuerden periódicamente quién manda.

Jamilen sonrió, pero esta vez con un poco más de sinceridad.

—Tienes razón. Bueno, ya veré qué hago.

Carol le guiñó el ojo derecho y se dio la vuelta, camino a la puerta. Cuando apenas colocó los dedos sobre el pomo, escuchó la voz de Jamilen.

—Todos en la oficina lo saben, ¿verdad?

Se dio la vuelta y la miró fijamente a los ojos.

—Por supuesto —fue su respuesta—. Me pareció prudente que todos estuvieran enterados, antes de que alguien se te acercara a preguntarte algo indebido.

—Algo como «Te ves mejor. ¿Cómo está el bebé? ¿Te deja dormir?».

Carol encogió los hombros, en silencio.

Jamilen no estaba segura de muchas cosas. Las dudas llenaban su cabeza como una neblina y dificultaban la toma de la más sencilla de las decisiones. Lo que unos meses atrás era una mente clara y aguda como el borde de un cuchillo Ginsu, carecía ahora de todo su filo. Sin embargo, persistía un pequeño punto, claro como el cristal.

Lo último que quería en ese momento era que alguien se le acercara a preguntarle por Nicolás.

«Oh, lo siento —se imaginó respondiéndole al infortunado curioso—, no lo sabías. Está muerto. Puedes visitarlo en el lote que le compramos en el Jardín de Paz. Como comprenderás, no puede jugar, pero le encantan las flores».

¿Qué se supone que debía hacer en un caso así? ¿Mentir en beneficio de una partida de entrometidos?

«Oh, está muy bien. Debe tener algo de frío donde está. No me molesta para nada. Se queda bien quietecito toda la noche».

No. Carol sabía muy bien lo que hacía y con quién estaba lidiando.

—Gracias —dijo Jamilen en voz alta—. Gracias por todo.

Carol giró la esfera de metal y abrió la puerta, hablando por encima de su hombro.

—De nada, amiga. Me aseguraré de que no te haga falta trabajo

mientras estés aquí, pero a la hora de la salida te quiero montada en tu auto antes de que yo salga de mi oficina. ¿Nos entendemos?

—Seguro, jefa —dijo con seriedad, pero era claro el cariño en su voz.

Carol se alejó, sin mirar atrás, y se perdió en las luces del corredor. Cuando Jamilen se vio sola, continuó lo que estaba haciendo minutos antes. Sus manos tomaron el cortaplumas y su hoja se deslizó sin cesar, abriendo un sobre detrás de otro. Su concentración fue tan absoluta que perdió por completo la noción del tiempo.

Un golpeteo en el marco de la puerta la hizo perder el sencillo y tranquilizante *ritmo* del mecánico ritual. La persona parada en el umbral le era desconocida. Una joven en sus treinta años, con un cabello rojizo que casi parecía estar en llamas al reflejar la luz del pasillo. Su aspecto era saludable, fruto del cuidado, pero esa cabellera no conocía los dientes de un cepillo en, por lo menos, una semana. Su rostro era agradable, blanco, manchado por pequeñas pecas en las mejillas y cuello. Ausencia absoluta de maquillaje y marcas en la piel, pequeñas arrugas que estaban allí no hacía mucho.

—¿La puedo ayudar? —preguntó Jamilen, al ver que la joven no expresaba palabra alguna.

—¿Es… es usted la licenciada Lasso?

—Sí, soy yo —dijo con algo de incertidumbre en la voz.

Le sorprendía que alguien ya la estuviera buscando. Carol prometió conseguirle trabajo, pero tanta rapidez rayaba en el abuso.

La joven dio unos pasos dentro de la oficina.

—Me envió el señor ministro a hablar con usted. Dijo que era la persona indicada para ayudarme.

«Oh, nooo», pensó Jamilen, el tono grave de su propia queja resonando en su mente. Una recomendada del ministro. Justo lo que necesitaba.

—A ver, pase —dijo en voz alta, tratando de aparentar interés —. ¿En qué piensa el señor ministro que puedo ayudarla?

Ella dio un par de pasos más, quedando a un metro del escritorio. Sus manos se deslizaban una sobre la otra, de forma

constante, casi como si estuviera amasando una imaginaria bola de harina.

—Necesito que me ayude a encontrar a mi hija. —Hablaba sin parar de mover las manos—. Necesito que me ayude a encontrar a Bianca.

Capítulo 3

Una nube de polvo cubrió el carro al detenerse. La fina tierra se levantó como columnas sin forma al ser empujada por las llantas en movimiento. A pesar de frenar con suavidad e ir a una mínima velocidad, las llantas quedaron marcadas en el piso y su visión se vio opacada mientras la tierra volvía a depositarse en su lugar. Movió la palanca del parabrisas y la película de polvo se desplazó, permitiéndole ver la puerta del hangar.

De las ruinas de uno, en realidad.

Se bajó del auto sin respirar. El aire debía de estar aún cargado de polvo y, a pesar de que las alergias nunca fueron un problema de salud en su infancia, no pensaba exponer sus pulmones de forma innecesaria a un material de dudosa procedencia.

Caminó hacia la parte trasera del auto y abrió la puerta del maletero. Esta se desplazó hacia arriba, dejando caer un poco más de tierra sobre sus pies.

El niño permanecía inmóvil tirado en el piso. Lo había amarrado de pies y manos para evitar que intentara huir, pero la experiencia le garantizaba que no tenía de qué preocuparse. La vida media de la droga que usó era de unos 60 minutos. Tiempo de sobra.

Abrió el estuche negro colocado a un lado del cuerpo y revisó que todo estaba en su lugar. La pistola de dardos tranquilizantes, pintada con los colores de la selva, reposaba en un nicho de espuma de poliuretano. Al lado, cinco dardos de 10 c.c. llenos de

Rocuronium, un paralizante neuromuscular, esperarían ser usados en otra ocasión.

Cerró el estuche, satisfecho de no haber olvidado algo en la escena. La única pista sería la tarjeta que clavó en el tronco de la sanguinaria.

Su carta de presentación, por así decirlo.

Empujando el estuche a un lado, tomó al niño por los pies y lo haló hacia él. Sin mucho esfuerzo lo levantó en peso y lo cargó en brazos. Ya no tenía la protección de la nube de polvo, pero ni un alma rondaba por los alrededores. Nadie que pudiera descubrir lo que iba a ocurrir en el viejo hangar.

Con un caminar lento y pausado llevó al niño hacia el edificio.

Antes de atravesar el umbral pudo sentir los primeros movimientos. Se detuvo y bajó la mirada. El rostro de Tomás se mantenía relajado, pero sus ojos estaban abiertos. El Rocuronium paralizó sus músculos, pero no su estado de conciencia.

El efecto de la droga se estaba pasando. No importaba. Para cuando pudiera mover el primer músculo ya todo estaría preparado.

El extraño le sonrió al niño y con la mano apartó un mechón de cabellos que caían sobre sus ojos.

Su mirada era casi de ternura, pero el niño, que podía escuchar con claridad, sintió cómo le daba un vuelco el corazón con las palabras que el extraño pronunció antes de entrar en las sombras del hangar.

—Bienvenido al infierno.

El Ministerio para la Protección de Poblaciones Vulnerables, conocido por todo el mundo por sus siglas, MIPPOV, se localizaba en un majestuoso edificio color crema a orillas del canal de Panamá, cerca de las esclusas de Miraflores.

Las oficinas del lado derecho del edificio de 10 pisos eran las más privilegiadas. Sus paredes de vidrio permitían una visión que pocos ojos podían observar. Las tranquilas aguas de la vía marítima que atravesaba el istmo y de los barcos que por ella transitaban.

Kilómetros y kilómetros de verdes árboles rodeando un plácido lago. Una de las razones por las que el MIPPOV era conocido como el Ministerio con vista al Paraíso.

El señor absoluto de ese lugar parecía diseñado a la medida para que hiciera juego con el edificio. Una imponente figura de un metro ochenta. Vestía un saco negro y llevaba un corte de cabello apropiado para un soldado del ejército. Su espalda era tan ancha que ocultaba parcialmente la vista de la ventana donde estaba parado y sus brazos se extendían a ambos lados del cuerpo hasta llegar a la altura de las rodillas. En ese momento tenía ambas manos dentro de los bolsillos del pantalón, mientras miraba el paisaje.

No podían ver su rostro, pero Jamilen estaba segura de que escuchaba con sumo detenimiento cada palabra que iba diciendo Carol, quien trataba de explicarle por qué razón ella no era la persona más indicada para encargarse del caso que le había referido.

Cuando, después de unos quince minutos ininterrumpidos de argumentos, Carol terminó de exponer su punto de vista, el señor ministro siguió mirando por la ventana al exterior, sin decir palabra.

Ambas mujeres guardaron silencio. Llevaban trabajando en el ministerio lo suficiente como para saber que no se debía interrumpir al Amo del Universo mientras pensaba y, mucho menos, mientras tomaba una decisión. Cometer el error de soltar, así fuera una sílaba, era garantía casi absoluta de que el señor ministro haría lo contrario.

Uno de los primeros consejos que le dio Carol cuando empezó a trabajar en el ministerio fue que, en el juego de la política, una de las mejores estrategias era mantener la boca cerrada.

Después de casi un minuto completo de absoluto silencio, la figura se dio la vuelta y se acercó a su escritorio. En su austera superficie solo destacaban dos cartapacios de color crema claro (el color favorito del ministerio, en opinión de Carol), un portaplumas hecho de madera a imitación de las ruinas de Panamá la Vieja y una taza de café con el rostro de Albert Einstein en diferentes edades, un regalo de su esposa que él cuidaba más que a su Land Cruiser Prado color negro (el modelo no venía en crema, decía Jamilen) que lo llevaba del ministerio a sus misiones oficiales.

Un poderoso aroma a café recién hecho llenaba toda la oficina.

—Primero que nada, Jamilen —dijo el ministro, que permaneció de pie; con su altura, ambas se sentían a la sombra de una gigantesca montaña—, mi más sentido pésame. Estaba de viaje cuando me llegó la noticia de lo ocurrido y no pude acompañarla en su momento de dolor.

Jamilen asintió con la cabeza, pero lo que le sorprendió fue lo rápido que volaban las malas noticias. Si se hubiera ganado la lotería, posiblemente su jefe se habría enterado un año después. La noticia de la muerte de su hijo debió de llegar a oídos del ministro pocos minutos después de que ella misma se enterara.

—En segundo lugar —siguió hablando, por fortuna sin percatarse de lo que estaba pensando—, pienso que es una buena idea la decisión que tomó de regresar a trabajar. Es por eso por lo que estoy convencido de que es la persona perfecta para este trabajo.

—Señor ministro —dijo Carol, antes de que Jamilen tuviera tiempo de abrir la boca—, creo que no me supe explicar. Es la única razón para que falle en ver algo tan obvio.

Jamilen sintió materializarse el grado de tensión en la habitación como una carga estática alrededor de la mesa. Por más enmascaradas que estuvieran las palabras de Carol, el tono de voz era una declaración por sí sola. Pudo ver los ojos del ministro entrecerrarse una fracción de milímetro.

Esa no era una buena señal.

—¿La va a poner a trabajar —continuó Carol en su cruzada verbal— en el caso de una niña desaparecida después de saber todo por lo que ha pasado?

—Bueno, no pienso que sea para tanto.

Jamilen aguantó la respiración, haciendo un esfuerzo inmenso por no girar la cabeza en dirección a su amiga. El efecto generado por el infortunado comentario debió de ser inmediato, convirtiéndola en la versión humana de una cobra dispuesta al ataque. Conocía la expresión y prefería no estar en el otro extremo de esa mirada.

Las siguientes palabras del ministro fueron pronunciadas con

suavidad y en una modulación apacible, evidencia suficiente de que su sospecha era cierta. Nadie que trabajara en el MIPPOV y tuviera más de dos dedos de frente dejaba que la ira tomara control de Carol Jenkins. Era sentencia segura de una experiencia muy desagradable.

—Bueno, no quise decir eso. Sonó mal. Lo que quiero decir es que… en fin, ustedes me entienden.

—No, señor ministro —dijo Carol—. No lo comprendo.

Cuando ella entraba en modo de «Búsqueda y Destrucción», no era muy complaciente ni condescendiente.

La frente y las mejillas del ministro adquirieron un suave tono rosado. Su voz, sin embargo, no demostró duda alguna.

—Quise decir que no veo por qué este caso tiene que afectar a la licenciada Lasso. Es, en esencia, el caso de una niña de doce años que salió de su casa para visitar a una amiga y no llegó a su destino. Pudo haberse escapado con un noviecito que nadie conocía y ahora estar en la habitación de un motel, llena de tanta vergüenza que no quiere regresar. La policía ya la está buscando. Todo lo que necesito de la licenciada es apoyo para los familiares.

—Con el debido respeto, señor ministro —dijo Jamilen antes de que Carol regresara al ataque—. Bianca es una simpática jovencita de doce años que, si las fotos que me trajo su madre le hacen justicia, parece de catorce. También es válida la posibilidad de que fuera secuestrada por un grupo de pandilleros, violada en repetidas ocasiones y encerrada en el maletero de un auto, que ahora reposa en el fondo de un río.

Los ojos del ministro se abrieron como dos gigantescas antenas parabólicas, expresión inusual en su rostro, pero que nunca dejaba de provocar la risa a quien la presenciara. Cuando algo lo sorprendía o lo agarraba fuera de base, sus ojos se abrían hasta los límites impuestos por sus párpados y así, el excelentísimo señor ministro se convertía en uno de sus personajes favoritos.

Mi vecino Totoro de Hayao Miyazaki.

Sin embargo, en esta ocasión, lo último que pasó por su mente fue reírse. Ese era un sentimiento extirpado de su cuerpo con la

muerte de Nicolás y no estaba segura, por lo menos en ese instante, de recuperarlo algún día.

—Bien, Jamilen —dijo el ministro, incómodo con el comentario—. No hay que ser tan negativos. Su trabajo no es investigar lo que le pasó a la niña. Es brindar apoyo a una madre que desconoce el paradero de su hija y eso requiere empatía. Pienso que, ahora mismo, nadie podría relacionarse mejor con la madre de Bianca que usted.

—¿En eso basas tu decisión, Samuel? —dijo Carol con un gesto que demostraba que no creía ni una palabra—. El hecho de que sea la sobrina de un poderoso aliado político no tiene que ver. ¿Eso es lo que tratas de insinuar?

Jamilen, con las manos puestas sobre las rodillas, las apretó con fuerza preparándose para el impacto. Carol estaba tuteando al ministro. Era una de las pocas personas que podía darse ese lujo, considerando que ambos fueron compañeros de escuela y, se rumoraba, amantes por una temporada antes de que se fuera a estudiar al extranjero, donde conoció a su esposa.

Lo malo era que eso indicaba que su amiga estaba perdiendo la paciencia.

—Sí, Carol —dijo el ministro, también pasando al tuteo—. El hecho de que la señora sea familiar de una persona de renombre, amigo personal del presidente, hace que esta recomendación tenga un mayor peso. Mi actuar hubiera sido el mismo, de tratarse de cualquier otra persona, pero tú sabes cómo se mueve el mundo.

La inexpresividad de su cara confirmaba que él era el jefe y que no pensaba discutir más el asunto.

—Jamilen, lamento si la situación le es un poco incómoda, pero si le asigno esta misión tan delicada es porque confío que sabrá manejarla con la delicadeza que amerita. Siempre he tenido su trabajo en la más alta estima y, estoy seguro, no me defraudará en esta ocasión.

Miel sobre el pastel envenenado. Con una cereza de adorno.

Jamilen se levantó de la silla, apoyando las manos sobre la superficie del escritorio.

—Muy bien, señor ministro. Haré lo que pueda.

Carol la agarró por la manga, para que se volviera a sentar, pero ella, con suavidad, la hizo levantarse también. Había tomado la decisión de hacer ese trabajo.

Tenía que regresar a la rutina diaria y un caso sencillo, por más implicaciones psicológicas que pudiera tener, era justo lo que necesitaba para comenzar a olvidar, aunque fuera por unas horas, a Nicolás.

Además, quisiera Carol admitirlo o no, el ministro no le daba otra elección.

Capítulo 4

Tomás atravesó el umbral en los brazos del extraño.

Quería gritar, patear o siquiera escupir, pero ningún músculo parecía hacerle caso. Podía ver y escuchar. Podía sentir los músculos del extraño en los puntos donde tocaban su cuerpo. Podía pensar, lamentarse y tener miedo.

En particular, tener miedo.

Las pisadas resonaban con fuerza. El lugar era gigantesco. Más grande que el estadio de fútbol donde el Real Madrid jugaba con el Barça, cuando su padrastro lo dejaba sentarse en la sala a ver televisión. Nunca había estado en un estadio, pero le pareció que estaban en un lugar igual de…

¿Cuál era la palabra? In… In…

¡Ya! ¡Inmenso!

Se aprendió la palabra justo esa mañana, antes de salir a jugar. Era una de las 20 palabras del dictado del lunes en la escuela. Le preguntó a su padrastro qué significaba, pero él lo mandó a buscar el diccionario. Parecía estar muy ocupado abriendo la botella de vitaminas líquidas que tomaba todas las mañanas cuando su mamá se iba al trabajo. Cuando el busito llegaba a recogerlo, él ya iba por la tercera botella.

Eran unas vitaminas muy populares. Las vendía el chinito de la tienda de la esquina, pero nunca se las vendían a él, aunque preguntara por ellas. El chinito le decía que la cerveza era para adultos.

Tenía que buscar esa palabra también. Cerveza.

Debía ser un… ¿Cómo se les decía?

Sí. Eso… Un sinónimo. Cerveza debía de ser un sinónimo de vitamina.

El techo se perdía en una mancha de oscuridad y líneas opacas. Sin embargo, desde hacía unos minutos, si se esforzaba lo suficiente, podía extender la mirada varios metros a la izquierda.

Las paredes eran de vidrio. Se sintió dentro de un castillo de puro cristal.

No. Eso no era cierto. Las paredes tenían paneles de vidrio. La mayoría de ellos estaban rotos y la luz del exterior entraba como rayos. El polvo parecía bailar y girar al ser golpeado, para luego perderse en las sombras más cercanas al piso.

Paneles. Esa era otra palabra del dictado. Tenía una buena nota garantizada.

Se preguntó si el extraño lo dejaría salir antes de que oscureciera. Su mamá llegaba a las ocho de la noche del trabajo y le gustaba repasar las tareas con él antes de que se fueran a dormir. Era una lástima que su mamá tuviera que trabajar a veces los domingos. Si no fuera por eso, no habría pensado en salir a jugar al fútbol.

No estaría en los brazos del extraño.

El suave movimiento de balanceo se detuvo de repente. Tomás miró lo más que pudo y le pareció que estaban en el centro del lugar. No podía distinguir las paredes y el techo era mucho más oscuro en ese punto.

Pudo mover un poco la cabeza. Su campo de visión se amplió y las sombras tomaron cierta claridad. El lugar parecía estar lleno de cajas, todas del mismo tamaño, distribuidas en un círculo a su alrededor.

Tomás apretó los ojos y enfocó un poco mejor.

No eran cajas. Eran… ¿camas?

Sí. Eran camas de metal. Como la cama en la que murió su abuelita cuando él cumplió los siete años. Estaba recluida en un hospital porque estaba muy enfermita y su mamá le dijo que su ángel de la guarda se la llevó al cielo a jugar al bingo con san Pedro.

Tuvo muchos problemas en imaginarse a san Pedro en una mesa jugando al bingo con su abuela. ¿Cómo se sostendría la mesa en la nube? Todos sabían que las nubes eran suaves y la mesa la atravesaría.

A no ser que la mesa estuviera hecha del mismo material que la nube. Esa debía de ser la respuesta.

Las camas eran apenas visibles. Estaban cubiertas por una sábana de algún tono de verde. Todas parecían estar ocupadas por algo, pero no lograba distinguir qué. Trató de esforzarse un poco más y en ese momento sus ojos se detuvieron en una de las camas que era golpeada por un rayo de luz. Las partículas de polvo casi no se movían. Permanecían a flote, deslizándose con suavidad sobre la verde sábana.

Tampoco se movía el objeto que estaba debajo. Ocupaba la mitad de la cama, asomándose por debajo del borde de tela. Si se acostaba al lado, el objeto tendría casi su tamaño. Tomás reconoció lo que se asomaba. Parecían un par de pies con zapatos de un tono oscuro brillante. Unos zapatos que tenían un nombre.

Charol. La tercera palabra del vocabulario.

Su mamá iba a estar muy orgullosa.

Jamilen cerró la puerta de su auto, un Kia Río blanco, y activó la alarma con su llavero mientras iba caminando hacia la entrada de la casa de la familia Santamaría. La joven que había conocido en la oficina la esperaba en el umbral.

En esta ocasión le dedicó unos cuantos minutos más a su apariencia personal. Su cabello, peinado y suelto, le caía sobre los hombros. Su ropa, seleccionada con cierto cuidado, le hacía justicia a su figura. El rostro aún desconocía la brocha de los cosméticos y las ojeras seguían siendo pronunciadas, pero parecía más… esperanzada. Si era por alguna revelación interna o porque, en el fondo, esperaba que Jamilen pudiera hacer algo para encontrar a su hija, no lo sabía.

Deseaba de todo corazón que no fuera la última opción.

—Buenos días, licenciada —dijo Nancy, así se llamaba la joven —. La estaba esperando. Pase.

Jamilen llevaba un cartapacio en la mano. El resumen de la investigación del caso Santamaría, suministrado por el ministro Archibold. Qué brazo tuvo que torcer en la policía para conseguirlo, no lo sabía ni quería saberlo. Lo importante era que lo tenía y, gracias a eso, contaba con información para el trabajo que le asignaron.

La historia que leyó en esas páginas era típica. Una que había escuchado muchas veces. Bianca Santamaría, de doce años, se levantó una mañana del mes de noviembre para ir a clase, como cualquier otro día. Desayunó con calma. Dos tortillas con queso blanco, tocino y un vaso de jugo de naranja. Tomó su mochila y se fue en el bus que la llevaba todos los días a la escuela. Según sus profesores fue un día tranquilo, sin ningún acontecimiento de interés.

A la hora de la salida, en vez de irse en el bus, llamó a su madre para informarle que tenía que ir a casa de una amiga para hacer un trabajo y que almorzaría allá. Nancy le dijo que se portara bien. Ella le respondió que lo haría y eso fue todo.

La última vez que escuchó la voz de su hija.

A las siete de la noche, viendo que Bianca no regresaba para cenar, llamó a casa de Alba (así se llamaba la amiga). De forma muy sucinta, una señora que dijo ser la abuela de Alba, le informó que su nieta estuvo haciendo tareas toda la tarde, pero sola.

Primera señal de alarma. Preocupación.

Nancy Santamaría llamó a su hija al celular, solo para ser recibida por el tono de apagado. Luego, a todas las amigas de Bianca, y de cada una de ellas recibió la misma respuesta. Nadie la vio después de salir de la escuela. Una de ellas fue un poco más descriptiva. Recordó haberla visto salir a pie, en una dirección que no la llevaría ni a su casa ni a la de su amiga.

Segunda señal de alarma. Ansiedad.

Agotados estos recursos, hizo lo único que podía hacer. Fue a la estación de policía más cercana y la reportó como desaparecida.

Tomaron sus datos y prometieron pasar la información a las unidades correspondientes, pero que les avisara si aparecía, que era lo más probable.

Sin otra cosa que hacer, regresó a su casa con la esperanza de que ya estuviera allí. Llegó a una casa vacía, a esperar.

Tercera señal de alarma. Miedo.

Fue la primera de muchas noches en vela. La peor de todas.

Por la mañana, dos detectives fueron a hablar con ella. Le hicieron decenas de preguntas y revisaron la casa y el cuarto de Bianca. Al finalizar le informaron que harían todo lo posible por encontrarla, pero por su experiencia sabían que, en la mayoría de los casos, tratándose de jóvenes de la edad de Bianca, solo quedaba esperar. Aparecían en poco tiempo.

La instruyeron para que hablara largo y tendido con ella cuando lo hiciera. La sugerencia iba implícita en esas palabras: asumían que lo de Bianca era una manera de alejarse de casa, que regresaría cuando se le acabara el dinero o tuviese algún problema. Y, de no tomar previsiones, volvería a hacerlo en poco tiempo.

Y pasó un mes con un par de días sin que el pronóstico del detective se cumpliese. Bianca seguía siendo solo un recuerdo en su memoria.

—Ella no es así, licenciada.

Nancy se hallaba sentada en el sofá de la sala; Jamilen estaba a su lado, en el mismo mueble, con un vaso de limonada en la mano y el fólder abierto sobre las piernas.

—¿Segura? Sabemos que ocho de cada diez niños que se reportan como desaparecidos, huyen de casa. Puede ser por algo tan sencillo como una mala nota en la escuela.

—Bianca no huyó. Ella es una de los dos que sí desaparecieron de verdad. ¡Yo conozco a mi hija!

Jamilen no le respondió. Nadie quería aceptar el hecho de que muchas veces, cuando un adolescente escapa, es porque no es feliz. Es más fácil pensar que se lo llevaron que cargar con parte de la culpa. Los números estaban a su favor. De todos los casos de niños desaparecidos, el 99 % se resolvía de una manera satisfactoria.

Lo malo es que siempre quedaba ese 1 %.

Jamilen sacó una foto del interior del fólder. Era la misma que Nancy le había dado el día que fue a buscarla a su oficina. No mintió cuando le dijo al ministro que parecía de mayor edad. De cabello castaño, recogido en una trenza que caía sobre su hombro izquierdo. La alegría en su rostro, sincera. Sus ojos parecían brillar de la emoción.

—¿Cuándo la tomaron?

Nancy tomó la foto con una delicadeza casi religiosa. Su labio se torció en una débil sonrisa y una película acuosa se le formó sobre los ojos al ver a su hija en momentos más felices.

—Eso fue hace un año. Fuimos de paseo a la playa y esa foto la tomamos en la entrada del hotel cuando llegamos. Ella, su papá y yo. Fue un buen fin de semana.

—¿Quién la tomó?

—Mi esposo. Alberto.

—¿Qué le pasó?

—Cuatro días después que esa foto fuera tomada, cuando Alberto iba camino al trabajo, un niño en bicicleta se tiró a la calle sin fijarse. Alberto, para no atropellarlo, giró el timón hacia el lado contrario y perdió el control. El carro se fue de frente contra un poste de luz. Siempre fue un conductor responsable. Muy precavido. Por algún motivo, ese día no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Murió en el acto. Por lo menos, eso fue lo que me dijeron.

Nancy se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y continuó.

—A Bianca la afectó mucho. Adoraba a su padre. Perdió el interés en todo y cayó en una profunda depresión. Le busqué ayuda psicológica y comenzó a recuperarse. Aún no era la misma de antes, pero parecía estar saliendo del cuadro, hasta hace unos dos meses.

—¿Qué pasó?

—Recayó. Comenzó a deprimirse de nuevo. Se tornó callada y se aisló de todos, incluyéndome.

—¿Fue algo lento?

—No, todo lo contrario. Fue casi súbito. Un día estaba hablando

conmigo sobre regresar a practicar deportes y concursar para entrar en el equipo de natación de la escuela. Cuando dos días después le pregunté sobre el tema, me dijo que ya no le interesaba. Que era un deporte tonto y se encerró en su cuarto el resto del día.

—¿Y no volvió a hablar más de eso?

—Así es. Y me extrañó, ¿sabe? Le encantaba nadar. Era una de las actividades que le gustaba hacer con su padre, y nunca pensé que dejaría de hacerlo… En fin, como ocurrió cerca de la fecha del aniversario del accidente, y yo estaba esos días tratando de conseguir una iglesia donde pudiera hacerle una misa, pensé que era una reacción al recuerdo y lo dejé pasar.

Jamilen guardó silencio, organizando sus ideas. Presentía que algo más ocurría. Algo que Nancy ignoraba.

—¿Qué pasó después?

—Empeoró. Como le dije, su cuadro de depresión regresó y fue peor que el primero. Sus notas en la escuela comenzaron a bajar. Descuidó su apariencia y hasta cambió su forma de vestir. Era… era como otra persona.

—¿Volvió a llevarla al psicólogo?

—Le sugerí que lo hiciéramos. Esta vez no quiso ni siquiera tocar el tema. Me dijo que no le pasaba nada, que la dejara en paz.

Nancy agachó la cabeza y cerró los ojos.

—Nunca tuvimos problemas de comunicación. Era de temperamento fuerte y, a veces, se ponía intensa, pero nunca… nunca, licenciada, tuvimos dificultad en decir lo que sentíamos. Cuando me dijo que la dejara en paz, me cortó más que un cuchillo.

Levantó la mirada y abrió los ojos. Seguían húmedos y estaban enrojecidos.

—En este momento daría mi brazo derecho porque estuviera aquí, aunque fuera insultándome. No me importaría. Estaría a salvo.

Jamilen asintió. Estaba segura de que Nancy era sincera, pero la culpa tenía una forma muy peculiar de cambiar nuestra perspectiva. Debía de tener muchas preguntas, pero una por encima de las demás.

¿Qué error cometió en el camino que generó tal desenlace?

Lo que Nancy no comprendía era que tal vez nada de eso era su culpa y, casi seguro, tampoco tenía que ver con la muerte de su padre. Fue un factor importante, pero no el único. Lo que Nancy dijo le estaba dando otras ideas, y ninguna sería de su agrado.

Mejor dejarlo para otro día. Tenía que ahondar en ese punto. Confirmar su hipótesis.

—Entonces —continuó, dirigiendo la conversación en la dirección que buscaba—, ¿este nuevo episodio de depresión comenzó hace dos meses?

—Más o menos. No recuerdo la fecha, pero sí, creo que fue hace dos meses.

Jamilen sopesó cómo formular la siguiente pregunta. Al final, prefirió el abordaje directo.

—¿Sucedió algo en ese tiempo? ¿Algo no relacionado con el aniversario de la muerte de su padre que pudiera explicar el comportamiento de Bianca?

Nancy se quedó observando la foto en actitud pensativa. Después negó con la cabeza.

—No, por lo menos nada que ella me hubiera comentado.

—¿Se llevó algo fuera de lo habitual esa mañana? ¿Algo que no debería haber llevado a la escuela? ¿Algún libro, papeles, ropa, objetos con algún valor sentimental para ella?

—No, nada. Revisé su cuarto tan pronto me di cuenta de su desaparición. Su ropero, sus cosas, sus libros. Todo estaba donde siempre lo dejaba. Nada que sugiriese que no pensaba regresar.

Jamilen asintió como si pensara que tenía la razón, pero sabía que pocas veces los padres ven las señales. Era necesaria una visión fresca del asunto. Una visión no sesgada.

—¿Le importaría si entro en la habitación de Bianca? Me ayudaría ver qué tipo de jovencita era. Sus gustos, cosas así.

Por respuesta, Nancy se levantó y le indicó que la siguiera. Jamilen aprovechó la oportunidad para estudiar la casa.

Era pequeña y vieja, sin nada que llamara la atención. Se podía sentir la humedad en el interior. Lo más probable es que el padre se encargaba de mantener la casa en buen estado, por lo que su

ausencia se manifestaba por todas partes. La sala estaba adyacente al comedor. Una mesa redonda de cuatro puestos, una cómoda con adornos y unos pocos cuadros sobre la pared completaban la decoración.

Pasado el comedor entraron en un pasillo que llevaba a los cuartos. El de Bianca era el primero a mano izquierda. Nancy abrió la puerta con una llave que llevaba colgando de un hilo en el cuello.

—La habitación —dijo Nancy dejándola pasar— está como Bianca la dejó la mañana que desapareció.

«Este cuarto —pensó Jamilen— sí tiene su propio estilo. El de Bianca».

Una cama *Queen* ocupaba el centro de la habitación, pintada de verde claro, con una sobrecama azul oscuro y detalles en verde. Sendas almohadas de igual color y dos cojines de menor tamaño, cilíndricos, en tonos vivos. En las paredes, tres pósteres de grupos musicales del momento. Una pequeña mesa a cada lado de la cama. Una lámpara de base plateada, con una pantalla redonda del mismo color que la sobrecama. Un teléfono negro en la otra mesita de noche. Apoyada contra la pared del lado izquierdo de la cama, un escritorio de vidrio y soporte metálico gris, con una computadora. En la pared, a la derecha, un aparador y un librero abarrotado de textos. Jamilen se acercó y leyó algunos títulos.

Percy Jackson y el ladrón del rayo. Rick Riordan.

Divergente. Verónica Roth.

La ladrona de libros. Markus Zusak.

Giró sin prisas sobre sus pies, tratando de estudiar la habitación y captar todos los detalles de una forma rápida, pero precisa. Se la imaginó sentada en el aparador todas las mañanas, preparándose para ir a la escuela, cepillo en mano. El espejo que le servía para estos menesteres ocupaba todo el largo del mueble y hasta la mitad de la pared de alto. El marco de madera que protegía los bordes era sencillo y en él se sostenían, a los lados, varias fotos.

Sentada en su silla podía verlas todos los días. Jamilen se acercó para estudiarlas. En casi todas se veía a Bianca en compañía de un hombre mayor, de unos cincuenta años, de cabello oscuro y mirada

franca.

—¿El padre de Bianca? —preguntó Jamilen señalando una.

Nancy no tuvo que acercarse para verificar. Debía de haberlas visto muchas veces. Bastó su sonrisa triste para confirmar la teoría.

—¿Puedo tomar una?

Nancy asintió con un gesto y Jamilen tomó una de las más grandes. Era obvio que Bianca adoraba a su padre. Su muerte debió de ser un golpe muy fuerte para ella.

—Cuando Alberto murió —interrumpió Nancy, como si leyera su mente—, Bianca se apropió de todas las fotos donde salían los dos y las puso allí. Decía que, a veces, podía sentir a su padre cuidándola desde el otro lado del espejo, y no pensaba olvidarlo jamás. Creo que fue la imagen de su padre la que hizo que se recuperara tan pronto. Él jamás le habría permitido echarse a morir. Por eso me sorprendió tanto que recayera.

Jamilen iba a volver a colocarla en su lugar cuando se percató de una cosa. El borde de la foto y el espacio que ocupaba estaba demarcado por el polvo acumulado. Era fácil ubicar dónde debía ir, pero dentro de ese cuadro se veía otro más pequeño. Como si algo hubiera estado oculto detrás.

¿Qué pudo colocar allí? ¿La estaba ocultando o era pura casualidad?

—¿Sabe qué había detrás de esta foto? —le preguntó a la madre.

Escuchó los pasos de Nancy acercarse y mirar el pequeño cuadro en el espejo.

—Es una de mis favoritas, pero nunca me atreví a moverla. Bianca era muy posesiva con sus cosas.

Jamilen volvió a colocarla en su lugar, sin agregar ningún comentario.

«Bianca sí tenía secretos por lo visto», pensó. La pregunta era ¿cuáles?

Tenía una idea, pero carecía de pruebas. Era solo una sospecha.

—¿Tenía Bianca algún diario?

—Ella me pidió que le comprara uno. Creo que fue uno o dos meses antes de la muerte de Alberto. Entre una cosa y otra, nunca

me dio tiempo de comprárselo y después del accidente… bueno, mi cabeza estaba en otro lugar. Nunca volví a darle importancia al asunto y Bianca no me lo volvió a recordar, así que pensé que ya no le interesaba.

Jamilen se alejó del aparador y se volvió a parar en el centro de la habitación. Siguió su inspección partiendo del aparador, en un lento movimiento giratorio, tratando de encontrar algo fuera de lugar. Nada saltó a la vista.

Se dirigió al ropero y abrió la puerta, contando con el permiso previo de Nancy. La ropa de Bianca estaba colgada como la dejó esa mañana, según dijo la madre. Ropa sencilla en colores vivos, donde destacaba más el azul y el verde. Nada en particular fuera de lo esperado. Iba a cerrar el ropero, cuando se percató de que los colores ocupaban la mayoría del espacio, pero no todo. Tal vez un 75%. El 25% restante parecía ser la ropa de otra persona.

Colores neutros. Blanco, negro y gris, sin lentejuelas ni brillos. Sacó uno al azar. Era un suéter ancho, blanco, sin adornos ni logos. Lo sintió un poco grande y miró la etiqueta. Talla L.

—¿Qué talla era Bianca en ropa?

—M. ¿Por qué?

—¿Compartía el ropero con alguien más? —preguntó a su vez—. ¿Alguna amiga, quizás?

Nancy la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Bianca era tan territorial como una leona cuidando sus cachorros. De ningún modo compartiría su ropero con alguien más y, creo, que yo tampoco se lo permitiría.

—¿Conoce la razón por la que guardaría esta ropa? —dijo señalando el suéter—. Debía de quedarle enorme.

—Nunca me dijo, pero se lo pregunté muchas veces. Se encogía de hombros y me respondía que quería estar cómoda y vestirse como adulta.

—¿Eso no le llamó la atención?

—Por supuesto, pero es imposible sacarle información a un adolescente en un ataque de terquedad. Además, como todo comenzó poco después de su segundo episodio de depresión, pensé

que era una reacción esperada y la dejé con su nueva tendencia. Me imaginé que tarde o temprano recapacitaría.

Jamilen hizo un conteo mental rápido. Dos blusas grises, una blanca y tres negras. Dos suéteres grises y dos blancos. Talla L.

Los pantalones de mezclilla ajustados y a la cadera, en un lado del ropero, daban lugar a faldas largas hasta los tobillos, en los mismos tres colores de las sombras.

—¿Y todo este cambio comenzó hace uno o dos meses? ¿Está segura?

—Claro. Era imposible no darse cuenta. Además, tuvimos una pequeña discusión por la compra de esa ropa.

—¿Discutieron? ¿Por qué?

—Bueno, noté un bajón en las notas en la escuela y le dije que no merecía que le comprara ropa nueva. Ella argumentó que toda la que tenía le molestaba o le daba alergia, y que no pensaba salir de la casa hasta que no le comprara ropa nueva de adulto. Al final me convenció, con la condición de que mejoraría sus notas.

Las piezas seguían encajando en su cabeza, cada vez a mayor velocidad. No pensaba decirle nada a la madre hasta no estar segura, pero era una posibilidad. Una que explicaba por qué una joven estudiosa, de un día para otro, decidía huir de casa.

El siguiente paso sería hablar con los vecinos y amigos de Bianca. Si ellos confirmaban sus sospechas, entonces, y solo entonces, iría a ver a los detectives que investigaron el caso para contarles lo que temía.

Jamilen cerró la puerta del guardarropa y regresó su atención al resto de la habitación. Quedaban dos cosas más por investigar.

—Cuando usted presentó la denuncia —dijo Jamilen mirando el escritorio—, ¿vino alguien de la policía a investigar?

—Así es. Vinieron dos detectives del Departamento de Personas Desaparecidas. Me hicieron muchas preguntas, revisaron la casa y la habitación y quedaron en avisarme. No he vuelto a saber de ellos desde hace tres semanas, cuando los llamé.

—¿Qué le dijeron?

—Que las investigaciones estaban igual. Que seguirían buscando

y que yo les avisara si aparecía.

Jamilen giró la mirada en dirección a la madre. La expresión de su rostro indicaba a leguas que ese comentario la irritaba mucho. Para ella, Bianca se hallaba desaparecida. Era y siempre sería su niña y las niñas no huyen de casa sin darle explicaciones a su madre. Punto final.

Se sentó en el escritorio de Bianca y se ubicó delante de la computadora.

—¿Alguno de ellos la revisó?

—Uno de ellos la prendió y la usó por unos veinte minutos, mientras el otro detective hablaba conmigo. Al final le dijo a su compañero que no halló nada importante.

—¿Le importa si la enciendo?

—Si piensa que le puede servir de algo, adelante.

Jamilen no era una experta en computadoras, pero tenía la ventaja de pertenecer a la generación cibernética. No era ajena a la tecnología y conocía suficiente de esas máquinas como para ir directo a lo que buscaba.

Presionó el botón en la parte frontal del CPU y una luz verde se prendió. La pantalla del monitor se mantuvo oscura por un instante, una vibración de fondo reduciéndose en intensidad, para luego irse materializando una imagen que le informaba que estaba entrando en el sistema operativo.

—Alberto —dijo Nancy al ver aparecer en la pantalla el recuadro sobre fondo verde en el que se le pedía la clave—. Bianca piensa que no lo sé, pero usted comprenderá, no soy una inútil.

Lo primero que llamó su atención fue la imagen de fondo. Una foto en escala de grises de una colina con un solitario árbol y una figura encapuchada debajo.

Era una imagen que gritaba desolación a todo volumen.

—¿Tenía Bianca tendencias góticas? —interrogó Jamilen.

—No, para nada —dijo casi divertida por la ocurrencia—. Siempre se maquilló con sencillez y nunca le gustaron los tonos oscuros. Es cierto que hace unos meses se compró ropa en esos colores, pero no creo que eso la haga una gótica. Es más, dejó de

usar maquillaje casi por completo.

—¿Nada de uñas negras?

—Ni uñas ni collares con símbolos extraños —le confirmó Nancy.

Reconoció algunos iconos de programas de uso frecuente. Word, PowerPoint, Excel. Los esperados en una computadora utilizada por una joven que iba a la escuela. Entró en Google y trató de revisar los sitios visitados en las últimas semanas, pero el historial estaba vacío.

«Borrado —pensó Jamilen—. Nadie borra el historial a menos que no quiera que encuentren algo».

La lista de favoritos también estaba vacía.

—¿Bianca usaba la computadora? —preguntó Jamilen.

—¿Conoce algún adolescente que no lo haga?

Jamilen hizo girar el asiento para poder mirar de frente a Nancy. Su expresión le indicó que esperaba una respuesta directa.

—No, licenciada —dijo luego de una pausa—. El tiempo que Bianca no pasa comiendo, durmiendo o estudiando, lo pasa delante de esa máquina o su celular. De paso, no estudiaba mucho, su sueño era ligero y comía como un pajarito.

—Entiendo —dijo regresando su atención al monitor.

Cabía la posibilidad de que Bianca borrase todo su historial el día que desapareció. Si no quería que la encontraran, era la conducta esperada. La otra opción era que fuera un comportamiento automático para no dejar huellas.

Pero ¿qué huellas? ¿De qué?

Trató de entrar en su cuenta de Facebook o Twitter, sin éxito. Esperaba que la suerte le sonriera y las hubiera dejado firmadas, pero para variar no fue así. Es más, era posible que no tuviera cuentas en ninguna de las dos, pero tenía que intentarlo. Otro callejón sin salida.

La computadora tenía que ser analizada por un experto. Podía haber información vital en su interior. Hablaría con el ministro tan pronto pudiera. Él era alguien que podía conseguirle la mejor ayuda técnica en ese sentido.

Jamilen se levantó de la silla y la apagó.

—Trataré de enviar a alguien para que analice su contenido con más detalles. Para eso me imagino que tendrán que llevársela. ¿Le parece bien?

—Lo que sea necesario, licenciada.

Se acercó al teléfono al lado de la cama. Levantó el auricular y miró a Nancy.

—El día que Bianca desapareció, ¿llamó usted a la amiga o a la policía desde este teléfono?

La respuesta fue casi inmediata.

—Para nada. Cada una de nosotros tiene una línea en su cuarto y hay otro teléfono en la sala. Ese día lo más que hice fue entrar en la habitación para asegurarme de que no hubiera entrado a mis espaldas, pero usé el teléfono de la sala o mi celular para todas las llamadas.

—Entonces, la última persona que usó este teléfono fue Bianca.

Nancy asintió, con la tristeza en su rostro tan palpable como una máscara.

Volteó el auricular y presionó el botón de *redial* El timbre de un teléfono sonó seis veces para luego ser contestado por una grabadora con voz femenina.

—Está llamando a la casa de la familia Hinestroza —dijo la voz con suavidad, en un ligero tono digital—. En este momento no podemos contestar. Por favor dejar su mensaje después del tono…

Jamilen no esperó el tono. Cerró el teléfono.

—¿Le suena el apellido Hinestroza?

—No —dijo Nancy, por primera vez fuera de base—, no me suena. Podría ser algún compañero de escuela, pero nunca me lo ha mencionado. Aunque los jóvenes casi no se llaman por sus apellidos. Quizás es su mejor amigo y yo lo conozco por el nombre y no el apellido. No puedo garantizarle nada al respecto.

—¿Tenía amigos? ¿Amigos cercanos?

—Una o dos amigas con las que hablaba todo el tiempo, pero hasta allí. Era muy popular antes, pero desde la muerte de Alberto, se retrajo un poco. Eso significa menos amigos. No tiene idea lo

mucho que sonaba ese teléfono hace un año. Alberto bromeaba con que se iba a comprar un rifle con dardos tranquilizantes para espantar tanto buitre alrededor de su hija.

—Y después de su muerte, ¿comenzó a sonar menos?

—Seguía sonando como antes, pero ella no contestaba, o cuando lo hacía, las llamadas duraban muy poco tiempo. Con los meses noté que la casa estaba más silenciosa. No fue hasta mucho después cuando capté la razón.

—¿Se encerraba en su cuarto para hablar por teléfono?

—Como toda adolescente.

Jamilen asintió, mientras colocaba el auricular en su lugar. Dirigió una última mirada a la habitación, grabándose los detalles en su memoria, para luego salir detrás de Nancy.

De regreso en la sala hizo unas cuantas preguntas adicionales, pero las respuestas no iban a cambiar su impresión. Tenía una hipótesis y una línea de trabajo sobre la cual investigar. Eso involucraba que tenía que reunirse con los detectives encargados del caso y luego visitar la escuela de Bianca. Lo que faltaba era pura carpintería.

Estrechó la mano de Nancy y le prometió llamarla tan pronto hablara con la policía.

—Gracias, licenciada. Gracias por todo.

—De nada, pero no creo merecerlas. Solo hemos hablado.

—Es más de lo que muchos han hecho. Estoy segura de que mintió habló con su jefe y usted fue enviada para calmar y ayudar a una mujer histérica, ¿cierto?

Jamilen no respondió, pero levantó la ceja derecha en señal de sorpresa.

—No es necesario que me responda. Conozco lo que lidio. Mi tío piensa que estoy acabada. Que no quiero aceptar que mi hija huyó con algún hombre a mis espaldas. Lo que él no capta es que, cuando una es madre, una sabe. Llámelo intuición o un sexto sentido. No importa. Siento que mi hija me necesita. Ella no escapó. Alguien la raptó y si usted sigue investigando, me está dando todo el apoyo moral que necesito. Soy mucho más fuerte de

lo que mi tío me considera, créame.

Con estas palabras, su percepción sobre la joven varió. A pesar del cansancio en su rostro, a pesar de su descuido personal, a pesar de no querer aceptar la posibilidad lógica de que su hija hubiese escapado de casa, no se rendía. Nancy Santamaría era una mujer de temple y no descansaría hasta saber la verdad.

Jamilen tampoco se hubiera rendido.

Caminando de vuelta al auto no pudo evitar mirar por encima de su hombro la sencilla casa, de aspecto apacible. Si lo que sospechaba era cierto, por algún motivo no podía compaginar la imagen que veían sus ojos con la sospecha que tenía sobre lo ocurrido a Bianca. La joven tenía casi todos los signos clásicos, y algunos no tan clásicos pero descritos con profusión en la literatura mundial, de la víctima de abuso sexual. No tenía evidencia concreta, pero estaba casi convencida de que así era.

Sin embargo, una pregunta seguía rebotando en su cabeza y por más que la hacía girar, no parecía encontrarle solución.

¿Quién?

Capítulo 5

Jamilen sintió que entraba en el despacho de un par de detectives al estilo de los que alguna vez había visto en las cintas de Humphrey Bogart. Solo faltaba quitar todos los colores del cuarto y la ilusión sería perfecta.

La oficina estaba pintada de blanco. Un ventanal de vidrio permitía una visión panorámica de todo el recinto, pero en ese momento estaba cubierto por un juego de persianas. Un tablero, blanco también y de gran tamaño, destacaba a un costado del cuarto y hacia su espalda.

Los dos detectives encargados de investigar la desaparición de Bianca Santamaría parecían estar esculpidos en mármol. Sus rostros eran una declaración de indiferencia y sus voces tenían el tono gestado por el hastío de ser importunados por una niña malcriada.

Y apenas estaban comenzando. Fantástico.

—Entonces, licenciada, ¿en qué la ayudo?

El que habló era el detective de la derecha. Se llamaba Angelo Morris. Toda su fisonomía estaba diseñada en líneas rectas, detalle que lo hacía atractivo, pero a la vez amenazador. Su traje era fino, de un color gris claro que hacía juego con su cabello y los ojos. Podría jurar que era hecho a la medida.

Lo más llamativo del detective Morris eran sus ojos. Eran de un gris cercano al azul en el espectro de colores. Brillaban con luz propia y lo hacían ver como un ente vital, aunque su voz destilara el más puro aburrimiento.

—Venía a ver si podían darle algo de claridad a algunos puntos del caso Santamaría.

Los dos detectives se miraron sin decir palabra.

Jamilen podía sentir la hostilidad como una capa de fino hielo sobre toda la oficina. Se colocó sus lentes, sin que los necesitara, pero conscientes de que tenían un papel a su favor en esos instantes. Sacó su celular de la cartera y abrió el archivo donde traía anotados los puntos que deseaba cubrir con los detectives.

—¿Era usted el encargado del caso? —le preguntó al detective Morris.

—Correcto.

Al no recibir más comentario, miró a su compañero. Se llamaba Oscar Ibáñez y era muy similar, pero más tosco. Donde Morris era un diamante, Ibáñez era un pedazo de carbón. Ordinario era la palabra correcta.

—¿Y usted lo ayudó con la investigación?

—Correcto.

Jamilen los miró por encima de sus anteojos. Levantó el puente con un dedo, una mueca de cansancio en los labios.

—Los llamó el ministro Archibold, ¿verdad?

A veces era bueno trabajar tan cerca del poder. La sola mención del nombre abría más puertas que una alarma de fuego en una gasolinera.

Los dos detectives dejaron caer los hombros, Ibáñez más que Morris.

—No el ministro. Fue el detective jefe, Valero.

—Me voy a atrever a preguntar, ¿qué les dijo?

—Que le prestáramos toda la ayuda posible —aceptó Morris.

—¿Piensan que eso será lo que le reporte al ministro cuando me llame esta tarde?

Morris miró a Ibáñez. Sin que una sola palabra cruzara entre ellos, parecieron llegar a un acuerdo.

—Muy bien —dijo Ibáñez, con una leve tos—. ¿En qué podemos ayudarla?

Pensó decirles algo como «buenos niños», pero eso sería empujar

su influencia a un límite peligroso.

—¿Cómo va la investigación?

—Regular. Nadie la ha vuelto a ver, pero tenemos dos posibles testigos.

—No entiendo. ¿No es eso una buena noticia?

—Depende. Un testigo asegura que la vio en una parada de buses cerca de la escuela. Otro, que la vio subirse al bus, pero ni el conductor ni ninguno de los pasajeros recuerda dónde bajó o si iba acompañada. Allí chocamos con un callejón sin salida.

—Entonces, ella salió de la escuela, pero en lugar de irse a su casa tomó un bus y desapareció sin dejar huella.

Se veía a leguas que Morris no quería reconocerlo, pero eso no impedía que fuera verdad.

—Eso parece —admitió, cruzando los brazos.

—¿Alguna pista?

—Es una investigación en progreso —dijo Ibáñez—. No podemos…

—Oscar —dijo Morris, sin descruzar los brazos, pero mirándolo directo a los ojos—, dale una oportunidad.

—¿Te vas a poner blando ahora? —recriminó con un bufido—. Esclavitud voluntaria por deseo de un político de…

—No, Oscar. Tú *y yo* sabemos que ese caso lo vamos a archivar pronto. Alguien me dijo que la licenciada Lasso tiene… imaginación. Veamos qué nos puede decir. No perdemos nada.

—Sí, tiempo.

—¿Tienes que pagar tus impuestos?

—¿Qué? Claro que no.

—¿Te estás muriendo?

—No —dijo con algo más de dudas.

—Entonces tienes tiempo de sobra. Vamos a darle una oportunidad.

«¿Me investigó? —pensó Jamilen—. ¿Imaginación? ¿Quién le dijo eso?».

En realidad, eso no importaba. Tenía un aliado, aunque reacio. Debía aprovechar la entrada que le estaban brindando.

—Sé que la mamá de Bianca ya habló con usted —dijo el detective Morris regresando la conversación en su dirección—. ¿Fue a su casa?

«A este sí le importa el caso», pensó Jamilen, viéndolo bajo un matiz diferente. Usó el primer nombre de la joven. No la llamó «señorita Santamaría», «la joven» o el impersonal «ella». La llamó «Bianca».

Para el detective Morris era personal.

—Sí —respondió colocando su celular sobre la mesa—, hablé con ella en mi oficina y luego fui a su casa.

—¿Cuál fue su impresión?

Jamilen lo pensó un minuto antes de responder. Luego, tomando una rápida decisión, les contó lo que vio y escuchó en la casa de Bianca y Nancy Santamaría.

—Entonces —dedujo el detective Morris cuando terminó su relato—, ¿usted piensa que Bianca era víctima de abuso sexual?

—Con un noventa y nueve por ciento de certeza.

—¿Por quién?

—Tengo imaginación, no poderes extrasensoriales.

El detective Morris sonrió, mostrando una hilera de blancos dientes.

—Mire, licenciada. Que no sepamos dónde está no quiere decir que no la estemos buscando. Ya agotamos todas las rutas de investigación, pero pensamos que tiene razón.

Una mueca en el rostro de Ibáñez indicó que el plural se usó de forma muy liberal, pero por lo menos se frenó de abrir la boca.

—Llevo años en el Departamento de Personas Desaparecidas —continuó— y he aprendido que hay razones muy contadas para que una adolescente huya de su casa. El abuso, de cualquier tipo, está en uno de los primeros lugares.

—A menos que fuera privada de su libertad.

—Puedo aceptar la posibilidad de abuso a mano de una o varias personas —expuso Ibáñez, saliendo de su mutismo—, pero es más lógico pensar que simplemente se fue. Si tiene suerte, regresará a su casa sin un embarazo o una enfermedad incurable.

—El abuso sexual sin tratamiento se puede tornar incurable e incapacitante —advirtió ella.

—Eso es cierto —aceptó Morris—, pero lo que podría pasar o tenemos el deseo de hacer es irrelevante. Solo nos queda seguir buscando y averiguar quién la llevó a tomar esa decisión. Si hay un abusador involucrado, con Bianca fuera del cuadro, otra jovencita podría caer en su mira. ¿Piensa ir a la escuela?

—Mañana. Ya tengo programada una cita con la directora Rose.

—La directora Rose —dijo Ibáñez con voz ensoñadora—. ¿Quiere un consejo, licenciada?

—Seguro.

—Use sus influencias y que el ministro Archibold llame a la escuela. Ese témpano requiere un buque rompehielos.

—Nada como una llamada para suavizar el camino —comentó Jamilen, mirando al detective Morris.

—Amén —fue su respuesta.

—¿Cómo está?

Lucas no se dignó responder ni siquiera con un gruñido ininteligible. Siguió masticando con calma, a la misma velocidad pausada con la que siempre digería sus alimentos. Cuando tragó el último bocado, tomó la copa de vino que tenía colocado en frente de él. Aspiró los aromas que emanaban e ingirió un pequeño sorbo. Deslizó el líquido dentro de su boca varias veces antes de tragarlo.

Solo entonces le respondió.

—Jami. Me viste comiendo. Eso significa que me gustó; si no, no me lo comería. ¿Por qué necesitas que te confirme lo que es obvio?

Jamilen asintió, tomando un bocado similar del *spaghetinni* en salsa arrabiata que había preparado para la cena. Le dio dos vueltas más al tenedor, atrapando las delgadas fibras de trigo con ayuda de la cuchara, y se lo llevó a la boca.

Lucas, en su forma de ver el mundo, pensaba que le estaba haciendo un cumplido.

Sin embargo, no se sintió halagada en lo más mínimo; en cambio, sí un poco insultada.

El hombre con quien había decidido pasar el resto de sus días era demasiado racional. Una versión latina del señor Spock, de *Viaje a las estrellas*, aunque sin las orejas puntiagudas, con mayor control de sus sentimientos y un despliegue de lógica que haría parecer al conocido personaje como un niño de pecho en medio de un berrinche.

Si no la ganaba, la empataba y decía que ganaba.

Observó cómo Lucas tomaba el tenedor, lo enterraba con delicadeza en la pasta antes de darle tres vueltas en sentido contrario a las manecillas del reloj. Cierta vez le oyó que de esa forma tenía menos riesgo de salpicarse la ropa con salsa, y por eso siempre lo hacía de la misma forma.

Siempre.

Es más, ella estaba convencida de que, si contaba, Lucas masticaba la comida el mismo número de veces, alternando entre el lado izquierdo y el derecho de su boca en iguales cantidades.

Al año de casados, Jamilen llegó a pensar que Lucas sufría de alguna forma de trastorno obsesivo-compulsivo. Luego, con el correr del tiempo, la golpeó la realidad. Lucas no estaba enfermo. Cada acción que realizaba se efectuaba porque, en su mente, era la forma más provechosa, práctica o la que mejor producto le ofrecía en razón al costo-beneficio al momento de procurar conseguir un objetivo.

Algunas veces quería estrangularlo.

—Lucas. —Le habló colocando el tenedor en la mesa y tomando la copa de templado vino entre las manos. Sabía la respuesta a la pregunta, pero tenía que hacerla de todas formas—. ¿Recuerdas qué se celebra mañana?

El ritmo del masticado perdió por un ciclo su regularidad.

—¿Mañana es jueves?

«Se está haciendo el tonto», pensó Jamilen; sin embargo, decidió no buscarle bronca. El tema era demasiado importante como para darle herramientas que podría usar para escaparse.

No esta vez.

—Sí. Hace cuatro meses murió Nicolás.

—Mmm…

No sabía qué le molestaba más. Su falta de sentimientos o la forma como expresaba la falta de ellos,

—¿Cómo que «Mmm»? —dijo Jamilen alzando la voz—. No estoy hablando de la muerte de un pececito dorado.

Lucas colocó el tenedor sobre el plato y tomó una servilleta para limpiarse una pequeña gota de salsa que tenía en el dedo. Extendió la mano y la colocó sobre la muñeca de Jamilen.

—No quise decirlo de esa forma —dijo en un tono apaciguador.

Jamilen no se creía el cuento. Dio un paso atrás, de la misma forma en que un general ordenaría la retirada táctica de sus tropas ante una situación de peligro.

Pura estrategia.

—El punto es —siguió Lucas— que Nicolás lleva cuatro meses muerto, pero… mira… eso no va a cambiar. El mes que viene serán cinco y el próximo, seis. Tenemos que seguir adelante. Tal vez, intentarlo de nuevo.

Jamilen clavó sus ojos sobre los de su esposo. Oscuros pozos que la habían cautivado la primera vez que los vio, acompañados de la picara sonrisa. Era difícil imaginar que el recuerdo de esa mirada correspondiera a los mismos ojos que la estudiaban en ese momento.

—Primero que nada, Lucas —dijo Jamilen—, tú estabas allí el día de la cita y escuchaste a la doctora. Mínimo un año para siquiera pensarlo.

—¿Qué saben los doctores?

—Tú eres abogado. Te gustaría que un día, en medio de un juicio, el juez dijera «Bah, ¿qué saben los abogados?».

—Hay una gran diferencia. Yo sé lo que hago.

—No hay diferencia alguna —insistió Jamilen—, es pura terquedad. Como no te convence lo que te dijo la doctora, ahora quieres saber más que ella.

—No es eso, pero busqué por internet y no encontré ni una sola referencia que diga que tenemos que esperar un año para que vuelvas

a quedar embarazada. A mi parecer es más bien un estimado.

—¿Lo buscaste por internet?

—Seguro. Comprendo que se espere si estás dando el pecho o si el niño está vivo, pero tú no perteneces a ninguno de los dos casos. ¿Por qué esperar?

Jamilen sintió que las palabras la herían profundamente. Como si las letras le hubieran dado un carácter físico a la oración y esta la golpeara en el rostro con fuerza. Un recordatorio verbal de lo que debería estar haciendo y no podía. Y era él quien se lo recordaba en las vísperas de los cuatro meses de muerto de Nicolás.

—Sé que no te gusta cuando hablo así —dijo Lucas, quien podía leer las expresiones faciales mejor que un jugador de póquer—, pero es la verdad y, porque no te guste, no va a dejar de serlo. Yo digo que esperemos seis meses. Vas a ver que esta vez nos irá mejor.

«Por lo menos dijo nos», pensó Jamilen. Habló en términos de pareja. Si hubiera dicho «te irá mejor», a él le hubiera ido muy mal.

—Recuerda lo que dijo el neonatólogo —continuó Lucas—. Fue inesperado. Triste, no queríamos que pasara, pero sucedió. No fue tu culpa.

«Al repartir errores dejamos de ser dos», pensó Jamilen molesta. Mas porque sí se sentía culpable. Agachó la cabeza y se quedó observando el entretejido de *spaghetinni* que cubría su plato. De repente, perdió todo el apetito.

—¿Y si lo fue, Lucas? —preguntó, sin levantar la mirada—. ¿Y si fue mi culpa?

—Deja de hablar así —le respondió con firmeza—. No tiene lógica que te flageles. Al final del día, nunca sabremos qué virus fue el que mató a Nicolás. Si fue secundario a lo que, en su momento, pensamos que era una simple gripe, o a la infección por el virus del papiloma…

En fin, seguirá siendo un misterio y no tiene sentido seguir pensando en eso. En el próximo embarazo lo tendremos presente, eso es todo.

Jamilen empujó el plato con los dedos.

—Vamos, Jami, tienes que comer —le dijo Lucas enderezándose

—. Si no comes, no recuperarás tu energía. Te he visto muy decaída las últimas semanas.

Se necesitaba de alguien como Lucas para pensar que su abatimiento era por falta de nutrientes. Hombre, a fin de cuentas. Todos eran iguales.

—Puede ser que tengas razón, pero en este momento no tengo hambre. Desayunaré mejor, lo prometo.

Le lanzó una tímida sonrisa, pero Lucas asintió y regresó su atención a la cena.

—Yo también hice mi propia investigación por internet —dijo Jamilen. Si Lucas pensaba ser un patán, ella podía regresar el golpe — y en ninguna parte encontré que el virus del papiloma humano produzca lesiones cerebrales.

—Ya te lo dije una vez y parece que no me escuchaste. —Lucas sonaba a la defensiva—. El neonatólogo me dijo que era un descubrimiento reciente. No pueden publicarlo hasta verificar la información. Es un virus frecuente y eso puede causar pánico sin necesidad.

—¿Y si me pasa lo mismo en el próximo…?

—No pasará lo mismo —dijo Lucas con paciencia—. Lo que ocurrió con Nicolás fue raro en extremo, o por lo menos eso fue lo que me dijo el neonatólogo. Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento. Por ahora, trata de comer bien y recuperar energías. En dos meses lo intentamos de nuevo, ¿qué te parece?

Le guiñó el ojo, mientras se metía el último bocado de pasta en la boca.

Palabra final. Lucas decidía de qué debía preocuparse, a qué darle importancia y cuándo debían intentar un nuevo embarazo.

Lo que más la frustraba era que no podía seguir discutiendo. Si lo intentaba, Lucas usaría todas sus dotes como abogado y su lógica para presentarle tantos argumentos que, al final, ella terminaría dándole la razón y pensando que era una tonta por estar importunándolo.

Era un excelente abogado al defender a otras personas, pero cuando se trataba de defender sus principios o ideas, era un maldito

Rembrandt. No, Rembrandt se le quedaba chico. Era un Da Vinci a la enésima potencia.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Lucas después de tomar un sorbo de vino.

Tenía razón. El asunto estaba finiquitado. Cambio de tema.

—Bien —dijo Jamilen—. Mejor de lo que esperaba. Ya estoy trabajando en un caso, asignado por el mismo ministro.

Lucas alzó los ojos y su rostro tomó un aspecto que parecía decir: «Vaya, moviéndote en las grandes esferas». Jamilen no pudo evitar sonreír.

—¿Para qué necesita el ministro tu ayuda?

—Es un caso poco habitual. Involucra a una niña desaparecida y quería que yo le diera apoyo a la madre.

—Perfecto. Sé que puedes manejarlo.

Otra persona le hubiera preguntado cómo se sentía, o si podía manejarlo. Lucas no.

Llevaba dos semanas de vuelta en el trabajo y no se había quejado todavía. Conclusión lógica: podía lidiar con el caso.

Siguiente tema.

—Creo que sí —continuó Jamilen—, incluso creo que descubrí algo que espero ayude a la policía a encontrar a la niña.

—¿La policía? —dijo Lucas con súbito interés.

—No te ilusiones. No hay ninguna demanda millonaria de por medio. Es el caso de una niña desaparecida.

Los ojos de Lucas se apagaron y regresó su atención a la copa de vino.

Típico de Lucas. Si no involucraba dinero no le interesaba. Ella podía vivir con eso, pero la exasperaba que siempre estuviera buscando el ángulo para poder exprimir mejor a un cliente para hacerse con más verdes.

Llevó la copa de vino a sus labios. Estaba siendo injusta con él. No era diferente a cientos de otros profesionales en todo el mundo. Tan solo requería paciencia.

—¿A quién le toca lavar los platos hoy? —preguntó ella.

Lucas depositó el tenedor sobre la servilleta a un lado del plato.

—¿Por qué haces una pregunta para la cual ya sabes la respuesta? Te toca a ti.

Lucas se levantó de la mesa y tomó la copa con lo que quedaba de vino.

—Avísame cuando termines. Voy a revisar el seguro de vida. Tenemos que renovarlo esta semana.

Se agachó, le dio un beso en la frente y se alejó sin mirar atrás, rumbo al cuarto que usaba como oficina.

Se preguntó si en alguna parte del mundo sería legal ahorcar a la pareja.

Capítulo 6

El Salón de Profesores del Colegio Santa Rita era un poco más grande que su oficina. La misma ausencia de ventanas, pero la puerta era de vidrio esmerilado, lo que permitía la entrada de luz del exterior y distinguir cuando alguien se disponía a entrar en el salón.

Las paredes pintadas de un color melocotón claro estaban llenas, de extremo a extremo, con pósteres de diversos colores y algún tipo de mensaje motivacional.

¿Por qué renunciar si puedes intentarlo?

¡Voy a organizarme! Organizar no es otra cosa que colocar las cosas en orden.

Por un momento se sintió en su juventud, cuando trabajó en un restaurante de comida rápida para poder ayudar a sus padres a pagar los primeros semestres de la universidad. En la oficina del restaurante abundaban los mensajes de ese tipo.

Siempre atiende con una sonrisa.

Forma parte del equipo del éxito.

Después que se graduó, no podía pasar por delante de uno sin que la asaltaran los olores a aceite, la sensación de calor y los mensajes, cual ataque terrorista mental. Nunca volvió a poner los pies en uno de esos lugares.

Y ahora la misma sensación dentro de una escuela. Fantástico.

Sus ojos no podían evitar caer en los pósteres y en los mensajes que la rodeaban por los cuatro puntos cardinales. Ella era fiel creyente de la retroalimentación positiva y de la fuerza de la

motivación, pero quienquiera que fuera el decorador de interiores de la directora Rose, lo elevó al ámbito de una religión. Jamilen estaba segura de que más de la mitad de las personas que usaban ese lugar les prenderían fuego a esos papeles sin pestañear.

Llevaba cinco minutos allí y ya quería comprar un lanzallamas.

—Muy bien, licenciada. Ya estamos todos aquí. ¿En qué podemos ayudarla?

Sentados en idénticas sillas alrededor de ella estaban tres de los profesores que le dieron clases a Bianca y la directora del colegio, una señora de unos sesenta años, de grandes lentes y ropa oscura, abotonada hasta el cuello.

Si en el diccionario existía una definición de seriedad, la directora Rose tenía que aparecer como imagen representativa. Tal vez con una regla en la mano para darle estilo.

Jamilen abrió el fólder y sacó la foto de Bianca.

No sabía cuánta información se hallaba en poder de la directora Rose y de sus subalternos. Ella fue contactada por el mismo ministro Archibold y no era consciente de la información compartida, pero cuando llegó solo faltó que le pusieran una alfombra roja y pétalos de rosa al caminar.

Su jefe era un experto a la hora de suavizar el camino.

—¿La recuerdan? —preguntó Jamilen colocando la foto sobre la mesa—. Se llama Bianca Santamaría. Desapareció hace más de un mes y estoy ayudando a la familia.

Uno de los profesores extendió la mano y la tomó. La estudió y casi de inmediato la regresó a su lugar en la mesa.

—Huyó de casa. Sin dudas.

Era un señor mayor, delgado, con una guayabera color crema y el cabello peinado hacia atrás. Tenía tanta vaselina encima que parecía llevar un brillante casco en colores grises y blancos.

—Es una línea de investigación que sigue la policía, pero algunas de las cosas que me comentó la madre me obligan a pensar en otras alternativas. Por eso estoy aquí, solicitando su colaboración.

Se miraron, sin decir palabra. La directora Rose mantuvo sus ojos fijos en Jamilen.

—Continúe —dijo, ignorando la preocupación palpable en sus colegas—. ¿Qué desea saber?

—¿Quién de ustedes es el profesor Luis Arango?

El señor mayor que había hecho el comentario levantó la mano.

—¿Es usted el consejero del salón donde estaba Bianca?

—Así es. De ese salón y otros dos más. También soy el profesor de Ciencias Naturales y encargado del equipo de natación de la escuela. Son muchos alumnos, como comprenderá.

Estas palabras las dijo lanzando una osada mirada a la directora Rose, quien respondió de la forma que parecía manejar todas las quejas de sus subordinados.

Ignorándolo.

—¿Qué piensa de ella? —le preguntó Jamilen al profesor Arango.

—Que era una buscapleitos. Le tuve que llamar la atención en repetidas ocasiones y cité a su madre una o dos veces al colegio, pero nunca vino. Tengo a varios profesores como testigos de que Bianca era problemática y respondona. Se le llamaba la atención por no hacer sus obligaciones escolares y salía con tres piedras en la mano. Se le hacía una pregunta y su respuesta siempre tenía una o dos sílabas, no más de eso.

«Eso no me lo dijo Nancy», pensó Jamilen antes de continuar.

—¿Cuánto tiempo llevaba comportándose así?

—Por lo menos un año. Si me pregunta, todo comenzó después de la muerte de su padre.

—Yo no diría que tanto tiempo —dijo la persona sentada a su derecha. Una simpática joven de tez oscura—. Yo nunca tuve un problema con Bianca, pero sí noté el cambio de conducta. Ahora, eso fue no más de dos meses antes de la desaparición. Estoy segura.

—Lamento decirle que está equivocada —le contestó el profesor Arango.

—Yo no sé si tuviste problemas con ella antes —le respondió la joven—, pero conmigo no fueron más de dos meses.

—¿Usted es… —preguntó Jamilen.

—Milka. Milka Ramos. Soy la profesora de Matemáticas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Nada fuera de lo esperado en la mayoría de los adolescentes. Comenzó a ponerse rebelde. Dejó de traerme las tareas o las traía sin terminar. Casi no participaba en clases y ese sí fue un cambio evidente. Siempre fue una joven entusiasta y nunca le faltaba una opinión sobre el tema que fuera, rayando en la verborrea. Ahora parecía distraída.

—Según usted, todo se inició hace poco. ¿No cambió después del accidente? El accidente donde murió su padre.

—No tanto. Se la veía triste y apagada, pero aun así no dejó de cumplir con sus obligaciones. Era la misma de siempre, con menos de su energía habitual. Estoy segura, los cambios comenzaron hace poco.

—¿Se llegó a quejar de alguien o tuvo problemas con alguno de los otros alumnos?

—Varios —dijo el profesor Arango—. Una semana antes de que desapareciera tuvimos que dejarla castigada después de clase por meterse en una pelea con uno de sus compañeros. Un varón, ¿se imagina?

—Estás exagerando un poco, Luis. Tampoco fue para tanto.

Ahora intervenía el otro profesor. Una imagen a la inversa de Arango. De pecho ancho y barriga que le hacía competencia. Cara jovial. Parecía una versión académica de Santa Claus, sin la barba y el traje rojo.

—¿No fue para tanto? ¿Estás tomando tus medicamentos?

—Licenciada —dijo, ignorando a Arango—, la pelea ocurrió en mi clase y yo fui testigo de lo que pasó. En cierta forma, hasta entiendo la reacción en una joven como Bianca.

—Usted debe de ser el profesor… Caries.

—Correcto —dijo echándose para atrás en la silla y apoyando ambas manos en su amplia barriga—. Soy el profesor de Español. Llámeme Carlos.

«¿Carlos Carles?», pensó Jamilen. Algunas madres no piensan bien antes de ponerle el nombre a sus hijos.

—Estábamos en una clase de debates —siguió explicando el

profesor— y el tema era sobre discriminación de género. Los dividí en dos grupos, hombres contra mujeres, y la nombré presidenta del suyo. Todo iba bien, con una que otra reyerta sin importancia, hasta que entraron a tocar el tema de la violencia de género. Allí las cosas se pusieron algo calientes.

—¿Cómo de calientes? —consultó Jamilen. Ese tópico sonaba interesante, considerando sus sospechas. ¿Cómo reaccionaría alguien que está siendo víctima de abusos, que no se atreve a divulgar lo que le pasa y que de repente se ve en medio de una discusión sobre el tema?

—Bueno, cuando llegó el momento de la presentación, el grupo de las jóvenes designó a una de ellas para hablar. Esperaba que fuera Bianca. Siempre era la vocera en los debates, pero como le dijo la profesora Ramos, ella no era la misma desde hacía cierto tiempo. En fin, aunque me desilusionó un poco, ella no era mi única estudiante así que lo dejé pasar y seguimos con el debate. Como le dije, quitando unas palabras inapropiadas de más, todo iba bastante bien hasta que uno de los jóvenes hizo un comentario fuera de lugar.

—¿Qué dijo?

—Fue más bien un intento de chiste. Se estaba haciendo el gracioso e hizo una broma de mal gusto.

—¿Qué dijo? —insistió Jamilen.

—Por motivos evidentes no puedo decir quién era el otro. Voy a llamarlo Juan. ¿Le parece?

Jamilen asintió con un gesto. Quería saber el final de la historia.

—Bueno, Juan dijo que le parecía que estábamos haciendo demasiada bulla por unas cuantas mujeres maltratadas. El comentario no le gustó a ninguna de las jóvenes, en particular a Bianca. Por un momento, regresó a ser la misma de siempre.

—Pero ¿qué hizo?

—Le dijo a Juan que era un machista cavernícola y que no merecía tener ni una sola mujer en su vida. Que Panamá ocupaba el décimo lugar en el número de femicidios, lo cual es cierto, y que en nuestro país no se trataba de «unas cuantas mujeres maltratadas» sino de más de mil al año, lo cual también es cierto, y que obtuviera

sus datos antes de abrir la boca.

Jamilen podría haberle agregado algo más de picante a la respuesta. Bianca le caía bien.

—¿Eso fue todo?

—¡Claro que no! —resopló el profesor Arango—. Luego le saltó encima y empezó a atacarlo.

—No fue así —lo cortó Caries, molesto por la interrupción—. Bianca se sentó después del comentario, con el aplauso de sus compañeras. Todo habría terminado bien si Juan, para no perder del todo, no le hubiera expresado a Bianca, riendo, que mil mujeres maltratadas no son una gran cosa.

Jamilen no conocía a Juan y esperaba no hacerlo nunca. Era y, estaba segura, siempre sería un patán.

El profesor Caries percibió la expresión de Jamilen, pero continuó, quizás justificándose:

—Usted sabe cómo son los muchachos. Muchos de ellos se rieron y aplaudieron a su compañero por tener la última palabra. El alboroto formado por ellos me impidió ver la reacción de Bianca hasta que fue muy tarde.

—¿Me puede decir qué fue lo que hizo?

—Yo le diré qué hizo —terció el profesor Arango—. Saltó de su silla como una gata salvaje y se lanzó sobre… Juan… uñas por delante. Si otro de sus compañeros no logra atrapar a Bianca y separarlos, estoy seguro de que le hubiera arrancado los ojos.

—Oh, vamos. —Las voces de protesta de los otros dos profesores no se hicieron esperar.

—Fue un hecho infortunado —dijo la profesora Ramos— y sí, Bianca reaccionó con más energía de la necesaria, pero tampoco trató de «arrancarle» los ojos al muchacho. Le dio una merecida bofetada y, si fuera por mí, le faltó darle una buena patada en el…

—¡Profesora! —cortó la directora Rose—. Recuerde su lugar.

—Lo siento, pero no deja de ser cierto. Ese chiquillo se cree la última Coca-Cola en el desierto.

«Lo sabía», pensó Jamilen.

—Independientemente de los problemas de personalidad de un

adolescente —dijo el profesor Arango—, no olvidemos el hecho de que Bianca agredió a un estudiante.

—Tal vez, pero no pasó a mayores —le contestó Caries—. Uno de sus compañeros logró sujetarla hasta que se calmó. Luego, la convenció para que se sentara. Bianca le hizo caso, pero no levantó la cabeza ni habló el resto de la clase. Al terminar, le dije que fuera a ver a la directora Rose. Ella obedeció sin chistar y eso fue todo.

—¿Sin chistar? —dijo Arango—. Di las cosas como son. ¡Vamos, cuenta qué dijo!

—No debí presionarla en ese momento, pero pensé que era necesario plantar el ejemplo y le pedí a Bianca que, antes de irse, le pidiera disculpas a… Juan.

Jamilen no preguntó. Esperó que terminara la historia. Estaba comenzando a parecer una telenovela.

—Dijo que no lo haría y se fue.

—Sus palabras textuales fueron —dijo Arango— «prefiero que me frían en mantequilla caliente y me den de alimento a una rata con rabia, antes de pedir disculpas al desgraciado ese».

«Cada vez me cae mejor Bianca», pensó expresar Jamilen, pero en su lugar dijo:

—Muy colorido el comentario.

La profesora Ramos miró a Jamilen y sonrió de una forma tan sutil que nadie más se percató del intercambio. Para ella el mensaje fue claro.

«Usted y yo pensamos igual. Ninguna de las dos hubiéramos pedido disculpas».

—No sé si me equivoco —le dijo Jamilen al profesor Arango—, pero Bianca no parece caerle bien.

—Como dije al inicio, llevo un año lidiando con esa muchacha. Me jacto de tener mucha paciencia y al inicio se lo pasé por su duelo. Después de tres o cuatro meses, no hay excusas para ser una buscapleitos. No me importa el motivo.

—¿Algún otro hecho como el descrito por el profesor Caries?

—Muchos —respondió Arango.

—¿Me puede mencionar otro?

Arango clavó sus pequeños ojos en ella. Sus labios apretados en una línea recta que apenas permitía verlos como un color más pálido en su rostro.

—No soy un ábaco para llevar control de todo lo que pasa con cada alumno.

—Un ábaco —cortó la profesora Ramos— es un instrumento para contar, no para guardar información.

El profesor Arango se puso rojo como un tomate, mientras gruñía con desdén.

—Estaba siendo sarcástico.

—El sarcasmo no es excusa para no usar bien el idioma.

—¿Qué se ha creído…?

—Alto los dos. —La voz de la directora Rose cercenó las palabras de Arango, a quien no le quedó más remedio que tragarse lo que pensaba exclamar. Respiró hondo dos o tres veces antes de continuar.

—Como decía antes de ser groseramente interrumpido —una subrepticia mirada en dirección a la joven profesora—, tendrá que confiar en mí cuando le digo que fueron bastantes. Era una niña problemática. Siempre lo fue y siempre lo será. Considerando lo que pasó después, a las pruebas me remito.

Jamilen dirigió sus siguientes palabras al profesor Caries.

—Usted dijo que uno de los compañeros logró calmarla. Que reaccionó a tiempo.

—Correcto. ¿Por qué?

«Si él se dio cuenta y fue tan rápido —pensó—, quiere decir que la estaba mirando cuando ocurrió. ¿La estaba vigilando? ¿Estudiando? ¿Un novio desconocido?».

—¿Me puede decir su nombre?

—Seguro. Fue Darío. Darío Hinestroza.

Jamilen miró a la directora Rose quien, quitando el comentario efectuado a la profesora Ramos, se mantuvo en absoluto silencio durante toda la entrevista.

—¿Es el mismo chico del cual le pregunté?

—Exacto. Y está afuera.

—¿De qué están hablando? —preguntó Arango. Sus ojos destilaban suspicacia.

Jamilen prefirió ignorar la pregunta. Ese profesor la sacaba de sus casillas. El típico burócrata congelado en su fase anal.

—¿Podemos hacerlo pasar?

La directora Rose no respondió. Se levantó de la silla, caminó hasta la puerta y con una sola palabra llamó la atención de alguien afuera. Un joven de oscuros cabellos, recién entrado en la adolescencia, accedió al salón de profesores. Tenía una mirada desafiante, pero se veía que era puro teatro. Estaba asustado.

Llevaba los dos primeros botones de la camisa sueltos. Un lado de la camisa estaba más afuera de la correa que el otro y sus zapatos necesitaban un buen lustre.

La directora lo miró de arriba abajo, chasqueó los dedos y señaló los puntos que más parecían preocuparle en su vestimenta. El muchacho no dijo palabra, pero se arregló, y hasta se pasó la mano por el cabello en un vano intento de parecer peinado.

Contempló a los que estaban reunidos en el salón y luego sus ojos se deslizaron sobre las paredes y los pósteres en ellas. Una mueca despectiva en respuesta a la visión del muro de las motivaciones.

—Buenos días —dijo Jamilen dirigiéndose al joven—. ¿Eres Darío?

Con mirada sospechosa y el ceño fruncido movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Va a responder todas las preguntas que le haga la licenciada —dijo la directora Rose en un tono sonoro como un látigo— abriendo la boca y articulando cada palabra como lo ordena la Real Academia Española. ¿Me expliqué?

Darío iba a asentir, pero lo pensó mejor y contestó usando sus cuerdas vocales.

—Sí, directora Rose. —Luego, volvió su atención hacia Jamilen. Ella lo estudió sin decir palabra, antes de señalar la silla a su derecha.

—Por favor.

El joven caminó en su dirección sin pensarlo mucho. Se imaginó que cualquier lugar era mejor que estar al lado de la directora. Ya sentado, Jamilen se dirigió hacia los profesores.

—Ahora, les quiero pedir que nos dejen a solas. Necesito hablar con Darío en privado.

—Un momento —dijo el profesor Arango—. No creo que sea apropiado que interrogue a uno de nuestros estudiantes sin que uno de sus profesores esté presente. Me quiero ofrecer para ese trabajo de supervisión.

«Prefiero que me frían en mantequilla caliente», pensó Jamilen, recordando las palabras de Bianca.

—No voy a interrogarlo. No pertenezco a la policía. Quiero hablar con él y nuestra conversación girará en torno a Bianca. Mi trabajo es reunir información sobre ella para darle apoyo a una madre desesperada. No pretendo hacerle ni una sola pregunta personal. Solo quiero su impresión de Bianca y dudo de que pueda darla con absoluta sinceridad si sus profesores están presentes.

Arango se puso rojo y se volteó hacia la directora.

—Directora, quiero expresar mi más absoluta protesta.

—Arango, silencio —dijo la directora, con lo que el profesor cerró la boca, poniéndose más rojo. Luego a Jamilen—: Es un poco irregular, pero lo puedo permitir. Ahora, si me entero que le hizo alguna pregunta inapropiada, le garantizo que presentaré mi queja en persona al señor ministro.

Tras estas palabras se encaminó a la puerta y salió del salón, seguido por los tres profesores. El profesor Arango no pudo evitar lanzarle una última mirada de suspicacia, y la profesora Ramos salió aún con la sonrisa en los labios.

Cuando la puerta se cerró, Jamilen miró al joven Hinestroza. La expresión en su cara era de absoluto asombro.

—¿Cómo consiguió eso?

—¿Qué?

—Que «Larry»… digo, la directora Rose saliera del salón. No es el tipo de persona que le gusta hacer las cosas de otra forma que no sea la suya.

Jamilen cerró el fólder con la foto de Bianca en su interior. Deseaba prestarle su más absoluta atención al joven y hacer algo que profesores como Arango jamás harían.

Escucharlo.

—Digamos que ayuda mucho venir en representación de un ministro, más cuando este solicitó que me dieran absoluta libertad para trabajar.

—Sabia decisión.

—Gracias. Ahora, antes de iniciar, ¿qué apodo ibas a usar con la directora Rose?

Darío Hinestroza era de tez pálida, unas cuantas espinillas cubriéndole las mejillas. Ante la pregunta, su rostro tomó un aspecto cadavérico y se quedó sin habla. Sus ojos se dirigieron hacia la puerta.

—Tranquilo, no te pienso acusar. Yo también fui joven alguna vez.

—¿En serio?

—Muy gracioso —dijo Jamilen por lo bajo, con fingida molestia—. En mi escuela teníamos una profesora que usaba las vestimentas más estrafalarias que te puedas imaginar. Un día llegó con una falda hasta los tobillos, color dorado brillante, con una blusa plateada y zapatos blancos con medias negras.

A pesar de ser hombre, un género que en opinión de Jamilen no tenía la capacidad genética de combinar colores, pudo ver que le resultaba una mezcolanza horrenda.

—Y esa era su forma habitual de vestirse. Nosotros le decíamos «La Caja Fuerte».

La duda plasmada en su rostro requería solución.

—Nadie sabía la combinación.

Con estas palabras, Darío empezó a reír y se puso la mano en la boca, para evitar que el ruido saliera del salón.

—Tranquilo. La directora Rose no está aquí.

—Es cierto —le contestó Darío entre los dedos, riéndose todavía—, pero si escucha algo que suene a diversión, regresará para ver qué está pasando. Es mejor que piense que sigo asustado. Si

vuelve a entrar, no podrá sacarla, así se lo ordene la misma santa Rita.

Jamilen esperó a que Darío se calmara. Cuando logró controlarse explicó:

—A la directora Rose le decimos «Larry», para no decirle «La-Rinoceronte».

—¿La Rinoceronte?

—Sí. Grande, fea, impenetrable y no hay que estar en su camino cuando está molesta.

Jamilen no pudo evitar reírse también, pero siguiendo el consejo de Darío se tapó la boca. Era bueno saber que muchas cosas se mantenían sin cambios desde que ella estuvo en secundaria. Los adolescentes seguían teniendo una imaginación bastante ácida y certera sobre las personas.

Si ella fuera profesora, ¿qué apodo le pondrían? Con su suerte, algo alusivo a la muerte, lo más probable.

—A ver, Darío —continuó, para evitar caer en pensamientos más sombríos—. Me dijo el profesor Caries que tú fuiste quien controló a Bianca el día que se molestó con… bueno, con alguien a quien llamamos Juan.

—Sí. Fui yo. Y no fue Juan, fue Marcos. Marcos Lozano.

—Ya veo —dijo Jamilen, haciendo una nota mental de apuntar el nombre en una agenda que tenía en su oficina. Si algún día una mujer llegaba a su puerta con una queja de abuso de parte de una pareja con ese nombre, sabría que era cierta.

La gente no cambiaba. Era una verdad que a las personas no les gustaba aceptar.

—¿Eres amigo de Bianca?

—Eso creo. Éramos novios.

El tono le confirmó a Jamilen que era puro cuento, pero le siguió la corriente por el momento.

—¿Novios? ¿Desde cuándo?

—Uno o dos meses, más o menos.

—Entonces, su desaparición debe tenerte muy preocupado.

—Al inicio sí, pero luego me molestó. Debió decirme que iba a

huir. Yo la pude acompañar. Si no me quería con ella, bien. Pero ya me repuse. Además, no nos iba tan bien.

—¿No? ¿Por qué?

—Creo que estaba un poco tocada. No era normal.

—Creo que voy a necesitar que me aclares ese punto.

El joven agachó la cabeza y se puso a estudiar las líneas curvas que surcaban la superficie de la mesa.

—Nada de lo que me digas irá a parar a los oídos de la directora Rose. Prometido. Solo quiero tener una idea de quién era Bianca y, de ser posible, averiguar qué le pasó. Eso es todo. Ahora, comencemos con lo más básico. ¿De verdad fueron novios?

Darío levantó la mirada y suspiró en señal de resignación.

—Mire, Bianca era complicada. Comenzamos a salir hace dos meses. Ella fue la que se me acercó y me invitó a salir. Me gustaba, pero no pensé que yo le interesara. Me tomó por sorpresa.

—¿Qué te dijo?

—Se me acercó a la hora de la salida y me invitó a un helado. Ella era muy agradable y me gustaba. No pensé en negarme. A cada rato me ponía la mano sobre la muñeca o el brazo. Era muy cariñosa. Pensé que le gustaba. He leído que las mujeres dan señales muy confusas.

—Te voy a decir un secreto —le dijo Jamilen en tono conspiratorio—. No damos señales confusas. Ustedes no saben leerlas.

—Deberían venir con el diccionario incluido —murmuró Darío alzando los ojos—. En fin, salimos un par de veces. Bianca le decía a la mamá que iba a casa de una amiga o a estudiar, luego nos encontrábamos en algún *malí*. Cada vez se ponían más calientes las cosas, ¿sabe? y un buen día… bueno…

—¿Trataste de llegar a primera base?

Darío asintió.

—¿Lo conseguiste?

—Ponchado en el primer *inning*. Ni una bola siquiera.

Jamilen levantó la ceja ante esta expresión. Cuando Darío se percató de cómo se podían interpretar sus palabras, se puso rojo

hasta las orejas.

—No quise decir eso. Lo que traté de…

—Relájate. Entendí. Ahora, dime qué pasó.

—Un día fuimos al cine. No recuerdo la película, pero fue una semana antes de desaparecer. No es fácil, licenciada. Es más, por un tiempo pensé que la desaparición de Bianca era culpa mía.

Darío cerró la boca y volvió a bajar la mirada.

—Quiero que pienses en tu madre —dijo Jamilen en su tono más apacible.

Darío la miró con sorpresa. Ese abordaje no se lo esperaba.

—Quiero que pienses cómo se sentiría tu madre si desaparecieras un día, sin dejar rastro. Sin una llamada, sin una pista. Imagina el dolor que sentiría. ¿Qué crees que le pasaría?

Era una jugada peligrosa lo de apelar a sus sentimientos de esa forma. Si Darío era de los adolescentes que no toleraba a su madre, la estrategia se le iría al traste.

Para su fortuna, Darío, en una voz muy baja, determinó:

—Estaría devastada.

—Exacto. La mamá de Bianca está así. Lo que tú me digas puede ser vital para saber qué le pasó y si huyó por culpa tuya, no importa. Yo no diré lo que me digas. Lo que importa es que la mamá de Bianca sepa qué pasó.

Darío respiró hondo y exhaló con fuerza. Esto pareció darle la onza de valor que le faltaba.

—Muy bien, licenciada. Estábamos en el cine. La película comenzó y apagaron las luces. No era un estreno, así que la sala estaba casi vacía y nosotros nos sentamos en la última fila. En una escena Bianca se asustó y me tomó la mano y luego la dejó allí. Yo me comencé a sentir… bueno, usted sabe.

Jamilen sabía, pero lo dejó contar la historia a su ritmo. No lo interrumpió.

—Después de unos tres o cuatro minutos no aguanté más y decidí jugármela. Traté de besarla. La tomé por sorpresa, creo. Me trató de empujar con la mano, pero yo he visto en las películas que algunos besos comienzan así y luego… ¿Me comprende?

—Supongo que Bianca no reaccionó como en las películas —dijo Jamilen con más de dureza de lo que planeaba. Se imaginó a Bianca, víctima de abuso, tratando de tomar el control de una sola cosa en su vida, así fuera de su sexualidad. Decidiendo cuándo, cuánto y cómo con Darío. Y este trata de forzarla.

Mala idea.

—No, no reaccionó como en el cine. Se puso psicótica. Me comenzó a gritar a todo pulmón, me golpeó y pateó. ¿Quién me había creído? ¿Cómo me atrevía a tocarla? Las pocas personas que estaban en la sala se voltearon para ver el espectáculo y comenzaron a callarla. Se enojó más y salió corriendo del cine.

—¿No la seguiste?

—Claro que sí, pero cuando llegué a la puerta, Bianca no estaba en ninguna parte. En los días siguientes la evité a toda costa. Quise darle una semana para que se calmara antes de hablar con ella de nuevo. No hice nada malo y no creo merecerme la forma en que me trató, pero me caía bien. Luego me enteré de su desaparición.

—Y te sentiste culpable.

—Claro. No puedo dejar de pensar que, si me hubiera acercado a hablar con ella, tal vez para aclarar las cosas, nada de esto estaría pasando.

—Para tu tranquilidad —dijo Jamilen— dudo que hubiera hecho la diferencia. No te voy a mentir. No ayudó, pero tú no eres culpable de nada, excepto, quizás, de falta de tacto. Y espero que hayas aprendido una importante lección para el futuro.

Darío la miró con cara de absoluta incertidumbre.

—¿Cuál?

—A pesar de lo que digan por allí, la vida no es como las películas. Si una mujer dice que no, es no. Subrayado y en letras mayúsculas.

Darío sonrió y se tocó la sien con los dedos, como indicando que el dato estaba registrado en su cerebro. Luego, con una expresión más seria, preguntó:

—¿Estará bien? Hablo de Bianca.

Jamilen tomó el fólder y la pluma que se hallaba encima. Con la

punta golpeó la superficie de la mesa como si fuera el palillo de un tambor.

—No sé. Espero que sí.

Se detuvo un momento a pensar y recordó que le faltaba explorar un punto importante.

—Una última pregunta. La última llamada que hizo Bianca antes de irse de casa fue a ti. ¿Lo sabías?

Darío se quedó helado y su espalda se fue para atrás en el respaldar del asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Jamilen, asustada.

—Sí, sí… es solo que… no sabía que esa fue su última llamada.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Me dejó un mensaje en la grabadora. Lo escuché por la tarde, cuando terminé de jugar con mis amigos. Nadie se había percatado que la luz del contestador brillaba, lo cual es típico en mi casa. Cuando puse el mensaje, era la voz de Bianca. Decía que la disculpara por la forma en que me trató. Que era mercancía dañada y no tenía reparación. Que estaría mejor lejos de ella.

—¿Esas fueron sus palabras exactas?

«Mercancía dañada. Sin reparación».

—Palabras más, palabras menos, pero casi textuales —dijo, recordando las siguientes palabras del mensaje—. Además, me dijo que ya podía dejar de esconderme de ella en la escuela. Quería hablar conmigo al día siguiente, pero solo como amigos. Ya no podíamos salir juntos de nuevo.

Jamilen dejó caer la pluma sobre la mesa.

—Darío, necesito que te concentres. ¿Usó esas palabras?

—Como le dije, palabras más o menos.

—No, lo último que me contabas. ¿Usó la frase «al día siguiente»?

Darío pareció no comprender. De repente, la iluminación lo golpeó con fuerza.

—Si quería verme al día siguiente…

—No tenía planeado desaparecer —completó Jamilen.

Tenía que llevarle esa información al detective Morris y pronto.

Llevaban demasiado tiempo perdido. Guardó la pluma en su cartera y tomó el fólder con la mano.

—¿Allí terminaba el mensaje?

—Casi. Me dio las gracias por ser su amigo y se despidió diciendo algo bastante raro. Dijo que tenía que ir a ver a un fantasma.

—¿A un fantasma?

Darío alzó los hombros. Para él tenía tan poco sentido como para Jamilen.

Otra pieza en el rompecabezas.

Tal vez la policía tenía la información que hacía falta para que esa pieza encajara. Sin pensarlo mucho, se levantó de la silla y extendió la mano para estrechar la de Darío.

—Fue un placer conocerte, Darío Hinestroza. Si encontramos a Bianca, prometo decirle que fue gracias a ti.

Darío se volvió a sonrojar, pero la sonrisa en sus labios era genuina. Le apretó la mano con fuerza.

—Gracias. No permita que Bianca sea una estadística más. Al paso que vamos, si desaparece alguien más de mi promoción, me voy a graduar yo solo.

Jamilen se rio ante el ocurrente comentario, hasta que se percató del mensaje implícito en sus palabras.

«¿Si desaparece alguien más?».

—Disculpa, Darío —preguntó Jamilen, el corazón acelerando su ritmo con cada palabra—. Bianca es la primera niña que desaparece así en la escuela, ¿verdad?

—No, qué va, licenciada. Hace un tiempo desapareció otra compañera nuestra. Marta. Marta Cruz. Era amiga de Bianca y creo que eso la afectó bastante. El rumor es que huyó o la «huyeron» de casa porque estaba embarazada, pero nunca supimos la verdad. Es curioso. No pensé en ella hasta ahora.

—¿Recuerdas cuándo desapareció?

—Yo diría que hace unos tres o cuatro meses más o menos. En septiembre, si mi memoria no falla.

Cuando empezaron los problemas con Bianca.

El extraño se quitó los audífonos de la cabeza y los dejó caer sobre la mesa. Se pasó la mano por la nuca, palpando la tensión en los músculos del cuello. Sentía un peso en la parte alta de los hombros y sabía que no se le pasaría hasta que pudiera dormir, pero descansar ya no era una opción.

Nunca lo fue, pero ahora menos.

Tomó una lata negra y se bajó el resto del frío líquido de un solo trago. Sintió la energía entrar a su cuerpo y una pequeña porción del cansancio desapareció con el descenso del fluido por su garganta.

En frente de él, las tres computadoras y el equipo de grabación brillaban en pulsátiles luces de color rojo, azul y verde. Una constelación haciendo cabriolas ante el constante vibrar de circuitos y resistencias. Su propio universo de electrones y señales luminosas, bajo el absoluto control de sus dedos.

Al levantar la mirada, sus ojos se clavaron en la última escena editada. Algunas personas eran más fotogénicas que otras, pero no todos podían verse bien en video, ya fuera celuloide o formato digital. Por fortuna, los niños por regla general se veían muy bien en ambas.

Tomás no fue la excepción a la regla. Sus fotos habían recibido los puntajes más altos permitidos en el sitio y las peticiones de más no demoraron en llegar. Fue un éxito inmediato desde el momento en que el primer archivo fue colocado para acceso público.

El video que tenía en la pantalla no era menos que una obra de arte. Su tristeza era real y desgarradora a la vez. Todos los que lo vieran sentirían el dolor de cada día de su vida.

Ahora Tomás estaba en el cielo. Ya no sufría más. Sus lágrimas eran el único recuerdo del infierno.

Presionó el botón negro del reproductor. Los colores del monitor desaparecieron en una mancha oscura y la parte frontal se deslizó con suavidad. El extraño tomó el DVD con los dedos, cuidando no tocar su brillante superficie y lo colocó en el estuche que tenía abierto a su izquierda.

Al escuchar el chasquido que le indicaba que el disco estaba en su lugar, cerró la tapa. En la superficie de plástico del exterior colocó

una etiqueta en blanco. Con un marcador negro escribió «Tomás Solano».

Le dio la vuelta al estuche en la mano, sorprendido de cómo el mundo avanzaba. Las cosas que en su juventud ocupaban mucho espacio se iban reduciendo de tamaño. Recordaba las computadoras de antes, verdaderos tanques de alambres y resistencias. Hoy en día, ordenadores mil veces más rápidos cabían en la palma de su mano.

El calvario de toda una vida llenaba años de páginas en varios diarios. Ahora, se almacenaba en un disco que no ocupaba más espacio que una revista pequeña.

Sorprendente.

Colocó el estuche en un guarda CD color plata que se levantaba ostentoso al lado de la computadora. El ruido que hizo al tocar la pared posterior fue casi una señal del final de otra vida de dolor.

Desconectó el cable que mantenía conectado el equipo de grabación con la videocámara que usó para filmar las últimas palabras de Tomás. Lo depositó en un cajón del escritorio y tomó la videocámara. Sacó el pequeño disco, con el video original, y lo partió en dos, tirando los pedazos en el basurero a sus pies. Del cajón donde puso el cable sacó un pequeño estuche, le quitó el plástico y extrajo un nuevo disco que procedió a colocar en la videocámara.

Se levantó de la silla y bajó el interruptor en la pared. La habitación quedó apenas iluminada por las luces de los equipos electrónicos. Antes de cerrar la puerta del cuarto, lo último que vieron sus ojos fue el guarda CD color plata.

En su interior había tres discos.

Era momento de buscar al siguiente.

Jamilen se agachó delante de la lápida y con la mano retiró las delicadas flores amarillas que un árbol cercano dejó caer sobre la lustrosa superficie de mármol negro, donde se podían distinguir las letras talladas en relieve que marcaban el nombre del cuerpo que descansaba tres metros bajo la superficie.

NICOLÁS GRAEL

12 de septiembre de 2011 - 13 de septiembre de 2011

Esperado hijo.

En una caligrafía diferente pudo leer el mensaje que mandó agregar el día que fue a la funeraria a darle el visto bueno final a todo.

SIEMPRE ESTARÁS EN NUESTRO CORAZÓN.

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos y llegaron hasta sus labios. Estando allí, no tenía ningún motivo para inhibirse o frenarse. Si no podía llorar frente a la lápida de su hijo, no se imaginaba dónde podría.

Lucas permanecía de pie detrás de ella. Cuando su llanto comenzó a tornarse audible y los sollozos a escapar de su boca, sintió la mano de él caer con delicadeza sobre su hombro.

Jamilen inclinó la cabeza hacia un lado, atrapando la mano entre su hombro y la mejilla húmeda en lágrimas, y siguió llorando. A los pocos minutos lo sintió arrodillarse junto a ella. La rodeó con los brazos y permanecieron así por mucho tiempo. Podía sentir el aire caliente de su aliento sobre su cuello.

Jamilen perdió la noción de los minutos y no abrió los ojos hasta que la última lágrima se secó sobre su piel. Esperó en silencio a que Lucas la soltara. Aun cuando no podía verlo, sabía que sus ojos también estaban húmedos.

Unas pocas flores más cayeron sobre la oscura piedra, pero esta vez no las removió. El contraste era demasiado bello para no apreciarlo, pese a su dolor.

Tantos futuros posibles. Todos difuminados en una nube de humo por culpa de un misterioso virus.

Cuando sintió que Lucas la soltaba, se inclinó sobre la lápida y retiró del florero las flores marchitas de su última visita. Las colocó sobre su regazo y puso en su lugar unas margaritas nuevas. El olor era suave y fino. Esperaba que fuera del agrado de Nicolás.

No botó las flores marchitas. Le hicieron compañía a Nicolás y ahora eran parte de ella. Las guardaría de recuerdo en el baúl donde conservaba las cosas que le compraron, y todo lo que resultaba

significativo.

La foto del primer ultrasonido.

La tarjeta de invitación al *baby shower*.

La placa celeste que Carol, quien iba a ser la madrina, mandó dibujar para colocarla en la puerta del cuarto de Jamilen después del parto. La placa era de madera y en el centro tenía el diseño de un pequeño pingüino con un lacito en el cuello y un pañal que le quedaba grande. No podía recordar en qué momento Carol comenzó a llamarlo por el que sería su apodo hasta su nacimiento. Inclusive, Lucas hacia el final del embarazo, se refería a Nicolás por el apodo más que por su nombre.

«El pingüinito».

La ropita que compró para sacarlo del hospital. Ropita que nunca le llegó a poner, pues jamás salió de la unidad de cuidados intensivos.

Cerró los ojos y apretó los labios con fuerza. No iba a caer en la desesperación. Lucas tenía razón en ese sentido. Era hora de seguir adelante, como diría Walt Disney.

—Jami —escuchó a Lucas decirle en un tono más grave de lo habitual—, debemos irnos.

Jamilen no contestó, pero asintió con la cabeza. Se levantó con cuidado para no dañar las flores marchitas y se paró al lado de Lucas. Los dos permanecieron así, en silencio, contemplando el sitio de descanso eterno de su hijo.

—Adiós, pequeño pingüinito —dijo Jamilen con ternura—. Nos vemos pronto.

Apretó la cartera bajo el brazo, respiró hondo y se dio la vuelta. No dio ni cinco pasos cuando se percató de que Lucas no estaba a su lado.

Extrañada, miró por encima del hombro y se encontró con una escena que no se esperaba.

Lucas estaba arrodillado, con la cabeza apoyada contra el borde de la lápida. Parecía estar rezando, pero desde esa distancia Jamilen podía escuchar los sollozos.

Hizo lo único que podía hacer. Regresó sobre sus pasos, se

agachó al lado de su esposo y lo abrazó con fuerza.

Capítulo 7

El niño y la madre se perdieron detrás de la puerta que daba a los baños.

El extraño bajó los binoculares y los dejó caer sobre su regazo. Con la mano derecha tomó la lata de Red Bull y se la llevó a los labios sin quitar la vista de la puerta que se cerraba.

Las paredes de vidrio del café le permitían una visión completa del interior. La gasolinera, por lo general bastante concurrida, se hallaba casi vacía en ese momento. Un solo empleado se encargaba de la atención detrás de la caja registradora. El otro, sin el más mínimo interés de aparentar lo contrario, yacía echado sobre una de las mesas viendo las noticias de la mañana.

Empezó a golpear los prismáticos sobre su rodilla derecha. No le gustaba la idea de no poder saber lo que estaba pasando. Debía ser cuidadoso. Tenía que mantener la calma.

Un Prius azul se estacionó al lado de su carro y una jovencita de dieciocho años se bajó. Iba vestida para una larga tanda de *spinning* o algún otro tipo de ejercicio de alto impacto. Al entrar en el café, el empleado tirado sobre la mesa se levantó de un salto y, pasándose las dos manos por el cabello cual peinilla, ofreció su ayuda a la joven del leotardo negro.

Todo se reducía a prioridades. Cada persona en el planeta perseguía sus metas, según una lista particular. Para algunos, el dinero. Para otros, la fama. Unos pocos, el bien de sus semejantes.

Para el extraño, lo más importante en la vida eran los niños.

La puerta del baño se abrió. El pequeño iba con la cabeza gacha y, desde lejos, se veía que había estado llorando. La madre lo tenía agarrado por el brazo y lo llevaba a la par, aun cuando sus pasos siempre lo dejaban rezagado. Cuando esto ocurría, la madre lo halaba en su dirección.

José. Se llamaba José.

La puerta principal de vidrio se abrió y ambos salieron. Se perdieron en la oscuridad de su auto. Las luces traseras se prendieron y comenzó a retroceder.

El extraño tiró los binoculares en el asiento de al lado y los siguió.

Si la rutina se mantenía, y no tenía motivos para sospechar que la madre haría lo contrario hoy, la siguiente parada sería el salón de belleza en el centro comercial. Allí se sentaría para recibir un tratamiento completo de manicura y pedicura. Se relajaría, mientras la mimaban y le masajeaban los pies.

Durante esas dos horas, el pequeño se quedaría sentado en una silla leyendo las gastadas revistas de modas y variedades que llenaban la mesa cerca de la entrada. Ya debía sabérselas de memoria.

La única forma de poder ignorar el hambre era leyendo. Su madre lo pasaba a recoger antes del almuerzo y no lo llevaba a la casa hasta después de terminar su terapia de belleza. Para cuando eso ocurriera, José tendría el estómago pegado a la columna y el abdomen distendido por los gases.

La madre le haría un emparedado de queso amarillo con pan blanco y se pegaría el auricular del teléfono a la oreja durante las siguientes tres horas, mientras comía cual cerdo hambriento de lo que encontrara en la refrigeradora. José se encerraría en su habitación y se pondría a hacer las tareas.

Jamás faltaba a la escuela y nunca llegaba sin todos sus deberes, hechos en una letra pulcra y fina.

Se preguntó cuánto tiempo seguiría siendo tan ordenado. Si era una cuestión inherente a su personalidad o una consecuencia del entorno. Al final, el tiempo tenía la última palabra.

Gota a gota se podía destruir un muro de concreto.

No importaba. Pronto lo sacaría de ese mundo, arrebatándoselo al ser que se hacía llamar su madre. En pocos días lo sacaría de ese infierno y lo llevaría al suyo.

A la izquierda, Bianca Santamaría.

A la derecha, Marta Cruz.

Podía ver cómo se movían los ojos del detective jefe, Paulo Valero, de una foto a la otra. Su mirada se concentraba en los detalles. Color de cabellos, rasgos físicos, expresión facial. Mientras tanto, los detectives Morris e Ibáñez leían los documentos correspondientes a la desaparición de Marta Cruz. Ibáñez con un poco más de concentración que su compañero, quien de forma periódica la estudiaba a ella.

Jamilen pretendía no darse cuenta, pero podía sentir el peso de esa mirada gris cuando sus ojos se desviaban de la lectura en su dirección. En general detestaba que se le quedaran mirando por mucho tiempo y tenía que recurrir a la paciencia de un maestro Jedi cuando atrapaba a miembros del sexo opuesto haciendo eso. Por alguna razón fuera de su entendimiento, en esta ocasión el acto no despertó sus instintos asesinos ni la molestó. Incluso, un escalofrío recorrió de forma muy delicada su espalda cuando se percató.

Valero se recostó contra su asiento y sus dedos empezaron a tamborilear sobre la superficie de madera del escritorio, como si el rítmico sonido pudiera sincronizar sus pensamientos de alguna forma y darle otro sentido a la imagen que debía de estarse formando en su cabeza.

—Veo a qué se refiere, licenciada —dijo, llevándose la mano a los ojos, en señal de cansancio y resignación.

Cuando Jamilen terminó de hablar con Darío, se reunió de nuevo con la directora Rose y hablaron de la otra joven desaparecida. Salió de la escuela con una foto de Marta Cruz y una descarga de adrenalina circulando por todo su cuerpo.

Marta y Bianca podían pasar por hermanas gemelas.

Mismos rasgos, similar color de ojos, mismo color de cabello.

Eso se salía del ámbito de la casualidad y apuntaba a un escenario mucho más peligroso.

Que dos jóvenes con rasgos físicos muy similares, dentro del mismo rango de edad, alumnas de la misma escuela y que las dos desaparecieran en un periodo tan corto ya de por sí era algo malo.

Que una de ellas, lo más probable, fuera víctima de algún tipo de abuso sexual lo dejaba a uno pensando.

—Entonces, licenciada Lasso —dijo Valero suspendiendo de forma súbita el tamborileo—. ¿Tiene alguna otra prueba?

—El abuso sexual es muy difícil de probar, pero el comportamiento de Bianca antes de su desaparición apunta en esa dirección. Incluso, explicaría por qué huyó de casa.

—¿Piensa que huyó? —preguntó el detective Morris.

—Era una posibilidad, pero no estoy tan segura ahora. Con Marta Cruz en el cuadro, creo que debemos considerar la posibilidad de que una misma persona abusara de ambas. De ser así, tal vez ninguna de las dos huyó.

—¿Cómo sabemos siquiera que Marta Cruz sufrió abusos? —preguntó Ibáñez.

—No lo sabemos. No conozco a la familia ni he ido a su casa, por lo que no tengo patrón de referencia. Es solo una suposición, pero considerando las consecuencias de estar en lo cierto, prefiero pensar mal. El abuso sexual es un crimen violento en particular. Las pasiones tienen la tendencia a salirse de control.

El jefe Valero suspiró hondo. No podía rechazar su lógica y él lo sabía.

—Muy bien, ¿quién manejó el caso de Marta Cruz?

—Iván y Baule. Antes de jubilarse. Ultimo caso.

—¿Hablaste con ellos?

—Seguro —dijo Morris—. Todo lo que me dijeron estaba en el reporte. Además, usted conoce a Iván. Prefiero el reporte.

Valero e Ibáñez se rieron por lo bajo. Al parecer era una especie de chiste interno.

—¿Algo que llamara su atención? —consultó Valero.

Morris miró a Jamilen. La intensidad de la mirada estaba allí,

pero percibía que había más.

Convencimiento.

—Sí. Algunas cosas me parecieron… curiosas.

—Por favor, explíquese.

—Bien, Marta parecía el modelo de la chica que huiría de casa. Nunca fue estudiante del cuadro de honor, ni siquiera promedio, y en los últimos meses las cosas iban de mal en peor. De un completo desdeño por la escuela a peleas con sus compañeros y maestros. Sus padres casi tenían tarjeta de «visitante frecuente» por sus constantes citaciones a la oficina de la directora Rose. Se le llegó a solicitar evaluación psiquiátrica y se diagnosticó como un cuadro depresivo. Estaba con tratamiento farmacológico cuando desapareció. Iván y Baule asumieron que eso era más que prueba suficiente y le dieron manejo de rutina.

—O sea, lo mínimo necesario —dijo Valero, molesto—. No importa. ¿Por qué dices que hay algo raro?

—A eso voy —dijo Morris—. Cuando fuimos a su casa, soy sincero, no vimos nada que llamara la atención. La típica habitación de las adolescentes. Color lila, cortinas blancas en las ventanas, pósteres de grupos que no conozco. Como le dije, lo esperado.

—¿Entonces?

—Fueron los pósteres lo que llamaron mi atención, pero no caí en los detalles hasta mucho después. Casi todos eran de un grupo llamado Los Hijos de Nadie. Tuve que buscarlos por internet. Rock alternativo —dijo leyendo de la libreta que tenía en la mano— con influencias del *jazz* clásico. Escuché una canción. No entendí una sola palabra, pero no soy adolescente.

—Nunca lo fuiste —le dijo Ibáñez—. Tú naciste de treinta años y con la placa en el pañal.

Morris lo ignoró, torciendo los ojos.

—En fin, seguimos revisando su cuarto. Nada del otro mundo. Su computadora no tenía fotos comprometedoras, ni videos triple equis. Una de las cosas que más llamó nuestra atención fue que el historial de visitas estaba vacío, pero los de Informática están trabajando en eso. Encontramos un archivo lleno de canciones que

debieron de ser bajadas de internet. Por supuesto, tenía todas las canciones de Los Hijos de Nadie. No encontramos cartas de novios o citaciones a escondidas. Su ropa era sencilla. Nada llamativo. Eso fue hasta que abrimos el cajón de su aparador.

—¿Qué encontraron?

—Marta desapareció en el mes de septiembre. El catorce de septiembre, para ser exactos. Resulta que el dieciséis de septiembre cierto grupo tenía programado un concierto aquí en Panamá y Marta tenía un boleto en VIP.

—Déjeme adivinar —dijo Jamilen—. Los Hijos de Nadie.

—Bingo. El boleto, según la mamá, se lo ganó en una promoción radial. Para alguien que parecía tener tan mala suerte, al fin la vida le sonrió. Boleto VIP, con opción de conocer a los integrantes de la banda. Según sus padres, estaba estática los días antes del concierto. Recuerden que estaba bajo tratamiento, así que estaba mucho más animada. No dejaba de hablar del grupo y del concierto. Maestros y compañeros de escuela nos confirmaron que solo podía hablar del bendito concierto y de lo suertuda que resultó. Era feliz, tal vez por primera vez en mucho tiempo.

—Y dos días antes del concierto de su vida, huye de casa sin mirar atrás —sopesó Jamilen.

—Y sin el boleto. Lo dejó dentro del cajón donde lo colocó el día que se lo entregaron. Ahora, mi pregunta es, si eres una adolescente y tu grupo favorito viene a Panamá y tienes la opción de ir al concierto en primera fila y de conocer a todos los integrantes, por más espantosa que fuera la vida y si tu plan final era huir de casa, ¿lo harías antes o después del concierto?

Jamilen comprendía el punto de vista de Morris. Cualquier adolescente hubiera ido al concierto primero. Los planes, los haría después.

—Así que —dijo Valero como si masticara las palabras— o Marta fue privada de su libertad por persona o personas desconocidas o algo muy importante o peligroso la hizo huir de casa, a pesar del concierto.

—Las prioridades de los adolescentes no son muy lógicas —dijo

Ibáñez.

—Si Marta estaba siendo víctima de abuso sexual —dijo Jamilen sin mirar a nadie en particular— sus prioridades no serían las habituales. Estaría en modo de sobrevivencia. No es fácil hacer sentir a alguien el peligro, cuando toda su vida es una amenaza constante.

—Eso puede ser cierto —dijo Morris, pensativo—, pero la realidad es que, a pesar de todo eso, Marta Cruz salió de su casa ese día rumbo a la escuela y jamás llegó a su destino.

Jamilen no pudo dejar de pensar lo mucho que puede cambiar la vida en un instante. No solo una vida. Con la desaparición de Marta, así como las olas de una piedra que cae a un lago, las repercusiones se extendieron a límites insospechados.

Prueba de eso era Bianca Santamaría.

—¿El padre? —preguntó Jamilen—. ¿Puede estar involucrado?

Morris e Ibáñez contestaron casi al unísono.

—No.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —preguntó, sorprendida.

—Podemos estar equivocados, por supuesto —dijo Ibáñez—, pero no fue nuestra impresión. Ambos estaban preocupados, pero el padre tendría que ser el mejor actor del mundo para representar con realismo el dolor que se le veía en el rostro. Hemos tenido nuestra porción de mentirosos… El señor Cruz no es uno de ellos.

—El padre llamaba dos veces por semana —dijo Morris completando la información— por lo menos, para preguntar cómo iba la investigación. Hace dos días, después que la licenciada Lasso nos contara sus sospechas, fuimos a la casa de los Cruz. Calculo que conté no menos de ocho o nueve avisos de «Se busca» con la foto de Marta en varios postes o paredes de los alrededores. ¿Qué ganaba haciendo eso? Nunca fue un sospechoso de peso, así que para qué el teatro si no era genuino.

—De todas formas —dijo Ibáñez— no lo hemos descartado del todo, pero no es una persona de interés.

—Muy bien —dijo Valero—, la pregunta de los quinientos pesos es ¿qué hacemos ahora? ¿Alguna sugerencia, licenciada?

La pregunta la tomó por sorpresa. Se imaginó luchando para conseguir un lugar decente dentro de la investigación, gracias a su esfuerzo y contribuciones. Lo más probable era que estaba viendo los efectos de la llamada del señor ministro al jefe Valero. Jamilen tuvo la precaución de informarle lo que había averiguado después de hablar con Morris e Ibáñez. Él prometió asegurarse de que se le diera la importancia debida.

La reunión fue convocada por el mismo Valero 48 horas después de la llamada.

—Quisiera conocer a los padres de Marta. Necesito hablar con ellos. Muchas de mis ideas parten de la posibilidad del abuso sexual de Marta Cruz, pero no tengo pruebas concretas. Espero que ellos me iluminen un poco al respecto. Además, si ambas fueron víctimas del mismo individuo, es alguien en su círculo cercano. Eso deja la familia y la escuela.

—¿Alguno de los profesores? —preguntó Valero.

—Es una posibilidad. Sin embargo, eran amigas, así que podría ser un familiar o algún conocido en alguna de las dos casas. Hay muchas posibilidades. Tenemos que reducirlas de alguna forma.

Valero dirigió su atención a sus detectives:

—Ustedes dos acompañarán a la licenciada Lasso a la casa de los Cruz. Si averiguan algo, quiero saberlo de inmediato.

«Para llamar al ministro e informarle, por supuesto», pensó Jamilen.

—Digan que la licenciada Lasso forma parte de un nuevo programa de apoyo a los familiares de personas desaparecidas. Eso explicaría su presencia y le daría la excusa que necesita para poder hacer las preguntas pertinentes. Considerando lo que ustedes me han contado del padre, hasta podría ser una buena idea.

Y así, sin buscarlo siquiera, fue asignada al Departamento de Personas Desaparecidas mientras durara la investigación del caso Cruz y Santamaría.

Sus compañeros de trabajo se levantaron de la mesa. Morris tomó el fólder con el reporte del caso Cruz y se lo colocó bajo el brazo. Con la otra mano, le señaló a Jamilen que lo siguiera.

Cerca de la puerta sintió la mirada de Morris sobre ella y una ola de calor le recorrió la espalda. Una sonrisa empezó a aflorar en sus labios, pero la detuvo en seco. Se estaba comportando como una adolescente.

Capítulo 8

Jamilen no conocía la dirección de la familia Cruz, así que los tres fueron en el mismo vehículo. Un Ford Taurus color rojo, propiedad del detective Morris. Ella en el puesto del pasajero, con la clara y silenciosa objeción del detective Ibáñez, quien se vio obligado a ir en el asiento trasero.

El interior del auto era bastante cómodo, pero lo que llamó la atención de Jamilen fue su pulcritud. No se veía un rayón en ninguna parte, ni polvo encima de ninguna superficie, fuera vidrio o plástico. No vio papeles tirados en el piso o colocados entre los asientos, que lucían limpios y aspirados. El ambiente del interior olía a fresco, con una muy tenue esencia a sándalo.

El detective Morris cuidaba mucho su auto o era una persona enemiga del desorden o la suciedad. Basándose en su vestimenta las veces que lo había visto, estaba inclinada por la segunda opción.

Una cosa más que compartía con él. Curioso.

—Detective Morris —dijo Jamilen, colocándose el cinturón de seguridad—. ¿Me haría un favor?

—Lo que sea, licenciada —dijo arrancando el motor y mirándola con el rabillo del ojo.

«No seas tan obvio», pensó.

Luego dijo, en voz alta:

—¿Podríamos ir a la escuela primero?

—Seguro. ¿Puedo preguntar por qué?

—Quiero ver algo. Estoy siguiendo una corazonada.

Una idea que daba vueltas en su cabeza desde que salieron de la oficina. Morris alzó los hombros, para luego acelerar y entrar en el tráfico rumbo al Colegio Santa Rita.

Por fortuna, a esa hora el tráfico todavía no se tornaba caótico, y el viaje no tomó más de quince minutos. El detective Morris se disponía a entrar en los estacionamientos del colegio, cuando Jamilen le indicó que no lo hiciera.

—Vamos a la casa de la familia Cruz.

Morris detuvo el auto y giró el cuerpo, clavando toda la intensidad de su mirada en ella. No parecía estar muy complacido.

—¿A qué juega, licenciada? Íbamos a ir primero allá y usted me pidió que…

—No se ofusque —dijo con su sonrisa más cautivadora—. Teníamos que llegar aquí primero. Ahora, tenemos que ir a casa de los Cruz. Desde aquí.

Decidió incluir a Ibáñez en la conversación. Permanecía muy callado en el asiento y no quería tener detrás a alguien molesto con ella. Podían tacharla de paranoica, pero su sentido de sobrevivencia ganó la discusión al final.

—¿Cuál es la ruta más corta desde este punto a la casa de Marta? —le preguntó a Ibáñez.

El detective, aún con el ceño fruncido, hizo los cálculos en su cabeza.

—Es casi una línea recta. No más de seis o siete cuadras.

Jamilen dirigió su atención de nuevo a Morris.

—Entonces, sígala. En el camino le digo qué estoy pensando.

Ambos se quedaron mirándola. El auto permaneció en neutral.

—Confíen en mí. Lo más que puede pasar es que me equivoque.

—Gran consuelo —dijo Ibáñez, pero se echó para atrás y se puso cómodo. Esto pareció encender un interruptor en Morris, que se acomodó en su asiento y pisó el acelerador, rumbo a casa de Marta Cruz. Después de pasada la segunda cuadra, Jamilen habló.

—Si Marta caminaba todos los días de su casa a la escuela, lo más probable es que siguiera siempre esta ruta, ¿cierto?

Morris no respondió, pero asintió.

—Por lo tanto, estamos siguiendo el camino que ella recorrió ese día cuando salió de su casa y no llegó al colegio. La lógica dice que, si alguien se la llevó, lo hizo en esta ruta.

—Eso ya lo pensamos, licenciada —dijo Ibáñez a sus espaldas—. No hay forma de saber dónde ocurrió.

—No me tenían a mí la primera vez que vinieron —respondió ella con seguridad y un guiño.

Lo más probable era que Ibáñez alzara los ojos en señal de irritación. Morris sonrió cómplice.

«Bien, ya no está molesto».

La vía era un interminable camino con casas tipo dúplex a ambos lados de la carretera y autos estacionados en las aceras que dificultaban el tráfico. Cada cuadra parecía una copia de la anterior, hasta el punto de que Jamilen sintió que estaban dando vueltas en círculo y regresando por el mismo camino.

Después de la quinta cuadra, vio el pequeño parque. Un espacio abierto con árboles y unos cuantos juegos para niños.

—Estacione, por favor —dijo señalando un espacio vacío en la acera adyacente.

Morris, sin perder el ritmo, giró el timón y se estacionó en el sitio indicado. Jamilen abrió la puerta del auto y se bajó. Siendo día de escuela y temprano en la mañana, el parque estaba vacío. Una fría corriente de aire acarició su piel al entrar en el dominio de las sombras ofertadas por las altas copas de los árboles. El canto de unas pocas aves se escuchaba por encima del ruido de los autos que transitaban por allí.

—Licenciada —casi gritó Morris detrás de ella.

Ibáñez decidió quedarse dentro del auto, descansando. Jamilen se detuvo y lo esperó.

—Yo he pasado por aquí antes —dijo mirando a su alrededor— y estoy segura de que es el único espacio abierto entre la casa y la escuela.

—Tiene razón —dijo Morris parándose a su lado—. Es el único espacio como usted dice, pero eso no quiere decir que aquí fue el secuestro, si eso fue lo que ocurrió. Pudo haber pasado en cualquier

parte.

—No. Fue aquí.

Morris se movió hasta quedar parado en frente de ella. Por su altura, se vio obligada a levantar la mirada, pero se mantuvo firme en su sitio.

—¿Cómo puede estar tan segura? Son siete cuadras. Cientos de metros de carretera.

—Marta Cruz salió de su casa temprano en la mañana rumbo a la escuela. ¿Se sabe a qué hora?

—La madre piensa que fue como a las seis y media de la mañana. Las clases empezaban a las siete, así que siempre salía de casa treinta minutos antes.

—Podemos asumir que el secuestrador lo sabía y se pudo programar con tiempo. ¿Qué lugar escogería usted?

Morris miró el parque, considerando la pregunta.

—Este es un buen lugar, le doy la razón. Lo malo es que no es el único.

—Tal vez —dijo, atreviéndose a tocar su muñeca con los dedos en un delicado golpe—. ¿Usted ha pasado por esa calle a las seis y media de la mañana?

Morris quitó los ojos del punto donde lo tocaron y le prestó atención.

—No. No es mi ruta.

—Yo sí la he tomado. A esa hora el tránsito es bastante movido. Es lento, pero puede estar seguro que muchos carros transitan por aquí. Cualquier persona que planeara un secuestro tendría que estar loca para intentarlo en la calle. Lo verían con seguridad, por más rápido que fuera.

—El carro podía estar estacionado en la acera —dijo con lentitud—. Un vans sería perfecto y si tiene un cómplice, todo lo que tenían que hacer era esperar a que ella pasara.

—Las aceras están en la mañana llenas de autos de las personas que viven en las casas. Es una de las razones por las que el tráfico por estas calles es tan pesado. Yo procuro evitar, hasta la muerte, usar estas vías.

Morris miró hacia los autos estacionados. Luego, regresó su atención al parque.

—Confíe en mí, detective —dijo Jamilen estudiando el lugar—. No conozco el lugar exacto donde vivía Marta, pero ese sería el primer lugar que habría que investigar.

—No refuto su lógica —dijo Morris—, pero ¿qué podemos hacer? Ya han pasado varios meses desde su desaparición. Cualquier pista que pudiera haber dejado el secuestrador desapareció hace mucho tiempo.

—¿Tiene que pagar sus impuestos?

Morris la miró, confuso.

—¿Qué? Claro que no.

—¿Se está muriendo?

Morris captó y torció la boca en un gesto de resignación.

—Entiendo. Bien. Esta es su fiesta. Echemos un ojo, ¿le parece?

Jamilen movió la cabeza de un extremo al otro del parque. Hacia su derecha, rodeado por una cerca de ciclón y cubierto de fina arena, una sección con juegos de niños. Dos columpios se mecían con la suave brisa matutina, fuera de ritmo. Una rueda giratoria descansaba con pesadez, desarticulada. Un tobogán de plástico azul, rasgado por los lados, completaba la escena.

Lejos de la cerca, surcando todo el parque, pequeñas veredas de cemento y piedra permitían a los visitantes caminar sin pisar la tierra ni la grama. A los lados, cada cierta distancia, bancas de madera oscura y armazón de hierro permitían descansar a la sombra de los árboles a los que usaban el parque, dejándolos soñar por unos pocos minutos que estaban en otro lugar, lejos de esa jungla de cemento y hierro.

Pequeños arbustos a los lados de la vereda, llenos con pequeñas flores en rojo, blanco y amarillo, daban color al peculiar paisaje. A simple vista, no localizó un sitio que pudiera servir para que una persona acechara a un niño. El parque no fue diseñado con ese propósito, sino para dar la sensación de un campo abierto. Sin escondites.

«Te equivocaste», se dijo desanimada. Tendría que reconocerle

al detective Morris su equivocación y eso la mortificaba más de lo que estaba dispuesta a aceptar.

En ese momento, sus ojos se enfocaron sobre una esquina lejana del parque. En esta sección, un grupo de árboles crecían muy cercanos y los arbustos a su alrededor formaban un pequeño muro. Delicadas flores blancas contrastaban con el verdor de la muralla. Jamilen calculó que esa peculiar distribución de hojas y ramas le permitirían a alguien agachado permanecer oculto por el tiempo que fuera necesario. Justo detrás pasaba la calle, lo que brindaba una ruta fácil de escape.

—Detective Morris —comenzó a decir Jamilen, pero él la detuvo con un ademán.

—Angelo. Mi nombre es Angelo. Considerando que esta investigación es tanto suya como mía y sus ideas han sido de alguna utilidad…

—¿Alguna?

—Vale. Mucha utilidad. Con eso en mente, pienso que nuestra relación pasó a un nuevo nivel y…

—No sabía que teníamos una relación —dijo en un tono formal.

El detective Morris se puso de todos los colores, con predominio de las tonalidades en rojo.

—No quise decir… lo que trataba de mencionar, licenciada… usted…

Jamilen, en un movimiento que la tomó por sorpresa incluso a ella, extendió la mano y colocó el dedo índice de la mano derecha sobre sus labios, por dos segundos.

—Shhhh. Entendí. Tranquilo… y mi nombre es Jamilen, no licenciada.

Sin otra palabra y sin mirar atrás, retiró el dedo y caminó en la dirección del grupo de árboles, sobre una de las veredas de cemento. Como se lo imaginaba, el sendero pasaba casi al lado del punto que llamara su atención.

—Angelo —dijo Jamilen, cuando el detective la alcanzó—, lo que trataba de decir o señalar era este punto. De todo el parque, creo que es el único que puede servir como puesto de vigilancia. Si

usted fuera el secuestrador, usando este lugar, ¿cómo haría para atraparla?

El detective estudió el grupo de árboles y los arbustos sin moverse. Luego, caminó alrededor, estudiando el lugar y sus relaciones circundantes.

—Desde que metió en mi cabeza la posibilidad de que Marta hubiera sido capturada aquí —dijo sin dejar de caminar— este me pareció el lugar indicado. Los árboles forman un espacio natural del tamaño suficiente como para que dos o tres adultos pudieran guarecerse. Los arbustos cubren los espacios y sirven de barrera permanente para cualquiera, con tal de permanecer agachado o de rodillas. Licen… digo, Jamilen, si el secuestro fue en este parque, aquí fue donde se escondió el secuestrador.

Angelo se acercó más al arbusto y miró por encima de ellos.

—¿Quiere hacer los honores?

Jamilen lo miró con cara de absoluta incredulidad.

—¿Pretende que entre allí?

—Fue su idea.

Jamilen miró el nicho natural y se negó con la cabeza.

—Usted es el experto. No quiero ser culpable de dañar nada que nos pudiera ayudar. Le cedo el honor.

—Ahora soy el experto —masculló Angelo sonriendo. Levantó los brazos para que las ramas no lo lastimaran y se empujó hasta quedar dentro del círculo de ramas. Una vez adentro, pudo girar y moverse en su interior sin mayores problemas. Se estiró desde el interior y sus brazos llegaban sin problema al nivel de la vereda.

—Una persona de mediano tamaño —dijo Angelo enderezándose— podría saltar y agarrar a alguien caminando por aquí. No me parece difícil, pero esperaría que la víctima gritara o peleara al sentirse atacada.

—Tal vez la incapacita primero —dijo Jamilen, estudiando la escena como un problema por resolver—. Se levanta, un golpe en la cabeza para aturdir a la víctima y la hala al interior del círculo. De allí solo le queda esperar el momento oportuno para sacarla y llevarla a su auto.

Jamilen señaló hacia la calle a pocos metros.

—Si el carro estuviera en esa acera, la distancia sería bastante corta. Poco riesgo de ser observado.

—Aunque no lo creas, llevarse a alguien no es tan difícil. Es más, es probable que fueran vistos por alguien y esta persona no sospechara en lo más mínimo.

—¿Hablas en serio?

—Seguro. El asaltante se levanta en el momento justo y la golpea, para aturdiría. Sale de entre los árboles, arma en mano. Se la coloca en la espalda a Marta y le dice que camine. Atolondrada por el golpe y bajo la amenaza, hará lo que se le ordene. Si el asaltante se le acerca lo suficiente, al observador casual le parecerá una pareja caminando por el parque. Fin de la historia.

—Puede ser.

—Es mi experiencia —dijo Angelo asimilando los detalles del lugar con la atención que se le presta a la escena de un crimen— que la gran mayoría de las personas prefieren no ver el mal que ocurre a su alrededor y, sea de forma consciente o no, le dan interpretaciones banales a situaciones que deberían encender alarmas de advertencia en su cabeza.

Jamilen no dijo nada, pero sabía que era verdad. En decenas de ocasiones escuchó a padres explicar cómo no se enteraron de que un vecino, familiar o incluso el cónyuge abusaba de un hijo. A médicos escuchar cómo los golpes repetidos parecían accidentes. A maestros defender a un acudiente, a pesar de los moretones en brazos y rostro de un alumno.

—Recuérdame —dijo Angelo— llamar a los encargados de este parque para que vengan y poden este sitio. No sé si fue el sitio donde secuestraron a Marta, pero dejar este lugar así como está es invitar a un futuro desastre. Es una trampa esperando ser usada.

—Agáchate —dijo Jamilen parándose en la vereda—. Quiero ver si de verdad es posible esconderse allí y pasar inadvertido para el resto del mundo.

Angelo dobló las rodillas y desapareció de su vista. La altura de los arbustos lo ocultó y apenas se distinguía su ropa entre las ramas.

Alguien vestido de forma más apropiada y una joven caminando concentrada en su escuela o en los problemas que tenía, y el rapto silencioso estaba asegurado.

Jamilen se alejó unos metros y caminó por la vereda. No importaba el ángulo o la curva en el camino. Angelo permanecía oculto a la vista. Cuando llegó al lado de los arbustos, en el punto crítico en opinión de Jamilen, saltó y le puso las manos en los hombros. Jamilen reaccionó asustada, trató de brincar fuera de la vereda, se enredó con sus propios pies y cayó sentada en la grama del parque.

—¡Licenciada! —gritó Angelo—. Disculpe. No quería…

Jamilen no pudo responder, de lo fuerte que se reía.

—Me asustaste —dijo entre risas, como hacía cuando era niña y la vida era más sencilla—. Tranquilo. Me agarraste desprevenida.

—Lo siento —se volvió a disculpar el detective—. Solo quería saber si…

—Lo sé, lo sé —dijo levantándose del piso y sacudiendo las hojas que debía tener pegadas en las nalgas y los muslos—. La pregunta es: ¿es factible?

El detective respiró con alivio, viéndola de pie. Repitió el movimiento y se puso las manos en la cintura, estudiando la superficie de los arbustos.

—Una joven delgada, una persona decidida y el factor sorpresa para incapacitar a su víctima. Sí, es posible. Es más, diría que hasta fácil.

Sus ojos no habían dejado de recorrer el reducido espacio. De repente, con sus últimas palabras, se detuvieron en un punto. Su mirada parecía estar dirigida al tronco de uno de los árboles, a ras del suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jamilen, ante el inesperado cambio de actitud.

Angelo no respondió. Se perdió detrás de los arbustos. Cuando se levantó, tenía el ceño fruncido y la intensidad era casi palpable en su mirada.

—Jamilen, ¿té importaría ir donde el detective Ibáñez y decirle

que venga aquí?

Ella no lo cuestionó. Si era importante, ya se enteraría. Cuando iba por su tercer paso escuchó a Angelo gritar:

—Y dile que me traiga una bolsa de evidencias y un par de guantes.

En poco tiempo estaba en el carro transmitiendo el mensaje. Ibáñez salió del carro, no sin antes abrir la guantera y sacar los artículos que su compañero solicitó. Ambos regresaron en silencio y a paso rápido hasta el círculo de árboles.

Angelo se calzó los guantes con rapidez; luego tomó la bolsa de plástico transparente con un cierre mágico color azul y desapareció.

—¿Qué vio? —le preguntó Ibáñez.

Ella alzó los hombros en respuesta. Vieron uno de los arbustos moverse y la sombra de Angelo deslizarse por el piso.

—¡Demonios! —gritó Angelo.

—¿Qué pasó? —consultó Jamilen.

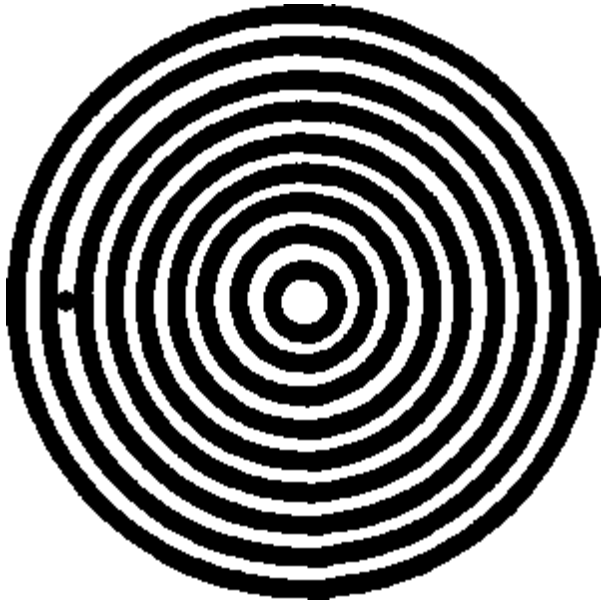
Ibáñez no habló, pero su pose cambió. La mano puesta con firmeza sobre su arma de servicio.

—Me corté con una rama. Yo mismo voy a venir a echarle mata-malezas a estos matojos.

Reapareció con un objeto en la mano. En su muñeca se distinguía una cortada lineal de unos 5 centímetros que no estaba sangrando. Su mano, de un color crema por el guante de látex, llevaba la bolsa de evidencia. En su interior, un disco de mediano tamaño de unos 20 centímetros.

—¿Qué es eso? —preguntó Jamilen, sin dejar de contemplar la bolsa.

Angelo le pasó la bolsa y empezó a quitarse los guantes. Jamilen tomó el borde de plástico, por encima del cierre mágico, y levantó el objeto a la altura de sus ojos. Sintió cómo Ibáñez se colocaba a su espalda para verlo al mismo tiempo. Era un disco de cartón blanco. Lo volteó y observó:



Jamilen, con la punta de la uña, tocó el solitario punto a través del plástico.

—Parece una diana —dijo Ibáñez.

—Eso mismo pensé —comentó Morris saliendo de entre los arbustos y revisando la cortada en su muñeca. Los guantes apenas se asomaban del bolsillo de su pantalón.

—Ese círculo estaba clavado en el tronco de uno de los árboles con una aguja. Solo se puede ver desde el interior del círculo de arbustos.

Jamilen se percató en ese momento de la aguja plateada que descansaba en el fondo de la bolsa. Su cabeza era pequeña y del mismo color que el resto de la aguja.

—¿Piensas que tiene que ver con la desaparición de Marta Cruz? —preguntó Ibáñez.

Jamilen se percató de que evitaba usar el término secuestro.

Angelo le explicó lo que Jamilen le había sugerido. Le enseñó lo fácil que sería usar ese lugar para atrapar a alguien y lo accesibles que resultaban las vías de escape. Al terminar, su compañero llenó de aire sus cachetes y, tras expulsarlo con suavidad, respondió:

—No puedo negar que es probable lo que me acabas de contar, pero no hay forma de saber si ese disco tiene alguna relación con nuestro caso. Pudo ser colocado allí en cualquier momento de los últimos meses o, incluso, llevar allí un año. Lo pudo poner un niño jugando al escondite o un drogadicto para marcar su territorio. Hay mil y una explicaciones.

Angelo tomó la bolsa y la estudió.

—Tienes razón. Hay muchas explicaciones, pero considerando que en este momento no tenemos otra cosa con qué trabajar, estoy dispuesto a considerar todas las opciones y mantener una mente abierta.

Ya de vuelta al auto, con Ibáñez caminando unos tres metros por delante de ellos, Jamilen le preguntó a Angelo:

—¿Qué piensas del círculo?

Antes de responder miró la bolsa; la luz del sol pegaba en su superficie, provocando la imagen de pequeñas explosiones luminosas en todos los pliegues del transparente polímero. Entonces reflexionó:

—Sigo pensando que parece una diana.

—Pero ¿qué significa?

—Ni la más mínima idea. Sin embargo, si está relacionado con las desapariciones, este caso se acaba de complicar. Quienquiera que dejó este círculo, lo hizo a propósito. No se le cayó y no fue un descuido. Estaba clavado y eso significa que ese disco es un mensaje.

Jamilen bajó la cabeza, sumida en sus pensamientos. Le preocupaba que Angelo tuviera la razón. De ser así, tenían una nueva pregunta que responder.

¿Cuál era el mensaje?

José, con paso decidido y una mochila al hombro que tenía el logo de su equipo favorito, Los Lakers, siguió caminando hacia la parada de buses. Tomaría el primero disponible hacia la terminal. Luego vería qué rumbo lo llamaba.

No tenía pensado un destino específico. Solo quería irse de casa.

Un lugar con bosques y lagos sería ideal. Las revistas que leía en la Cámara del Tiempo mencionaban mucho a Chiriquí y Costa Rica. Tal vez uno de esos dos sitios.

Pateó una pequeña piedra con su zapatilla y esta salió girando hasta chocar con la llanta de un auto estacionado en la acera. Si su mamá supiera que al Salón de Belleza le llamaba la «Cámara del Tiempo», y a todas las señoras que hablaban con ella, «las alienígenas», no pararía de gritarle en un mes.

Tal vez mucho más.

Se preguntó si habría muchos ríos a donde sus pies lo llevaban. Adoraba ir a ellos cuando era más pequeño. No recordaba la última vez que estuvo en uno.

Bueno, eso era mentira. Claro que lo recordaba. Cuando cumplió los seis años y su papá todavía estaba vivo. Un paseo al río La Villa, en Los Santos. Podía verlo en su mente como si hubiera sido el día de ayer. Una película en colores con miles de escenas. En ninguna de ellas estaba llorando, y en todas estaba su padre.

Cabello castaño, ojos oscuros como la noche. Una sonrisa permanente en los labios.

¡Cómo lo echaba de menos! Su vida fue perfecta mientras él estuvo. Sin embargo, según le dijo su abuelita Clara, Dios necesitaba un ángel de la guarda a su servicio y decidió llevárselo a él.

José no entendía por qué Dios tenía que pedirle ayuda a su papá. ¿No sabía que si se lo llevaba, se iba a quedar solo?

Con la muerte de su papá, una parte de su mamá murió con él. Las cosas que se mueren, se pudren. Su mamá siempre fue estricta y no le conocía otro tono de voz que no fuera ese al que su papá le decía, sin que ella lo supiera por supuesto, el «grito salvaje de la selva». A pesar de eso, jamás le pegó ni lo castigó. Era un buen niño.

Ahora, no solo gritaba más fuerte, sino que le pegaba por cualquier cosa. Si sacaba 4,5, ¿por qué no había sacado 5? Si sacaba 5, ¿por qué no se esforzó así en el examen anterior? Dos días antes de decidir escaparse de la casa fue que comprendió.

Dios necesitaba un ángel para un niño en peligro. El niño era él. Tenía que serlo. ¿Por qué si no se llevaría a su papá? Él siempre lo

había cuidado. Ahora, necesitaba poderes especiales para poder hacerlo. Se lo imaginaba vestido de blanco, con dos alas en la espalda que apenas rozaban el piso. En su mano, una espada del tamaño de su brazo prendida en llamas. Dispuesto a protegerlo cuando lo necesitara.

Después de algún entrenamiento, claro. Nadie podía ser un ángel protector de un día para otro. Tenía que tomar meses de entrenamiento. Era la razón por la que tenía que huir de la casa. Para darle tiempo a su papá de prepararse.

No podría soportar otra golpiza como la de esa mañana. Ese fue el empujón que necesitó para decidirse.

Casi podía escuchar la voz de su papá diciéndole «¡huye!».

Se arregló la cinta de la mochila que se le estaba deslizando por el hombro. El sol comenzaba a hacerle daño. Pocos minutos antes sintió como si un puñal se hubiera clavado en su cuello, y desde entonces le estaba empezando a doler la cabeza.

A pocos metros estaba la parada de buses. Nadie estaba esperando, así que la tenía para él solo.

Perfecto. No tenía muchas ganas de conversar, y eso que su madre le decía que nunca se callaba. Lo que era más importante: así evitaba encontrarse con un adulto curioso que le preguntase adonde se dirigía él solo.

Tenía una historia inventada lista para el caso, pero no estaba seguro de que fuera convincente. Prefería no tentar su suerte. Si lograba tomar el siguiente bus hacia la terminal y llegar sin que lo detuvieran, sería libre. Siempre se podía mezclar en un grupo de otros niños como si los conociera. El resto, un bistec de dos vueltas, como decía su papá.

Cuando llegara a su destino ya tenía planeado qué hacer. Buscar un circo ambulante e irse con ellos. Podía ayudarlos a limpiar las jaulas de los animales, a llevarles comida, a pasearlos y… sí, si se lo pedían, hasta recoger el popó.

Se buscaría un circo sin elefantes. Demasiado popó.

Llegó a la parada y se sentó en la banca metálica. El dolor de cabeza se extendía a los hombros y se sentía mareado. Tal vez debió

comer un poco mejor antes de huir. Su papá siempre se reía de lo poco que comía para lo mucho que corría. Le solía decir que un día iban a encontrar sus huesitos en la cama. A José le encantaba cómo su papá contaba la historia. Casi podía imaginarse a sí mismo como un esqueleto en la cama pidiendo comida para llenar los espacios vacíos.

Después de la muerte de su papá, perdió mucho más el apetito, pero otras veces había comido como hoy. No, el dolor de cabeza no era normal.

Demasiado sol. Casi seguro.

Un bus se acercó a la parada, pero se dirigía a lugares que no conocía. Nadie se bajó. El conductor se quedó mirándolo, para luego cerrar la puerta y alejarse.

Se levantó para acercarse a la propaganda colocada en la pared del otro lado de la parada. Era el anuncio de algún tipo de concurso y bien podía participar. Un dinerito extra nunca cae de más, siempre que no le pidan hacer algo grotesco o muy tonto.

Por algún motivo no podía enfocar bien las letras. Trató de levantarse y perdió el equilibrio. Se golpeó la rodilla contra el piso y sintió una fuerte sensación de ardor correr por su pierna. Con la mano apoyada en el asiento, trató de levantarse, pero sus piernas le fallaron. No se percató de lo ocurrido después. La oscuridad lo envolvió.

Un carro se estacionó cerca de la parada. La puerta del conductor se abrió y una sombra vestida de negro y con lentes oscuros se bajó. En la mano derecha llevaba una pistola de dardos tranquilizantes.

Capítulo 9

—Ya se le ve el cabellito. Solo un poco más —escuchó la voz de su doctora decir en algún punto fuera de su campo de visión. Apretó los manubrios que tenía a ambos lados de la cama y empujó con toda su fuerza. Llevaba siete horas en labor y en la última media hora escuchó varias veces la frase: «Solo un poco más».

Ella seguía empujando como si fuera, de verdad, el último.

—Dale, dale, dale. Un poco más… un poco más.

Y ella seguía empujando, hasta que, de forma inesperada, un súbito alivio. Como si hubiera completado una meta en lo más profundo de su ser.

—No pujes más. Ya la cabeza está afuera. Déjame revisar.

Sintió los movimientos de su mano. A pesar de que las ganas de pujar eran muy fuertes, logró controlarse hasta que escuchó las esperadas palabras.

—Listo. Ahora sí, terminemos esto. ¡Puja!

Tomó aire y empujó. Casi al final de sus fuerzas, sintió que algo salía de su cuerpo y el dolor de horas antes desapareció casi por completo. Un silencio absoluto y luego el sonido más hermoso que llegó a escuchar en su vida.

El llanto de un bebé. Su Nicolás.

Giró la cabeza hacia la izquierda y pudo ver a la pediatra limpiando el cuerpo de Nicolás de forma fuerte y vigorosa. Levantó el cuerpecito, quitó las sábanas manchadas, colocó unas limpias y lo arropó sobre ellas.

—Aquí está tu hijo, Jamilen —dijo la doctora—. Míralo qué hermoso es.

Jamilen levantó la mano para mover la esquina de la tela que tapaba su rostro.

La cara de Nicolás era una máscara llena de úlceras que supuraban pus. Vesículas de un material claro la cubrían casi en su totalidad. Sus ojos estaban rojos y uno de ellos era más grande que el otro. La boca estaba abierta y los labios cuarteados en varios puntos, sangrando. Se mezclaba con el pus sobre los labios, formando una pasta marrón. Sus labios se movían con un ritmo constante y emitían un sonido de succión.

—¿Ves? —dijo la pediatra—. Nicolás quiere que te lo pegues al pecho. Ahora es el momento.

Se lo acercó a la cara y en ese instante Jamilen se despertó sobresaltada, con la mano en el pecho y un grito atrapado cual silenciosa plegaria en la garganta. El camisón que llevaba puesto lo sintió pegado a la espalda, a pesar de la templada temperatura generada por el aire acondicionado.

Un sueño. Otro terrible sueño.

Podía sentir su corazón latiendo a mil. Respiró hondo para calmarse y cerró los ojos, pero cada vez que la oscuridad se depositaba en ellos, el rostro creado por su imaginación la atacaba desde las sombras.

—Respira —se dijo a sí misma—, era un sueño. Ese no era Nicolás.

Pero ¿qué sabía ella? Nunca lo vio, en primer lugar. Lucas la había convencido al respecto para evitarle pesadillas como la que acababa de tener.

La realidad fue muy diferente, hasta un cierto punto. Nunca escuchó a Nicolás llorar. La pediatra lo recibió, lo limpió un poco y lo envolvió en la sábana. Le dijo que se lo iba a llevar porque parecía tener una pequeña infección en la piel y cierta dificultad para respirar.

Trató de decirle que se lo enseñara, pero cuando su mente procesó la información y pretendió decir las palabras, Nicolás ya

había desaparecido del cuarto.

Solo le quedó esperar.

Suturaron un pequeño desgarro vaginal y la enviaron a su habitación. Lo primero que hizo fue preguntar por su hijo, pero en respuesta apareció Lucas.

—¿Cómo está Nicolás? —recordó haberle preguntado a su esposo.

—Hablé con la pediatra hace poco —recordó haberle escuchado decir—, tiene una infección…

—¿Cómo que una infección? ¡Acaba de nacer!

—No sé. Eso fue lo que me dijeron. Se… se lo llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos. Sea lo que sea lo que tiene, está muy delicado.

Las palabras «cuidados intensivos» tuvieron el efecto que se esperaría en cualquier persona. Elevaron su grado de ansiedad y estrés a límites astronómicos. De haber podido, se habría levantado, calzado las chancletas y corrido a la unidad en ese instante, pero aún se sentía débil y Lucas le aseguró que la pediatra vendría más tarde a hablar con ella.

Media hora después empezó a notar que el sangrado que le bajaba era un poquito más profuso. Empezó a sentirse mal y llamó a la enfermera. Una de ellas vino y, tras un rápido examen, llamaron a su doctora.

Lo que pasó después era una neblina mental. Mientras la pasaban a una camilla para regresarla al cuarto de expulsivo sintió que el mundo a su alrededor se tornaba gris, luego sombrío y después sobrevino la oscuridad absoluta.

Cuando despertó, estaba acostada en su cama, con dos venoclisis, una en cada brazo. Lucas, sentado a su lado, montaba guardia permanente. Al escuchar los murmullos que logró balbucear, se le acercó y se arrodilló a su lado para tomarle la mano.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran dado con un bate —fue su respuesta.

Trató de sentarse, pero su cuerpo rehusaba obedecer la simple orden. Lucas sintió su esfuerzo, pero no trató de ayudarla.

—Tranquila, Jami, debes descansar. Perdiste mucha sangre.

—¿Qué me pasó? —pudo preguntar, relajando su cuerpo y luchando contra el deseo de levantarse.

—No entendí muy bien. Un problema con tu útero. Se aflojó y empezó a sangrar. Te desmayaste y no supe más. Lograron parar el sangrado con medicinas, pero caíste en *shock* y te tuvieron que transfundir tres pintas de sangre.

Jamilen cerró los ojos y estiró los brazos. Sus manos se depositaron sobre su barriga y sintieron la ausencia de la esfera que ocupó ese lugar durante muchos meses. En ese justo momento, todo lo ocurrido antes del desmayo regresó con violencia.

—Nicolás. ¿Qué pasó con Nicolás?

—No sé, Jami. La pediatra no ha regresado. Esperaba que despertaras para ir a averiguar.

—Yo voy contigo.

Trató de levantarse, pero el mundo perdió su balance y empezó a girar con ímpetu a su alrededor.

—No lo hagas, Jami. Aún no puedes. Duerme y yo vendré a decirte qué pasa. Te lo prometo.

Le dio un beso en la frente y sin esperar su débil protesta, salió de la habitación, dejándola en compañía de las náuseas y los mareos.

24 horas después, una agotada pediatra se le acercó, en compañía de Lucas, para decirle que Nicolás estaba muerto.

Escalofríos recorrieron todo su cuerpo al recordar el minuto exacto cuando escuchó las palabras que marcaron su vida para siempre. Se abrazó a sí misma en la soledad del cuarto y esperó. Poco a poco, su corazón fue recuperando su ritmo normal.

Miró a su derecha y descubrió, con sorpresa, que Lucas no estaba acostado a su lado. Sus ojos recorrieron toda la habitación y no lo descubrió en ninguna parte. Un viejo reloj en su cómoda le informó, en intensas luces rojas, que eran las 2 de la mañana.

—¿Dónde está metido ese hombrecito? —dijo Jamilen, levantándose de la cama y colocando unas suaves pantuflas en sus pies.

Se asomó al exterior de la habitación y observó el pasillo. La

puerta más cercana era la del cuarto de Nicolás y permanecía cerrada. Jamilen aún no había tenido la fuerza de voluntad para entrar a ese lugar.

La oscuridad cubría cada rincón del pasillo, con excepción de una delgada línea amarilla que parecía espantar las sombras que se acercaban al piso. La línea era la parte inferior de la puerta del estudio de Lucas, que también estaba cerrada.

Sin pensarlo dos veces y un poco más calmado su corazón, Jamilen avanzó por el pasillo y abrió la puerta.

La brillante luz de la habitación la cegó. Cuando pudo ver sus alrededores, Lucas estaba sentado delante de la pantalla de su laptop trabajando en una hoja de Excel.

—Jami, ¿qué pasó?

—Nada.

Entró en el estudio y se sentó al lado de su esposo.

—Tuve un mal sueño, eso es todo.

Lucas bajó la pantalla de la laptop y parte de la luz abandonó la habitación. Extendió el brazo y rodeó la cintura de Jamilen.

—¿Qué hacías? —le preguntó a Lucas con un largo bostezo estirando las palabras.

—Mmmm, nada. Terminaba de revisar un informe. Eso es todo.

—¿No vas a seguir trabajando?

—Ya estaba terminando, pero considerando lo que pasó, vamos de una vez. Puedo finalizar mañana.

Se levantó de la silla, le dio la mano y regresaron a la cama, sus dedos entrelazados.

Acostada y en la oscuridad, el sueño rehusaba llegar. Lucas, por su lado, era uno de los hijos predilectos de Morfeo. Podía caer en un profundo coma con solo poner la cabeza en la almohada.

Sin embargo, no era miedo lo que le impedía dormir. La pesadilla de minutos antes no era más que un recuerdo en lo profundo de su memoria. La imposibilidad de cerrar los ojos provenía de lo que percibió justo antes de que sus párpados se cerraran por la intensidad de la luz en la oficina de Lucas. Lo llegó a

ver tecleando, sus dedos moviéndose con agilidad cual pianista en plena ejecución. En la pantalla de la laptop la hoja en Excel.

En una esquina del monitor le pareció ver un pequeño cuadro y la imagen de una persona.

Cuando volvió a abrir los ojos, la ventana había desaparecido.

Fue tan rápido que Jamilen no sabía qué pensar. Pudo ser un truco de luces y sombras influenciado por una mente cargada de adrenalina. Sin embargo, no podía quitarse de encima la sensación de que no era una ilusión. Que había visto el cuadro y a una persona moviéndose en él.

La imagen de un rostro femenino.

Cada uno de los paneles de vidrio parecía brillar con luz propia. Energía capturada por la diáfana superficie, proveniente del otro lado del firmamento, de una luna llena en un cielo sin nubes.

El interior del hangar parecía estar cubierto de una delicada neblina en colores plata, gris y negro. Las sombras se proyectaban en todas direcciones, según la posición del observador.

El extraño caminaba de un lado al otro del hangar, sin parar. Pasando de la luz a la oscuridad sin importarle en lo más mínimo. Tenía ambas manos en la nuca. Sus pasos resonaron en el piso, levantando pequeñas nubes de polvo que se perdieron en el claroscuro del gran espacio.

—¡No fue mi culpa! —gruñó entre dientes el extraño—. ¡No debió haber pasado de esta forma!

Se frotó el cuello y respiró hondo.

—No era parte del plan. No así, no así.

Pasó cerca de la lata de alguna de las tantas bebidas energizantes ingeridas esa noche y la pateó con fuerza. El metálico proyectil voló por los aires y resonó en la oscuridad al golpear con algún objeto, con mucha más energía de lo que se esperaba.

Cuando el ruido de la lata se detuvo, el extraño levantó la mirada hacia los paneles de vidrio. Un rayo de luz de luna entraba por uno de los cuadros hecho de fragmentos de vidrio y cayó sobre él. Se

imaginó que, a la distancia, bien podía parecer un profeta iluminado por el Espíritu Santo o una persona a punto de morir, viendo el camino luminoso hacia el otro lado.

¿Qué pasaba después? No lo sabía. Solo esperaba que fuera un lugar mejor que este.

—¡No! ¡No! ¡No! —dijo el extraño alzando la voz un poco más con cada palabra. Al final gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Un alarido largo y desgarrador que salió del interior de su corazón y pareció extenderse por el cosmos.

Sabía que nadie lo escuchaba. En ese infierno solo quedaba una persona con vida.

—Deberíamos ser dos. ¡Deberíamos ser dos!

Apoyó ambas manos en el borde del respaldar de la cama de metal. La fría superficie parecía darle calor, en lugar de quitarlo.

Colgando de la redonda barra de metal pintada de blanco, con hojuelas de pintura tapizando el piso como copos de nieve, colgaba un letrero de plástico. En su superficie, el extraño había escrito un nombre hacía varias semanas.

JOSÉ.

Su contemplación pasó del letrero a la superficie de la cama.

Acostado sobre el viejo colchón y cubierto con una sábana verde, reposaba el cuerpo sin vida de un niño de ocho años. A su lado, tirado en el piso, un maletín chocolate.

El logo de Los Lakers brillando en amarillo y azul a la luz de la luna.

Capítulo 10

Jamilen contempló en la pantalla de su computadora la tarea que le asignaron. En una resolución de 1280 x 800 pixeles, una foto tomada con su celular del disco encontrado en el parque.

Angelo e Ibáñez iban a dedicar ese día y todos los por venir, a interrogar a todas las personas que vivían cerca o alrededor de ese parque. Aunque todos eran conscientes de lo poco probable que las horas dedicadas a esa tarea dieran algún fruto, era una línea de investigación y debían seguirla, costara lo que costara.

Además, lo reconocieran o no, el descubrimiento los había cargado de nuevas energías. Aún no sabían si estaba relacionado, pero Angelo seguía mucho sus intuiciones y algo le decía que no se equivocaba. La conexión estaba allí. Tan solo faltaba encontrarla.

Lo que la regresaba al disco.

Angelo le pidió que tomara la foto y luego, en un tono rimbombante y adulador en exceso, que hizo que ella se sonrojara e Ibáñez torciera los ojos, le dijo que siendo ella la psicóloga usara todos sus conocimientos para imaginar qué podía significar ese conjunto de círculos para un depredador sexual. No podían incluirlo en la investigación como evidencia, ya que no tenían nada que confirmara una relación entre Marta Cruz y ese disco, pero no por eso lo iban a desechar.

Jamilen se inclinó hacia el monitor y ajustó la intensidad y el contraste.

Era un disco redondo de color blanco, por un lado. La otra cara

estaba formada por nueve círculos negros, alternando con nueve blancos. En el segundo círculo blanco un punto negro.

¿Qué podía significar ese dibujo?

Pasó la noche entera leyendo artículos sobre la mente de los depredadores sexuales.

Cuando terminó y sus ojos se cerraron, su imaginación le regaló todo un repertorio de pesadillas en 3D y Dolby Digital que la hicieron despertar sobresaltada y casi al borde de un infarto. Nicolás, el actor principal de la función.

Cuando despertó, después de un par de horas adicionales de intranquilo sueño, leyó tres artículos más.

Y a pesar del trabajo, el cansancio y la adrenalina generada por el misterio puesto en sus manos, no pudo dejar de pensar en la imagen que, estaba segura, logró ver en la pantalla de Lucas.

En el desayuno tocó el tema de forma muy superficial. No se atrevió a decirle lo que le pareció haber visto, porque sabía que eso solo iniciaría una discusión donde él llevaba todas las de ganar, y lo último que necesitaba esa mañana era sentirse como una tonta. Sí lo regañó (esa fue su excusa) por estar despierto a las dos de la mañana y, como Jamilen se lo esperaba, lo justificó de una forma muy racional y calculada. Se despertó y al no tener sueño, lo mejor que podía hacer era aprovechar el tiempo y fue a su oficina a revisar unos documentos. No llevaba despierto más de una hora cuando ella apareció en su puerta.

Jamilen aprovechó para contarle el sueño y, si bien Lucas hizo todo lo posible por no darle importancia, Jamilen pudo ver en sus cansados ojos que no era así. Decidió, en ese momento, no presionarlo más y cambiar de tema.

Ella siempre salía primero para el trabajo. Esa mañana, sin embargo, rompió su rutina y se estacionó en una calle aledaña hasta que vio a Lucas salir de casa. Luego, regresó y fue directo a la oficina de su esposo.

Encendió la computadora y revisó los archivos básicos. Lucas tenía en esa computadora los videos predeterminados y seis fotos de paisajes, también incluidos en la instalación básica. Ninguna carpeta

de nombre extraño, ningún archivo que no debería estar allí.

No pudo evitar sentirse culpable al estar revisando las cosas privadas de su esposo. Jamás se imaginó en ese papel y la vergüenza casi consigue que se detuviera y saliera corriendo. Sin embargo, al levantar la mirada, se percató del aparato colocado en la parte superior del monitor.

Una webcam.

¿Sería esa la fuente de la imagen?

Si lo era, la pregunta siguiente sería: ¿Qué hacía Lucas hablando con alguien vía webcam a las dos de la mañana? Ninguna respuesta a la pregunta era buena.

Buscó en el listado de programas hasta que encontró el que controlaba la webcam. Cuando la hizo funcionar, en la esquina superior izquierda apareció un cuadro gris y en su interior se podía ver a sí misma. Un reflejo digital proyectado por la webcam justo en ese instante.

¿Y si la imagen que vio fue la de su esposo? A esa hora, con sueño y asustada, todo era posible, pero de allí a confundir a Lucas con una mujer, era otra historia.

El cuadro que vio era la ventana de la webcam. Alguien estaba hablando con Lucas a esa hora. Tendría que mantenerlo vigilado a partir de ese momento. Ese era un misterio que no pensaba dejar pasar.

Ahora, vislumbrando la imagen del disco que era el otro misterio en su vida, no estaba segura de haber hecho lo correcto con el primero. Debió haberlo confrontado, pero ya era demasiado tarde. Tomó su decisión y no tenía sentido seguir torturándose por eso. Además, tenía trabajo que hacer para Angelo.

Para la investigación. Angelo solo era parte. Debía recordar eso.

«Me sigue pareciendo una diana», pensó. La parte que no iba acorde era que el disco no especificaba puntajes ni cuánto valía el pequeño punto negro. Si seguía el frecuente patrón de darle valor de 1 al círculo más externo y subir los puntajes hasta llegar al centro, valía 4 puntos.

¿Ese sería el mensaje? Lo dudaba. La mayoría de las dianas

tienen como puntaje máximo 10. No tenía sentido una de mayor tamaño, a menos que ese número significara algo.

¿Qué otras opciones quedaban?

Círculos. Blancos y negros. Podía ser que esta persona tenga una definición bastante estricta del bien y el mal. Para él no hay zonas grises. Los círculos podían representar absolutos. Una persona no dispuesta a aceptar cambios.

«¿Qué quiere?», pensó Jamilen con la mano apoyada en la quijada y los ojos fijos en el monitor.

¿Venganza? ¿Placer?

Apagó el monitor con la punta del dedo en un rápido movimiento. Se estaba complicando la vida. Por más que se esforzara en encontrarle sentido a ese círculo, los significados eran incontables. Podía ser que cada círculo representara una víctima y era su forma de llevar la cuenta. Siendo así, el próximo círculo, si era que encontraban alguno, tendría un círculo blanco nuevo en el límite externo del disco.

Le dieron escalofríos al pensarlo, pero no dejaba de ser una posibilidad.

«Confío en que usted sabrá qué hacer», escuchó la voz de Angelo en su cabeza.

—¡Rayos! —dijo levantando los brazos para cubrirse los ojos y apoyando la cabeza sobre el respaldar de la silla.

Estaba tratando de exprimir una piedra para sacarle la verdad con la única ayuda de su cerebro, y todo para impresionar al simpático detective.

¿Qué pensaba? ¿Que se iba a levantar a Angelo con la belleza de sus neuronas? ¿Qué hacía pensando en levantarse a nadie?

«Eres una mujer casada», se recordó a sí misma.

Una mujer con un anillo en el dedo, dos abortos, un hijo muerto y un esposo de quien sospechaba la estaba pasando por la parrilla. Fantástico.

Cuando estaba con Angelo, sin embargo, Nicolás pasaba a un piano inferior. Estaba allí. Siempre lo estaría, pero era menos relevante. Sus discusiones y peleas con Lucas eran nubladas por

completo. Se sentía diferente.

Pensándolo bien, no conocía al detective. Unas cuantas conversaciones y algunas miradas. Cuando Angelo pensaba que ella estaba haciendo otra cosa, Jamilen notaba las miradas que le lanzaba. El sentimiento era mutuo.

«Concéntrate, Jamilen Lasso —se regañó con fuerza—. Pareces una adolescente con las hormonas alborotadas».

Fantasear no costaba nada. Era un mecanismo de su mente para lidiar con la muerte de Nicolás y los problemas maritales. Una forma de escape.

En el fondo sabía que fantasear era todo lo que haría. No pensaba traicionar a Lucas impulsada por una atracción física y estar pasando por una crisis existencial.

La imagen de una pantalla con un cuadro en una esquina se materializó en su mente. El rostro femenino sonreía con coquetería en su imaginación.

¿Y si eso era lo que estaba haciendo Lucas? ¿Buscando una ruta o vía de escape de los problemas en otra persona?

Sacudió la cabeza con fuerza, como si el movimiento pudiera desprender los malos pensamientos y tirarlos al piso. Era justa. Podía permitirle todas las fantasías que quisiera, con tal de que no actuara con base en ellas.

Lo malo era que las estadísticas mundiales y miles de años de evolución no estaban a su favor.

En ese momento su teléfono celular sonó con fuerza. Las notas polifónicas de «*Summertime*», de George Gershwin, la sacaron de los oscuros corredores de la autocompasión y la trajeron al presente.

Cuando por fin logró encontrar su teléfono en el fondo de su cartera, una pantalla luminosa con letras en blanco anunciaba la persona del otro lado de la línea.

Angelo Morris, detective.

«Como llamado con el pensamiento», se dijo.

—Hola, Angelo.

—Llamaba para ver cómo iba el análisis del disco.

—¿Ni un saludo? ¿No hay unos «buenos días, Jamilen»?

—En condiciones normales lo habría. Estas son especiales. El disco acaba de tomar una gran relevancia y necesitaba confirmarte que no estás perdiendo el tiempo. Ese disco es muy importante.

—Bueno —asintió confundida—. Tengo varias hipótesis, pero ninguna sólida. ¿Por qué?

—Estamos seguros de que el disco fue dejado por la persona que secuestró a Marta Cruz.

—¿Cómo? —dijo enderezándose en su silla y encendiendo el monitor. Los círculos brotaron y se manifestaron en blanco y negro en la pantalla de vidrio.

—Hace un par de semanas recibimos el informe de un niño desaparecido. Fue asignado a un equipo del departamento, y ellos hicieron un muy buen trabajo preliminar. Siguiendo ciertas pistas y mucha intuición, localizaron un parque al cual el niño asistía con cierta regularidad a jugar. Tiene una cancha de fútbol y el pequeño… se llama Tomás, por cierto… Tomás Solano, era un fanático.

Jamilen tomó la pluma que tenía colocada sobre el escritorio y escribió en una libreta el nombre del niño.

«Un parque. Igual que Marta Cruz», pensó. Curioso.

—Cuando fueron —siguió contando Angelo— conocieron a un indigente que lo usa como dormitorio. Los vecinos del área dicen que a cada rato lo vienen a recoger y se lo llevan a un albergue, pero cada vez que sale regresa al parque.

—¿No me digas que vio lo que pasó con Tomás?

—Ojalá, pero nos dio información útil. Los detectives le preguntaron si había visto algo raro en las últimas semanas. El viejo recordó un balón de fútbol abandonado cerca de unos arbustos. Cuando se acercaron al lugar, encontraron la mencionada pelota, desinflada. La mamá nos acaba de confirmar que pertenecía a Tomás.

—Espera —dijo Jamilen ordenando ideas a vuelo de pájaro—. ¿Por qué el indigente no se llevó el balón? Aun desinflado, podía venderlo por un par de monedas.

—Ocurre que el mismo día que encontró el balón, llegaron los

encargados del albergue y se lo llevaron. Cuando regresó, no volvió a acordarse del juguete hasta que los detectives le preguntaron.

—Entiendo.

—Te estoy enviando las fotos del lugar a tu celular en este momento, que es otro punto ideal para una emboscada. Arbustos de mediano tamaño y tupidos, un árbol al lado que le hace sombra. Una pared detrás que lo protege aún más.

—¿Dónde estaba el balón?

—Escondido entre los arbustos. A menos que estuvieras buscándolo, no lo encontrarías.

—Bien. Entiendo por qué piensas que es un secuestro también. El parque, un sitial de observación y emboscada. ¿Cuántos años tiene el niño?

—Nueve.

—Eso va en contra de la teoría de un depredador sexual. Puede pasar, pero tienden a ser muy selectivos. Aquí estamos hablando de dos víctimas de diferentes edades y sexos opuestos. No veo la conexión.

—Voy a eso. Revisaron toda el área buscando otras pistas. En el tronco del árbol, cerca del piso, pero oculto por los arbustos, encontraron un disco clavado a la madera.

Los ojos de Jamilen se movieron de forma involuntaria hacia la pantalla. Los monocromáticos aros parecían girar sobre un eje imaginario.

—Un disco —siguió diciendo Angelo desde el otro lado de la línea— con círculos negros en un fondo blanco.

El extraño, con los ojos húmedos, cargaba al niño en brazos.

Se acercó al borde del río. Los pequeños guijarros que pisaba lo hacían perder el equilibrio, pero el peso de sus botas le permitió recuperarse y seguir caminando.

Cuando la corriente de agua apenas lo tocó, se agachó y depositó al niño sobre las rocas. Peinó su cabello con la palma del guante de látex que cubría su mano y quitó el polvo de su frente. Le tomó la

mano izquierda y extendió el brazo para que la mano tocara las cristalinas aguas que corrían entre las piedras. El brazo derecho lo dobló, de forma que la mano le cayera sobre el pecho.

Agachó la cabeza y no pudo evitar comenzar a llorar. Las lágrimas corrían por su piel, marcando tortuosos trazos de color grisáceo al mezclarse las saladas aguas con el polvo depositado en su rostro. Alzó el puño y golpeó el suelo con fuerza. Varios pedruscos salieron disparados en todas direcciones y los nudillos comenzaron a arderle. Levantó la mano y estudió sus dedos. Tenía varias cortadas y algunas empezaban a sangrar.

No importaba. José había muerto demasiado pronto.

Hizo todo como debía. Tomó todas las precauciones necesarias, pero aun así su cuerpo no toleró los golpes.

Era un tonto. Debió ser más cuidadoso.

Se restregó los ojos con el dorso de la mano, lo que consiguió que la impresión de tener dos pedazos de carbón encendido sobre ellos se intensificara.

Respiro hondo y bajó las manos. Exhaló con lentitud, mientras dejaba que la sensación desapareciera por sí sola.

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el rostro de José. Era un rostro calmado, sereno. En paz.

—Esto no fue parte del plan —dijo en voz baja, deslizando apenas la yema de los dedos por encima de sus facciones—. Deberías estar en el infierno todavía.

Suspiró con fuerza y, sin pensarlo dos veces y solo con las piernas, dio un salto para levantarse del pedregoso terreno. Pasó ambas manos por sus rodillas para sacudir el polvo y la tierra de su ropa.

Al levantar la mirada se quedó observando la suave danza de las hojas y el viento. Las ramas que chocaban unas con otras generaban suaves melodías tribales que, en lugar de estar fuera de lugar, hacían una armoniosa pareja con el resto de los sonidos que acompañaban el sitio de descanso final de José.

Una solitaria hoja de un árbol de almendras se desprendió de lo alto y fue descendiendo con el delicado balanceo de una tímida

compañera de baile. La música de los insectos y las aves marcando el paso. La hoja, de un color amarillo claro, cayó sobre la mano de José, para no moverse más.

Por algún motivo, al extraño le pareció una escena muy apropiada.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una tarjeta circular, pintada en negro y blanco.

Dirigiendo una última mirada al pequeño cuerpo que dejaba descansando a las orillas del río, lanzó la tarjeta muy cerca de su cabeza. Aun cuando José no pasara por el ritual, seguía siendo uno de los elegidos. Después de mucho pensarlo, decidió que su muerte podía servir a sus propósitos. Se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos.

Las hojas de los árboles caen, pero en su lugar otras vuelven a crecer.

Lo que le ocurrió a José no fue planeado de esa forma, pero ya no podía evitarlo. Tendría que modificar el plan y a ese árbol le quedaban muchas hojas.

Muchas opciones.

Una en particular había entrado hacía algunos meses en su campo de atención. Si era quien pensaba, el plan acababa de ingresar en aguas no exploradas, pero muy prometedoras. La muerte de José lo ayudaría en ese aspecto. Era hora de planear.

Presionó un botón de su llavero y la alarma del auto se apagó con un pequeño silbido. Abrió la puerta y después de encender el aire al máximo y permitir la salida del calor, cerró la puerta con fuerza.

Era momento de desatar el infierno.

Capítulo 11

Sobre el blanco tablero se veían tres fotos. Debajo de ellas, en letras negras, el nombre de cada uno y la fecha de desaparición.

Marta Cruz: 14 de septiembre.

Bianca Santamaría: 25 de noviembre.

Tomás Solano: 7 de enero.

Jamilen se acercó al tablero y las estudió. Las conocía de memoria, en especial las de las dos chicas. Ella misma consiguió una de las fotos y, después de todo ese tiempo, la similitud física seguía siendo evidente.

No era el caso con Tomás. No era visible un solo rasgo corporal que lo pusiera en el espectro de semejanza con las otras dos.

¿Por qué ellos tres? ¿Dónde estaba la conexión?

Debajo de las fotos de Marta y Bianca, Jamilen tenía escrito «¿Abuso sexual?». El espacio debajo de Tomás permanecía en blanco. En la parte más baja del tablero había fotos de los discos encontrados en las supuestas escenas de los secuestros. En este caso, el espacio debajo de Bianca se hallaba vacío.

—Son demasiadas coincidencias para no estar vinculadas —dijo Jamilen.

—Lo más probable es que sí lo estén —acotó Angelo, desde su puesto en la mesa—, pero no debemos asumir nada que no podamos demostrar.

Jamilen asintió, pero no muy convencida. Para ella era pura semántica.

Si antes tuvo dudas, ya no; los discos no se lo permitían.

El detective Valero cerró el fólder que tenía abierto delante de él y levantó la mirada hacia las fotos.

—Entonces, Marta y Bianca, según las apreciaciones de la licenciada Lasso y de ustedes —miró ahora a los tres reunidos en ese momento en la oficina— eran posibles víctimas de abuso sexual, ¿cierto?

Jamilen miró a Angelo y luego a Ibáñez. Los tres asintieron casi al mismo tiempo.

—No tenemos evidencia física del abuso, pero su conducta apunta hacia dicho escenario, ¿cierto?

Nuevos asentimientos, pero solo de Jamilen y Angelo.

—Marta desapareció primero y Bianca dos meses después. Marta camino a la escuela y Bianca saliendo de esta. Ambas eran amigas. ¿Sigo estando en lo correcto?

Angelo asintió, pero Jamilen no. El jefe Valero tenía la costumbre de un profesor de secundaria de repetir 20 veces cada instrucción que daba, aun cuando era obvio que todos comprendían desde la primera vez. Era un hábito desquiciante y a Jamilen le costaba mucho controlarse con este tipo de personas. Tan solo esperaba que no lo siguiera haciendo mucho tiempo más.

—Sospechamos que el abusador está en la escuela.

—La escuela fue el punto que nos ayudó a saber lo ocurrido —dijo Jamilen, tratando de cortar el monólogo y darle vida a la reunión—, pero como eran amigas, varias veces fueron a sus correspondientes casas. Marta pudo conocer a alguien en la casa de Bianca, y a la inversa. Pudo ser un familiar o un vecino. Todo es posible.

—En este momento —comentó Ibáñez— no tenemos idea del sitio inicial de contacto. Es una de las líneas de investigación que están en curso en este momento.

—Muy bien. Ahora, Tomás. El niño no se parece a Marta ni a Bianca. No es del mismo sexo ni edad. No viven en la misma área y no van a la misma escuela. Sin embargo, el disco que encontramos sugiere que fue raptado por la misma persona que se llevó a Marta

Cruz. No sé si estoy confundido, pero ¿es eso normal?

—Comparto la opinión de la licenciada —dijo Angelo—. Es demasiada coincidencia.

—Estoy de acuerdo —dijo Valero—. Dos meses entre Marta y Bianca, uno entre Bianca y Tomás. ¿Por qué tanto tiempo?

—Hay muchas explicaciones —dijo Jamilen dándoles la espalda y mirando al tablero.

No quiso expresarlas en voz alta, pero estaba segura de que todos conocían la respuesta. Los niños podían ser atrapados y estar con el depredador durante varias semanas. De ser así, la verdadera pregunta era: ¿qué hacía con ellos cuando terminaba?

—Pienso que tenemos que encontrar —continuó Jamilen— en qué punto la vida social o personal de Tomás se cruzó con la de Bianca o Marta. En ese punto encontraremos a nuestro secuestrador. Como le dije al detective Morris hace un par de días, los pedófilos tienden a ser muy selectivos. Se sienten atraídos por un tipo en particular de niño.

Se dio la vuelta y regresó a su puesto en la mesa.

—Sin embargo, está descrito que aun este tipo de personas pueden tener variables amplias en su predilección. Es cierto que tienen fantasías muy específicas, pero no es una regla exacta. Hay casos descritos de depredadores que atacaron en rangos de edad amplios, de tres a trece años e, incluso, de ambos sexos. Muchas veces el incentivo sexual es el poder y para eso solo se requiere que sean niños. Esa es la gratificación que buscan.

El silencio que siguió a estas palabras fue profundo, cada uno de los presentes cavilando en lo tortuoso que puede ser el cerebro de un ser que, a primera vista, parece humano.

—Hay otra cosa que me tiene pensando —dijo Jamilen.

Los tres hombres le prestaron atención, pero Jamilen no se ilusionó con que fuera por el hecho de que sus palabras fueran tomadas como ley de oro; creyó que, en realidad, cualquier comentario era mejor que deliberar en pensamientos tan oscuros, y prosiguió:

—Ustedes trabajan con personas desaparecidas, así que estoy

segura de que no es su primer caso de abuso sexual.

Los tres asintieron, sus ojos diciendo que la pregunta estaba de sobra.

—¿En algún momento escucharon hablar del «Modelo espiral del depredador infantil»?

Morris asintió. Ibáñez y Valero la miraron con una expresión vacía.

«Atractivo e inteligente —pensó Jamilen—. Wow».

Casi le sonríe y le guiña un ojo, pero se contuvo. Había personas observando y no quería malas interpretaciones después.

—El Modelo espiral trata de explicar —continuó Jamilen, dibujando en una hoja en blanco una espiral con un marcador negro— de qué forma el depredador entra en contacto con su víctima. Primero —y señaló un punto en el exterior— se aprovecha de situaciones de vulnerabilidad que lo hagan ver como amigo o confidente. Esta fase puede tomar tiempo, pero es vital para el depredador. A medida que se va ganando la confianza del niño busca situaciones que propicien alguna forma de contacto físico, sin llegar al abuso. Hasta ahora parece inocente. Al final —y puso el marcador en el centro de la espiral— se da el hecho.

Le colocó la tapa al marcador, dejando que el silencio los ayudara a procesar el concepto detrás del modelo. Después de lo que le pareció tiempo suficiente, dijo:

—Mi pregunta es ¿cómo una misma persona puede ejercer esta conducta en dos grupos tan dispares de personas como Marta, Bianca y Tomás? Como les dije, puede pasar, pero me parece muy difícil. No hay un punto en que se relacionen, pero de alguna forma, con uno o dos meses de diferencia, pudo hacerlo por lo menos con Marta y Bianca.

—¿Se da cuenta —dijo Valero señalando el papel— que su dibujo se parece a los discos?

—Sí. Lo pensé y no tiene lógica. Este es un modelo psicológico para tratar de explicar una conducta anormal. No lo veo como mensaje. Recordemos que el culpable las colocó en las escenas. Ese simple hecho dice que son importantes para él. Que tienen un

significado.

—Si fuera así —preguntó Valero—, ¿por qué ocultarlas? Fue una mezcla de suerte e intuición lo que nos llevó a descubrir los discos.

—Creo que lo hizo para asegurarse de que el mensaje llegara. Los depredadores de este tipo no dejan huellas evidentes. Encontramos el de Marta varios meses después de su desaparición. En ese periodo, las mismas tarjetas colocadas al aire libre o de forma más evidente, habrían sido descubiertas por algún niño curioso o un animal. Si no se toma la molestia de ocultarlas, lo más probable es que jamás hubieran llegado a nuestras manos y no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿Insinúa que estas tarjetas fueron dejadas para la policía? —preguntó Valero con preocupación.

—Nadie más, exceptuando como dije un niño jugando, habría tomado esos discos al verlos. Solo lo haría alguien que investigase la escena de un crimen, y eso reduce las posibilidades bastante, ¿no cree?

—Justo lo que necesitábamos —dijo Valero con voz cansada—. Un pedófilo secuestrador de niños. —Suspiró hondo y continuó—. Me imagino que cae de su peso, pero lo diré de todas formas. Esta información no saldrá de esta oficina. Es confidencial y de manejo exclusivo de los presentes en este momento. No quiero despertarme una mañana y al comprar el periódico ver en la primera plana el titular «Secuestrador de niños asuela Panamá». Me agriaría el café y me arruinaría el desayuno. Morris, Ibáñez… ustedes saben cómo me pongo cuando se me arruina el desayuno.

La expresión en el rostro de ambos indicaba que sabían de qué estaba hablando. Valero tuvo la precaución de no dar las mismas instrucciones a Jamilen, pero no era necesario. El aviso iba implícito para los tres.

—Perfecto. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Valero.

Jamilen se volteó en su silla hasta poder ver las fotos en el tablero.

—Sabemos… o sospechamos —dijo mirando a Angelo— que

Marta y Bianca fueron víctimas de abuso sexual. ¿Qué sabemos de Tomás Solano?

—Nosotros no fuimos los encargados de la investigación inicial —dijo Ibáñez—, pero hablé con ellos hace poco. Me dicen que la madre es una señora normal, preocupada por la desaparición de su hijo. No están tan seguros del padre… perdón, del padrastro.

—¿A qué se refieren? —preguntó Jamilen con curiosidad.

—No sé. No fueron muy específicos. Fue algo instintivo.

—Eso no me sirve. No creo en los instintos. Déjenles eso a los animales.

—Licenciada —dijo Ibáñez, no con poca sorpresa—. ¿Me va a decir que usted nunca ha conocido a nadie que, de buenas a primeras, le ha dado mala espina?

Jamilen se dio la vuelta para poder mirarlo, con una media sonrisa en los labios.

—Eso es diferente. Es una sensación. Una percepción. Los instintos son pautas hereditarias de comportamiento y los seres humanos carecen de ellas.

—¿Qué me dice del instinto maternal? —le preguntó Valero.

La sonrisa de Jamilen desapareció como una voluta de humo en un huracán.

—Ese es un ejemplo de mi punto de vista. Si eso fuera un instinto, no tendríamos madres que abandonaran a sus hijos recién nacidos o los lanzaran al interior de una letrina porque alteraban su perfecta existencia. Ahora, para no discutir con sus colegas, digamos que les pareció, en algún lugar profundo de su percepción inconsciente, que el padrastro estaba mintiendo.

—Vale —dijo Angelo, que había preferido mantenerse fuera de la discusión—. Por lo que pude entender, yo no lo dejaría ni al cuidado de mi hámster.

Jamilen lo miró de arriba abajo con suspicacia.

—¿Un hámster? ¿Tienes de mascota un hámster?

—¡Hey! ¿Qué tienes contra los hámsteres?

—¿Ves que no soy el único que piensa que criar ese ratón súperdesarrollado es extraño? —expresó Ibáñez, mirando a Jamilen y

guiñándole el ojo.

—Los hámsteres son criaturas muy dulces —argumentó, a la defensiva—. Fáciles de cuidar y limpiar. Perfectas para alguien que vive solo.

—Ok, ok —dijo Jamilen levantando las manos en el signo universal de mantener la calma. En sus oídos quedaron resonando las palabras «vive solo».

—Muy bien —dijo el jefe Valero—, ya que terminaron su discusión sobre la fauna y sus vidas personales, regresemos a la realidad.

«Aguafiestas», pensó Jamilen. En su lugar dijo:

—¿Les impresionó como alguien peligroso? ¿Podría ser otro caso de abuso sexual?

—Nos haremos nuestra propia opinión, pero se los pregunté y me dijeron que no. No les pareció el tipo.

—Lamento ser quien se los diga, pero no hay un tipo de abusador sexual. Hay estudios que han demostrado que la mayoría piensa que son personas desgarbadas. Locos que asaltan a los niños en los caminos para llevárselos. La realidad es que a veces resulta que son hombres de familia, calmados, decentes. El tipo de persona a quien usted le daría la mano en la calle y sí, hasta dejaría al cuidado de su hámster.

—Puede ser, pero tendremos que confiar en su impresión por el momento. No creen que sea un abusador, pero no es una buena persona. Si le agregamos alcohol a la mezcla… bueno, usted se lo puede imaginar.

—¿Es alcohólico?

—Según la persona que habló con él, los vapores etílicos que salían de su boca eran capaces de propulsar un cohete.

Angelo se levantó de la mesa y se acercó al tablero.

—Entonces —dijo señalando la foto de Marta Cruz—, tenemos una niña de doce años, de la que sospechamos que fue víctima de abusos sexuales. Luego —señaló la foto de Bianca— dos meses después otra niña de similar edad, amiga de la anterior. Similar sospecha de abuso sexual.

Dio dos pasos atrás para ver las fotos desde cierta distancia. Con la mano derecha señaló la de Tomás Solano.

—Para cerrar, un niño de nueve años, raptado casi seguro por la misma persona. No hay evidencia de abuso sexual, pero tenemos un familiar medio maldito y alcohólico. Siguiendo el patrón de abuso, ¿sería Tomás víctima de abuso físico?

Jamilen estudió las fotos sonrientes de los tres niños, tomadas en momentos más alegres. Antes de que la vida decidiera mostrarles los dientes y enseñarles que el mundo no era el lugar feliz que pensaban. Si era cierto lo que insinuaba Angelo, no quería imaginar el tipo de persona con la que lidiaban.

Un ladrón de inocencias. Sin embargo, quedaba una posibilidad no considerada.

—Estamos presuponiendo —dijo Jamilen levantándose. Se acercó al tablero y se paró al lado de Angelo— que Marta y Bianca fueron secuestradas por la persona que abusó de ellas y que este personaje, habiendo terminado con Bianca, secuestró a Tomás.

—Más o menos.

Valero hablaba desde la mesa; Jamilen escuchó su silla moviéndose y al poco tiempo el inspector jefe e Ibáñez terminaban de formar una fila que contemplaba las fotos de los tres desaparecidos.

—Es cierto lo que dice el detective Morris —continuó Jamilen—. Parece haber un patrón, pero sigue siendo extraño el cambio de procedimiento. ¿Qué tal si tenemos el patrón equivocado?

—No entiendo —apuntó Ibáñez.

—Síganme la corriente antes de opinar. ¿Qué pasa si ni Marta ni Bianca fueron secuestradas por la persona que las acosaba? El abusador es una persona; el secuestrador, otra.

Nadie la interrumpió. Todos parecieron tomar esta idea como algo fuera de lo ordinario, pero no del todo imposible.

—Es probable —sumó Valero—, pero ¿qué insinúa? ¿Que el secuestrador los seleccionó porque eran víctimas de abuso?

—Si lo piensa, hasta tiene lógica. No tiene que haber una relación entre las chicas y Tomás, porque no la hay. No se conocen

de ninguna parte y nunca sus círculos sociales se cruzaron. La relación es que todos sufrieron abusos en algún momento, física, emocional o sexualmente.

—¿Y cómo los conoció? —preguntó Valero.

—Hay muchas posibilidades. Amigos en común, grupos de apoyo, salones de chateo por internet.

—Pero entonces —dijo Ibáñez—, ¿qué quiere el secuestrador? No hay demandas ni avisos. Estamos en marzo. Tomás desapareció hace dos meses y ese es solo el caso más reciente. ¿Por qué no hemos escuchado del secuestrador?

—La única ganancia no siempre es el dinero. El poder a veces es más adictivo y eso es lo que más me preocupa.

Jamilen enfocó su mirada en la foto de Tomás. El Nicolás de alguien más y un escalofrío recorrió su espalda.

¿Qué tipo de persona somete a niños que ya viven la pesadilla de un abusador al terror de un rapto?

La vida era hermosa.

El viento entre los árboles acariciaba su piel y el aroma de la hierba húmeda llenaba sus pulmones de tranquilidad y alegría. El ruido cercano de un río, como de pequeñas canicas deslizándose por una pendiente, y el trinar de las aves le daban ganas de cantar.

Por supuesto, nunca lo haría. Si hubiera estado solo, claro, pero no estaba solo y eso marcaba la diferencia.

—¿Qué tan lejos está la cascada? —preguntó su amigo Tobías, quien no parecía disfrutar del paseo en la naturaleza.

Tobías era el típico niño de ciudad. Se sentía más cómodo entre muros de concreto que rodeado de árboles y agua fresca. Tobías y él no podían ser personas más diferentes y, aun así, eran los mejores amigos.

Una versión humana del ratón del campo y el ratón de la ciudad, pensó, recordando las fábulas que su mamá le contaba antes de dormir.

—No muy lejos. Ya lo podemos oír.

—¿Ese ruido es el río? —dijo Tobías, mirándolo con suspicacia —. Pensé que era el motor de un carro que no funcionaba bien.

—Tobías —dijo Elías—, estamos a kilómetros del carro más cercano. Esta es la naturaleza. ¡Huele! ¡Respira hondo! A ver, haz el intento.

—No sé por qué le dan tanto valor al aire del campo. Siento que le falta algo…

—Sí, humo —terminó Elías, al mismo tiempo que saltaba hacia un lado para esquivar el golpe cariñoso que le lanzó su amigo al hombro. Luego, como si nada hubiera pasado, siguieron caminando a la sombra de los árboles en dirección al río.

Llegaron a una pendiente y desde allí podían ver el agua que se deslizaba entre las piedras antes de caer en una suave cascada. Más abajo, un pequeño lago. Unas cuantas hojas apenas se movían en su superficie.

Elías guardó silencio, pero se percató de que su amigo, por más citadino que fuera, se quedó sin habla ante el bello espectáculo. Una sonrisa dibujaba sus labios.

Nada como un buen río y el potencial de la diversión para hacer olvidar muchas cosas al más terco de los individuos.

—Vamos —dijo Elías, empujando a Tobías por la manga del suéter—, hay que bajar al río. No va a esperarnos todo el día.

Un pequeño camino de tierra suelta bajaba hasta la orilla. Elías fue por delante, indicándole el camino y señalando que lo siguiera. Conocía esa pendiente como el camino a su casa.

Con el tercer paso sintió un cuerpo chocando contra él y los dos niños se fueron cuesta abajo, en un amasijo de piernas, brazos y gritos. Al terminar de rodar quedaron tirados en el piso de tierra mirando a la copa de los árboles, con los brazos extendidos y las piernas entrelazadas. Sus cabellos y ropas llenos de hojas y de todo tipo de material biológico que recogieron al ir rodando.

Los dos reían a carcajada limpia, como si hubieran escuchado el mejor de los chistes.

—¿Qué te pasó? —preguntó Elías recuperando el aire—. ¿Por qué me empujaste?

—Yo no te empujé —dijo Tobías con fingido enojo—. Pisé la tierra y cedió de repente.

Sin mirarlo, Elías le preguntó:

—¿La tierra cedió debajo de ti? ¿Crees que estamos en un capítulo de *Los expedientes secretos X*?[1]

—No, claro que no. —Su tono era más pedante—. ¿Ves? Eso es lo malo de la naturaleza. Es impredecible. Es poco consistente. Si esa pendiente hubiera sido de cemento, esto no habría pasado.

—Oh, sí, habría pasado, con la única diferencia que nuestros sesos estarían pintando el cemento y se necesitaría un dentista para identificar nuestros restos.

Les tomó su tiempo quitarse todas las hojas y paja de la ropa. Cuando la última brizna vegetal regresó a su sitio en el suelo, el evento relegado al pasado, se dirigieron a orillas del río.

El ruido de la cascada era mucho más fuerte en esa parte, pero la tranquilidad de la corriente invitaba a cualquiera a sumergirse en sus aguas.

—Entonces —consultó Elías señalando el río—, ¿aún piensas que la ciudad le gana al campo?

—En la ciudad tendríamos una piscina con tobogán.

Elías no le contestó. Solo levantó la vista al cielo en señal de rendición.

Cuando bajó la mirada le llamó la atención un pequeño bulto que no había visto nunca en esa parte del río. Al principio le pareció el tronco de un árbol o una rama muy gruesa, pero a medida que se iban acercando se percató de que la rama tenía colores.

Un sentido atávico en lo más profundo de su ser comenzó a disparar señales de alerta. No sabía qué estaba viendo, pero presentía que no era normal.

—¿Qué es eso? —quiso saber Tobías, señalando el mismo punto.

Tendrían que convenir en que esa imagen era igual de amenazante en la ciudad como en el campo.

Después de unos cinco pasos más el bulto tomó forma y ambos se detuvieron al unísono.

Tirado a la orilla del río, acostado sobre un lecho de piedra y cubierto por hojas, estaba el cuerpo de un niño.

—¿Está dormido? —susurró Tobías, sin dar un paso más.

—Eso creo —dijo Elías, no muy convencido.

—¡Oye, amigo! —gritó Tobías—. ¿Estás bien?

Nadie respondió, pero un movimiento en su rostro calmó la ansiedad que sentían.

—Mira. Está moviendo la boca. Ha de estar herido y no se puede mover.

El rostro del niño no se veía bien; sus ojos estaban tapados por un mechón de cabello que el viento movía cada cierto tiempo. Sin embargo, lo que decía Tobías era cierto. Su boca parecía estar moviéndose.

No los labios. Estaba seguro de que no los había visto moverse. Algo dentro de su boca.

Elías dio un par de pasos más. Si ese niño estaba herido, necesitaba ayuda y pronto.

—Sí —dijo observándolo un poco más cerca—. Está moviendo la lengua.

—Creo que quiere asustarnos —advirtió Tobías.

Pendiente del movimiento del desconocido, tomó una rama del piso y se dispuso a golpearlo en la pierna para que dejara de molestar. Con suerte, pasaría por alto el golpe, se presentarían y los tres quedarían jugando en el río como si nada.

En ese momento la boca del niño se abrió un poco más y sacó su lengua.

—¿Por qué tiene varias…?

Y las palabras se le congelaron en la garganta. El objeto que salió de la boca no era una lengua.

Era un pequeño cangrejo de río que terminó de salir, moviendo sus patas a un ritmo constante. Con las pinzas apretó la nariz del niño y luego empezó a caminar por encima del rostro rumbo al mechón de cabellos.

Los dos niños, el del campo y el de la ciudad, apretaron la boca y contorsionaron el rostro; luego, dieron dos pasos en reversa, giraron

sobre sus talones y salieron corriendo a toda la velocidad que les permitían sus jóvenes piernas.

Por eso no advirtieron que el cangrejo descendía del rostro de José y regresaba a sus piedras, quizás para no entrar en conflicto con una fila de hormigas rojas que comenzaban a ir y venir del cuerpo, pasando por encima de un disco blanco, con círculos negros en su interior, que parecía acompañar al inerte cuerpo de José.

Las impresiones visuales que uno se forma de una persona con una mínima descripción pueden sesgar el juicio de cualquier investigador. Esta realidad pasó por la mente de Jamilen al conocer al padrastro de Tomás.

Era la imagen típica del viejo que se sienta en un sofá a ver televisión todo un día sin hacer nada. Llevaba un suéter blanco sin mangas manchado con lo que podía ser salsa y un pantalón oscuro bastante arrugado. Una poblada barba tapizaba su quijada y sus pequeños ojos la miraban con curiosidad.

El contraste no podía ser más grande con la mamá de Tomás, María. Ella lo único que compartía con su pareja era la capacidad de respirar. Su aspecto era fino y delicado. Su cabello, de estar peinado, sería sedoso y lustroso. Su voz era educada y pronunciaba cada letra y palabra con sumo cuidado.

Jamilen no pudo dejar de pensar en la broma que, desde un plano genético, era la responsable de que esos dos se atrajeran de alguna forma.

De verdad que el amor era ciego. En este caso ciego, sordo, mudo, sin sentido del olfato y bajo las influencias de algún hongo alucinógeno.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Tomás? —preguntó Angelo al hombre que estaba sentado en el sofá de la sala.

Jamilen estaba a su lado, sin decir palabra. Su papel era observar los alrededores del diario vivir de Tomás y determinar, de ser posible, si existía alguna evidencia de abuso en esa casa.

—Fue en la mañana del día en que reporté su desaparición —

dijo el padrastro con una voz grave, envidia de cualquier locutor de radio.

—Ya han pasado más de dos meses —intervino la madre entre sollozos—. No huyó de casa. Nada más tiene nueve años. ¿Dónde está mi hijo?

—Señora Solano, estamos haciendo todo lo posible por averiguarlo. Lo siento, pero por eso mismo tenemos que hacer algunas preguntas.

—Las preguntas ya las hicieron —protestó el hombre.

—Y las tenemos que hacer de nuevo —respondió Angelo, lanzándole una mirada que decía que no lo molestara más. Luego, ignorando al hombre y brindándole toda la atención a la madre dijo —: ¿Qué pasó esa mañana?

—Le hice su desayuno, como siempre. Cereal con leche y dos rebanadas de pifia. Adoraba la pifia. —Una sonrisa asomó a sus labios recordando esos pequeños detalles que la hacían sentir que su hijo no estaba perdido—. Salí del trabajo en horas de la mañana. Era un fin de semana, pero tenía que completar un trabajo en la oficina y Tomás se quedó en casa, al cuidado de Eduardo.

—Ya veo —dijo Angelo.

Jamilen no pudo dejar de notar el tono de desaprobación en la voz del detective. Ese desliz de juicio era responsable de lo ocurrido y, considerando el aspecto del susodicho Eduardo, se pudo imaginar qué estaba haciendo esa mañana cuando debía estar cuidando al pequeño Tomás.

—Entonces, señor Paz, ¿qué me dice usted?

—Mi historia no va a cambiar. El niño terminó de desayunar y me pidió permiso para ir a jugar. Yo estaba haciendo algo importante, así que se lo di. No lo vi más.

—¿Era frecuente que lo dejara ir sin supervisión?

—Puede tener nueve años, pero no es un inválido. —Eduardo parecía molesto—. A su edad, yo estaba trabajando en la calle vendiendo periódicos o limpiando zapatos. Si él quería jugar, ¿quién era yo para decirle que no?

«El único adulto responsable en casa», pensó Jamilen. Se

contuvo, recordándose que no era su entrevista. Solo debía observar.

—Aún no me respondió la pregunta. ¿Era muy frecuente?

—Sí, sí, sí. Si me pedía ir a jugar, yo lo dejaba. Siempre regresó, ¿sabe? ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

«Porque todo lo que se necesita es un segundo, so pedazo de…», gritó Jamilen en su mente. Cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió, el detective Morris la miraba de reojo.

Una sensación casi imperceptible pasó entre ellos y Jamilen estaba segura de que Angelo pensaba igual. Sin embargo, decidió continuar con la entrevista. Aún tenía mucho campo que recorrer.

—¿Tenía amigos el niño?

—¿Qué niño de nueve años no tiene amigos? —comentó Eduardo, pero el rostro de María decía lo contrario.

—¿Qué me dice usted, señora María? —preguntó Angelo, ignorando al padrastro.

—Bueno… siempre fue tímido —dijo mirando al piso—. Tiene amigos, pero le costaba. Más bien le gustaba jugar solo. Lo que sí le puedo garantizar es que tiene mucha imaginación. Mucha.

—¿Y la pelota de fútbol? —preguntó Ibáñez, quien hasta ese momento se había dedicado a estudiar la habitación sin soltar palabra.

—¿La pelota? No entiendo…

—El fútbol es para jugar en equipo, según recuerdo.

No pudo ver el cambio de expresión en su rostro, pues seguía mirando hacia abajo, pero sus manos apretaron su falda con fuerza.

—¿Tomás forma parte de algún equipo o liga infantil? —presionó Ibáñez.

—Sí —dijo el padrastro—. Forma parte de la liga infantil de la escuela y creo que casi todos sus amigos son parte del equipo.

«Estos dos parecen describir niños diferentes», pensó Jamilen, frunciendo el ceño. Uno de los dos estaba mintiendo o diciendo la verdad a medias.

Lo malo de la historia es que tiende a repetirse.

—Muy bien —dijo Angelo—. Señor Paz, ¿me podría dejar a solas con la señora María?

—¿Por qué?

—Porque es rutina en estos casos interrogarlos por separado. Principios básicos de investigación.

—Me parece una tontería.

—Le puede parecer una tontería —dijo en un tono que sugería que se le agotaba la paciencia—, pero vamos a separarlos por ahora. Usted irá con el detective Ibáñez a la cocina.

El silencioso compañero solo se movió y señaló hacia la cocina con su mano. El señor Paz pareció dispuesto a discutir hasta que levantó la mirada y, viendo la imponente figura de casi dos metros de Ibáñez, decidió seguir sus instrucciones.

Jamilen notó el cambio en la postura de María Solano. Sus hombros se levantaron y se sentó en una pose mucho más distinguida.

—Díganme la verdad —dijo mirando hacia Angelo primero, luego a Jamilen—. ¿Mi hijo estará bien?

—No se lo puedo garantizar —dijo Angelo—. Todo depende de que me cuente la verdad.

—No le he mentido —dijo a la defensiva.

—Estoy seguro de que no, pero creo que está dejando cosas por fuera. Tal vez piensa que no son importantes, pero si queremos encontrar a Tomás, cualquier detalle puede ser vital. Comencemos por el asunto de la liga de fútbol y los amigos.

La mirada de María Solano se enfocó en Jamilen, como si ella pudiera sacarla de ese atolladero, pero ella se mantuvo imperturbable esperando una respuesta.

—Tomás es un niño muy vivaz —dijo María respirando hondo —. Esa parte es cierta. Ni se imagina cuántos dolores de cabeza me provocó con sus ideas, cuentos y planes. Una vez decidió construir una trampa para animales en el patio de la casa. Buscó por internet, la diseñó, la armó y atrapó el gato del vecino. Lo malo era que el gato era un animalito muy arisco y fue un lío sacarlo de la trampa. Todavía tengo los arañazos de esa aventura —dijo, enseñando el dorso de la mano.

Jamilen sonrió al imaginarse la escena.

—¿Sabe qué fue lo primero que hizo cuando lo comencé a regañar por la trampa? Se me acercó, me tomó la mano, le dio dos buenos besos y me dijo «Creo que me equivoqué. No lo vuelvo a hacer». Ese es mi Tomás. Bueno… era.

—Aún hay esperanzas —dijo Jamilen, pero a sus oídos no sonaba muy convencida.

—No me refiero a eso —dijo la madre sacudiendo la cabeza—. Sé que Tomás está bien. Lo siento aquí —dijo tocándose el corazón con la punta de los dedos.

Jamilen asintió, pero era consciente de que, aun cuando no hay estadísticas al respecto, muchos padres que después encuentran el cadáver de su hijo pensaron que estaba bien.

—¿A qué se refería entonces? —preguntó Angelo.

—Cambió su forma de ser. Ya no era el mismo. Estaba más calmado, tranquilo. Incluso, cosas que antes le gustaban ya no quería hacerlas. Cuando le pregunté el porqué, me respondió que para no molestar a nadie.

—¿Cuándo comenzó a notar los cambios? —preguntó Jamilen.

—Como dos o tres meses antes de desaparecer, creo.

—¿Cuándo murió el papá de Tomás?

—Hace más de seis años. Tomás no lo recuerda mucho. Era muy pequeño. Murió de un cáncer de páncreas. Fue muy agresivo y rápido.

—¿Algún hecho importante en el último año?

María Solano dirigió una rápida mirada hacia la cocina.

—Me vine a vivir con Eduardo.

—¿Le importaría contarme al respecto? Discúlpeme, pero ustedes dos no se parecen en nada.

—Sí, ya me lo han dicho antes —dijo regresando su atención a Jamilen con una sonrisa estoica—. Él no siempre fue así. Cuando empezamos a salir juntos era muy detallista conmigo y con Tomás. Eso fue hace cuatro años y me pareció buena idea que Tomás tuviera una figura masculina alrededor. Se llevaban bastante bien, pero no me atrevía a dar un paso mayor. Hace un año me decidí y nos mudamos acá. La casa es más grande y el ambiente mucho más

adecuado para un niño pequeño. Todo empezó bien, pero hace seis meses despidieron a Eduardo.

—¿Sabe el motivo? —preguntó Angelo.

—Cortes presupuestarios u otra basura de esa índole. Ya tiene cuarenta años y le ha costado mucho trabajo conseguir empleo. Ahora quieren a personas jóvenes, con títulos universitarios y conocimientos de computadoras y por lo menos dos idiomas. A nadie le interesa la experiencia. En fin, hace como cuatro meses se empezó a deprimir. Siempre le gustó tomar, pero ahora…

—¿Toma un poco más de lo necesario?

Ella asintió.

—Casi nunca sonríe. Siempre está molesto. Todo le irrita. Es como si con ese trabajo le hubieran extraído toda la alegría del cuerpo.

—Algunas personas no se comportan bien bajo presión —dijo Jamilen, recordando las palabras de Carol sobre Lucas.

—Los demás no tenemos la culpa. —Y en sus ojos vio por primera vez el destello de una chispa que no había vislumbrado hasta ese preciso momento.

Desafío.

«Bien. No está muerta por dentro —pensó Jamilen—. No todavía. Aún es rescatable».

—¿Y su relación con Tomás? —preguntó Angelo.

—No le tiene mucha paciencia. Eso sí, nunca le ha puesto la mano encima.

—¿Jamás? —le preguntó.

María Solano no respondió, pero pareció desmoronarse por dentro. El silencio que lo acompañó era toda la confirmación que necesitaban.

—Tomás, en algún momento, ¿le hizo algún comentario sobre su padrastro?

—No, no —dijo muy rápido para el gusto de Jamilen—. Aunque las últimas semanas casi no hablaba conmigo. Llegaba a casa y se ponía a hacer sus tareas. Se esforzaba por hacerlas bien, incluso más que antes, pero estaba más callado. Más calmado.

—¿Para no molestar a nadie? —preguntó Jamilen, sabiendo la respuesta.

María no contestó, pero asintió.

—¿Alguna vez lo golpeó?

Levantó la mirada como si el piso estuviera electrificado.

—Nunca. Yo jamás lo hubiera permitido.

—¿Y a usted?

María pareció no saber qué decir, pero sus dedos se colocaron sobre su muñeca izquierda, tratando de tapar las marcas que tenía allí. Huellas dejadas por una mano que apretó más de lo necesario. Jamilen lo había visto al entrar. Angelo también.

—Una vez —dijo al fin.

La mirada de Angelo le dio el último incentivo necesario para contar la verdad. Debió de darse cuenta de que era lo mejor.

—Pero ya lo hablamos y prometió no hacerlo de nuevo.

—¿Hablaron? —preguntó Angelo, incrédulo.

—Claro. La comunicación es vital. Debe creerme. Fue mi culpa. Él venía cansado de buscar empleo y yo le pedí plata para una tontería. No era el momento. Aprendí la lección. Todo está bien entre nosotros ahora.

El diccionario del abusador. Parecía una copia de otras voces y seguía encontrándoselas una y otra vez: Te amo. No quise hacerlo. Es la presión. Soy un tonto y no te merezco. ¿Me perdonas?

Nada que hacer al respecto si ella no pedía ayuda. Lo que sí pensaba hacer era soltar la indirecta a las autoridades pertinentes dentro del ministerio para que mandaran a alguien a investigar. No pensaba quedarse cruzada de brazos mientras la situación empeoraba.

Ese día era una marca en la muñeca. En un mes, una visita a la Unidad de Cuidados Intensivos.

Ya era suficiente sufrimiento para un solo día.

Se escuchó el timbre del celular de Angelo. Lo sacó de su bolsillo y al ver la pantalla pidió disculpas y se levantó a contestar la llamada. Al mismo tiempo, entraron en la habitación el padrastro y el detective Ibáñez.

Eduardo estudiaba a María con una expresión curiosa en el rostro. Ella no le regresó la mirada en ningún momento.

—¿Dónde está Angelo? —preguntó Ibáñez. El detective traía su celular en la mano.

—Aquí —respondió, regresando de la esquina donde fue a contestar la llamada—. Tenemos que irnos.

La premura en su voz no se le escapó a nadie en la habitación.

—¿Es sobre Tomás? —preguntó la madre, apretando su ropa a la altura del corazón con la mano.

—No. No es Tomás.

«No es Tomás, pero sí alguien más», pensó Jamilen levantándose de su asiento.

Se despidieron de ambos y salieron de la casa, no sin que antes Jamilen dijera que regresarían para terminar la entrevista. No tenía más preguntas. Ya había descubierto el secreto que buscaba, pero pensó que era buena idea que el tal Eduardo pensara que la policía iba a regresar.

Si tenían suerte, eso evitaría nuevas situaciones de violencia en la casa Solano por algún tiempo, al menos. Si tenían suerte.

—Muy bien, ¿qué pasó? —preguntó Jamilen camino al auto.

Ibáñez iba primero y cuando llegaron, ya el motor estaba encendido.

—Nos llamaron de la estación —le respondió Angelo entrando al vehículo—. Dos niños hallaron el cadáver de un menor de edad, de ocho o nueve años.

—¡Dios santo! —exclamó Jamilen llevándose la mano a la boca —. ¿Tomás? Le dijimos que no era su hijo.

—No mentimos —dijo Angelo.

Su mirada se desvió hacia el exterior, en dirección de las oscuras nubes de tormenta que parecían estarse recogiendo en un cielo amarillo rojizo.

—El cuerpo no pertenece a Tomás.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Al lado del cuerpo encontraron un disco.

«¡Oh, no! —pensó Jamilen—. ¡Eso no!».

—Un disco blanco con círculos en negro —dijo Angelo confirmando sus temores— y no sabíamos que el niño estaba desaparecido. Salió de su casa ayer en la mañana y nunca regresó ni fue reportado por la madre.

Jamilen hizo un cálculo rápido en su cabeza y la respuesta no fue nada alentadora.

Otro posible caso de abuso, al menos por negligencia.

Secuestrado y muerto en menos de 48 horas.

¿Qué demonios estaba pasando?

SEGUNDA PARTE

LOS DISCOS DE PLATA

Cuando el agua ha empezado a hervir,
apagar el fuego ya no sirve de nada.

NELSON MANDELA

A veces, el silencio es la peor mentira.

MIGUEL DE UNAMUNO

Capítulo 12

Nada como un buen asesinato para iniciar la mañana.

La noticia de la muerte de José Muñoz ocupó la primera plana de todos los periódicos. La constante mención del crimen, la edad del niño y la crueldad del hecho se fueron alimentando entre sí, como una bacteria en un medio de cultivo.

Para la tarde ya no era noticia, sino un acontecimiento sensacionalista. Cuando una noticia llega a ese nivel crítico, es como un balde de sangre en medio del océano.

Atrae a todos los tiburones.

Las palabras controladas de horas tempranas fueron mutando en comentarios amarillistas y con cada hora que pasaba, los detalles mencionados se tornaban más sangrientos y crudos. El mensaje no cambiaba mucho con el correr de los minutos, pero sí el terror que infundía la noticia en quien la escuchaba.

Los secretos de horas matutinas se tornaban en verdades con la caída del sol.

Jamilen saltó de un canal al siguiente, esperando escuchar lo que en teoría nadie debía saber. Cuando una investigación involucraba a más de un cierto número de personas, el goteo de información a la prensa comenzaba.

—El cuerpo del niño José Muñoz —dijo un comentarista vespertino al lado de un árbol, en un espacio abierto tapizado con maleza a la altura de sus tobillos— fue encontrado a orillas del río Utivé, a pocos metros de donde estoy parado. —Con un ademán

señaló un punto a sus espaldas—. Dos niños que paseaban por la zona hicieron el macabro descubrimiento. La policía no ha querido hacer declaraciones, pero sabemos que José Muñoz desapareció de su casa hace un par de días.

Una reportera de cabellos castaños, en el siguiente canal. La escena, las afueras del Departamento de Investigaciones Judiciales. Otros reporteros en fondo se movían buscando nuevas fuentes de información:

—No se sabe con exactitud la causa de la muerte, pero fuentes extraoficiales, ligadas a la investigación, nos confirmaron que este caso puede estar relacionado con una serie de desapariciones que estaban siendo investigadas por la policía. El detective jefe, Paulo Valero, encargado del Departamento de Personas Desaparecidas, declinó hacer comentarios al respecto.

Jamilen cambió de canal. El goteo había empezado. Tratar de detenerlo era como evitar la crecida de un río con un dique de palillos.

Un despliegue de futilidad.

—El cuerpo sin vida del niño de ocho años —el reportero hacía equilibrios sobre un par de rocas a la orilla del río— tenía señales evidentes de violencia y fue remitido para la autopsia de rigor. Fuentes dentro de la policía aseguran que el asesinato está relacionado con la desaparición de otros tres jóvenes y piensan que la misma persona está detrás de los crímenes. Estas pesquisas son llevadas a cabo por el Departamento de Personas Desaparecidas y personal de apoyo del MIPPOV.

«Ahora soy personal de apoyo», pensó Jamilen lanzando el control remoto a un sofá cercano.

Calculó mal y el aparato voló hasta estrellarse contra la pared. Al golpear el cemento, la tapa del control se abrió y las dos baterías salieron volando en direcciones opuestas.

Lucas, que iba entrando justo en ese instante, pudo esquivar el bólido.

—¿Ahora qué hice? —exclamó sorprendido, mirando hacia su esposa.

—Disculpa, Lucas —dijo frustrada, pero sonriendo—. Me molesté por algo. Eso es todo.

El hombre vio la pantalla del televisor. Las ropas del reportero parecían tener vida propia, impulsadas por las corrientes de aire cerca del río.

—¿La desaparición de ese niño tiene que ver con el caso que me mencionaste?

Jamilen asintió.

—Al principio ni siquiera sabíamos que formaba parte del caso. Buscábamos a otros niños. Esto fue inesperado.

—¿Están seguros de que hay una conexión? —preguntó, mientras se arrastraba por el piso recogiendo las baterías del control remoto.

—Sabes que no puedo discutir el caso contigo, pero sí te puedo confirmar que están relacionados. El responsable se encargó de dejarnos una clara señal al respecto.

—Entonces, o es muy torpe o quieren que sepan que están relacionados.

—Yo me iría por la última opción —dijo Jamilen levantándose de la silla y apagando el televisor con un golpe de su dedo índice.

—¿Eso es bueno o malo?

—Las dos cosas. Bueno, porque nos facilita el trabajo. Si no fuera por esas señales, tal vez nadie se habría dado cuenta de que estaban relacionados.

—¿Lo malo?

—Si alguien quiere que sepas que es responsable de un acto, es porque el acto en sí es un mensaje. El problema es que no tengo idea de cuál es.

Lucas terminó de recoger la última batería, las colocó en su lugar y cerró la tapa. Colocó el control encima de la mesa y miró a su esposa:

—Solo es cuestión de tiempo. Si hay alguien capaz de entrar en la mente de la persona que asesinaría a un niño de ocho años eres tú.

Jamilen cruzó los brazos sobre el pecho y le regresó la mirada con una expresión seria.

—No sé si tomar eso como un cumplido u otra cosa.

—Como un cumplido, por supuesto. Eres la mejor psicóloga que conozco.

—Quitando a Carol, soy la única psicóloga que conoces.

—Cierto, pero no por eso se invalida mi comentario. —Y apenas dijo esto dio la vuelta y se encaminó a su oficina, sin otras palabras.

Jamilen respiró hondo y cerró los ojos. Estaba cansada, agotada, y le esperaba un día pesado. Tenía una reunión con representantes del Departamento de Homicidios, de Personas Desaparecidas y el ministro Archibold a las ocho de la mañana.

Eso también podía ser bueno o malo.

Decidió acostarse temprano y descansar. Tenía que llegar a esa reunión con la cabeza clara y despejada, porque estaba segura de que todos iban a querer que ella leyera los actos del asesino como si fuera un libro abierto.

La única luz que iluminaba las penumbras del pasillo era la proveniente del interior de la oficina de Lucas y que se escapaba por debajo de la puerta cerrada.

Jamilen no se detuvo y siguió avanzando hacia su cuarto y la cama. Quería leer un poco antes de dormir y no pensaba perder horas preciosas en revelar otros misterios que no fueran los relacionados con los niños desaparecidos.

Porque, quisiera reconocerlo o no, quería impresionar al detective Morris.

Si Lucas podía tener sus secretos y fantasías, ella también.

—¿Por qué no nos avisaron antes? —preguntó furioso el encargado del Departamento de Homicidios.

Parado al lado del tablero con las fotos de los niños, con el cabello sin peinar y el ceño fruncido en V, parecía un ángel vengador. Considerando todo lo que le estaba cayendo encima en ese momento, no podía culparlo.

—Porque hasta hace poco —dijo el detective jefe Valero con

tono pausado— era un caso de niños desaparecidos.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo el ángel vengador, de apellido Salas.

Por lo que había entendido, era jefe igual que Valero y, por tanto, se podían decir lo que quisieran entre ellos.

Los demás solo podían ver el espectáculo, como observadores en un coliseo romano, sin tener que lidiar con la sangre que corría por la arena.

Todavía.

Junto al detective jefe Salas había dos miembros más de su departamento, en cuyos rostros se veía que compartían cada una de las palabras que decía su jefe. El detective Valero, Angelo e Ibáñez, del otro lado de la mesa, permanecían en silencio. Sus rostros, efigies de cansancio y resignación.

—Ustedes trabajan con personas desaparecidas —dijo Salas marcando cada palabra con un gesto de la mano, como un director de orquesta llevando el ritmo—. ¿Cuáles son las posibilidades de que un niño desaparecido esté vivo después de cuarenta y ocho horas?

—Los niños que son raptados y asesinados, en la gran mayoría, murieron en las primeras tres a cuatro horas del hecho —dijo Valero con recelo, después de un minuto de silencio.

—Lo que representa menos del uno por ciento de los casos de niños desaparecidos —completó Angelo.

«Por supuesto —pensó Jamilen—. No se iba a quedar callado».

—José Muñoz —dijo Salas— pertenecía a ese uno por ciento. Si lo que ustedes me dicen ahora es cierto, sobre los discos que relacionan los casos entre sí, debo entender que lo mismo pasó con los otros niños. Sus cuerpos siguen sin aparecer. Eso es todo.

Jamilen cerró los ojos con esas palabras. No quería escucharlas, pero no por eso eran menos ciertas. Tenían que empezar a trabajar con la suposición de que ya no se trataba de niños desaparecidos.

Ya no estaban lidiando con un secuestrador, sino con un asesino.

Un asesino de niños.

—Discúlpame, Salas —dijo Valero cruzándose de brazos y con la obstinación que solo se puede desarrollar con la experiencia—,

pero hasta que aparezca un cadáver, siguen siendo desaparecidos. Te recuerdo que estamos hablando de probabilidades.

—Las probabilidades de que me caiga un meteorito también son bajas, pero no por eso si veo una piedra cayendo del cielo me voy a quedar parado como un zoquete. Me voy a quitar.

Jamilen sonrió. El detective Salas le caía bien.

—Podemos quedarnos discutiendo así todo el día —dijo el ministro Archibold, quien hasta ese momento permanecía callado en una esquina de la oficina, viendo las fotos y los discos—, pero no se resolverá el problema en nuestras manos. Tenemos el cadáver de un niño y un posible asesino en serie. Lo que yo quiero saber —dijo dándose la vuelta y clavando sus ojos en los reunidos en la mesa— es si ustedes pueden trabajar juntos en este caso.

Salas miró a Valero, la rabia contenida en la mirada. Valero se mantuvo callado, pero Jamilen estaba segura de que el detective jefe hubiera preferido comerse una ensalada de hojas de ortiga antes que trabajar con el volátil colega. Lo que ninguno de los dos captaba era que estaban lidiando con un maestro en el arte de la manipulación. El ministro Archibold se quedó parado en la cabecera de la mesa, mirándolos con intensidad.

Al final, sintiendo la presión del ministro, asintieron.

—No los oí —dijo Archibold sin ceder—. No quiero después que alguien pueda excusarse diciendo «yo no lo dije».

—Sí, señor ministro —dijeron sin dejar de mirarse entre sí.

—Sí, señor ministro… ¿qué?

Valero respiró profundo y habló primero.

—Sí, podemos trabajar juntos.

Las palabras de Salas, con igual sentido, vinieron después.

—Excelente —dijo Archibold—, porque a partir de este momento, y es lo que pienso informar en la conferencia de prensa que tengo programada en una hora, estoy creando una Fuerza Conjunta para encargarse de este caso, con la supervisión directa del MIPPOV, ergo… bajo supervisión directa *mía*. Yo me encargo de cortar las cintas burocráticas. Denlo por hecho.

—¿Una Fuerza Conjunta? —preguntó Valero, la duda en su voz.

—Seguro. Los casos les competen a ambos. José Muñoz fue un homicidio y, por palabras extraoficiales del forense, su muerte no fue pacífica. Los otros tres, hasta que aparezca un cadáver, son personas desaparecidas. La forma correcta de trabajar es combinando esfuerzos para la rápida resolución del caso.

—¿Quién estará a cargo? —preguntó Salas, mirando a Valero.

—Es una operación conjunta. Las personas que ustedes designen formarán parte del grupo y cada departamento puede designar un jefe. Estos jefes responden a los superiores que le correspondan como lo establece la jerarquía institucional. Sin embargo, hablamos de niños y todos caen bajo el paraguas del ministerio. Si tengo que hablar con el presidente lo haré. No me importa lo que digan las leyes al respecto. No estoy dispuesto a permitir que una sola persona trate de usar estos hechos en beneficio propio. Al final, todos los caminos terminan en mí.

El ministro se sentó, colocando ambas manos sobre la mesa.

—Ya que no puedo asistir a todas las reuniones, estoy dejando encargada como representante del ministerio a la licenciada Lasso, aquí presente. Sírvanle extenderle todas las cortesías que harían con mi persona, porque en lo que a la Fuerza Conjunta se refiere, ella soy yo.

Jamilen miró a su jefe con divertida curiosidad. Ni en un millón de años y cirugías podría parecerse al ministro Totoro, pero tuvo la delicadeza de no mencionarlo y borrar la imperceptible sonrisa de su rostro.

Movió los ojos hacia los otros miembros del grupo y pudo percatarse de que Angelo la miraba de reojo, con una sonrisa más franca. Si era porque iban a trabajar juntos o por la comparación hecha, no lo sabía.

Lo más probable, era una combinación de las dos.

—Pueden organizarse como mejor les parezca —continuó diciendo el ministro—, pero preferiría un grupo no muy numeroso. ¿Piensan que necesitarán más personal?

Salas respondió, sin titubear:

—Dos o tres oficiales de cada departamento para fines

logísticos. Interrogatorio, revisión de documentos, cosas así.

—Y uno o dos ingenieros de Informática —completó Valero—, de preferencia que sean hábiles en conseguir información por medios no convencionales.

El ministro los miró a todos y asintió.

—Si necesitan contratar a alguien de afuera, ya tienen la autorización. Yo me encargo de los fondos. Solo asegúrense de conseguir resultados rápidos. No creo tener que decirlo, pero lo haré de todas formas. La investigación debe llevarse como un reloj y con todas las disposiciones legales vigentes. No quiero siquiera pensar que el culpable de estos crímenes salga libre por un tecnicismo. Eso me haría enojar mucho y ustedes no me quieren ver enojado.

Jamilen, en su voz más casual, añadió:

—Eso es cierto. No lo quieren ver enojado.

El ministro le sonrió y cerró el fólder que tenía abierto delante de él.

—La licenciada Lasso está como representante del ministerio, pero es también nuestra contribución a la Fuerza Conjunta. Además de tener un doctorado en Psicología Forense, ha tomado uno o dos cursos que estoy seguro serán de utilidad. Ya me informaron que su intervención ha sido de mucha ayuda hasta el momento y espero que siga siendo así. Además —ahora miraba a Salas— quizás no la conozcan, pero les puedo asegurar que, si hay alguien capaz de descifrar a… quien sea que haya hecho esto, es ella.

«¿Uno o dos cursos? Maldito seminario de ciencias del comportamiento», pensó Jamilen, recordando la emoción experimentada cuando le aprobaron la solicitud de asistir. Como decía el dicho: «Ten cuidado con lo que pidas. Se puede hacer realidad».

Hacía dos años que, incentivada por una serie británica y pensando en las posibles ventajas que podría tener en su trabajo en el Departamento de Protección de Niños, solicitó un cupo para un seminario en la renombrada Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI de Estados Unidos. Ciertamente, el curso no la convertía en una candidata para trabajar en Quántico, pero el

simple hecho de haber asistido la convertía en uno a los ojos de sus jefes.

Transmutación por cercanía.

Gracias al cielo no había tenido que hacer uso de sus conocimientos sino de una forma muy básica. Ahora, todos esperaban que tuviera las habilidades de Jack Crawford, el célebre perfilador de *El silencio de los inocentes*[2].

No solo eso, sino que, con todo lo que le había pasado, tenía que meterse en la cabeza de una persona capaz de secuestrar y asesinar a un niño. Fantástico.

Como si no tuviera suficientes pesadillas.

El extraño, sentado delante de un televisor de pantalla plana, observaba ensimismado el desarrollo de las noticias.

El secreto estaba en el aire. Todos sabían de su existencia.

—Tranquilo, mundo —dijo viendo los diferentes noticieros y las múltiples versiones de la muerte de José—. Esto es solo el principio. Un *hors d'oeuvre*.

Un cintillo en la parte baja de la pantalla anunciaba una conferencia de prensa en pocos minutos. Estaba ansioso por escuchar cuál era la posición oficial de la policía con respecto al caso.

No es que lo necesitara. Tenía otras formas de conseguir esa información, pero esa era la gracia del asunto. Lo que sabían y lo que dijeran eran cosas muy distintas. Eso podía hacer toda la diferencia.

Como conjurado por su deseo, el reportero en pantalla se llevó la mano al oído y anunció que la conferencia de prensa estaba a punto de empezar.

La siguiente imagen fue un salón de reuniones. Las primeras dos filas de reporteros eran visibles. Un podio de metal y vidrio. Un micrófono negro. Una bandera de la República. Una mesa al lado del podio. Ocho puestos vacíos.

Su pulso se aceleró al ver entrar a un grupo de personas al escenario. Cada uno se sentó en uno de los asientos. El más

imponente de todos se colocó detrás del podio.

Sus ojos se enfocaron en el rostro de uno de los presentes. No esperaba encontrarlo en el grupo. Sus labios se abrieron en un gruñido animal, mientras decía:

—Allí estás. Perfecto.

Subió el volumen para escuchar las palabras del ministro Archibold.

—Soy consciente de que todos se preguntan si las noticias que están circulando son ciertas —su rostro iluminado por los destellos de cámaras y equipos de video— respecto a un secuestrador de niños. A un asesino de niños, en nuestro país. Desde que me encargué del ministerio, mi promesa fue manejarme de forma transparente y nunca mentir. No pienso empezar ahora solo porque el costo político pudiera ser muy alto, como me dicen algunos asesores. Sin afectar el curso de la investigación, los hechos que les puedo confirmar son los siguientes.

El ministro Archibold se encargó de desglosar los puntos que, a oídos del extraño, eran noticias del pasado y de su diario vivir. Con los sonidos registrándose en algún punto de su percepción periférica, se centró en la persona que llamó su atención al estar presente esa noche. Alguien que no era un extraño para él.

—He dado instrucciones —escuchó decir en la voz del ministro — de crear una Fuerza Conjunta. Sus integrantes serán miembros del Departamento de Homicidios y del Departamento de Personas Desaparecidas. Aun cuando conservan su jurisdicción, esta Fuerza Conjunta responderá al MIPPOV. Me aseguraré de que este grupo tenga todos los recursos necesarios para poder resolver este caso y llevar el o los culpables a la justicia.

—Claro —dijo el extraño con sorna—, no puedo esperar a ese día. Las cosas se pondrán muy interesantes si eso ocurre.

Unas cuantas palabras más y el ministro dio por terminada la conferencia de prensa. Se retiró sin dar la oportunidad de preguntas a los medios de comunicación, pero las cámaras continuaron filmando.

—Informa y sal huyendo —dijo el extraño—. Estrategia Política

101.

Mientras el reportero informaba a los televidentes, el extraño estudió los eventos en el escenario. Las personas en la mesa se movieron y se dividieron en dos grupos. El ministro se alejó del podio y tras unas cortas palabras con estos, caminó hacia una de las dos mujeres presentes en la conferencia.

La única que no parecía formar parte del resto.

«¿Quién eres?», se preguntó el extraño, mientras veía cómo el ministro se acercaba a conversar con ella. Era lógico pensar que ella era la representante del ministerio en la Fuerza Conjunta. Su papel en eventos futuros dependía de lo competente que fuera.

Era un elemento nuevo, para el cual no tenía planes, y el extraño detestaba las sorpresas casi de forma patológica.

Cainolofobia. Miedo a las novedades y sorpresas.

Apagó el televisor con el control remoto y permaneció sentado, analizando los detalles a la luz de lo escuchado, y considerando todos los elementos que conocía.

Después de cinco minutos tomó una lata azul que tenía al lado y terminó de tomarse su pulso de energía líquida.

Tenía trabajo que hacer.

Capítulo 13

El desolado y austero anfiteatro, con sus paredes de un color entre verde y amarillo, parecía el lugar menos apropiado para el cuerpo de José Muñoz. Su cadáver, colocado sobre una fría plancha de metal pulido, esperaba paciente que el filoso bisturí del forense se deslizara sobre su piel.

No lo creía correcto, pero era el protocolo a seguir. De su muerte esperaban obtener las pistas que necesitaban para atrapar al culpable. Era la única forma de evitar tener que reunirse dentro de un mes en el mismo salón, pero con un cuerpo diferente. En opinión de Jamilen, era suficiente experiencia para toda una vida.

El médico forense encargado del caso era el doctor Tovar. Su tez oscura brillaba bajo las luces fluorescentes que, desde el techo, iluminaban la sala. Llevaba una bata desechable color celeste y una gorra de cirujano del mismo color y material. Debía de calzar unos guantes, por lo menos, talla 8 y el bisturí, en su mano, parecía un delicado pincel manipulado por un pintor.

Articulado a un brazo mecánico del techo, un micrófono grabaría los detalles de la autopsia en la computadora central de la oficina. Luego, una secretaria transcribiría en palabras y letras el audio correspondiente a la macabra obra de disección. A su lado, un serio Angelo miraba el cadáver, pero ausente en sus ojos estaba la vitalidad del día en que lo conoció. Su mirada era una sombra apagada con párpados a medio cerrar. Las manos las tenía metidas en los bolsillos del pantalón y sus pies parecían no poder quedarse

inmóviles.

Del otro lado de la mesa, Salas y sus detectives esperaban el inicio del procedimiento con iguales expresiones de tristeza y abatimiento. Sin embargo, en los ojos de Salas había más. Era como ver el fondo de un horno encendido, esperando una exhalación para ser alimentado.

Jamilen sabía cómo se sentía. No conocía al detective del Departamento de Homicidios más allá de las pocas palabras que cruzaron después de la conferencia de prensa, pero presentía que existía una historia detrás de esa mirada. Era congoja, impotencia e ira mezcladas en una volátil amalgama. En su opinión, Salas no necesitaba de gran cosa para estallar y, viendo su postura en ese momento, no quería estar en los zapatos del asesino de José Muñoz cuando lo atraparan.

Si el asesino tenía algún demonio de la guarda, tampoco Jamilen estaría presente.

—¿Estamos listos? —dijo el doctor Tovar golpeando con la punta del mango del escalpelo la superficie del micrófono. Un asistente, que observaba la pantalla de una computadora en el otro extremo del salón, alzó la mano y levantó el pulgar.

—Muy bien… Autopsia 103-11… Tenemos el cuerpo de un niño de ocho años. Se encontró a orillas del río Utivé vestido con un pantalón de mezclilla color azul oscuro, correa chocolate y un suéter blanco que tenía un diseño en la parte de atrás con la forma de un dragón. Medias y zapatillas oscuras.

Jamilen escuchó la descripción de la ropa de José y se lo imaginó en vida, saltando y jugando en un parque o en el río donde lo encontraron. Un rostro sereno lleno de alegría, cabello castaño sobre los ojos. Una sonrisa permanente en los labios.

Al regresar su atención a la mesa de metal, la imagen la congeló en su sitio. Así debió de haberse visto su pequeño Nicolás cuando lo encerraron en una fría morgue, esperando ser reclamado por su padre, para protegerla a ella de verlo antes de morir.

¿Por qué le hizo caso? Ella sabía que debía verlo, que era lo correcto. Era parte del proceso de duelo y si no lo hacía, ese capítulo

seguiría abierto.

No lo hizo porque Lucas, como siempre, logró convencerla. Ahora, no podía dejar a su hijo atrás y no podía caminar hacia adelante. Sentía que tenía negocios inconclusos con él y, como con el disco, no tenía idea de cuál era el mensaje oculto.

—¿Estás bien? —preguntó Angelo a su lado. Había percibido su dolor, aun cuando estaba segura de no haber hecho gesto alguno.

Jamilen solo asintió. No estaba segura de su voz en ese momento.

—En cuanto a evidencia externa de daño —siguió diciendo el doctor Tovar levantando hasta la cintura la sábana que cubría el cuerpo—, debajo del oído izquierdo, en el ángulo de la mandíbula —tomó una cinta y midió la distancia— dos centímetros por debajo del orificio auditivo, hay una lesión abrasiva de tres centímetros…

Jamilen comenzó a temblar. El frío dentro de la morgue era capaz de penetrar en los huesos, pero sus movimientos musculares eran fruto de otros factores, ajenos a las bajas temperaturas.

La voz de Tovar siguió describiendo las otras lesiones visibles a la simple inspección externa y cada nuevo hallazgo se acumulaba en algún punto central de su cerebro primitivo.

Aspecto posterior del hombro izquierdo. Lesión abrasiva/contusa de bordes demarcados de color azuloso de cuatro centímetros de largo por dos de ancho.

Aspecto posterior de la región lumbar izquierda. Lesión abrasiva/contusa de bordes mal definidos, en su diámetro mayor de tres centímetros por un centímetro.

Glúteo derecho. Lesión abrasiva… Glúteo izquierdo. Lesión abrasiva/contusa… Aspecto posterior del muslo izquierdo… lesión abrasiva/contusa…

Todas premortem.

En vida.

«Rayos —pensó Jamilen con los ojos cerrados—, el desgraciado lo golpeó en múltiples ocasiones. ¿Por qué? ¿Por qué ensañarse con un niño de ocho años?».

—Si lo atrapo —murmuró Angelo— ruego que se resista al

arresto. Eso es todo lo que pido.

Jamilen no tuvo tiempo de responderle. En ese momento, una persona entró en el recinto y le hizo señales a Tovar. Este detuvo su narrativa en un punto específico y le señaló a su ayudante que detuviera la grabación.

El joven que acababa de llegar traía en la mano un sobre de papel manila, de los que se usan para transportar placas de radiografías.

—¿Esas son las que estaba esperando? —preguntó Tovar, quitándose los guantes.

—Sí, eso creo —dijo el asistente leyendo el nombre en el sobre —. José Muñoz.

Tovar sacó las placas y las colocó en un aparato de mediano tamaño colgado en la pared. Un interruptor encendió el equipo y la oscura placa cobró vida, reflejando los detalles en blanco y negro.

—Lo primero que hice antes de que ustedes llegaran —dijo Tovar colocando las otras placas— fue tomarle una radiografía al cadáver. Los golpes que acabo de describir son recientes, incluso me atrevería a decir que son del día de su muerte, pero hay otras lesiones más tenues que espero estar equivocado en cuanto a su origen.

Las radiografías no tenían sentido para Jamilen. Sabía que estaba viendo huesos y tenía una cierta idea de la parte del cuerpo, pero lo que buscaba Tovar era un misterio.

No estaba segura de querer saber cuál era la respuesta.

—No me equivoqué. Vengan a ver.

Angelo y Jamilen, caminando a la par casi como si sus cuerpos, inconscientemente, necesitaran de la mutua compañía para afrontar la verdad, se dirigieron hacia el doctor Tovar.

Cuando todos estuvieron reunidos en un arco a sus espaldas, el forense explicó:

—Como dije antes, la gran mayoría de las lesiones son recientes, pero algunas no. Cuando veo una serie de lesiones, múltiples lesiones, pero de orden cronológico variado, sospecho de abuso. Por eso las radiografías. El hueso no miente y —dijo señalando dos

puntos en los huesos del brazo derecho y uno en la muñeca del otro brazo: eran zonas más blancas que el resto del hueso— estas tampoco. Son callos óseos. Fracturas resueltas.

Un silencio sepulcral acompañó estas palabras.

—Déjeme ver si entiendo —dijo Salas, sopesando sus palabras con cuidado—. ¿Las fracturas no son recientes?

—No, qué va. El hueso no cicatriza tan rápido. Esos callos son de varios meses. Hasta años, quizás.

—Pero las lesiones que describió hace poco…

—Esas son recientes, hechas no más de veinticuatro horas antes del deceso que, fuera del registro oficial, diría que fue reciente también. No más de setenta y dos horas al momento del descubrimiento del cadáver.

«Los niños que son secuestrados y asesinados, en la gran mayoría, mueren en las primeras tres a cuatro horas del evento», recordó Jamilen las palabras de Valero de días antes. José Muñoz perteneció al uno por ciento.

¿Y Marta, Bianca y Tomás? ¿También?

—Esta otra placa —dijo Tovar quitando las anteriores y colocando una nueva, una colección de varios cuadros de un estudio diferente al anterior— es una resonancia magnética de la cabeza. Del cerebro. Excelente para el estudio de tejidos. Dicen algunos expertos que mejor que la inspección visual. No estoy de acuerdo, pero estamos haciendo un estudio de investigación, así que aprovechamos para tomar una antes de proceder a la evaluación interna. Con estas imágenes casi les puedo asegurar la causa de la muerte.

Señaló varios de los cuadros.

—Una hemorragia intracerebral. Los golpes que recibió en la cabeza debieron de ser la causa, pero sabremos más después de abrir el cráneo.

Jamilen respiró hondo. La pesadilla aún no había terminado. Se sintió tentada a irse, pero no se lo perdonaría jamás. Se lo debía a los niños.

A Marta, a Bianca, a Tomás. A José.

Cada uno la alentaría a esforzarse más en atrapar al culpable.

Y si había justicia en el mundo, se resistiría al arresto.

—Muy bien, ¿qué te preocupa?

Jamilen dejó caer dentro de la carretilla la caja de Couscous Mediterráneo que sostenía en la mano en ese momento y tomó otra. Lucas la miraba con atención.

—Nada, nada —mientras leía la caja—. Algo te está comiendo el cerebro y no pretendas estar leyendo la caja. Mejor dime qué te pasa.

—Nada que puedas hacer al respecto.

—¿Tiene que ver con el caso? ¿La Fuerza Conjunta?

Jamilen asintió sin decir palabra. Lucas era demasiado inteligente como para preguntarle sobre su trabajo y si lo intentaba, como lo había hecho dos veces en sus años de casados, sabía que lo iba a ignorar.

—¿Te puedo ayudar? —prefirió preguntar.

Ella suspiró con tristeza.

—Si me puedes explicar por qué alguna gente es tan mala, te lo agradecería.

—Eso es sencillo —dijo Lucas tomando un frasco de pimentones y estudiándolos a través del circular vidrio—. Somos animales.

Jamilen no comentó su respuesta, pero desvió la mirada hacia otra parte para que su rostro no reflejara lo que estaba pensando. Solo a Lucas se le ocurriría un pensamiento tan simplista para explicar sucesos tan terribles.

—No, Lucas. Los animales son mejores que nosotros. Cuidan de sus cachorros. Los protegen. El ser humano, no sé. A veces me pregunto si Dios no se habrá equivocado en escogernos para controlar el planeta. Tal vez las abejas hubieran sido más apropiadas.

En comparación con algunos seres humanos, hasta las cucarachas habrían sido mejor elección.

—Vamos, Jami, no te me pongas pesimista —dijo colocando el

frasco de pimentones en la carretilla y tomando una lata de hongos —. Sé que ves cosas muy poco agradables en tu línea de trabajo, pero no todas las personas son malas.

Como siempre, Lucas tenía razón. No todos los padres eran malos.

Mientras Lucas leía la etiqueta de la lata de hongos, Jamilen escuchó un pequeño ruido a su derecha. En el pasillo del otro lado, un niño de seis años llevaba cuantas galletas podía en los brazos y, sin dejarlas caer, tomó otras más del anaquel. Con su botín completo, caminó hacia una carretilla cercana.

Era todo un espectáculo que alegró su corazón. La inocencia en plena actividad.

Vio cómo dejó caer los paquetes, unos nueve o diez, entre las otras compras, sin que su madre se diera cuenta. La señora, a dos metros, parecía estudiar con la misma intensidad de Lucas un frasco de salsa, de esos que se usan para aderezar las tortillas en las fiestas.

Cuando se decidió por uno, regresó a la carretilla y colocó el frasco en su interior, percatándose del tesoro de galletas y de su hijo, que esperaba con alegría en los ojos.

Aun cuando Jamilen no creía en los instintos, sí lo hacía en la intuición. En la química. Al ver a la madre del niño, sintió que no le gustaba para nada. No era justo juzgar por las apariencias, pero algunas personas se lo buscaban.

Llevaba una chamarra negra con rayas en rosado y cierre al frente, abierto hasta la mitad, lo que dejaba al descubierto parte de su anatomía. Pantalón del mismo color, por lo menos una talla menos que la suya. Todo en una tela que, a la distancia, parecía ser felpa.

Para ese niño, tomar esas galletas era la decisión más sabia de los tiempos modernos. Su madre se encargó de regresarlo a la realidad.

—¡Chiquillo del demonio!

Su tono era como el golpe de un látigo. Los ojos del niño se abrieron y la sonrisa desapareció de su rostro. Su cuerpo se estremeció como si la voz de su madre fuera una fuerza física que lo hubiera golpeado en la frente:

—¿Estás loco? ¿Crees que la quincena da para alimentar a tus lombrices? Pon ese poco de galletas donde estaban. No te voy a comprar ni una.

—Jamilen —escuchó a Lucas decirle a su lado.

Una clara señal de que se había percatado de lo ocurrido y que sabía lo que pasaba por su cabeza en ese momento.

—Jamilen —dijo en un tono más autoritario, ante la falta de respuesta—. Ese niño no es tu hijo y no es problema tuyo. Si la mamá quiere ser una miserable bruja, ese es su derecho.

Jamilen giró la cabeza y clavó su mirada en Lucas con tal intensidad, que este se vio obligado a dar un paso atrás.

—Ella tiene derecho a ser una miserable bruja, pero no a tratar al niño así.

—Ese niño es su hijo. Tiene el derecho a decirle lo que quiera, mientras no transgreda la ley.

El niño estaba regresando los paquetes uno por uno a su lugar, ante la inclemente mirada de la mujer.

—Algunas mujeres no merecen ser madres —murmuró por lo bajo.

Lucas no comentó. Colocó su mano sobre su brazo y le dio un cariñoso apretón. El gesto, en lugar de calmarla, la irritó aún más.

Cuando Lucas empujó la carretilla en otra dirección, el evento olvidado en el pasado, Jamilen no lo siguió. Mientras él estudiaba los encurtidos, ella caminó en sentido contrario.

No les habló, pero al pasar a su lado lanzó una rápida mirada al interior de la carretilla. Por lo menos cuatro cajas de tinte de cabello y dos o tres lociones de cuerpo.

Sintió su pulso acelerarse. Podía comprar esa basura cosmética, pero no una simple galleta para su hijo.

«Jamilen —pensó tratando de calmarse—, estás abusando. Lo que dijo Lucas es cierto. No es tu problema. De repente, es por una buena razón. Al niño lo tienen a dieta y esa es su forma de ayudarlo a no engordar demasiado. Quizás sufre de diabetes infantil. Hay muchas cosas que no sabes».

En su interior sabía que era puro cuento. Esa mujer tenía otras

prioridades en ese momento. Su cabello, por ejemplo.

«Eso no la hace una mala mamá», se dijo. Ni en su propia cabeza se pudo convencer.

—Mami —escuchó al niño decir a sus espaldas—, ¿puedes comprarme una galleta de helado? ¿Por favor?

Jamilen prefirió no ver el rostro de la madre al hablar, pero por el tono de voz se lo pudo imaginar como si lo tuviera plasmado en llamas enfrente de ella.

—Eres tan necio como tu *frikin* padre —dijo casi entre dientes—. No vamos a gastar ni un solo dólar de esta quincena en basura como galletas. Ni saladas, ni de queso, ni de soda y menos de helado, ¿está claro?

El niño no respondió, pero su pequeño quejido fue más claro que cualquier expresión vocal. No pudo evitar voltearse y ver la escena. La madre tenía al niño agarrado por el brazo, las uñas enterradas en el codo. Las uñas de la otra mano un reflejo de las garras de una pantera.

Si bien la mujer, con su traje de felpa negro, le recordaba al elegante animal, no era justo con el felino. Estaba segura de que una pantera no trataría a su cachorro de esa forma.

Algunas mujeres no merecían ser madres.

La mujer empujó al niño y, aun a la distancia, pudo ver las marcas de uñas en la piel infantil. Su pulso se aceleró y sintió el rostro caliente.

Logró controlarse el tiempo suficiente para poder enviar una orden a sus manos recordándoles que estrangular a un extraño era un crimen, no importaba cuán justificado estuviera.

Respiró hondo y alejó la mirada del niño. Cuando sintió su pulso regresar a lo normal se atrevió a abrir los ojos. Sin darse cuenta, había avanzado un poco más y estaba en frente de la sección de pastelería y dulces.

Delante de ella, paquetes de harina.

Sus labios se torcieron en una sonrisa.

Miró a ambos lados del pasillo y verificó que los únicos ocupantes en ese momento eran la mujer, el niño y ella, que se había

arrodillado para buscar una lata de lo que parecían melocotones.

Tomó un paquete de harina blanca y lo abrió. Caminó hacia la mujer sin darse tiempo a razonar y, cuando estuvo cerca, levantó el envoltorio por encima de su cabeza y lo giró.

Una nube de polvo blanco cubrió a la mujer y al pasillo. Desde sus cabellos y por todo el traje de felpa.

Jamilen siguió caminando, sin perder el paso. Al pasar al lado del niño le guiñó el ojo, dejó caer el paquete y se perdió en un pasillo aledaño. El polvo de harina debía darle una mínima ventaja, pero la mujer pronto saldría del asombro y cuando recuperara la visión estaría en problemas.

Se encaminó a la salida. Nunca miró para atrás.

Se encontró a Lucas cerca de las cajas, en la sección de licores. En la mano, una botella de Tequila José Cuervo.

Típico Lucas. No se había dado cuenta siquiera de que se había alejado ni lo que ocurría. El día que quisiera serle infiel, tendría el trabajo más fácil del mundo.

—¿Me das las llaves del carro? —dijo Jamilen extendiendo la mano—. No me siento bien y me quiero recostar un rato.

—Ok —dijo Lucas sacando las llaves del bolsillo, sin dejar de estudiar la botella.

Jamilen las tomó y salió del supermercado. Cuando las puertas automáticas se cerraron detrás de ella, casi pudo escuchar la voz de una mujer histérica gritando a todo pulmón y las risas enmascaradas de todas las otras personas que hacían sus compras en ese momento.

Dentro del auto encendió el aire acondicionado y cerró los ojos.

La frustración de horas antes desapareció con la nube de blanco polvo y dedicó los minutos antes de la llegada de Lucas a pensar en el detective Morris.

Capítulo 14

—Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia —le dijo el detective Salas a Jamilen al entrar en la casa de la familia Muñoz.

Jamilen no respondió, pero entendía a qué se refería el detective. Angelo y Salas decidieron entrevistar juntos a la mamá de José. Ambos habían cruzado algunas palabras con ella, pero sin entrevistarla con rigor.

Angelo se lo insinuó, pero ella no captó el mensaje hasta verla en persona. La mamá de José Muñoz parecía vivir en su propio mundo y el resto del universo giraba en torno a ella.

Era una señora elegante, de rasgos finos y piel clara. Llevaba un traje negro a media rodilla y el cabello recogido en la espalda. Lo que debía ser un traje sobrio, considerando las circunstancias, lo echó a perder con una dosis masiva de maquillaje. Su expresión era de tristeza, pero no se veía destruida.

«Parece no importarle la muerte de su hijo», pensó. Por otra parte, podía ser una versión femenina de Lucas. Aparentaba fuerza hasta las últimas consecuencias.

Dejaría que la entrevista modelara su opinión.

—Sé que es un momento difícil para usted —dijo Angelo con gravedad—, pero considerando el desarrollo de nuevos hechos, requerimos su ayuda para aclarar algunos puntos, ¿le parece?

—Seguro —dijo la señora Muñoz, con los ojos humedecidos—. Siempre guardé la esperanza de que estuviera escondido por allí. Nunca pensé…

Su voz se quebró y bajó la mirada. Pequeños sollozos se le escaparon y Jamilen no pudo evitar sentir lástima por ella. Estaba pasando por la peor pesadilla de un padre y aún no habían confirmado las sospechas que tenían. La entrevista era, en realidad, para verificar lo que Angelo había descubierto el día anterior.

Tal vez había llegado predispuesta. Tenía que mantener una mente abierta.

Si existía una persona en esa habitación que podía entender por lo que Sara Muñoz estaba pasando era ella.

El detective Salas esperó a que se calmara, antes de iniciar:

—José desapareció el catorce de marzo. Usted reportó la desaparición al día siguiente. ¿Por qué la demora?

—Me dijo que iba a ir a casa de un amigo a quedarse a dormir. Se fue de casa como a las diez de la mañana *y yo* me puse a hacer otras cosas. Era sábado y pensé aprovechar el día. No era la primera vez que lo hacía y conozco a los padres de su amiguito André. Eran conocidos de mi esposo, que en paz descanse.

—¿A qué hora se enteró de que estaba perdido? —preguntó Angelo, inclinando la cabeza.

—Llamé para ver cómo estaba, alrededor de las diez de la noche. Fue cuando me dijeron que nunca había llegado y me preocupé. Salí a buscarlo por todas partes y cuando no lo encontré, entonces fui a la policía y lo reporté.

«¿Doce horas sin saber de su hijo de ocho años? —pensó Jamilen entrecerrando los ojos—. Calma. Mente abierta».

—¿Y siempre iba solo? —preguntó Salas—. ¿No es peligroso?

—Hace un mes le hubiera dicho que no —dijo llevándose la punta del pañuelo que tenía en la mano a los ojos—, pero dadas las circunstancias… en fin, sí. Siempre iba solo. André vive cinco casas más abajo. Mi hijo siempre fue un poco torpe, pero la distancia es corta y este es un barrio seguro. Por lo menos, lo era.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se tapó los ojos con el pañuelo.

Jamilen estaba haciendo un esfuerzo por creerle cada palabra, pero años de experiencia en el ministerio y cientos de entrevistas le estaban gritando al oído que esa historia no cuadraba. Casi se

percibía como algo estudiado.

«Mente abierta. Recuerda que no todo mundo procesa el dolor igual. Recuerda a Lucas».

Sobre todo.

—Entonces —dijo Angelo—, salió a las diez de la mañana y usted se enteró a las diez de la noche. ¿Qué hizo después?

—¿Qué cree? Volverme como loca. Pensé que, de repente, le entendí mal y estaba en casa de otro amigo. Fui a ver a los que conocía dónde vivían y nada. Sin saberlo, él ya estaba muerto.

Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos por tercera o cuarta vez. Agachó la cabeza y los sollozos cortaron su voz. Cuando logró controlarse, Salas, con voz muy tranquila, le preguntó:

—¿Por qué no los llamó?

Sara lo miró con una expresión vacía, como si no entendiera la pregunta.

«Claro que entiende. Está haciendo tiempo».

—¿Disculpe? —dijo después de tragar saliva—. ¿A la policía?

—No. A sus amigos. Dice que salió a las diez de la noche a visitar a sus amigos. A los que conocía. ¿Por qué no llamó a sus casas?

—No sé. No estaba pensando con claridad.

Angelo escribió unas palabras en su libreta y se lo enseñó a Jamilen, mientras la atención de Sara se concentraba en la pregunta de Salas.

«Así no hay registro de llamadas de teléfono. Inteligente» —decía la pequeña hoja de papel.

«Maquiavélico —pensó— si fuera verdad. Aun así, mente abierta».

—Lo que no comprendo —dijo Angelo, cerrando la libreta— es por qué cuando hablamos con André, él no recuerda que usted haya llamado a la casa.

—Es un niño de siete años —dijo con seriedad. No le había gustado la insinuación, pero tenía una respuesta—. Se confunden con facilidad. Además, era de noche y tal vez estaba un poco dormido.

—¿Me puede dar el nombre de alguna de las otras familias que visitó?

—No las recuerdo de memoria —dijo con una sonrisa inocente— y la verdad es que no llegué a hablar con nadie. Si llegaba a una casa y las luces estaban apagadas, José no podía estar allí. Ni me bajaba e iba a la siguiente.

Esta vez, Jamilen no tuvo dudas de la mentira en la excusa.

«¿Todas las casas que visitó tenían las luces apagadas un sábado a las diez de la noche? Eso era imposible en todos los niveles estadísticos imaginables».

—Por lo tanto —dijo Angelo, apuntando a la yugular del asunto—, solo tenemos su palabra de haber llamado a la casa del amigo de José y no tenemos ni un solo registro telefónico ni presencial de lo que hizo después de las diez de la noche, ¿cierto? Por lo menos hasta las siete de la mañana, cuando fue a la policía. Las siete del día siguiente.

Sara se enderezó en su silla. La tristeza se esfumó de su rostro como por arte de magia. Ahora llevaba una máscara de ira contenida.

—Suena mal, pero eso fue lo que pasó. Justo y como se los conté. Y mientras ustedes me interrogan, el asesino de mi bebé… mi pobre bebé…

Su rostro se descompuso y se tapó con el pañuelo, pero el acto ya no engañaba a Jamilen.

Era pura actuación. Digna de un Oscar, pero actuación a fin de cuentas.

—Usted dijo hace poco —continuó Salas sin esperar— que su hijo era un poco torpe. ¿A qué se refería con eso?

Sara siguió llorando un poco más y luego dijo con voz queda:

—Nació a las treinta y cinco semanas, así que era prematuro. El pediatra me dijo que una vez el bebé nace, el cerebro deja de crecer. Eso explicaría muchas cosas. La verdad es que José tenía dos pies izquierdos y las manos eran pies también. Si usted dejaba un vaso de vidrio en medio de una mesa, él encontraría la forma de chocarse con la mesa y tirar el vaso al piso. Pero era adorable.

—¿Sufría accidentes con frecuencia? —preguntó Angelo.

—Uno que otro. Nada grave, pero sí tenía su tendencia a los golpes.

—¿Y siempre lo llevó al médico cuando eso pasaba?

Sara volvió a ponerse a la defensiva, pero su voz mantuvo la misma modulación de tristeza.

—No, por supuesto que no. Crecí con tres hermanos varones. En mi casa, si no había una pinta de sangre en el piso o huesos rotos, no se visitaba al médico.

Salas sonrió sin decir palabra.

«Una mentira —se dijo Salas en el carro, camino a la casa de los Muñoz—. Eso es todo lo que necesito».

Su deseo se acababa de cumplir.

—¿Cuándo lo llevó al médico por última vez?

—Hace un año, creo. Para su cita de control y sus vacunas. Nada importante desde entonces.

—¿Nada importante? —preguntó Angelo, abriendo su libreta y buscando una hoja en particular. Cuando la encontró dijo—: ¿Me puede explicar entonces su visita al cuarto de urgencias del Hospital del Niño hace dos meses?

—Bueno —dijo Sara con la duda reflejada en la voz—, esas no cuentan. Ustedes me preguntaron sobre sus visitas a su médico. En el cuarto de urgencias, lo ven otros médicos.

«Semántica», pensó Jamilen.

—Vale —dijo Salas mirándola con intensidad—. ¿Por qué fue al cuarto de urgencias?

—Una caída sin importancia. Estaba sangrando un poco y le tuvieron que dar unos puntos en la pierna.

—¿Unos puntos? —preguntó Angelo—. Fueron diez. Para un niño de ocho años, es mucho.

—Fueron diez porque el practicante que lo cosió usó puntos muy juntos. Si lo hubiera hecho alguien que supiera al respecto serían tres. Tal vez cuatro.

—Ya veo —dijo Salas, asintiendo—. ¿Y las otras visitas?

—¿Qué otras visitas?

—Según el informe del Hospital del Niño, José Muñoz visitó el cuarto de urgencias en los últimos seis meses cuatro veces. Siempre por causa de caídas o golpes. Dos veces por patinar, una vez rodó por una escalera y la otra… se resbaló y se golpeó con una mesa de metal.

—Se lo dije. Era un poco torpe. Eran cosas menores, pero pensé que era mejor prevenir que lamentar.

—Yo creí —dijo Jamilen, que no pudo permanecer callada más tiempo— que en su casa si no había sangre ni huesos rotos no se iba al médico.

Sara le lanzó una mirada fulminante, pero no respondió.

Angelo pasó la página de la libreta y leyó lo que tenía escrito.

—Me tomé la molestia de averiguar en otros cuartos de urgencia y clínicas de los alrededores si habían atendido a algún paciente de nombre José Muñoz.

—Me imagino que hay más de un José Muñoz en la ciudad.

—Cierto, pero después de averiguar, llevé la foto a esos lugares. En tres clínicas, dos cerca de su casa y la otra un poco más lejos, reconocieron a José.

—Por cosas menores. Se lo dije. Era un poco…

—Torpe, ya lo sé. Era uno de los motivos por el cual lo recordaban. Las causas de consulta, el noventa por ciento de las veces fue por golpes, abrasiones o cortadas, todas en los últimos seis meses. Suman doce visitas en total. Dos por mes. Me parece que es mucho, ¿no diría?

—Para la mayoría tal vez. No para mi Josecito.

—¿Se fracturó algún hueso?

—Tal vez, pero no estoy segura. Mi esposo era muy activo y jugaba mucho con él. Recuerdo que tuvimos que ponerle un yeso por un mal golpe, pero eso fue cuando mi esposo aún estaba vivo. Él se encargaba de esas cosas, así que no recuerdo muy bien. Nunca quiso comprender que José era… especial.

«Si vuelve a decir que José era torpe —pensó Jamilen, apretando los labios—, ella es la que va a tener que visitar un cuarto de urgencias por cosas menores».

Salas y Angelo le hicieron un par de preguntas más, pero intuían que Sara no iba a confesar haber maltratado a su hijo. Incluso, en opinión de Jamilen, podía ser que ella no lo considerara maltrato.

Se levantaron y, después de pedirle disculpas por el dolor que sus preguntas pudieron haberle provocado, salieron de la casa. Sara Muñoz los estudió desde la puerta de la casa, asegurándose de que se fueran de verdad.

Ya cerca del auto, y lejos de los oídos de la madre, Angelo dijo:

—Demonios, esa mujer me da escalofríos.

—Estoy de acuerdo —dijo Salas—, pero quiero saber la opinión de la licenciada. Usted es la experta. ¿Qué piensa?

Jamilen regresó la mirada a la casa, antes de responder:

—Siento que acabo de escuchar una sarta de mentiras, tejidas por una boca muy habilidosa. Hasta la «torpeza» de José era una mentira. ¿Vieron el adorno en la pared?

—Oh, sí —dijo Angelo.

—¿Qué adorno? —preguntó Salas.

—Usted no podía verlo por su posición, pero en la pared había un dibujo de un lago entre dos montañas. Estaba construido de fideos. Una de esas manualidades hechas en los salones de clase, ¿recuerda?

Salas asintió.

—El trabajo estaba firmado por José, en grandes letras negras. Era un dibujo muy bien hecho y pintado con delicadeza. Si era tan torpe como su mamá insiste, ese trabajo tendría que haber sido un desastre. No es la impresión que me llevé cuando vi ese dibujo, más para un niño de ocho años.

Cuando los tres estuvieron dentro del auto, Salas comentó:

—Ahora, bien podría ser que el trabajo no lo hizo José solo, sino con ayuda de su maestra o de su padre cuando estaba vivo.

—Tal vez —dijo Jamilen—, pero no nos hagamos ilusiones. Los tres sospechamos que esa señora es la responsable de todos los golpes que encontramos en el cadáver de José, quitando los que le causaron la muerte. José Muñoz era víctima de maltrato físico. Igual que Tomás.

—Es una posibilidad —le recordó Angelo—. Solo una posibilidad.

Jamilen miró hacia afuera, tratando de ordenar sus pensamientos.

—¿Sabemos cuándo empezaron las visitas a los cuartos de urgencia? —preguntó unos minutos después.

—De lo que pude averiguar en el Hospital del Niño, hace unos dieciocho meses.

—¿Cuándo murió el padre?

—Hace dos años, poco después de que José cumplió los seis.

—¿Misma casa? ¿Igual escuela?

—Sí, para ambas preguntas.

—Entonces creo que es obvio. Lo único que cambió en la vida de José Muñoz fue la presencia de su padre. Desaparece del cuadro y empiezan las visitas a los hospitales. Si fuera un vecino o profesor o alumno mayor, sería demasiada coincidencia. Mi opinión: la madre abusaba de José.

—¿Abuso sexual? —preguntó Salas alzando la ceja.

—No. No abuso sexual. Tengo entendido que la autopsia, además de la hemorragia intracerebral, no reveló evidencia de otra cosa de interés.

—Lo único fuera de lugar fue que encontraron en la ropa una cantidad considerable de polvo de asbesto. Estamos investigando, pero no es fácil darle seguimiento a un material inerte.

—Vale, pero en el examen físico no había evidencia de abuso sexual, ¿cierto? —quiso confirmar Jamilen.

Salas y Angelo asintieron.

—Hay muchas formas de abuso. Sexual, físico, psicológico. José fue víctima de abuso físico.

—Demonios —murmuró Angelo—, todas las cortadas, golpes, fracturas…

—Sí. Estoy seguro de que fue su madre. Lo malo es que no vamos a poder probarlo jamás.

—¿Tal vez fue ella quien lo mató para callarlo? —dijo Angelo. Pero antes de que pudiera contestarle, él mismo se contradijo—:

No. No es posible. Olvido el disco.

—Exacto —dijo Jamilen—. Además, José no hubiera contado lo que le pasaba y eso debía saberlo la mamá a estas alturas.

—Oh, vamos —dijo Salas, quien iba conduciendo. Jamilen se mantenía agarrada a la puerta, pues el detective manejaba como loco. Hasta Angelo parecía estar rezando con la boca cerrada—. Si algo así me pasara…

—Usted es un adulto. Los niños de la edad de José son incapaces de culpar a un adulto. Los adultos son la autoridad, son los que saben todo. Además, estamos hablando de su mamá, quien debió de ser el centro de su vida después de la muerte del padre.

Jamilen ahogó un grito, al ver su vidrio pasar a milímetros de la esquina de un camión de carga. Tras recuperar la frecuencia adecuada y el habla, se atrevió a continuar:

—Una vez empieza el abuso sistemático, los niños de esa edad asumen que la culpa es de ellos y seguirán pensándolo hasta convertirse en adultos. Incluso, algunos adultos jamás reconocen que fueron víctimas de abusos, a pesar de contar con todas las secuelas neurológicas y psicológicas del caso para probarlo. Ese es uno de los principales problemas con el abuso infantil.

El tráfico de una intersección los obligó a disminuir la velocidad, por lo que Jamilen pudo recuperarse. Miró por la ventana el vuelo de un pájaro en el celeste cielo sin nubes y su corazón, en ese instante, no pudo comprender cómo algo tan terrible como el abuso infantil podía existir en un mundo tan bello.

Lo más terrible era que no exageró. Se había quedado corta. El abuso infantil era el crimen más difícil de probar.

José Muñoz era evidencia de eso.

El extraño movió el ratón con suavidad. El disco se deslizó bajo sus dedos y las imágenes se sucedieron. Una detrás de otra.

Estaba en un mundo que entendía. Entre circuitos electrónicos y redes digitales.

Era el único lugar donde, a esas alturas de su vida, se sentía en

casa. Bueno, si hubiera tenido alguna vez una casa. Ese fue un lujo que nunca conoció. No como se supone debe ser.

Abrió una ventana y una foto ocupó toda la pantalla.

La foto de la licenciada Jamilen Lasso.

El extraño observó la foto, extraída de los archivos de Recursos Humanos del MIPPOV. En la foto parecía más joven, más jovial. Según su expediente, su nombramiento en el ministerio fue hace diez años y la foto no había sido actualizada desde entonces.

En esos diez años muchas cosas le pasaron a la licenciada Lasso. En cierta forma eso explicaba cómo la fragante chica de la foto se había oscurecido en la persona que apareció en la conferencia de prensa.

No era cuestión de belleza. La licenciada era simpática y tenía uno de esos rostros que llaman la atención, pero la luz que parecía emanar en esa foto había desaparecido. Ahora, una sombra permanente la acompañaba.

Minimizó la ventana del ministerio y abrió otra. Esta correspondía a la noticia de un periódico que mencionaba el regreso de la licenciada Lasso a la República, tras acudir a un curso de *Ciencias de la Conducta* tomado en Estados Unidos. Era una de esas fotos sociales, diseñadas para promocionar al ministerio al cual pertenecía, pero para el extraño fue de suma importancia. Ya no estaba lidiando solo con la policía. Se enfrentaba a alguien que no estaba en sus planes originales y eso podía ser un serio problema.

O una ventaja, según como pudiera manipularla.

En los archivos del periódico confirmó que la foto y la noticia fueron pagadas con fondos del ministerio. Cerró la vía de acceso y abrió una tercera ventana.

El logo del Hospital San Marcos en la parte superior. Los archivos clínicos de sus pacientes al alcance de sus dedos.

Jamilen Lasso. Tres hospitalizaciones previas.

Dos legrados por abortos espontáneos. A los 30 y 33 años.

Un parto vaginal eutócico a los 35 años, seis meses antes. El 12 de septiembre.

El niño falleció poco después de cumplido un día de vida

secundario a una infección neurológica adquirida durante el embarazo.

Nicolás. El nombre que debía aparecer en la lápida.

«Dos abortos y la muerte de un hijo —pensó el extraño cerrando la ventana—. Curiosas las vueltas que da el mundo».

Una mujer que buscaba ser madre y no lo conseguía encargada de un caso como este. Dios tenía un muy peculiar sentido de la ironía.

¿Qué peso tenía sobre la psique de un sujeto la muerte de tres hijos? Esa historia obstétrica explicaba los cambios entre la Jamilen de hacía diez años y la actual.

¿Cómo afectaba eso a sus planes? Esa era la pregunta.

El extraño volvió a maximizar la ventana con la foto de la licenciada Lasso. Deslizó su dedo por encima de la pantalla, tocando apenas con la yema el contorno de su rostro.

«Creo que hay alguien sonriéndome —se dijo el extraño a la par del perfilador movimiento—. Si lo planeo, no me sale tan bien. Voy a comenzar a pensar que los mejores planes son los improvisados».

Resopló con resignación. Aun si así fuera, él sería incapaz de actuar de esa forma. Todos sus pasos eran planeados con la precisión de un orfebre al tener que utilizar el más delicado y frágil material. No había lugar para errores o suposiciones.

La vida le había enseñado una regla básica. La capacidad de adaptarse y utilizar cada elemento a su alrededor en su beneficio.

En sobrevivir.

Era hora de incorporar a la licenciada Jamilen Lasso al plan.

«Una de las siguientes no es igual que las otras», pensó Jamilen, recordando la vieja canción infantil, mientras sus ojos saltaban de un disco al siguiente.

Estaba en las oficinas del Departamento de Personas Desaparecidas para la reunión oficial de la Fuerza Conjunta. Fue la primera persona en llegar y se dirigió directa al salón de reuniones. No se lo esperaba, pero alguien se quedó la noche anterior y

actualizó el tablero. Ya no eran tres, sino cuatro fotos.

Marta Cruz, Bianca Santamaría, Tomás Solano y José Muñoz.

Debajo de las fotos y de los datos básicos escritos en tinta negra, una foto del círculo encontrado en cada escena. Colocados de esa forma, uno al lado del otro, Jamilen se sintió en un campo de tiro. Sin embargo, ya había desechado la idea de la diana. No podía ser tan sencillo. Ese disco representaba algo más para el secuestrador.

No. Ya no era solo un secuestrador. Para el asesino.

Tenía que meterse en la mente del peor tipo de criminal que, a su parecer, podía existir. Un asesino de niños. Y lo peor era que, a pesar de todos sus conocimientos en psicología, su entrenamiento en análisis de conducta y su experiencia en el ministerio, no tenía una idea clara de cómo comenzar. A ese rompecabezas le faltaban piezas.

Piezas importantes.

—Buenos días, Jamilen —escuchó a Angelo decir a sus espaldas. Estaba tan concentrada estudiando las fotos que se olvidó por completo que los demás miembros del equipo iban a llegar poco después y el detective Morris la tomó por sorpresa.

—No hagas eso —dijo llevándose la mano al pecho.

—Lo siento. No fue mi intención.

Jamilen se percató de que Angelo llevaba dos tazas de café en la mano, pero pensó que una era para su compañero. En su lugar, se llevó otra sorpresa cuando el detective le extendió una. El penetrante aroma la golpeó con fuerza. Era justo lo que necesitaba.

—Negro y sin azúcar.

—¿Cómo sabías? —preguntó tomando la taza. Una pequeña sensación de mariposas revoloteando en el estómago.

—Soy detective. Ese es mi trabajo.

—Ya veo. —Sus palabras fueron acompañadas de un ligero balanceo de la cabeza. Luego, volvió a contemplar las fotos—. Siento que se me escapa un detalle importante. Que está allí —dijo señalando hacia el tablero—, pero no sé qué. Es frustrante.

—Jamilen, muchas cosas se nos escapan en este momento. Si me preguntas, yo solo quiero saber una cosa. Quién es el responsable de eso.

La última palabra la enfatizó tocando con la punta del dedo, con cierta fuerza, la foto de José Muñoz.

—Y luego quiero que me dejen solo con él en una habitación por diez minutos.

—La violencia nunca es la solución —dijo tomando un sorbo del caliente líquido. Un café fuerte, con cuerpo. No recordaba haberlo probado antes.

Una pregunta para otro momento.

—Depende de las circunstancias —le respondió el detective sin dejar de observar la foto de José—. ¿Cuántas vidas crees que se salvarían si mañana un auto atropella al culpable?

Jamilen no respondió. No tenía moral para seguir discutiendo.

«Concéntrate —se dijo a sí misma—. No pierdas la perspectiva. Mente abierta».

Dio un paso hacia el tablero. Sintió que Angelo seguía cerca.

—Me imagino que te diste cuenta de que los discos no son iguales.

—La primera vez se me pasó, lo reconozco. Cuando puse las fotos en fila, entonces lo vi.

—¿Cómo que no son iguales? —indicó una voz desde la puerta.

Angelo y Jamilen reaccionaron sobresaltados, pero Angelo de una forma mucho más controlada, casi imperceptible.

—¿Podría alguien, por favor —dijo Jamilen sacudiendo las gotas de café que le cayeron sobre los dedos— ponerle una campana a esa puerta?

El detective Salas entró al cuarto de reuniones vestido con pulcritud. En la mano derecha, una lata de soda.

—¿Soda a esta hora de la mañana? —preguntó Jamilen.

—Me disculpa, licenciada, pero cafeína es cafeína, ya sea en un líquido caliente o frío. Yo —dijo golpeando con la uña la superficie de la lata— prefiero la soda.

—Punto aceptado.

—Vi llegar al detective Ibáñez y mis dos colegas no demoran mucho en subir —continuó diciendo Salas, mientras se sentaba en una de las sillas colocadas alrededor de la mesa central— por lo que,

antes que ellos lleguen, díganme a qué se referían.

Jamilen regresó la mirada al tablero. Los discos eran como tres psicodélicos magnetos que atraían su atención por el simple hecho de estar allí.

—¿Ha tenido oportunidad de estudiar los discos?

—No. Los vi de lejos, pero no les encuentro el más mínimo sentido. En lo que a mí respecta, confío en que usted sí lo hará.

Otro que esperaba que hiciera milagros. Fantástico.

Se salvaba porque en la Fuerza Conjunta también estaba Angelo.

«¿Te escuchas a ti misma? —se recriminó—. ¿Olvidas a Lucas?».

Una ligera ola de culpabilidad la sacudió, pero fue muy débil. Después de todo, no estaba haciendo algo malo, ¿cierto?

—Observe el disco de Marta Cruz. ¿Qué ve? —dijo Jamilen, evitando así contestar su propia pregunta. Se acercó un poco más al lado izquierdo del tablero.

—Una serie de círculos negros intercalados con círculos blancos. Me recuerda uno de esos discos que usan en hipnosis. Es más, me duele la cabeza de tan solo verlo.

Esa idea no se le había ocurrido a Jamilen. No pensaba que tuviera relación, pero en el punto en que estaban, cualquier idea era válida.

—Eso es lo que vería cualquiera. Deme otra cosa.

—Parece un embudo o un ojo…

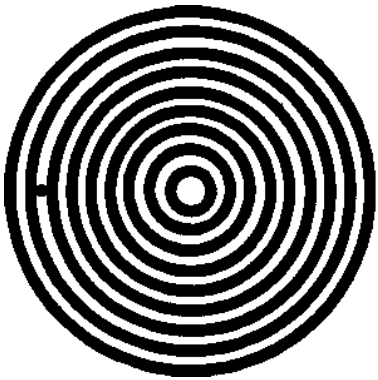
—No, detective. No interprete. Describa. Deme detalles.

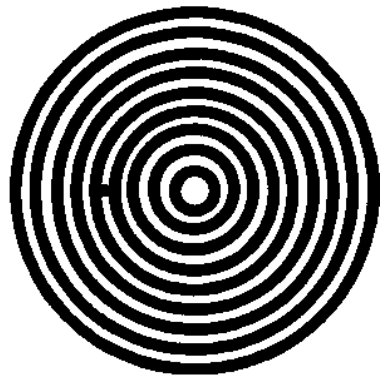
—Muy bien. Los círculos son del mismo espesor. El central es blanco y van aumentando de diámetro e intercalándose con los negros hasta terminar en el noveno círculo, también negro. En el segundo círculo blanco, de afuera hacia adentro, hay un punto negro.

—Exacto. Ahora, los discos de Tomás y José. ¿En qué son diferentes?

El detective Salas ni siquiera se levantó de la mesa. Movió la cabeza de un lado a otro del tablero, como si estuviera siguiendo la bola de un juego de tenis.

—Bueno, el punto no está en el mismo sitio. En esos círculos está en el quinto círculo blanco.





—¿Qué significan? ¿Por qué la diferencia?

—Supuse —dijo Angelo— que tenía que ver con el sexo de las víctimas. Un círculo para niños y uno para niñas.

Jamilen lo había considerado, mas no le encontraba lógica a la tarjeta de presentación del asesino.

—No creas, ya me pasó por la mente. Ahora bien, podría ser cualquier otra cosa. Esa tarjeta es su firma y, desde una perspectiva psicológica, solo tiene que tener sentido para la persona que lo diseñó.

—Si a eso vamos —dijo Salas— las opciones son infinitas. Sexo, grupo etario. Marta y Bianca tenían doce años; Tomás y José entre ocho y nueve. Las dos jóvenes iban a la misma escuela, pero ellos no. El SUNI podría incluso…

—Disculpe, ¿SUNI? —preguntó Jamilen.

—Sujeto No Identificado. La escuela estadounidense los llama *Unsub, unknown subject*. En español, SUDES, por Sujeto Desconocido o SUNI. Yo prefiero el último.

—SUNI —dijo Jamilen, casi saboreando las letras— no sé. Parece demasiado dulce para referirse a esa persona, pero en este sentido ustedes son los expertos. Vamos a llamarlo SUNI.

En ese momento la puerta del salón se abrió y, sabiendo que iba a ocurrir, esta vez no la tomó por sorpresa.

Los primeros en entrar fueron los detectives de Homicidios. Así como la primera vez que vio a Angelo y a Ibáñez pensó que parecían sacados de una película de Humphrey Bogart, estos dos parecían personajes de una película de agentes secretos. Iban vestidos de negro. El detective llevaba una camisa blanca y una corbata lisa en color gris oscuro. En la mano, una botella de aloe vera. La mujer, un traje similar, sin la corbata. Ambos llevaban lentes que, gracias al cielo, no eran oscuros también.

—Licenciada —dijo Salas al verlos entrar—, creo que no los han presentado como debe ser. Ellos son el detective Anderson y la detective Graco. Son, junto conmigo, la contribución del Departamento de Homicidios a la Fuerza Conjunta.

A Jamilen no se le escapó la furtiva mirada que lanzó hacia Angelo.

«Un juego de poder —pensó con resignación— donde ellos son mayoría».

Ambos se acercaron a estrechar su mano. El apretón de ella fue firme, seguro. El del detective, indeciso. Apenas apretando las puntas de sus dedos.

La puerta volvió a abrirse y el detective Ibáñez entró, casi diciendo al mismo tiempo.

—Entonces Lie, ¿resolvió el misterio de las dianas? —dijo usando el término que había comenzado a usar desde hacía unos días. Asumía que *Lie* era una abreviatura fonética de licenciada, pero no le terminaba de gustar del todo. Sin embargo, le prometió al ministro ser flexible y llevarse bien con todos, dentro de lo posible. Haría su máximo esfuerzo.

Luego, no respondía.

—No son dianas. Por lo menos, no lo creo.

—¿De verdad piensa que tienen alguna importancia?

Esa pregunta la hizo el detective Anderson, con lo cual confirmó la opinión que se había hecho Jamilen al conocerlo. En ese salón, era la persona de menos experiencia. La mirada asesina que le lanzó Salas gritaba en silencio que mantuviera la boca cerrada.

—Es raro que un asesino deje una tarjeta de presentación.

Cuando lo hace, nunca es bueno.

—Disculpe, licenciada —dijo la detective Graco. Su voz era igual que su apretón de manos. Con el entrenamiento adecuado, podría ganarse la vida como *mezzosoprano*—, pensé que el círculo era su firma.

—Lo es, pero lo raro es que la firma sea tan tangible.

La mirada de completa perplejidad en el rostro de todos casi la hace reír, pero se contuvo. Nunca era bueno comenzar una relación de trabajo burlándose del resto. Habría cosas en las que ella tendría que levantar la mano y preguntar de qué demonios hablaban. Ahora, era el turno de ellos.

—Creo que debo explicarme. A la hora de identificar a un criminal serial hay tres grandes conceptos que se pueden usar. La víctima, el *modus operandi* y la firma.

Podía ver en su mente la presentación que había escuchado sobre el tema, de boca de uno de los miembros de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. El agente especial Goya. Un señor de cabello blanco y barba bien cuidada con una voz melodiosa. Una imagen que no iba con las cosas que había visto a lo largo de su carrera.

«La victimología —lo escuchó decir en las profundidades de sus recuerdos— hace referencia a las características de la víctima. El *modus operandi*, mejor conocido como MO, a las acciones específicas ejecutadas por el criminal para poder llevar a cabo su fin. Ambas pueden evolucionar con el tiempo y cambiar acorde con sus acciones. Si un asesino descubre que amarrar a sus víctimas le brinda más placer que matarlas rápidamente, su MO y hasta su elección de blanco podrían cambiar acorde. Allí es donde entra la utilidad de la firma».

—La firma —les dijo Jamilen— es un factor del comportamiento del SUNI que se extiende más allá de lo que necesita para completar su crimen.

—Más allá del *modus operandi* —dijo Salas.

—Correcto.

—Sigo sin entender la diferencia —argumentó Anderson.

—Muy bien. Considere el siguiente ejemplo —aportó Jamilen, mirando la superficie de su café—. Un violador. Entra a las casas de las víctimas disfrazado de mensajero. A punta de pistola la amarra a la cama. Si el marido está en casa, lo somete amenazando con matar a la mujer. Lo amarra en una silla en la sala y luego de terminar con la víctima les pega un tiro a los dos, para que ninguno lo identifique. ¿Me sigue?

Anderson la miraba con los ojos abiertos de par en par. Asintió con tanta fuerza, que Jamilen pensó que su cabeza saldría rodando por la mesa.

—Ahora, digamos que otro violador usa la misma técnica. Se disfraza, entra a las casas y somete a todos con un machete. Sin embargo, en este caso el esposo es atado a la cama y obligado a ver cómo atacan a la esposa. Luego, les corta el cuello a los dos.

—No sé si me preocupa más —dijo Salas— la historia o el hecho de que sea capaz de imaginar una tan rápido.

—En el primer caso —dijo Jamilen ignorando el comentario— asesinar al esposo era parte del MO. Era necesario para poder salir libre y continuar su trabajo. En el otro escenario, matarlo puede ser parte del MO, pero el obligarlo a ver, la firma.

—Porque no lo necesitaba para terminar su trabajo. No era indispensable.

—Exacto. La tarjeta circular no es necesaria para llevar a cabo el secuestro o los asesinatos.

—La pregunta es: ¿por qué? —preguntó Graco.

—Yo diría que hay tres posibilidades. El SUNI quiere que liguemos los crímenes, lo que indica que quiere el reconocimiento asociado. Que sepamos cuáles son sus actos para que no los podamos confundir con los de nadie más.

—Fama —concluyó Angelo—. Quiere la gloria. Esa es una posibilidad. ¿Cuál es otra?

—Que se está burlando de nosotros. No solo quiere el reconocimiento. Quiere ser mejor que la policía. Demostrarnos lo inteligente que es y lo patético que somos. Eso es bueno.

—¿Bueno? —preguntó Anderson—. ¿De qué forma?

—Lo hace susceptible al más primario de los errores. Al creerse invencible, no procede a planear las cosas como antes. Todo lo que necesitamos es un desliz. Solo uno.

—Por mí estaría bien —dijo Salas reclinándose en la silla— si no fuera por el hecho de que para que el SUNI cometa un error, alguien más debe desaparecer o morir.

Todos guardaron silencio ante estas palabras, mirando las fotos de los niños desaparecidos. Lo único que ninguno en esa habitación quería era agregar una nueva foto al tablero.

—Disculpe, licenciada —dijo Angelo—. Mencionó tres opciones. Le falta una.

—Ese sería el peor de los escenarios y creo que es precisamente el caso. Que con la tarjeta no busca fama ni pretende burlarse. Quiere darnos un mensaje y eso significa que no se detendrá. Todo forma parte de un plan.

—Entonces, en su opinión —dijo Salas— estamos lidiando con un SUNI en una misión.

—Eso creo, sí.

—¿Un asesino puro o un pedófilo? —preguntó Anderson.

—Un pedófilo es un individuo que es capaz de excitarse o recibir algún tipo de gratificación sexual con actividades que involucren niños. No todos los pedófilos son asesinos. Algunos, inclusive, son bastante inofensivos. El problema es cuando deciden actuar y pasan de la fantasía a lo físico.

—La autopsia de José Muñoz no reveló ninguna evidencia de abuso sexual.

—La gratificación sexual no siempre involucra el acto en sí. Algunas veces la gratificación que reciben proviene del poder que sienten al someter a otra persona. El saber que tienen control absoluto sobre su vida. Ese tipo de poder, para ellos, es igual al sexo. Incluso, puede ser mejor.

—Así que la misión de este SUNI es secuestrar niños, asesinarlos y dejarlos tirados a la intemperie —dijo Graco con un sutil escalofrío—. ¿Qué hay en la cabeza de una persona así?

Jamilen giró en dirección a Angelo.

—Ustedes trabajan con personas desaparecidas y hacen promoción en las escuelas, ¿verdad?

—Bueno, sí. No soy muy bueno en lo de la docencia. Ese trabajo se lo dejo a Ibáñez.

Jamilen se sorprendió. Angelo tenía más pinta de profesor que su compañero, pero cosas más raras había visto.

—Entonces, detective Ibáñez, ¿tiene o ha escuchado de un panfleto llamado «Cuando conoces a un extraño»?

—¿De Westley Allan Dodd? Seguro. Aquí tengo uno.

Con estas palabras abrió el fólder que tenía colocado en frente de él y sacó un folleto azul oscuro brillante, el cual extendió hacia Jamilen.

—¿Lo usa en las escuelas?

—Nada como un buen susto para hacerlos entrar en razón. Si eso no lo hace, ni una tonelada de consejos lo hará.

Jamilen lo abrió y, tras verificar que era lo que buscaba, se lo dio a la detective Graco. Esta lo tomó como si el papel fuera una serpiente venenosa, pero lo colocó sobre la mesa, lo abrió y empezó a leer.

—¿Qué es eso? —preguntó Salas levantándose. Se colocó detrás de ella y empezó a leer al mismo tiempo.

—Esas son las palabras de una persona que en vida se llamó Westley Allan Dodd. Fue ejecutado en Estados Unidos en… creo que 1993 o 1994, por asesinar y torturar a tres niños. Las víctimas tenían entre cuatro y diez años.

Un silencio profundo acompañó esta imagen auditiva. Después de dos minutos, Graco se levantó, casi chocando con su jefe.

—Disculpe —dijo sin mucho convencimiento y frotándose los brazos con las manos—, siento que me contaminé nada más de leerlo.

Salas no hizo un gesto tan claro, pero empujó el papel hacia Jamilen y su rostro apacible fue reemplazado por una máscara de incertidumbre y lo que le pareció temor.

—Nunca me gustó —dijo con voz entrecortada; carraspeó para aclarar su garganta y continuó—. Nunca me gustó trabajar en casos

que involucraran niños. Presiento que, no importa cómo termine, este me va a acosar en mis pesadillas por muchos años. Tengo una niña de nueve, entrando en los diez. Dios bendito, no la voy a dejar salir de casa.

—Este tipo de personas, y estoy usando la palabra en un sentido muy general, no mutan de un día para otro —dijo Angelo tomando un juego de hojas que tenía en el centro de la mesa—. Cuando atacan ya llevan un lastre importante. Una historia de conducta antisocial o violencia. Este es el listado de todos los depredadores sexuales de los que tenemos registro. Pienso que esa es una línea de investigación que tenemos que seguir.

—Estoy de acuerdo —dijo Salas—. Pienso que ustedes deben encargarse de ellos. Nosotros, revisaremos los casos y volveremos a interrogar a todos los involucrados.

—Eso ya lo hicimos —dijo Ibáñez en un tono controlado.

—Sí, pero fueron ustedes. No me malentienda, detective —dijo al ver el cambio de expresión en su rostro—. Ustedes estaban investigando a personas desaparecidas. Ahora, buscamos a un asesino. Las preguntas son diferentes.

—¿En qué sentido?

—Tranquilo, Oscar —dijo Angelo—. No quisiera reconocerlo, pero el detective Salas tiene razón, por el momento. Además, tenemos que dividir funciones de alguna forma y creo que un par de ojos nuevos sería salomónico.

Ibáñez no siguió discutiendo, pero a Jamilen le recordó al niño en la fiesta que se le prohíbe meter el dedo en el dulce. Solo le faltaba el puchero.

—Muy bien —dijo Salas—. Esas son dos de las tres líneas iniciales de investigación.

—¿Cuál es la tercera? —preguntó Anderson.

—Los discos —dijo Graco, exasperada.

—Ya se los dije —dijo Jamilen, el cansancio en su voz—. Puede ser que nadie sepa qué significan esos discos. Solo el SUNI.

—Tal vez —opinó Angelo—, pero si lo descubre, podría facilitarnos el trabajo. Confío en usted.

—No sé si…

Lo que iba a decir fue cortado por el sonido de su celular. Lo tomó de la mesa y miró la pantalla. En letras blancas sobre un fondo oscuro había una palabra.

Lucas.

Se levantó de la mesa sin hacer ningún comentario, se alejó una prudente distancia y presionó el botón de contestar.

—Estoy en una reunión. Dime.

—Era para decirte que yo también, pero la mía se va a alargar mucho más de lo que pensaba. No me esperes. Llegaré tarde.

Jamilen sintió como si una mano fría le apretara el corazón.

—¿Qué tan tarde?

—No sé. No más de la una o dos de la mañana. Espera.

Se lo imaginó colocando la mano sobre el micrófono, pues todo sonido fue cortado de forma tajante. Al poco tiempo su voz regresó.

—Disculpa, pero ya vamos a comenzar. Hablamos más tarde. Te quiero.

Y sin esperar respuesta, la línea se cortó.

Capítulo 15

El cuaderno de dibujo estaba lleno de líneas, cuadros, triángulos y círculos.

Cada posible complicación, interferencia o problema fue tomado en cuenta en su diagrama de flujo. Dio dos pasos atrás y dejó que la luz fluorescente de una lámpara de mesa iluminara la superficie de la hoja y la tinta que lo cruzaba de un extremo a otro.

Perfecto.

Este tipo de problemas era para lo que él vivía. Adoraba los retos, en particular la sensación de absoluta adrenalina al resolverlos. Después de los quince años, trabajó sobre cuanto rompecabezas o acertijo pudo. Nunca dejó uno sin terminar o sin resolver, así le tomará meses.

Este plan, fruto de su esfuerzo, era la madre de todos los enigmas.

No el resultado. Él sabía cómo iba a terminar. Cómo llevarlo a cabo con la precisión de un reloj suizo.

Tenía que ser así. Cualquier error de apreciación o rumbo, por leve que fuera, echaría abajo su plan. Había invertido demasiado tiempo para fallar tan cerca del final.

Tocó con la punta de la pluma el círculo que representaba uno de los elementos inesperados. Su plan era lidiar con él como con el resto. Cuando las puertas del infierno se abrieran, todos ellos iban a arder. Todos y cada uno de los pequeños miserables.

Respiró profundo y movió la pluma hacia el otro elemento

inesperado. En un círculo, un nombre.

Jamilen.

Ese engranaje no se lo esperaba. Pensó sacarla de circulación, pero estaba demasiado involucrada en la investigación. Sacarla ahora podría ser catastrófico.

Mejor era incluirla sin que ella lo supiera.

Con todas las opciones puestas en el papel en blanco y negro, Jamilen resolvía un problema importante. Ella no lo sabía todavía, pero lo haría.

El extraño tomó las llaves del carro y se dirigió a la salida. Era el momento de ir a vigilar una dulce florecita.

Jamilen presionó el botón del monitor. El disco en blanco y negro desapareció en un punto de luz en el fondo de la pantalla.

Su reunión con el ministro Archibold transcurrió como lo esperaba. Ella le informó sobre la investigación y las diferentes líneas que pensaban seguir. Al ministro solo le interesaba escuchar que el culpable estaba esposado y fuera de circulación.

Después de varios minutos logró convencer a su jefe de que, por propia voluntad, el asesino no iba a entregarse a la policía ni iba a cometer un error. Necesitarían trabajar de forma exhaustiva por varios días para poder conseguir algún resultado. Qué tanto valor podría tener el mismo era relativo.

Y mientras tanto, solo les quedaba cruzar los dedos y elevar una plegaria a todos los santos, para que el asesino no se cobrara una nueva víctima en el ínterin. Ese último pensamiento tuvo el cuidado de no expresarlo en voz alta delante del ministro. Solo generaría otro centenar de preguntas y no tenía la disposición mental para soportarlo.

Además, el tiempo no corría a su favor.

Se disponía a levantarse de la silla para irse a su casa, cuando la puerta de la oficina se abrió y entró Carol.

—Hola, querida. ¿Puedo pasar?

—Seguro, pasa.

Carol entró y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó, dejándose caer en una silla pegada a la pared.

—Como era de esperar. Lenta. Ahora mismo estamos en una fase bastante rutinaria. Averiguando el paradero de cada depredador sexual el día que desapareció José Muñoz, interrogando a los posibles testigos y familiares por segunda vez. Buscando ese detalle que nos ayude a descubrir la identidad del SUNI.

—¿SUNI?

—Disculpa, Carol —dijo sonriendo—. Se me está pegando la jerga policial. SUNI significa «Sujeto No Identificado». Es como lo llaman.

Carol levantó la mirada al techo, como si estuviera sopesando una idea. Luego dijo:

—Me parece un nombre demasiado delicado para este personaje.

Jamilen se echó a reír.

—Aunque no lo creas, yo hice el mismo comentario cuando lo escuché la primera vez.

—¿Ves? Tú y yo nos parecemos. Es por eso que no puedes tener secretos conmigo.

Algo en su rostro debió de cambiar. La plácida expresión de Carol se convirtió en una de preocupación.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro. Trabajando. Este caso ocupa la mitad del tiempo y mis labores aquí, la otra.

—No fue eso lo que pregunté. Quiero saber cómo estás.

Jamilen mantuvo la mirada, pero cuando se enfrascaba en ese tipo de competencia visual con Carol, siempre perdía. No soportó el peso de esos ojos y bajó la mirada.

—Nada bien, amiga —dijo con una voz que amenazaba con resquebrajarse en cualquier momento—. Por suerte tengo el trabajo para mantenerme ocupada, pero siento como si el mundo estuviera a punto de desmoronarse a mi alrededor.

—No entiendo de qué hablas —dijo Carol, inclinándose hacia

adelante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas.

Jamilen suspiró con fuerza. Por suerte había apagado el monitor de la computadora. No creía poder confesarse con su amiga teniendo los discos monocromáticos brillando a pocos pasos.

—¿Recuerdas los dos abortos que tuve?

Carol pareció sorprendida por la pregunta, pero asintió.

—Claro. Somos amigas desde mucho antes.

—El primero lo tomamos con estoicismo. Como un suceso sobre el cual no teníamos injerencia. Tres años después logré embarazarme por segunda vez, pero cuando perdí este también, Lucas no dijo nada. Sin embargo, comencé a notar muy sutiles cambios. Como si no supiera cómo lidiar con el problema.

—En cierta forma, era lo esperado.

—Cierto, pero siempre estuvo allí para apoyarme. Cambié de ginecólogo y la nueva me detectó otro problema. Algo llamado Síndrome Antifosfolípido.

—De eso también me acuerdo. Estuviste recibiendo tratamiento para eso durante tu embarazo con Nicolás.

—Exacto. Una pastilla y una inyección todos los días durante treinta semanas. Trata de imaginártelo. Son doscientas diez agujas. Hago todo como se supone debía hacerse y cuando llega el momento… Nicolás… mi hijo muere de algo que no tiene nada que ver con mi problema. De una infección viral por una gripe que agarró una semana antes. ¡Una semana, Carol! Es como si Dios no quisiera que fuera madre. Tal vez, de alguna forma, Dios sabe que no lo merezco.

—El médico te dijo que no fue culpa tuya.

—Sí. Bueno, no a mí. Lucas se encargó de hablar con el pediatra, pero desde ese día lo siento diferente. Distante. Como si no supiera cómo lidiar conmigo. En el fondo, creo que me culpa, aunque no quiera reconocerlo.

—¡Oh, vamos! —dijo Carol entrecerrando los ojos—. Ahora te me estás poniendo melodramática.

—No es drama, amiga —dijo con ojos enrojecidos—. La verdad es que me siento culpable. La que tiene el virus soy yo, después de

todo.

—Jamilen —la interrumpió con una seriedad tan absoluta que le cerró la boca de forma casi inmediata—, no quiero escucharte hablar de esa forma de nuevo. Nada de esto es culpa tuya y querer cargar ese karma no va a solucionar nada tampoco.

—Lo sé, lo sé. Créeme que no me pongo así todo el tiempo. Es este maldito caso: los niños desaparecidos, el cadáver, Lucas. Mil veces Lucas.

Ocurrió lo que trataba de evitar a toda costa y su voz se partió. Bajó la mirada y apretó las palmas de la mano contra sus órbitas.

Un poco después sintió la mano de su amiga apoyarse en su hombro. En la oscuridad impuesta por su propio cuerpo, escuchó la voz de Carol decir:

—¿Temes que Lucas se vaya de la casa?

—Ojalá fuera eso —dijo Jamilen alzando los ojos hacia la voz de su amiga—. Ese tipo de problemas puedo manejarlo e, inclusive, hasta sería un alivio. Un poco de tiempo solo para mí, para pensar, suena como una excelente idea. El problema es que ni estoy sola ni puedo pensar en paz, sabiendo que Lucas me está siendo infiel.

Esperó que Carol lo defendiera o le dijera que estaba imaginando cosas, pero su amiga permaneció silenciosa a su lado y eso fue aún peor. Para Carol era muy posible y la única ciega en todo ese escenario había sido ella.

Jamilen le contó la historia completa. El fugaz rostro en la computadora, los trabajos de noche y las reuniones hasta tarde que, en los últimos días, eran casi una constante.

—Ya veo —dijo Carol cuando terminó. Se había vuelto a sentar en la misma silla, en la misma posición de minutos antes.

—¿Qué harías en mi lugar?

—Por suerte no estoy en tu lugar, pero si lo estuviera, me tomaría un tequila. Urgente.

Jamilen levantó la ceja medio centímetro.

—¿Esa es tu solución? ¿Un *shot* de tequila?

—No un *shot*. Eso no sería suficiente. Varios.

—Eres un caso. Sin embargo, creo que por esta vez tienes razón.

Después de todo, ya me llamó para decirme que esta noche también llegará tarde.

—Perfecto. Si no tienes que esperarlo, puedes usar tu tiempo como quieras. Mi recomendación, mañana a primera hora debes confrontarlo con tus dudas y hablen. El problema no se solucionará solo y puede llegar el momento en que sea imposible de arreglar. Por el momento, voy a darle el beneficio de la duda a falta de pruebas más contundentes. Tú deberías hacer lo mismo y, mientras tanto, divertirte.

Se levantó y tomando a Jamilen por las manos la hizo ponerse de pie.

—Esta noche es de chicas —dijo Carol—. Una buena cena y un buen trago de tequila y listo. Yo invito.

—Carol, no es necesario…

—No quiero oír nada —dijo cortando toda forma de protesta—. Los amigos se apoyan en las buenas y en las malas y creo que estás en una de las últimas. Lo que menos necesitas hoy es recluirte en tu solitaria casa a esperar y ver a qué hora llega el ocupado de tu marido. Vamos, no discutas. Es más, te invito a algún lugar elegante. ¿Cuándo fue la última vez que visitaste uno?

—¿Cuenta si el restaurante está en un centro comercial?

—Eso lo decide —dijo Carol alzando los ojos al cielo—. Recoge tus cosas. Nos vamos de farra.

—¿Noche de copas y mujeres locas?

—Te acordaste del grito de guerra. Eso es bueno. Tal vez no seas un caso perdido después de todo.

Jamilen sonrió, tomó las llaves del auto y siguió a su amiga fuera de la oficina. Cada una decidió ir en su auto, para evitar problemas a la hora de querer regresar a sus respectivas casas. Carol se montó en su Mercedes Benz CL600 color plata; Jamilen, en su Kia y ambos motores arrancaron casi al mismo tiempo.

Oculto bajo las sombras de un árbol cercano, el extraño observó, desde el interior de su propio auto, cómo las dos mujeres se despedían y subían a sus vehículos. Con un par de prismáticos los siguió al salir del estacionamiento y dirigirse hacia la ciudad.

Llevaba tres horas de estar esperando que la licenciada Lasso saliera de la oficina y la raya de la nalga se le había borrado de estar sentado. Una sonrisa trató de nacer en sus labios, recordando una de las frases de su hermana, pero el recuerdo estaba demasiado ligado con todos los eventos que ocurrieron en años posteriores y el movimiento en ascenso se congeló en un rictus de impotencia y dolor.

No más. Esta ocasión, él tenía control absoluto de todo lo que ocurría.

Giró hacia el otro asiento y cerró el estuche que tenía a un lado. Sus ojos hicieron un rápido inventario y confirmó que todo su instrumental estaba completo. Arrancó el motor y se encaminó también rumbo a la ciudad. Unas pequeñas gotas de lluvia empezaron a golpear su vidrio y estallar en el proceso, creando pequeñas obras de arte abstracto en su superficie.

La naturaleza imitando el arte.

No era fanático de la lluvia. La humedad podía echar a perder el mejor de los equipos, pero para esta parte del plan no era un factor a considerar.

El pequeño artilugio bajo el chasis del auto de la licenciada Lasso era impermeable. Así lo había diseñado.

La imagen era perfecta.

A través del amplio ventanal podía ver en todo su esplendor las aguas de la bahía de Panamá, cuya superficie en ese momento estaba tan mansa que parecía un espejo. El movimiento fluorescente de unas pocas olas permitía distinguir la interacción de las corrientes marinas del océano Pacífico con el viento y darse cuenta de toda la majestad que se extendía delante de sus ojos. El cielo, ausente de nubes, estaba retocado con cientos de estrellas y una luna, en algún proceso de llenado o vaciado, brillaba sobre el negro lienzo.

Jamilen cerró los ojos.

En la absoluta oscuridad, con la imagen del mar y las luces nocturnas de la ciudad cobrando vida, se sintió en paz. Las

preocupaciones que venía arrastrando desde hacía meses se disiparon y abandonaron su mente, por lo menos por esa noche.

Cuando volvió a abrirlos, su amiga Carol la miraba con satisfacción.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. Tenías razón. Era lo que necesitaba.

—Lo sé —dijo tocando apenas con la punta de los dedos su muñeca—. Ahora, dejemos lo obvio y comamos. Tengo hambre.

Tomó el menú, de un color rojo oscuro y letras en dorado, abriéndolo en la primera página y empezando su búsqueda del plato que degustaría esa noche.

—Y recuerda —dijo apenas levantando la mirada del papel—, pide lo que tu corazón te reclame. No importa lo que cueste. Yo invito. Es una buena idea meterle alimento a esa esquelética figura tuya.

—¿Cómo que esquelética? —preguntó Jamilen tomando el otro menú—. Para tu información, peso justo lo que debo para mi talla. Percentil cincuenta.

—Ese es el problema. Cuando llegues al percentil noventa, entonces hablamos.

Jamilen movió la cabeza de lado a lado y empezó a leer. No se lo reconocería a Carol jamás, pero con las preocupaciones volando lejos de su cabeza, tenía un hambre atroz. Después de unos diez minutos de estudiar todas las opciones, se decidió por una sopa de cebada, una pechuga de pollo con salsa de cerveza y un tiramisú de postre.

Mejor se dañaba.

Hizo un inventario mental y cuando Carol pidió, acertó en cada plato.

—Un filete a la pimienta, bien cocido —dijo su amiga cerrando el menú y pasándoselo—, una crema de hongos al gratín y una *banana split* de postre.

—¿Algo de tomar? —preguntó el mesero con una sonrisa de conquistador. Hasta allí iba bien, pero cometió el error de dirigir la mirada hacia el busto de su amiga justo en el momento en que ella levantaba los ojos. El rostro de Carol se arrugó y sus labios se

redujeron a una línea.

La mirada de la cobra.

—¿Busca algún utensilio perdido aquí? —preguntó mirándolo—. Le garantizo que me hubiera dado cuenta, pero si quiere buscar, meta la mano a ver cómo le va. De repente le va mejor siendo directo, porque la sutileza no es su fuerte.

Esa era la amenaza típica de su amiga para el hombre que encontraba estudiando las «propiedades de su esposo», como solía decir. A la fecha, ningún hombre le tomó su palabra de «meter la mano». Solo esperaba que el día que ocurriera, ella no estuviera cerca.

Esa noche no quería verse involucrada en otro caso de asesinato.

Si fuera de personas desaparecidas, tal vez. Si venía Angelo.

«Otra vez —se dijo— esta es noche de chicas. Ni él puede aparecer hoy. Puedes soñar con Angelo mañana, si quieres».

El ofuscado mesero atrapado con los ojos en la masa, por así decirlo, pidió disculpas entre balbuceos y gestos incomprensibles y se retiró de la mesa con los menús bajo el brazo.

—Lo asustaste —le recriminó Jamilen— y se fue sin darnos la oportunidad de pedir el tequila.

—Tiene que regresar —dijo Carol siguiéndolo con la mirada—. A ese pendejito le espera una larga noche. Ahora, libres de esa molesta compañía, podemos terminar nuestra conversación. ¿Qué piensas hacer con Lucas?

—Enfrentarlo —dijo Jamilen mirando hacia la bahía—. Necesito finiquitar este asunto de una buena vez.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es qué vas a hacer si tus sospechas terminan siendo ciertas. Si por alguna broma cósmica, Lucas se ve asaltado por la culpa y confiesa que sí está teniendo una aventura, ¿qué harás?

Jamilen regresó la mirada hacia su amiga, una expresión triste en el rostro.

—Esa es la parte que más me preocupa. Me hice la misma pregunta y no me importó. Incluso —dijo bajando la mirada, apenada— me sentí aliviada.

Después de un angustiante silencio, la mano de Carol se apoyó sobre su brazo.

—¿Aún lo amas?

—No lo sé. A veces creo que sí, pero…

—En estas decisiones no hay «pero» ni «creo». Si las encuentras, entonces la traducción, por lo general, es no.

—Hace seis meses todo estaba bien —dijo Jamilen, pasándose la mano por el cabello—. Todo era perfecto.

Se detuvo y se enderezó en su silla. El mesero se acercaba con los platos de sopa y Carol se inclinó un poco más, retándolo con su actitud a mirar. Para fortuna del susodicho tenía más de dos dedos de frente y sirvió los platos, sin quitar la vista de su trabajo.

—Se resistió —dijo Jamilen sonriendo.

—Conozco al tipo —dijo Carol— antes de que termine la noche va a mirar de nuevo. Que Dios lo ampare si lo agarro.

El aroma de la sopa la golpeó en ese momento y la conversación desapareció en algún lugar profundo de su memoria. La salivación empezó y tomó su cuchara con gusto. Qué razón tenía Pavlov.

—Hace seis meses —dijo Carol después de una decena de cucharadas— esperabas a Nicolás. Estabas embarazada. Lucas podía haber estado teniendo un amorío desde entonces y tú no te darías cuenta.

—Vamos, Carol —dijo Jamilen colocando la cuchara sobre el plato—. Estaba embarazada, no ciega.

—No subestimes el poder de un hombre que quiere engañarte.

—Lo dices muy tranquila. Tú también estás casada.

—Cierto —dijo blandiendo la cuchara como una varita—, pero yo le advertí a Pablo en la luna de miel que, si me quería quemar, me lo dijera primero para separarnos y darle la libertad que buscaba. Que no lo atrapara en la mentira. Hasta ahora, el trato está vigente y no ha hecho solicitud de la cláusula de escape.

—Eso no es garantía absoluta.

—También es cierto, pero de qué sirve preocuparme por algo que no sé. Tú tienes la sospecha. Tienes la obligación de preocuparte y tomar cartas en el asunto. En mi opinión, no hay

prueba más difícil para un matrimonio que la muerte de un hijo. Si sobrevive a eso, puede resistir lo que sea.

—Esa era una prueba que hubiera preferido no tener que pasar.

—No escogemos las pruebas. Son colocadas en nuestro camino.

Jamilen no respondió, pues el mesero apareció para llevarse los platos de sopa. Colocó en su lugar el pollo de Jamilen y el bistec de Carol y se retiró.

—Sigue invicto —comentó Jamilen.

—Espera y verás.

El primer pedazo de pollo confirmó las sospechas de Jamilen. La carne era delicada y jugosa, con una muy sutil firma de cerveza en el fondo de su paladar. El restaurante, colocado en el último piso de un hotel de cinco estrellas, hacía honor a su fama.

Suspendieron la conversación para poder disfrutar del plato seleccionado y Jamilen saboreó cada bocado como si fuera el primero. Cuando quedaban unos dos pedacitos del pollo, tomó una servilleta y se limpió los labios.

—Excelente —comentó Jamilen, colocando el papel sobre su plato—. Si pudiera comer aquí todos los días, lo haría.

—Para eso tienes que ser amiga de J. K. Rowling o Donald Trump.

—Oh, Carol. Yo…

—Ni te atrevas a insinuar que vas a ayudar con la cuenta. Yo invito. Además, el problema no es una cena. Es hacerlo todos los días lo que sale caro.

Siguieron conversando el resto de la noche de cosas sin importancia, como las buenas amigas que eran, los problemas olvidados por el momento.

Esposos indiferentes, niños desaparecidos, cadáveres en frías losas de metal.

Para cuando la última cucharada de tiramisú entró en su boca, varias de las arrugas en su frente habían desaparecido. Cuando algún tema de conversación la hacía recordar a su esposo, la imagen que le venía era la de Angelo y sus penetrantes ojos.

—¿En qué estás pensando? —la sorprendió Carol con la

pregunta.

—En nada.

—Llevo demasiado tiempo conociéndote como para no saber que significa esa sonrisa en tus labios, y no pretendas que haciéndola desaparecer voy a olvidarla. No estabas recordando un viejo chiste. Esa picara sonrisa es de otra cosa. ¿Qué?

—Nada —dijo sonrojándose, escondiéndose tras la copa de vino que puso en sus labios.

Carol no insistió, pero estaba segura de que no la había engañado y, si el pasado era prueba, antes del fin de semana le contaría la verdad.

Quizás era justo lo que necesitaba. Decirlo en voz alta.

—Ok, pero esto es un secreto militar —dijo acercándose a ella —. Prohibido repetirlo, por ninguna circunstancia. Ni amenaza de muerte o tortura.

—Aunque me obliguen a salir a la calle con rollos en la cabeza —dijo llevándose la mano al corazón, en señal de promesa—. Ahora, suéltalo. Tengo la impresión de que me vas a contar algo divertido y perverso. Esas son las mejores historias.

Jamilen respiró hondo y trató de poner en palabras sus sentimientos por el detective Morris. No quería reconocerlo, pero entre los dos había una conexión. La pregunta era si lo consideraba suficiente como para poner en peligro su matrimonio.

Mejor… ¿todavía tenía un matrimonio?

—Hay un detective en el caso.

No pudo seguir. Las palabras desaparecieron de su boca, como si se hubieran convertido en una fría niebla.

—¿Jamilen? —le pareció escuchar a Carol preguntar, pero toda su atención estaba enfocada en el otro extremo del restaurante.

Sin dar explicación se levantó de la mesa y se dirigió hacia la salida. Primero a paso lento, para luego ir acelerando y terminar corriendo con todas las fuerzas que le permitían sus piernas. Pasó al lado de la mesa de dos comensales que la miraron como si estuviera loca, para luego dirigir la mirada hacia la mesa donde Carol, congelada en su asiento, no sabía qué hacer.

Jamilen, en su loca carrera, logró llegar hasta su meta. Cuando giró en una esquina y pudo ver las puertas del ascensor, estas ya se estaban cerrando. Para cuando logró presionar el botón, la orden electrónica todo lo que hizo fue encender una pequeña luz color verde. El ascensor ya se dirigía hacia abajo.

Pensó bajar por la escalera, pero la velocidad de descenso de los números en la pantalla colocada sobre la puerta garantizaba que no iba a llegar a tiempo, a no ser que se aventara por la ventana. Por algún motivo, no pensaba que eso fuera buena idea.

Sacó su teléfono y marcó un número. La recibió la señal de apagado.

Las dudas empezaron a surgir y la deliciosa comida de minutos antes empezó a revolverse en su estómago, porque cuando se disponía a confesar a su amiga lo que sentía por el detective Morris, vio a dos personas salir de un reservado en la parte trasera del restaurante.

La mujer, una morena que, a falta de otra palabra para describirla, era despampanante. Con un traje largo pegado al cuerpo, resaltando cada curva que, en su opinión, solo se podían conseguir teniendo un trato directo con el Creador o la ayuda de un excelente cirujano plástico.

No pudo ver su rostro, pero su cuello era largo y delgado. A su lado, un caballero vestido de saco y pantalón negro. Cabello corto, tenía la mano colocada en la cintura de la joven, mientras se dirigían hacia la salida del restaurante. Sin embargo, en un suave movimiento de su rostro al perderse detrás de una esquina, tuvo una impresión tan fuerte que solo pudo reaccionar ante la misma.

Viendo la puerta cerrada y el digital número verde señalar que el ascensor había llegado al *lobby* del hotel, la sensación que la embargó fue más fuerte que nunca. Estaba dispuesta a meter ambas manos en el fuego para asegurar que el hombre del saco oscuro era Lucas.

La morena, cuyo semblante pudo ver una fracción de segundo al irse cerrando las puertas de metal, era la dueña del rostro femenino que vislumbró en la pantalla de su esposo esa solitaria noche, cuando las pesadillas creadas por su imaginación parecían ser su mayor

problema.

Capítulo 16

Jamilen hizo girar el disco sobre la superficie del escritorio y apoyó la cabeza sobre los brazos, mientras los colores se sucedían en rápidos movimientos.

Negro. Blanco, negro. Blanco, negro, blanco. Una serie de cambios importantes que se mezclaron en una esfera virtual delante de sus ojos.

Había hecho una copia idéntica de los discos encontrados en las escenas de los secuestros. Escogió el modelo de José, porque le pareció lo justo.

El material no se percibía igual. Era un cartón un poco más grueso al usado por el SUNI, pero para fines prácticos era lo mismo. Lo primero que hizo esa mañana al llegar a la oficina fue sacarlo del cajón donde lo había guardado, prender el monitor de la computadora (que ya no tenía el fondo monocromático, sino una escena de la bahía de Panamá de noche) y empezó a exprimir su cerebro, con renovadas esperanzas e ideas frescas ante el enigma del disco. Se decía que el conocimiento llegaba mejor mientras más sentidos se utilizaran. La creación del disco con sus propias manos, igual que había hecho el SUNI en su momento, esperaba que le diera el impulso que hacía falta.

Una hora después, cansada, agotada y frustrada, terminó dándole vueltas al cartón como una niña pequeña. El misterio, igual de impenetrable.

Lo único que descubrió fue que el disco, usado de esa forma,

servía como relajante mental. El mecánico proceso de hacerlo girar, los colores cambiando y levantarlo al caer fue bajando las revoluciones de su cerebro. Un sopor la fue envolviendo y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Las escenas del día anterior invadieron su cerebro al caer sus defensas. Lo que esperaba fuera una noche tranquila en compañía de una amiga se convirtió en otra de una serie de pesadillas personales.

Después de fallar en atrapar a la pareja que se imaginó era Lucas y la morena de la pantalla, regresó a la mesa y le contó a Carol lo que creía haber visto. Su amiga reaccionó como se esperaba. Saltó de la silla, dispuesta a lanzarse por la ventana para atraparlos, pero Jamilen logró calmarla y hacerle entrar en razón. Si eran ellos, estaban fuera de alcance y ya no tenía sentido desesperarse por eso.

—¿Estás segura de que era él? —le preguntó por enésima vez al ir saliendo del restaurante.

—Tan segura como podría estarlo de cualquier otra cosa en este momento. Eran ellos.

—Entonces —dijo Carol sacando las llaves de su auto, paradas al lado del Kia de Jamilen—, ¿vas a confrontarlo?

—No. No lo haré.

Carol abrió tanto la boca que Jamilen, por un momento, pensó que a su amiga se le iba a desarticular la mandíbula.

—No entiendo —dijo recuperando la palabra—. Antes ibas.

—Eso era antes. Ahora, ya no tengo dudas.

—Con más razón. No vas a ignorar este problema.

—No pienso pasarlo por alto —dijo Jamilen, sintiendo por primera vez lo que podía calificar como odio por el que era su esposo—, pero si lo confronto, ¿qué va a decir? Puedo escuchar su respuesta. Que no era él. Al final de la discusión, quedo como una tonta y él, a partir de ese momento, usará ese episodio para restregármelo en cara cada vez que ponga en duda su «fidelidad», recordándome cómo lo celé con un fruto de mi fértil imaginación. No esta vez. No pretendo darle la oportunidad de negarlo o salirse con la suya. No lo conoces tanto como yo. Lucas es un maestro de la manipulación, pero esta vez pretendo estar preparada.

—Lamento decirte esto —dijo Carol arrugando los labios—, pero pareciera que este resentimiento no es reciente. Es casi como si lo hubieras estado acumulando para un día como hoy.

—Quizás —asintió Jamilen—. Puedo aguantarlo un poco más. Voy a contratar un detective privado para conseguir pruebas. Luego y solo luego de tener copias en papel brillante y a todo color voy a enfrentarme a Lucas. Quiero ver su cara cuando se quede sin palabras.

—Si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedirlo.

—Tranquila. Me diste el mejor regalo. Si no hubiera sido por tu invitación, no me habría convencido aquí —dijo tocándose con el dedo la sien— y eso lo dijo con buen sentido. Lo necesitaba.

Carol la abrazó y, deseándole lo mejor, se alejó rumbo a su auto.

Contratar un detective privado. Para qué, si podía pedir ayuda a alguien más cercano.

Tal vez Angelo se quisiera ofrecer para el trabajo. No sabía el motivo, pero estaba convencida de que el detective haría el trabajo con mucho gusto.

«No te engañes —se dijo sonriendo bajo la luz de una lámpara en el estacionamiento del restaurante y a pesar de todo—. Sabes que lo haría, pensando en la posibilidad de que quedaras libre».

El problema no era ese. El verdadero dilema estaba en qué quería hacer ella después de afrontar a Lucas.

¿Seguir luchando? ¿Divorcio?

—Si así trabajan aquí, pido el traslado mañana mismo —dijo una voz cerca de su oído. Jamilen saltó sobresaltada y casi se cae de su asiento, pero una mano gruesa la estabilizó en su sitio.

Angelo la miraba con una expresión divertida.

—No me despiertes así —dijo Jamilen entre molesta y feliz de verlo—. ¿Cuánto hace que llegaste?

—Primero que nada —dijo sentándose en la silla al lado del escritorio— pensé que ibas a estar despierta. Son las nueve de la mañana.

—Larga noche. Después te cuento —dijo, alejando con un movimiento de la mano las preguntas que venían.

—Vale. En cuanto a tu pregunta, el tiempo suficiente para saber que te ves bonita durmiendo.

Jamilen se sonrojó a una velocidad que ni ella misma se esperaba. Era la primera vez que el detective le lanzaba un piropo, por lo menos uno directo. Se quedó sin habla. Le sonrió de nuevo y tras recuperar algo de funcionamiento cerebral se le ocurrió una respuesta.

—Así que solo me veo bonita cuando duermo —dijo, sin perder la sonrisa.

Ahora fue el turno de Angelo de sonrojarse. Si lo admitía, estaba en problemas. Si lo generalizaba, también. Jamilen quería ver cómo salía del atolladero al cual lo había metido su propia lengua, pero resolvió el problema usando un truco que, en opinión de Jamilen, era el favorito de la mayoría de los hombres en situaciones como esa.

Cambió de tema.

—¿Me permites ver eso? —dijo, señalando el disco en la mesa.

Jamilen sacudió la cabeza para que se diera cuenta de que no la engañaba con la maniobra de evasión y extendió el brazo, empujando el disco en su dirección.

Angelo lo tomó y lo sopesó con la mano. Le dio vuelta entre sus dedos.

—Es una copia bastante acertada. No es el mismo material. Este cartón es más grueso.

—Lo sé —dijo Jamilen—, pero creo que gira mejor.

—¿Y eso ayuda?

—No —dijo Jamilen con resignación—, excepto como técnica de relajación mental.

—¿Relajación mental? ¿Se supone que ese disco girando va abrir tu mente a la dimensión donde están todas las respuestas del universo?

—Ya quisiera yo —dijo apartándose una mecha de cabellos de la frente—. La verdad es que no tengo idea de qué significa ese disco para el SUNI.

—Si te sirve de algún consuelo —dijo Angelo colocando el disco sobre la mesa—, nosotros estamos tan estancados como tú. El

detective Salas y su equipo entrevistaron a todos los familiares y amigos de los desaparecidos. Nada nuevo o relevante.

—¿Y los depredadores sexuales?

—Localizamos a cada uno de ellos. Todos tienen coartadas para alguna de las desapariciones. No es garantía de que uno o varios no puedan estar involucrados, pero nada me llamó la atención por el momento. Si soy sincero, no creo que el SUNI esté en ese grupo.

—Rayos. Me gustan los misterios, pero más me gusta resolverlos. Detesto no saber cómo abordar un problema.

En ese momento sonó su celular. Lo levantó y miró la pantalla luminosa.

Lucas.

Presionó el botón de ignorar. Cuando la llamada se cerró, lo colocó en modo silencioso y lo puso encima del disco, pantalla hacia abajo. Angelo miró el celular sobre el disco y una sonrisa surgió en sus labios.

—¿Qué? —preguntó Jamilen. El detective no podía saber que le había cerrado una llamada a su esposo para poder hablar con él.

—Ver ese celular sobre el disco me acaba de recordar una historia muy graciosa. Siempre tuve la impresión de que ese disco me recordaba algo y acabo de darme cuenta de qué. Puedes apuntarlo en tu lista de opciones, si quieres.

—¡Oh, no! —se quejó Jamilen con una no tan fingida desesperación—. No más opciones.

—Dudo que una más te vaya a hacer daño. ¿Qué te parece si la cuento mientras desayunamos? ¿Tienes hambre?

Jamilen siempre desayunaba antes de salir de la casa, pero podía escaparse unos minutos y reponerlos a la hora del almuerzo. Solo le respondía a Carol y ella era bastante flexible, con tal que se hiciera el trabajo.

Pal vez ese momento tranquilo con Angelo era justo lo que necesitaba.

—Sí —le respondió—. Tengo hambre y la idea del desayuno me suena perfecta.

—Excelente —dijo Angelo, casi brillando de la emoción—. Hay

un restaurante a unos pasos del ministerio que hace los mejores *pancakes* del mundo.

—Eso lo dudo.

—¿Por qué? No los has probado.

—Lo dudo —dijo Jamilen tomando su celular y guardándolo en el fondo de su cartera—, porque los mejores *pancakes* del mundo los hago yo. Puede que sean los segundos, eso ya lo veremos.

Y con tranquilidad salió de la oficina sin esperar al detective, segura de que la seguía unos pasos detrás. Fuera del ministerio, Angelo la guio y tras una pequeña caminata llegaron a un pequeño restaurante del otro lado de la carretera y con una vista directa a las aguas del canal. Se sentaron a una mesa en el segundo piso del local construido con madera antigua y pidieron sendas órdenes de *pancakes* y café negro. Jamilen llevaba tanto tiempo trabajando en el ministerio que estaba acostumbrada a la escenografía, pero la superficie del mar y los árboles de fondo se veían hermosos esa mañana.

Eso o la compañía de Angelo le daban una visión diferente del mundo.

—Muy bien —dijo Jamilen, la mesera alejándose con el pedido—. Cuéntame la historia que te hice recordar. Quiero saber qué opción agregar a mi lista de posibles significados del disco.

Angelo miró hacia su izquierda, luego a la derecha, como si estuviera asegurándose de que nadie más oía. Se acercó a ella y susurró:

—Una alfombra.

Jamilen se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Una alfombra? ¿Piensas que el SUNI nos está dejando una copia de su alfombra?

—Yo nunca dije eso. El disco con el celular encima me recordó la escena de un crimen. Como me dijiste que ninguna opción era descabellada… ¿Qué sabemos? Quizás el disco sí representa una alfombra y el SUNI dormía en una igual cuando era un huérfano en las calles. Todo es posible.

Jamilen cerró los ojos y movió la cabeza, sin creer lo que estaba

oyendo. Sus propias palabras usadas en su contra y por una alfombra.

—Perfecto —murmuró. Luego, en voz más alta—. Está bien. Es una posibilidad (*mente abierta*). Ahora, estoy intrigada. Dime sobre la alfombra.

—Ah —respondió Angelo levantando el dedo con dramatismo. La mesera llegó con sus *pancakes*, el café y un frasco en forma de osito lleno de miel. Jamilen bañó la suave superficie de harina con una generosa porción del dorado líquido y cortó un pedazo.

La masa se derritió en su boca.

—Oh, Dios santo —dijo Jamilen, sorprendida—. Tenías razón. Esto está delicioso.

—Te lo dije. Los mejores.

—Los segundos, pero hacen la competencia.

Angelo se rio de buena gana y tras tragar un pedazo adicional le dijo:

—La historia de la alfombra fue hace unos tres años. Fuimos a investigar el caso de un ejecutivo que, un buen día, no llegó a su oficina. Su jefe lo reportó como desaparecido al darse cuenta de que nadie sabía de él y nos tocó ir a su apartamento a investigar. El conserje del edificio donde vivía tenía una llave maestra y pudimos entrar.

Tomó un sorbo de café y siguió:

—Era un apartamento muy bien cuidado. Muebles de cuerina negra. Paredes blancas. Unos pocos cuadros en la pared con colores muy básicos, donde abundaba el gris y el plateado. Para acortar la historia, el ejecutivo estafó a su empresa y escapó con un millón y medio de dólares. No encontramos ni una sola prenda de ropa, pero sí evidencia de una salida rápida y de la compra de un boleto de avión a Brasil para el día anterior. En fin, regresando al porqué me acordé de esta historia, la sala de estar del apartamento tenía forma circular. En una pared, un televisor pantalla plana de muchas pulgadas y un solo sofá, de esos para una sola persona, colocado en medio de una gigantesca alfombra circular… idéntica al disco que tenías en la mano en tu oficina.

—No —dijo Jamilen, después de tragar su último pedazo de *pancake*—, yo me hubiera mareado, si la escena es como me la estoy imaginando.

—Te la imaginas bien, porque yo me llegué a marear un poco. El celular colocado en el centro del disco me hizo recordar el sofá y la alfombra. Cuando entrabas en esa habitación era como estar parado en el medio de un profundo pozo. Yo creo que ese fue el motivo por el cual el ejecutivo decidió un buen día robarle a su jefe. Para poder huir de esa alfombra.

Jamilen sonrió, mientras disfrutaba del aroma de su taza de café. Angelo se tomó la suya de un solo sorbo y le hizo señas a la mesera. Cuando esta se acercó, le pidió una nueva taza y el periódico matutino.

—¿El periódico? —dijo Jamilen sin poder ocultar su molestia—. ¿Vas a ponerte a leer el periódico ahora?

Sin darse cuenta, había reaccionado como si Angelo fuera Lucas. Su esposo no podía sentarse en la mesa a desayunar sin su periódico por delante y, cuando lo hacía, el resto del mundo desaparecía.

Angelo no captó el tono o no lo sintió como lo que era. En su lugar dijo:

—Claro que no. Jamás me perdonaría perder la oportunidad de conversar contigo por una hoja de papel.

«Ok —pensó Jamilen—. Tú no eres Lucas y acabas de ganar muchos puntos».

—Casi siempre desayuno aquí porque me queda de camino al trabajo —dijo Angelo—. ¿Quién iba a saber que estabas a unos metros apenas? Me gusta comprar el periódico para leerlo más tarde, pero en particular me interesa el crucigrama.

—¿El crucigrama?

—Seguro. No eres la única a la cual le gustan los misterios y acertijos.

La mesera llegó con una nueva jarra de café. Llenó la taza de Lucas y le dio el periódico de la mañana. Este lo abrió en la sección de pasatiempos y verificó que el crucigrama estaba dentro.

—Perfecto —dijo sonriendo al ver la sección—. Un crucigrama

y varios retos mentales.

Jamilen terminó su café, triste por tener que regresar, pero no quería abusar de la confianza de Carol. Angelo estaba siendo una persona mucho más interesante de lo que pensaba en un principio. Sus ojos se movieron sobre su rostro que, como el de un niño pequeño con juguete nuevo, estudiaba los acertijos ocultos en la página del periódico.

Un crucigrama, bastante grande. Lo que parecía ser un acertijo matemático y un laberinto.

Un laberinto circular.

—Jamilen —escuchó la voz de Angelo, pero cuando sintió su tacto fue que reaccionó. Su cerebro había entrado en actividad franca y casi podía sentir el calor emanar de sus cabellos—, ¿te sientes bien?

Jamilen tomó el periódico de manos de Angelo y lo extendió sobre la mesa, murmurando algo sobre el disco.

El laberinto era redondo. Un punto de entrada. Paredes negras y pasillos en blanco.

—¿Estás buscando otro significado? —le preguntó Angelo—. ¿No tienes suficiente?

Jamilen no respondió.

—Además, el disco no es un laberinto. No hay entradas ni salidas.

Jamilen levantó la mirada. Su expresión era de absoluta concentración.

—Tal vez, pero el laberinto me dio una idea.

La alfombra. Profundo pozo. Vértigo. Mareo.

Vértigo, pozo. Vértigo, pozo profundo.

Un laberinto, paredes en negro, pasillos en blanco.

Círculos negros, círculos blancos. Paredes circulares en negro. Nueve paredes.

Pasillos circulares en blanco. Nueve círculos en blanco.

Un profundo pozo. Varios pisos, como un embudo.

—Demonios, Jamilen —dijo Angelo, igual de serio—. Me estás asustando.

Jamilen lo miró. Las palabras de Angelo eran la última pieza que necesitaba para que todo tuviera sentido.

Demonios.

Tomó su celular. La pantalla indicaba tres llamadas perdidas de Lucas, pero las ignoró y, con los dedos temblando de la emoción, presionó el enlace para entrar en el servicio de internet. Cuando tuvo Google a su alcance, escribió dos palabras en el buscador.

Nueve círculos.

Con la piel de gallina, esperó que la orden escrita fuera cumplida. Tras lo que para ella fue una interminable espera, las opciones de su búsqueda regresaron.

—¡Lo sabía! —dijo leyendo los dos primeros sitios.

—¿Qué?

Jamilen, por respuesta, giró la pantalla de su celular para mostrarle lo que había encontrado.

En letras azules, los dos primeros enlaces.

La Divina Comedia.

Los nueve círculos del Infierno.

La niña tocó la pared con la punta de sus dedos antes que su amiga. Ambos cuerpos se estrellaron con fuerza contra la pared y el aire salió expelido de sus pulmones casi al unísono, como un solo ruido en estéreo. Aun así, ambas sabían quién había ganado.

—¡Eso es injusto! —dijo la niña de los cabellos castaños, la espalda apoyada contra la pared—. ¡Tus piernas son más largas!

—Esa no es excusa —dijo su amiga, agachándose y apoyando las manos sobre las rodillas. Respiró con profundidad, tratando de calmar su batiente corazón—. Tú eres más pequeña y, por lo tanto, deberías ser más ligera. Yo, en cambio, tengo que lidiar con la gravedad, la fricción del aire…

—Ja, ja, ja. Muy graciosa —dijo la niña de los cabellos castaños extendiendo la mano para que su amiga la ayudara. Esta la agarró y la haló con fuerza, quedando ambas amarradas en un amistoso abrazo. Hablando sin palabras y entendiéndose en un idioma que

solo ellas comprendían.

Se dirigieron a paso lento hacia los casilleros para cambiarse, la discusión de minutos antes saldada con el resultado de la competencia. Algunas personas discutían, recurrían a los golpes o a las palabras airadas para resolver sus diferencias. Otras, a no hablarse más.

Las dos amigas resolvían sus problemas corriendo.

Algunas veces ganaba la de los cabellos castaños. Otras veces, la de cabellos dorados. Era imposible saber el resultado de antemano, así que el método les funcionaba a las dos, era aceptado de forma inmediata y no estaba sujeto a apelación.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —preguntó la niña de cabellos castaños a su amiga, mientras se cambiaban.

—Mañana hay examen de Geografía, pero ya estudié. Creo que me pondré a escuchar música.

—¿Ya lo estudiaste? El material lo dieron apenas ayer.

—Sí, pero lo leí la semana pasada —dijo la niña de los cabellos llorados.

—*Nerd* —dijo su amiga en voz baja, pero con una picara sonrisa.

—Sí, lo soy. A mucha honra. Soy una *nerd*, una *freak*. Me gusta la escuela. ¿Tienes algún problema con eso?

—No. En absoluto.

Sabía que no estaba molesta, pero igual no era una actuación. Su amiga de más de seis años adoraba leer. Era todo lo contrario a ella. Sacó un cepillo del casillero y trató de ordenar las hebras color castaño que salían de su cabeza, pero parecían tener vida propia y al final se rindió. Conocía su cabello y solo un buen baño y varios litros de agua cayendo al mismo tiempo someterían a su rebelde melena.

Después del baño tendría que estudiar. A diferencia de su amiga, ella no había leído ni una sola letra del material para el examen. Nunca fue muy estudiosa, pero desde que le compraron la computadora, le costaba más trabajo concentrarse. ¿Cómo sentarse a leer sobre gente que llevaba muerta cientos de años, cuando el mundo entero estaba al alcance de sus dedos?

Su amiga a solo unos golpes del teclado.

Siguieron hablando de todo un poco. De la escuela, de los profesores y de los últimos chismes. Justo como lo hicieran desde el primer día que se conocieron en el patio escolar.

Al salir de los casilleros, bajo la potente luz del sol del mediodía, eran obvias las diferencias entre ambas. La niña de los cabellos castaños llevaba un pantalón de mezclilla azul oscuro y un suéter blanco que le quedaba bastante holgado. La de los cabellos dorados, un traje largo hasta los tobillos. Se encaminaron hacia sus respectivos padres, que conversaban tranquilos. Ambas se despidieron con efusión y desaparecieron en el interior de sus autos que, poco después, se movilizaron a puntos opuestos de la ciudad.

A la sombra de un árbol cercano a la salida del estacionamiento del gimnasio, el extraño observó la despedida de las dos amigas. Siguió con la mirada a una de ellas cuando se subió al auto. A través de la ventana pudo ver cómo se sentaba y colocaba el cinturón de seguridad, mientras su padre daba la vuelta y se colocaba detrás del volante.

El detective Salas arrancó su vehículo y salió del patio de la escuela, sin percatarse de la penetrante mirada del extraño que, tras verlo desaparecer, se dirigió a su siguiente trabajo del día.

Jamilen adoraba los libros. No era solo el hecho de leer o de poder desaparecer por un par de horas en una historia, en una trama, en la vida de alguien del pasado. Esa parte era primordial y adoraba cada letra y palabra que era capaz de generar imágenes en su mente.

No. Su adoración llegaba al grado que el olor a librería la hipnotizaba.

Una vez le hizo el comentario a Lucas y este solo se echó a reír. Le dijo que se estaba imaginando cosas. Que las librerías no tenían olor.

Ese era el típico Lucas. Falto de imaginación.

Cualquier persona que sentía esa atracción especial por los libros, que al caminar por un pasillo lleno de los coloridos tomos y volúmenes regresaba en el tiempo a una época cuando era un niño,

sabía de qué estaba hablando. Era un olor indescriptible, pero inconfundible.

En ese momento estaba en el paraíso. En uno de los pocos lugares donde, sin importar lo que ocurriera con el resto de su vida, se sentía en paz consigo misma.

La Librería Exedra era una edificación de dos pisos localizado a un costado de Vía España. La parte baja era un local para fiestas infantiles. La de arriba, su santuario y el cual visitaba de forma asidua tantas veces como podía. Muchas veces el trabajo se lo impedía, pero los fines de semana iba por lo menos una hora a buscar material de lectura y, por qué no, a cubrirse del olor a papel, cartón y tinta.

Ese día tenía un motivo especial para ir. Como si necesitara de excusas.

Subió la escalera y se dirigió a la sección de literatura clásica. En mi búsqueda encontró varios títulos que llamaron su atención. Los anotaría en su agenda mental para futuras lecturas. Ese día buscaba uno en particular.

La Divina Comedía. Dante Alighieri.

Pensó en sentarse en la cafetería para leerlo, pero desistió. Esa era una lectura para hacer en la soledad de su casa esa noche. Mientras Lucas se perdía, quién sabía dónde, ella tenía que penetrar los misterios del infierno.

Decidió dar un par de vueltas más y sus pasos la llevaron, consciente o no, a la sección de libros de Psicología. Allí seleccionó dos más que podían serle de utilidad, cuyos temas giraban alrededor del abuso infantil y del maltrato a menores.

Ella era psícóloga no por puro trabajo, sino por vocación. Por ese motivo había perdido la dulzura de su carácter en incontables ocasiones con Aquel-Que-No-Merece-Ser-Nombrado-Ojalá-Se-Lo-Trague-La-Tierra, quien decidía comentar, cuando tenía un libro del tema en la mano, que si era psicóloga por qué tenía que seguir estudiando lo mismo. Cada caso era diferente y lo que funcionaba con una persona no era igual de útil con otra. Lucas jamás captó los puntos finos de la profesión y, lo más importante,

que nunca se paraba de aprender.

Este caso era especial y necesitaba cuanta información pudiera meter en su cabeza. En alguna parte podía estar la frase que le daría la luz y la solución a todos sus problemas. Dudaba que fuera a ser tan fácil, pero no perdía nada intentándolo.

Una hora después, satisfecha con sus hallazgos, se dirigió a la caja con cinco libros. *La Divina Comedia*, los libros sobre abuso infantil, un libro de cocina de comida árabe y una novela de suspenso.

No todo podía ser trabajo.

—¿Eso será todo? —le preguntó la cajera, pasando la luz verde del escáner por el código de barras del último libro.

—Sí, solo eso —le respondió sacando su tarjeta de crédito. La cajera deslizó la tarjeta, una pequeña tira de papel salió de la máquina y los cinco libros pasaron a ser de su propiedad.

Con los libros ocupando el fondo de una bolsa de cartón negra con el logo de la librería, guardó su tarjeta y caminó rumbo a la escalera. Iba por el cuarto escalón de bajada cuando un señor, que venía subiendo a toda velocidad con una bolsa similar en la mano, se chocó contra ella.

Jamilen casi se cae, pero logró agarrarse del barandal de la escalera y recuperar el equilibrio. Ya en posición vertical se disponía a responder con el repertorio lingüístico que un ataque de ese tipo ameritaba, cuando vio mejor al hombre y se contuvo.

Era un señor mayor con unos gruesos lentes que ocupaban, por lo menos, la mitad del rostro. Le faltaba casi todo el cabello en la partetic atrás de su cabeza, pero dos gruesas patillas ocupaban los lados de su cara. La preocupación en su rostro era tan evidente que casi la hizo reír.

—Disculpe, señorita —dijo el hombre, agachándose y recogiendo su bolsa del piso. Los libros estaban esparcidos y Jamilen pudo vislumbrar el título de dos.

El hombre mediocre. José Ingenieros.

El lobo estepario. Hermann Hesse.

Los libros desaparecieron en sus manos, delicadas como las de

una mujer, dentro de la bolsa negra. Una tira de papel con una firma en tinta azul cayó cerca de sus pies. Jamilen se agachó y se lo pasó. El hombre parecía más nervioso que un ratón, pero tomó la factura y, con unas susurrantes gracias, la colocó entre los dos libros.

—Disculpe —siguió diciendo el hombre—. No me fijé.

—No se preocupe —dijo Jamilen, acomodándose la bolsa en la mano—. Estoy bien.

El hombre se irguió y, estando dos escalones por debajo, era casi de su tamaño. Levantó la mano y se rascó la patilla izquierda.

«Si le pica, ¿por qué no se la afeita?», pensó Jamilen, evitando rascarse de forma instintiva ante el movimiento.

—Bueno, no le quito más tiempo —dijo el hombre, pasando a su lado—. De nuevo, mis disculpas.

—No son necesarias —sentenció Jamilen.

El hombre agachó la cabeza, como si cargara un gran peso sobre sus espaldas y se perdió en el interior de la librería. Jamilen lo vio desaparecer, movió la cabeza y siguió bajando la escalera, todo el asunto relegado a un recuerdo en su pasado. Cuando llegó a la planta baja, abrió la pesada puerta y se perdió en la brillante y calurosa tarde.

En la parte alta de la escalera, un par de ojos siguieron su salida de la librería.

El extraño, gafas dentro de la bolsa, miró cómo se cerraba la puerta. Su rostro ausente de toda expresión.

Capítulo 17

Cuando el detective Salas entró en la oficina para la reunión de la tarde, se encontró en medio de una acalorada discusión entre todos los miembros de la Fuerza Conjunta. Todos con excepción de Jamilen que, sentada en una silla cercana al tablero, leía un libro.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz alta, pero mirando hacia Angelo.

La respuesta salió primero de los labios del detective Anderson.

—La licenciada Lasso resolvió el misterio del disco.

El detective Salas los miró a cada uno, pensando que se trataba de una broma. Como nadie lo desmintió ni se echó a reír, concentró toda su atención en Jamilen.

—¿Es cierto?

Jamilen levantó la mirada de su libro y sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—El infierno —fue su respuesta.

Salas se quedó mirándola, esperando una mayor explicación. Jamilen ya había dado la misma explicación varias veces, pero dudaba que nadie más se aventurara a explicarle al volátil jefe su teoría. Se levantó de la silla, libro en mano, y se acercó al tablero.

—Marta Cruz tenía este disco —dijo señalando la figura debajo de la foto de la joven—. Estoy convencida de que ese dibujo representa, de forma muy esquemática, el infierno según *La Divina Comedia* de Dante Alighieri.

El detective Salas se acercó al tablero, sacó una silla y

acomodándose, advirtió:

—Escucho.

Jamilen miró el círculo, armando sus palabras con cuidado.

—Según Dante, el infierno era un cono invertido, creado por niveles en forma de círculos de tamaño decreciente. Para un observador, mirando desde los cielos, el infierno tendría forma de una diana.

Salas se quedó esperando más información.

—Los niveles son nueve. Mi interpretación del disco es que cada círculo blanco representa un piso en el infierno y los círculos negros son los muros que separan uno de otro. Por eso el primer círculo es negro. Es la muralla exterior. De allí vamos en descenso. Estos discos —dijo señalando el que correspondía a Marta Cruz— están formados por nueve círculos blancos. Corresponde a la perfección con la descripción de Dante.

—Es solo otra forma de interpretarlo —dijo Salas, que no parecía convencido.

—Cuéntele lo del punto —dijo Anderson. Casi parecía querer saltar de la emoción. Al mismo tiempo, Graco y Angelo lo miraron con una expresión que decía a voces lo que pensaban.

«Madura», pensó Jamilen. Luego, replicó:

—Hay más. Esta idea sustenta la diferencia entre los discos. Me refiero al punto en el interior. El disco de Marta tiene un punto negro en el segundo círculo blanco. Eso representaría el segundo círculo del infierno.

Abrió el libro que tenía en la mano, en una página marcada con un *post it* color amarillo y empezó a leer.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que mugía cual mar en la tormenta,
si los vientos contrarios le combaten.
La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.
Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;

allí blasfeman del poder divino.
Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón somete al deseo.

Cerró el libro y miró a su audiencia, que no esperaba el recital. Angelo la miraba con una expresión que Jamilen no supo interpretar, fiero que la hizo sonrojar.

—Bueno, licenciada —dijo Ibáñez, rompiendo el hechizo—. No le conocía esas habilidades.

—Muy gracioso —respondió por lo bajo—. El segundo círculo es el sitio del infierno de Dante donde se castiga a los lujuriosos. Minos tendría problemas en ubicar a un abusador sexual de niños, pero diría que es candidato para ese círculo.

Anderson levantó la mano, cual niño de escuela.

—¿Quién es Minos?

—Oh, disculpen. Minos es el encargado de decidir a qué círculo del infierno pertenece un pecador. Según la obra, el alma se para delante de Minos y confiesa todos sus pecados. Después de escucharlo decide adonde debe ir a parar.

Para no darles la oportunidad de otra pregunta sobre *La Divina Comedia*, dio dos pasos a su derecha y se colocó cerca de los discos de Tomás y José.

—Ahora, ellos dos tenían el punto negro colocado en el quinto círculo blanco. Para Dante, el quinto nivel del infierno —y volvió a abrir el libro, ahora en una página marcada con un *post it* rojo brillante— era un lugar muy especial.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.
Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfangada vi en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.
No solo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,

trozo a trozo arrancando con los dientes.
Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que venció la cólera […]».

—El quinto círculo es el castigo eterno de los iracundos —dijo Salas moviendo sus ojos del círculo en el tablero a las fotos de los niños.

—Exacto. Creo que cada disco representa el infierno y cada punto, al niño.

Giró sobre sus talones y colocó el libro sobre la mesa. Los ojos del detective Salas parecían estar captando el concepto planteado por Jamilen.

—Marta Cruz —dijo el detective— en el infierno de los lujuriosos. Bastante adecuado para alguien que es víctima de abuso sexual. José y Tomás, en el infierno de los rabiosos. Ambos, según nuestras sospechas, víctimas de maltrato físico. Quisiera, pero no puedo negar que las piezas encajan demasiado bien para ser una coincidencia. La pregunta es, presuponiendo que sea verdad, ¿en qué nos ayuda?

—No mucho en un principio —reconoció Jamilen—, pero comienza a darnos una idea del tipo de personas que buscamos. —Se dirigió a todos los reunidos, como si estuviera dando una conferencia en un auditorio—. Siempre pensamos que los discos eran un mensaje. Esto confirma que es así. Es su firma y trataba de decirnos algo con eso. Nos decía que esos niños vivían en un infierno y nos muestra en cuál. El SUNI tiene una misión, pero puede ser buena o muy mala.

—No estoy seguro de querer escuchar lo que va a decir ahora —dijo Ibáñez, agachando la cabeza y apretándose el puente de la nariz con los dedos.

—El SUNI puede estar rescatando a los niños. Sabe que viven un infierno en vida y los secuestra para sacarlos de su sufrimiento. En su cabeza, lo que hace es ayudarlos y eso, por lo menos, implica que no quiere que ellos sufran.

—No es lo que decía la autopsia.

—Sí, esa es mi preocupación. Si ese fuera el caso, José debió de morir de una forma rápida e indolora. En su lugar, murió de repetidos golpes, como le ocurría cuando estaba en compañía de su abusador.

—O abusadora —dijo Graco.

—En ese caso —continuó Jamilen— tal vez el SUNI no los secuestra para rescatarlos, sino para hacerlos pasar por el infierno, pero a sus manos. Estaríamos hablando de un pedófilo; recuerden gratificación sexual por medio del poder —dijo viendo la mano de Anderson levantarse apenas—, pero con tendencias sádicas. Uno que disfruta su trabajo y que seleccionó a estos niños por esa razón. Para el SUNI, el disco podría representar el círculo del infierno al cual envió a los niños.

—Lo dije —susurró Ibáñez—. No me iba a gustar y yo que me quedo y la escucho.

Jamilen sintió lástima por el detective. El tema no era fácil para nadie en esa habitación, pero no podían ignorar la verdad.

—¿El río será parte de la escenificación? —preguntó Anderson.

Jamilen se quedó mirándolo sin entender. Todos en la habitación se giraron hacia el detective.

—El cuerpo de José fue colocado al lado de un río, como el arroyuelo del quinto círculo. El Estigia.

Jamilen lo estudió un momento y luego le sonrió.

—No había caído en esa. Excelente, detective Anderson.

Tal vez el muchacho no era un caso perdido después de todo.

—En cuanto a la pregunta de Salas —siguió Angelo, quien ya había discutido el tema con ella— pienso que lo importante es averiguar cómo el SUNI los selecciona. De alguna forma, sabe por lo que están pasando y eso es vital para él.

—Correcto. Esa es la victimología. No se limita a cualquier niño. Tienen que ser niños víctimas de algún tipo de abuso.

«Mercancía dañada», pensó Jamilen, recordando las palabras de Bianca Santamaría a su amigo.

—¿Cómo va el análisis de las computadoras? —preguntó Angelo a Salas.

—Conoces a los de Informática —resopló el detective—. Muchas palabras, la tercera parte de las cuales no entendí, para al final decirme que no hay nada.

—O sea que los encuentra de otra forma —dijo Anderson.

—No. No había nada. Los cuatro tenían computadoras, pero el historial de internet fue borrado en los cuatro equipos, al igual que todos los videos y fotos en el disco duro, con excepción de los que venían de fábrica.

—Y de paso —dijo Graco—, nos confirmaron que un trabajo así, realizado desde una computadora externa, no es sencillo. Fue ejecutado por un experto y sin un solo fallo. No dejó ni una sola pista de su paso.

—Un pedófilo asesino con una misión, obsesionado con el infierno de Dante, sádico y experto en computadoras —dijo Ibáñez—. ¿Dejé algo por fuera?

—Que es capaz de secuestrar cuatro niños sin dejar rastro —dijo Anderson, con toda la intención de ayudar y sin darse cuenta de que era un comentario retórico.

Ibáñez lo miró con seriedad, pero al final sonrió resignado y dijo:

—Gracias. Justo lo que necesitaba.

—Dicen que van a seguir buscando —comentó Salas—. Encontrarlo se ha convertido en una especie de reto y su orgullo está en juego. Vamos a ver si las Tortugas Ninja saltan al rescate.

Como nadie comentó al respecto, Jamilen levantó la mano.

—Siento pecar de ignorante, pero ¿qué significa lo de las Tortugas Ninja?

—Los dos ingenieros que nos asignaron para ayudarnos en el caso son un dúo muy peculiar —dijo Graco, mientras hacía crujir sus nudillos, un hábito que a Jamilen no le molestaba, pero a Ibáñez lo sacaba de quicio—. Sus nombres son Rafael y Miguel Ángel, como dos de las Tortugas Ninja… o eso fue lo que me dijeron. Están tratando de convencer a dos compañeros más para que se cambien el nombre legalmente y así tener el equipo completo.

—¿Y esos son los expertos en computación que nos asignaron?

—preguntó Anderson.

—Que sean un poco inmaduros —dijo Graco— no los hace ineptos en su trabajo. Según el jefe del departamento, son los mejores en su campo. Es particular en conseguir cosas usando métodos que se podría decir rayan en lo ilegal por un micrómetro más o menos.

—Bueno —dijo Angelo estirándose en la silla—, no me importa cómo lo hagan, con tal de que consigan resultados. Que sigan trabajando en eso. Mientras tanto, tenemos que usar el perfil de la licenciada y buscar candidatos potenciales en el entorno de los niños desaparecidos. De repente el SUNI sí conocía a uno de ellos.

El sonido de su celular repicó por toda la oficina. Con la discusión, se le había olvidado colocarlo en vibrador. Angelo siguió hablando, pero Jamilen tomó su celular de la mesa y contestó sin fijarse quién llamaba.

—Hola, Jami —dijo Lucas en su habitual tono de disculpas por adelantado—. Solo quería llamarte para saludarte y decirte que tengo otra reunión hoy. Me tendré que quedar hasta tarde de nuevo. ¿No te molesta?

—Claro que no —le respondió con la mayor naturalidad posible —. Si tienes que trabajar, tienes que trabajar. Lo más probable es que yo me tenga que quedar en la oficina por este caso, así que tranquilo.

—¿Estás bien? —le preguntó tras una larga pausa.

—Claro, ¿por qué? —A Jamilen le sorprendió la interrogante. No pensó que estuviera revelando nada en su tono de voz.

—Es que te noté extraña esta mañana, eso es todo.

—No, tranquilo. Es este caso. Me está drenando de energía, como una sanguijuela psicológica. Se me quitará cuando atrapemos al culpable.

—Espero que lo hagan. ¿Estás teniendo cuidado?

Jamilen casi sonrió. Lucas estaba preocupado ahora por su seguridad, sin pensar en todas las noches que la dejó sola en casa por ir a esas «reuniones».

La ironía era casi poética.

—No te preocupes. Me están cuidando. Mi trabajo es mental y en una oficina. Nadie me está siguiendo ni me va a perseguir, como en las películas.

—Eso era todo lo que quería oír. Nos vemos después. Ciao.

Y cerró el teléfono.

La foto de Lucas y el número de teléfono desaparecieron y fueron reemplazados por el fondo de pantalla.

El disco en negro y blanco.

Una forma de no olvidar su trabajo. Ya habiendo desvelado ese misterio, podía cambiar esa imagen por una más agradable.

Tal vez una de Angelo.

«Ajá, claro —se dijo—. Quiero ver cómo le explicas eso a Lucas si lo ve».

¿Por qué aún se preocupaba de lo que pensara su esposo? Le estaba mintiendo en su cara con la tranquilidad de un monje tibetano. ¿Por qué tenía que creer ni una sola palabra que saliera de su boca?

Iba a regresar a la mesa, para seguir la discusión, pero se detuvo con el teléfono aún en la mano. El disco hipnotizándola como si estuviera girando sobre un imaginario eje en el centro de la pantalla.

Si no le iba a creer ahora, ¿por qué antes sí?

Si sospechaba que le estaba siendo infiel, ¿cuándo comenzó? ¿Un mes? ¿Dos?

¿Más de un año?

Si le estaba mintiendo ahora, ¿qué le impedía haberle mentido antes?

¿Qué garantía tenía de nada?

Y la misma pregunta seguía rebotando en su cabeza. Una en la que había confiado hasta ese momento, pero que a la luz de la sabiduría otorgada por la traición no era tan tangible como antes.

—Nicolás —murmuró, apagando el celular.

La persona en la cama era su hermana.

Eso era lo que insistía en decir el oficial de policía, pero él no

estaba convencido. Su hermana, a pesar de todo lo que les había pasado, era hermosa.

La persona, si se le podía aplicar el sustantivo, no lo era.

El cuerpo estaba conectado a todas las máquinas atiborradas en ese cuarto. El suave repique de campanas y silbidos llenaba la habitación con un ritmo periódico y casi orquestado, el sonido de su respiración como un incipiente ruido de fondo.

Los brazos y las piernas estaban vendados, pero no estaban secos. En varios puntos se veían húmedos, lleno de secreciones o sangre. Los vendajes cubrían casi cada centímetro de piel, excepto por el rostro.

Los ojos estaban abiertos, estudiándolo. Era la única señal de vida en ese artefacto y fue gracias a ellos que supo que el policía no mentía.

Quisiera aceptarlo o no, los ojos eran los de su hermana.

El resto de la cara era un conjunto de cicatrices y llagas, visibles en las partes donde las vendas no podían pasar. Sus labios, o lo que quedaba de ellos, estaban cuarteados como arcilla calentada al sol. No podía estar seguro, pero podía jurar que faltaban las dos orejas.

Se acercó al cuerpo y se arrodilló a su lado. La bata celeste lo cubría hasta rozar el piso. Un tubo, conectado a un ventilador, salía de su cuello. No podía hablar, pero los residuos de sus labios trataron de moverse al verlo.

—No te esfuerces —dijo casi a su lado—. Saldrás de esto. Tienes que hacerlo.

Su hermana lo miró y casi se la podía imaginar sonriendo.

—¿Qué pasó?

Cerró los ojos como si el recuerdo fuera muy doloroso, pero casi de inmediato se repuso y enunció una palabra con los labios. Ningún sonido abandonó su boca, pero no le costó trabajo distinguir cuál era la palabra.

Mamá.

—¿Mamá? —dijo—. No entiendo. ¿Por qué? Siempre nos ignoró…

Anabel movió la mano y logró tocar sus dedos. Su piel se sentía

rugosa.

Enunció otra palabra. Bebé.

Un sonido detrás de él resonó con fuerza y una enfermera lo tomó del brazo con delicadeza y le dijo que tenía que salir.

Él no quería dejar a su hermana allí, pero no le dieron opción. Entre la enfermera y el policía lo sacaron del cuarto.

Cuando salía por la puerta, cuando veía a su hermana por última vez, despertó.

Se estiró, pero lo primero que sintió fue el dolor en el cuello por la postura. Se había quedado dormido sobre la mesa del cuarto y su brazo tumbó una lata. El sonido que hizo al golpear el piso fue lo que lo despertó.

Se agachó a tomar la lata y la tiró en el basurero. Luego, tomó otra que tenía colocada al lado de la computadora y se la llevó a la boca.

La descarga de energía despertó sus sentidos y el sopor de momentos antes fue pasando. No tomó aire hasta sorber la última gota del negro líquido. Era su única esperanza de erradicar el sueño que lo invadía.

La única forma de mantener alejadas las pesadillas.

Capítulo 18

Nicolás vivió un poco más de 24 horas y ni una sola lo hizo en compañía de su madre.

Jamilen trató de obliterar el recuerdo de ese día como quien borra las letras de tiza de un tablero. Lamentablemente, el polvo queda en el aire por más empeño que se ponga en el esfuerzo.

Según Lucas, su hijo había fallecido de una extraña infección viral que atacó su sistema nervioso. Se lo achacaron al cuadro gripal que desarrolló días antes o a una infección por el virus del papiloma, que le habían diagnosticado dos años atrás. Sin importar la causa, un ente biológico invisible para el ojo humano decidió privarle del calor de su hijo y de todas las experiencias que pudieron compartir juntos.

Debió hacer esto mucho antes. Sin importar qué pasara después, tenía que saber qué ocurrió con su hijo. Si estaba en sus manos hacer algo, no pensaba pasar por lo mismo de nuevo.

Otro Nicolás la destruiría.

Por ese motivo, terminada la reunión y asignadas las labores de cada uno, decidió llamar a Carol y solicitar un día libre por motivos personales. Considerando que nunca había pedido más de un día al año, su amiga no se lo negó. Sintió por la línea telefónica que quería preguntarle el motivo, pero se abstuvo y solo le deseó buena suerte.

A primeras horas del día siguiente, en lugar de manejar hacia la oficina se dirigió a un edificio que no tenía el más mínimo deseo de visitar. Una hora después se encontró sentada en un cómodo sofá color marrón oscuro en la oficina del jefe del Departamento de

Neonatología del Hospital San Marcos, donde seis meses antes su pequeño Nicolás respiró por primera vez.

Respiró, pero no lloró. Ni ese recuerdo tenía.

Suspiró y cerró los ojos para calmar sus nervios.

El jefe estaba recogiendo unos papeles, así que la secretaria la hizo pasar a su oficina a esperar. En una mesa cercana varias revistas estaban ordenadas en dos bloques. Revistas de Medicina y de vinos. Tomó una de las últimas y la ojeó por unos minutos, pero la ansiedad que la atacaba era de tal magnitud que no se pudo quedar quieta, colocó la revista en su lugar y se levantó para estirar las piernas.

En una pared a la derecha del escritorio varios diplomas ostentaban los títulos y triunfos obtenidos por la misma persona. Cuadros en marcos color madera, con superficies de vidrio y firmas de todas las formas y tamaños.

Jamilen leyó algunos y no pudo evitar sentir una ola de admiración por el dueño de tales certificados. Era el típico médico dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, sin espacio para nada más en su ocupada agenda.

La única señal de una vida privada era el librero detrás del escritorio donde se sentaba el jefe. Estaba repleto de libros de medicina desde la primera hasta la última repisa, con excepción de los espacios dejados para otros certificados en forma de pequeños trofeos de plástico o metal y para un pequeño retrato en todo el centro del mueble.

La curiosidad la venció y se acercó a la foto.

Una mujer de mediano tamaño cargando dos niños que, al momento de la foto, debían de tener unos tres meses. Un niño vestido de celeste claro y una niña, de color rosado con flores. Un hombre, entre cuarenta y cincuenta años, detrás de la mujer. Los cuatro sonriendo para la cámara.

—Son mis ahijados —dijo una voz a sus espaldas.

Jamilen saltó de la sorpresa. Tan ensimismada estaba estudiando la foto de la feliz familia que no oyó abrirse la puerta. Delante de ella un señor mayor la miraba con intensidad. Tenía el cabello

salpicado en gris y llevaba el más espantoso par de gafas que había visto en mucho tiempo, ocupando casi una tercera parte de su rostro. Sobre los hombros, un estetoscopio muy pequeño para ser de adultos.

Le pareció que un pequeño hilo sostenía la pata izquierda al aro, pero considerando que eso solo empeoraría el hecho de haber sido atrapada explorando cosas que no le pertenecían, prefirió concentrar su mirada en la persona que estaba esperando.

El señor tendió la mano, mientras decía en una voz casi musical:

—Rimsky Teller. Soy el jefe de Neonatología y mi secretaria me dice que quería hablar conmigo.

—Sí, doctor —dijo Jamilen, estrechando una mano que parecía mucho más firme de lo que esperaba—. Disculpe mi curiosidad, pero me llamó la atención la foto y bueno…

—No se disculpe —dijo pasando a su lado y sentándose en su silla. Con la mano le indicó el sofá marrón—. La foto está allí para ser admirada y yo no los veo tanto como quisiera.

Los dos niños eran adorables, con una inocencia que parecía irradiar de sus pequeños cuerpecitos, aunque estuvieran plasmados en un papel.

—Cuando vi la foto —dijo Jamilen sin mirarlo— pensé que el hombre era usted. Por eso me sorprendió tanto.

—Ya quisiera yo —dijo el doctor Teller, con tristeza en su voz —, fiero es mi mejor amigo y su familia. —Con el dedo fue apuntando a cada uno—. Diego y su esposa, Daisy. David y Daniela, mellizos.

—¿Su amigo tiene algún fetichismo con la letra D?

Teller la miró con incertidumbre.

—Diego, Daisy, David y Daniela. Todos empiezan con D.

El padrino de los mellizos se quedó observando la foto y sus labios se curvaron en una sonrisa franca.

—Los conozco de años y nunca se me había ocurrido eso —dijo regresando su atención a Jamilen—. Se lo preguntaré la próxima vez que lo vea. Ahora, no quiero parecer grosero, pero tengo un día bastante ajetreado, así que, ¿en qué puedo ayudarla?

Tenía que hacer eso. Quisiera o no.

—Mi hijo nació en este hospital hace unos meses. Murió al día siguiente.

—Lo siento mucho —dijo Teller. Su postura cambió por una de absoluta atención. Alerta a todas sus palabras. Jamilen se imaginó que una madre averiguando meses después por la muerte de un hijo no era señal de buenas noticias y tenía todos los aires de una demanda en potencia.

—Nicolás —siguió Jamilen—. Era el nombre de mi hijo, murió según mi esposo de una infección neurológica.

—¿Según su esposo?

—Tuve algunas complicaciones posparto y no pude ir a verlo a la Unidad de Cuidados Intensivos. Cuando me recuperé ya era muy tarde. Un pediatra vino a decirme lo que había pasado, pero hasta allí.

Teller tenía una mirada seria y preocupada. Movió el ratón de la computadora que tenía sobre su escritorio y la pantalla cobró vida. El protector era una pintura en colores amarillos y chocolates. Estaba segura de que era una de las obras de Van Gogh, pero no recordaba el título.

—¿Cuál era el nombre completo de su hijo y cuándo nació?

—Lo registramos como Nicolás Grael. Nació el doce de septiembre de este año.

Teller introdujo los datos en la computadora. Cuando una información se materializó en la pantalla, su rostro se endureció. Giró el cuello y la miró con seriedad.

—No me gusta hacerlo —dijo Teller—, pero tengo por costumbre hablar con los padres de los niños que fallecen en nuestra unidad. La experiencia me ha demostrado que es lo mejor para todos y ayuda a los padres en el proceso de duelo saber qué ocurrió. Por eso me extrañó tanto lo que me dijo. No recordaba haber hablado con usted y tengo memoria casi fotográfica para los rostros.

—Es cierto. Usted no habló conmigo.

—Según mis archivos, usted fue informada de lo ocurrido por uno de mis residentes. Desistí de hacerlo porque detesto tener que

tapar el rostro de un bebé que fallece por descuido de los padres.

Las palabras golpearon a Jamilen.

«Fue mi culpa. Después de todas las dudas, sí fue mi culpa».

—¿Qué podía haber hecho? —dijo desesperada—. Todo iba bien. No sabía que un virus pudiera hacer tanto daño.

Teller leyó la pantalla.

—¿Su médico no le dijo lo que podía pasar si tenía un parto con lesiones activas? ¿No le dijo que hay medicinas que reducen el riesgo de infección?

¿Lesiones activas? ¿Medicinas?

—Disculpe, doctor Teller —dijo Jamilen, secándose una lágrima de los ojos—. No le entiendo. ¿Me está diciendo que pude prevenir la muerte de Nicolás?

—No se lo puedo garantizar, pero creo que sí o, por lo menos, reducir el grado de la infección. Si hubiera tomado los medicamentos ordenados por su médico, quizás nada de esto habría pasado.

—Era un cuadro gripal. ¿Qué se supone que debía tomar?

—¿Cuadro gripal? Ahora soy yo el que no entiende.

—Tuve un resfriado una semana antes del parto y me dijeron que pudo ser eso.

—No. No fue eso. Exijo a mis residentes escribir notas muy detalladas de todo lo que les dicen a los familiares. La doctora que habló con usted y su esposo indicó que —se acomodó los lentes para poder ver mejor la pantalla—. «La paciente rehusó tomar las medicinas indicadas por su doctora, a pesar de conocer los riesgos al neonato».

—¿De qué está hablando? —se le escapó a Jamilen, exasperada—. ¿Qué medicamentos?

—Aciclovir. Un antiviral.

—Mi doctora jamás mencionó un antiviral. ¿Para qué sirve? ¿Para el virus del papiloma? ¿Mi hijo murió por el virus del papiloma?

—Claro que no —dijo el doctor Teller con tono molesto—. ¿Dónde escuchó eso?

—De la pediatra que habló con mi esposo.

Teller se puso pálido y, pidiendo disculpas, salió de la oficina. A los pocos minutos regresó con una simpática doctora, quien Jamilen reconoció en el acto.

La doctora que le informó sobre la muerte de Nicolás.

—La licenciada Lasso dice que tú la conoces. Tuvo su parto hace seis meses aquí y su hijo falleció de una neuroinfección.

La doctora entrecerró los ojos, tratando de concentrarse. De repente, su rostro se relajó al reconocer a Jamilen.

—Sí, la recuerdo —dijo la doctora, de apellido Zambrano según la placa que llevaba en el bolsillo de su larga bata blanca—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Dice la licenciada que tú comunicaste que la causa de muerte fue una neuroinfección por el virus del papiloma humano.

—Eso es imposible.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —dijo la doctora con una pétrea expresión—. No es verdad. Además, yo no toqué esos detalles con la licenciada. Su esposo me dijo que lo haría él.

—Esperen —dijo Jamilen alzando las manos para frenar el intercambio de palabras—. ¿Están tratando de insinuar que el virus del papiloma no fue el culpable de la muerte de Nicolás?

—Sería el primer caso en el mundo —dijo el doctor Teller.

—Mi esposo me dijo que ustedes estaban haciendo un estudio sobre el tema.

—Lamento decir que su esposo está equivocado. Yo mantengo un control de todos los estudios que llevamos a cabo, y no hemos realizado, ni ahora ni nunca, un estudio sobre los efectos del virus del papiloma humano en el cerebro del neonato. No tendría sentido.

—No entiendo. Si no fue el virus del papiloma y no fue el resfriado, entonces ¿de qué murió mi hijo? —Miró a la doctora Zambrano—. ¿Qué le dijo a mi esposo?

—Que su hijo murió de una infección sistémica por el virus herpes.

Sentía la garganta reseca como una hoja de papel de lija. Trató

de hablar y su voz salió como un susurro en el fondo de un pozo.

—Eso es imposible. Yo no tengo ni he tenido nunca el virus herpes.

—Algunas veces se adquiere la infección y se comporta de forma a típica. Es muy difícil de diagnosticar.

—En eso apoyo a la doctora —dijo Teller dando la vuelta y acercándose a su computadora—. Además, no hay margen de error. Cuando murió Nicolás tomamos una pequeña biopsia del cerebro, con el permiso del padre. Nos dijo que usted no estaba en condiciones de tomar decisiones.

Jamilen podía sentir la presión acumularse en la cabeza y, tal vez por primera vez en su vida, comprendió el significado de la frase «ver todo rojo».

Era una sensación embriagante de la más pura ira que su corazón podía manejar.

—¿Mi esposo dio permiso para hacer una biopsia del cerebro de Nicolás?

«Se le olvidó mencionar ese detalle —pensó—. Yo estaba triste, pero de allí a incapacitada para tomar mis propias decisiones…».

—Es correcto —dijo Teller leyendo de su computadora—. El resultado de la biopsia confirmó una infección severa por el virus herpes. No hay duda de la causa de muerte.

—¿Nunca ha tenido alguna lesión genital que no tuviera explicación? —le preguntó Zambrano con curiosidad.

—No que yo recuerde —mintió.

Hubo un episodio, como en el sexto mes de embarazo, cuando sintió un ardor agudo en su labio mayor derecho. La barriga no le permitía hacer más de cuatro cosas y su doctora estaba de viaje esa semana. Le pidió a Lucas que viera qué era y, después de una molesta inspección por su esposo, concluyó que era una espinilla infectada.

Le dijo que tenía una crema de antibióticos para casos como ese y él mismo se la aplicó, después de asegurarle cien veces que era un antibiótico seguro en el embarazo.

¿Por qué iba a dudar de él?

«Nunca viste la crema. Jamás te enseñó qué era», pensó recordando esos días.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el doctor Teller con preocupación en la voz.

Su hijo había muerto de una infección por un virus que nunca había tenido. Un virus de transmisión sexual. Eso dejaba una explicación que, a la luz de los acontecimientos de semanas previas, tomaba enorme fuerza.

—Fantástica —fue toda su respuesta, el frío en su voz cortando el aire como un cuchillo.

El carro se estacionó con suavidad y las luces traseras se apagaron. Aún con el motor encendido, la puerta del lado del conductor se abrió y una señora con el cabello recogido se bajó. Dirigió unas palabras a alguien en el interior del auto, cerró la puerta y se encaminó a la tienda.

Era noche de pan *gourmet* y quesos de nombres que ni podía mencionar.

El extraño adoraba la rutina. Permitía al universo moverse a un ritmo constante, sin sobresaltos, sin sorpresas y, lo que era más importante, predecible.

La niña estaría leyendo dentro del auto alguno de los libros que tanto le gustaban. La había visto en múltiples ocasiones con los mismos libros y estaba seguro de que ya los había leído. Estaría en el proceso de volverlos a leer.

Apostaba que sería un libro de Gerónimo Stilton. Esos parecían gustarle mucho.

El extraño salió del auto, pero tampoco apagó su motor.

Un sombrero oscuro calado hasta las orejas. El abrigo color negro que se había colocado al salir del hangar golpeando sus tobillos. En un bolsillo interno, la pistola.

La niña, siendo hija de un detective de la policía, debía de estar entrenada en no hablar con extraños. Lo que muchos padres no sabían es que había más de una forma de romper las débiles barreras

impuestas por la voz de un padre.

Jamás había visto en un solo programa de *National Geographic*, uno de sus canales favoritos, que la gacela le diera instrucciones a su retoño de cómo lidiar con los leones de las sabanas. Los animales eran más listos, desde la perspectiva primitiva de vivir o morir. Los padres no se separaban de sus hijos hasta que eran capaces de valerse por sí mismos. No los perdían de vista. Sabían que hacerlo era una sentencia de muerte.

Los humanos habían olvidado eso al civilizarse, relegando el cerebro primitivo al fondo de su conciencia.

Los depredadores, en cambio, no. Acechaban y atacaban igual ahora que antaño. A las presas más vulnerables. Los muy viejos o los muy jóvenes.

Los jóvenes que no eran vigilados por sus padres.

Tomó la caja que tenía en el asiento del pasajero y sacó su contenido con cuidado. Tiró la caja de vuelta a su lugar y, dejando la puerta abierta, caminó hacia el auto con la niña en su interior. Se acomodó los lentes con su mano libre mientras atravesaba el estacionamiento.

El Nissan Murano color plata tenía los vidrios ahumados, pero no de un color que impidiera ver en su interior. A medida que se acercaba al carro pudo distinguir la silueta de la niña. Sola.

Un error que la gacela no habría cometido.

Se detuvo y miró con mucho cuidado a su alrededor. El estacionamiento estaba tranquilo. Unos pocos autos. Dos personas se bajaron de un vehículo a unos pasos y entraron al interior de la tienda, llamada Delicias. El extraño percibía la ausencia de otras personas en su entorno mientras caminaba sin darse tiempo a pensar.

La clave no estaba en que nadie lo viera. Algunas veces eso era imposible.

La clave era actuar como si cada movimiento fuera lo más natural del mundo. Como si nadie estuviera observando.

El anonimato era la mejor capa de invisibilidad del mundo.

El objeto que sacó de la caja descansaba en el ángulo formado

por su brazo y antebrazo izquierdo. La pistola en el bolsillo, asequible por su mano derecha.

Golpeó con los nudillos en la ventana y esperó.

La ventana bajó unos centímetros y unos ojos claros lo miraron por encima del borde limado. Cuando vio lo que el extraño cargaba en los brazos la duda se disipó y su rostro se iluminó de la pura alegría.

—¡Qué gatito tan lindo! —dijo la niña bajando la ventana por completo.

El extraño acarició el pequeño gatito blanco, con un punto negro en la mitad de la frente.

«La marca de Caín», pensó. En respuesta al comentario de la niña dijo:

—Sí, es precioso. Me lo encontré cuando me bajé del auto y pensé que podía ser de alguien de por aquí. ¿No es tuyo?

—Ya quisiera yo —dijo la niña tocando al gatito, que empezó a ronronear bajo sus dedos. Una persona salió del local, pero ni siquiera miró en su dirección. Se subió a su auto y lo oyó alejarse.

—Bueno, no me lo puedo quedar. —Sus manos seguían acariciándolo. Al animalito le parecía gustar la sensación del cuero de los guantes que llevaba puesto sobre el pelambre—. Tengo un perro muy grande y bueno, ¿lo quieres?

—Claro que sí, pero a mi papá no le gustan los animales.

—Qué lástima —dijo el extraño, acomodándose en el ángulo indicado para el movimiento que debía ejecutar—. Hagamos algo. Cuídalo por mí. Voy a entrar a la tienda y preguntaré si el dueño está por allí. De repente es una niña igual que tú. Será más fácil si él se queda aquí contigo. ¿Te imaginas si se me escapa? Se comería todos los embutidos del lugar.

La niña empezó a reír, imaginándose la escena, y extendió los brazos para tomar el gatito.

El extraño se lo pasó y al mismo tiempo que el animal abandonaba su piel, metió la mano en el bolsillo, sacó la pistola y disparó, usando el movimiento para ocultar el acto.

El dardo se clavó en el hombro de la niña, quien apenas sintió el

piquete. Bajó la cabeza para ver la fuente de su molestia, pero el gato la confundió al caer en su regazo. La alegría se congeló en sus facciones y fue cayendo contra el asiento del auto en lo que parecía un video a cámara lenta.

El gatito se acurrucó y comenzó a lamer sus dedos.

El extraño, pistola de vuelta en su bolsillo, metió la mano dentro del auto y abrió la puerta. Se agachó y retiró el dardo del hombro de la niña. Espantó el gato hacia el piso y la levantó en peso.

El extraño parecía débil, pero no lo era. Su ropa era holgada para que fuera más difícil de identificar. Hacía ejercicio todos los días y era capaz de nadar en una piscina olímpica y dar seis vueltas sin siquiera sentirse cansado.

Caminó hacia su auto, con la niña en brazos, como si estuviera dormida. Le dio un beso en la frente y se mantuvo hablando con ella hasta llegar. Abrió la puerta del asiento trasero y la depositó en su interior.

Cerró la puerta y regresó al Murano. Miró su reloj y sonrió.

Toda la maniobra no tomó más de dos minutos. La señora que cuidaba a la hija del detective Salas todavía estaría haciendo compras. Nunca demoraba menos de diez minutos.

Volvió a abrir la puerta del auto y subió la ventanilla. Se aseguró de no dejar huellas y, con tranquilidad, metió la mano en otro bolsillo de su *blazer*. Lanzó un disco de cartón sobre el asiento que había ocupado Raquel Salas.

En el piso del auto, el gatito mordisqueaba la esquina de un libro amarillo.

Gerónimo Stilton.

No se había equivocado.

Jamilen abandonó el hospital con toda la información que necesitaba. Era como un gigantesco rompecabezas con decenas de piezas. Se dedicó a dar vueltas por toda la ciudad, mientras su mente iba acomodando la información suministrada por el doctor Teller y comparándola con lo que ella pensaba era la verdad.

La melodiosa voz de Diana Krall, una de sus cantantes de *jazz* favoritas, de fondo. Ayudándola con el ritmo. Marcando el paso.

Después de dos horas de manejar sin rumbo definido la imagen del rompecabezas estaba terminada. Todo encajaba a la perfección. La ira de horas antes pintando la escena en rojo carmesí.

Giró el timón y, dando una vuelta en U, aceleró en dirección a su casa.

Cuando Lucas llegó esa noche, fue sorprendido por los aromas a especias. Dejó las llaves colgando del gancho en la entrada de la casa y caminó rumbo a la cocina.

Jamilen, delantal amarrado en la cintura, levantó la mirada y le sonrió.

—Hola, Lucas —dijo levantando la cuchara de la olla y sorbiendo un poco del contenido. Saboreó con satisfacción y aprobando con un rápido movimiento de la cabeza, regresó la cuchara a su cacerola y siguió revolviendo.

—¿Qué haces? —preguntó Lucas, sorprendido.

—Salí temprano del trabajo y decidí preparar la cena. Hace tiempo que no te preparo una de mis especialidades y hoy me di cuenta que te he estado descuidando. Es mi forma de decir «lo siento».

—Eso… eso es bueno, creo —dijo Lucas y, por primera vez en mucho tiempo, lo dejó sin palabras. No sabía qué pensar.

—Claro que es bueno. Sé lo mucho que te gustan mis costillas agridulces al estilo asiático, así que ve a cambiarte y descansa. Estarán listas en un minuto.

—No me preguntaste si tenía alguna reunión hoy —empezó a decir Lucas, pero Jamilen lo detuvo con un gesto de la mano.

—No era necesario. Llamé a tu oficina.

—¿Llamaste a mi oficina?

—Sí. No te preocupes. No hice que tu secretaria perdiera ni un minuto, pero tenía que saber. No iba a prepararte una sorpresa y que luego se perdiera. No es lógico. Le pregunté si tenían alguna reunión hoy en la noche. Me dijo que no y eso fue todo. Ahora, ve a cambiarte.

Lucas pareció querer discutir, pero al final cerró la boca y salió de la cocina.

Jamilen lo escuchó alejarse y, tras un minuto de silencio, el sonido de la puerta de su oficina al cerrarse.

Lo más probable es que tenía que hacer una llamada para cancelar una cita.

Cuando Lucas regresó al comedor, se encontró con una escena que hacía tiempo no veía. La casa estaba repleta de los olores de la comida recién hecha y se sintió salivar de tan solo imaginar lo que le esperaba. Sobre la mesa, con un mantel crema, dos velas encendidas y dos platos de blanca porcelana con la cena lista.

Las célebres costillas agridulces de Jamilen con arroz blanco y lo que parecía ser sopa de hongos. Dos copas de vino tinto atrapaban la luz de las velas entre el líquido y el cristal.

Lucas sonrió y se sentó en su silla.

Jamilen salió de la cocina, con una vasija de ensalada de lechuga romana, con queso y trocitos de manzana. La colocó en el centro de la mesa, al lado de las velas, y se sentó.

Una amplia sonrisa cubría su rostro.

—En serio. ¿Por qué todo esto? —preguntó Lucas, aún suspicaz.

—Por nada, tontito. Tuve un momento de absoluta claridad el día de hoy. Una epifanía. Me pareció apropiado hacerte la cena. Algo especial, solo para ti.

Lucas se quedó observándola por un instante y luego, desistiendo de todo pensamiento de sospecha infundada, tomó los cubiertos para comenzar a comer.

—Gracias —dijo Lucas, cortando un trozo de las costillas—. Lo necesitaba.

Colocó el pedazo en su boca y cerró los ojos.

Excelente.

Jamilen se sirvió un poco de ensalada y empezó a comer también. El sonido de cubiertos golpeando la vajilla fue por un tiempo la única melodía. Una cacofonía de sonidos discordantes que ocultaron las miradas que Jamilen le lanzaba a su esposo.

Cuando Lucas hubo degustado el último pedazo de carne, Jamilen retiró el plato con los cubiertos y se los llevó a la cocina.

—Deja eso para después —le dijo—. No has terminado.

—No te preocupes. Sé lo que hago.

Poco después regresó y se sentó a la mesa. Tomó el cuchillo y cortó otro pedazo de carne de las costillas. Lucas tenía una cucharada de sopa en la boca cuando, como un comentario casual y sin importancia, ella dijo:

—Hoy fui al hospital.

Lucas casi se atraganta. Levantó la mirada.

—¿Al hospital? ¿Te pasó algo?

—Nada importante. Estaba en busca de respuestas. Allí fue que tuve la epifanía que te conté. Por cierto, te manda saludos la doctora Zambrano.

—No creo recordar ese nombre —dijo, colocando la cuchara en el plato con lentitud.

—Mentiroso —dijo Jamilen con coquetería—, ella te recuerda muy bien. Ella, el jefe de Neonatología y yo tuvimos una muy instructiva reunión esta mañana.

Su postura cambió de forma casi imperceptible. Su espalda se enderezó y su rostro palideció. Estaba segura de que, de poner sus dedos en la muñeca, notaría cómo su pulso se aceleraba.

«Está empezando a darse cuenta de que las cosas se le están saliendo de control», pensó.

Sus ojos se dirigieron hacia su mano derecha, donde Jamilen sostenía el filoso cuchillo de cortar carne.

Ella solo sonrió, pero no soltó el cuchillo.

Con la otra mano sostenía la copa de vino y empezó a darle vueltas. Su contenido líquido girando en el transparente receptáculo. Lo elevó a sus labios y tomó un sorbo.

—¿Qué te dijeron que fuera tan importante? —preguntó Lucas, incapaz de soportar el silencio de la habitación.

Jamilen depositó la copa sobre la mesa.

—Fui a preguntar sobre la muerte de Nicolás.

Lucas abrió la boca, pero la cerró sin enunciar palabra. Sus ojos se entornaron y suspiró con fuerza.

—Volvemos a lo mismo, Jamilen —dijo en tono molesto—.

Pensé que ya habíamos decidido dejar el pasado atrás. No pareces querer olvidar. Nada de eso fue culpa tuya.

Hizo el intento de levantarse de la mesa, bajo la cubierta de la justa indignación.

—Sé que no fue culpa mía y no te levantes de la mesa. Si lo intentas, no te atrevas a darme la espalda. Quiero verte la cara si tengo que usar esto.

Movió el cuchillo con delicadeza.

Lucas vio algo en sus ojos que lo hizo sentarse.

—Claro que quiero olvidar —siguió Jamilen, cuando Lucas se sentó—. Ya casi me tenías convencida, pero ciertos hechos me hicieron abrir los ojos y empezar a dudar.

—Si fue la loca de Carol, dile que…

—¡No metas a Carol ni a nadie en esto! —gritó Jamilen.

Sus labios temblaban y en ese momento se percató del cuchillo en su mano. Lo había bajado y lo tenía apoyado sobre la mesa, pero con la punta dirigida hacia Lucas. Un movimiento rápido y no volvería a mentir jamás en su vida.

Otra experiencia nueva para ella. Ahora entendía cómo se daban los crímenes pasionales.

Tomó aire con profundidad y miró a su esposo.

—Todo esto es culpa tuya. De nadie más.

—Yo no he hecho nada.

—La excusa del abogado —dijo Jamilen sonriendo—. Siempre es la culpa de otro. Ahora me dirás que tu otra mujer te sedujo y no pudiste resistirte.

—¿Qué otra mujer? Estás delirando.

—Negarlo hasta la muerte. La defensa del abogado. Puedes intentarlo, pero tengo pruebas.

Lucas palideció.

—Mientes.

—Contraté un detective privado —mintió con absoluta naturalidad— y te siguieron hasta un restaurante en lo alto de un hotel hace un par de noches. ¿Te suena familiar? La joven que te acompañaba llevaba un traje largo pegado al cuerpo. Tú ibas de saco

y pantalón negro, el que por cierto tuve que retirar de la lavandería el día anterior. ¿Quieres que siga?

Esperó su respuesta. No le quedaba más que hacer. Debió aguardar como se había prometido y conseguir pruebas, pero no había forma de que él pudiera estar en la misma habitación con ella después de lo que averiguó esa mañana. Recordó un dicho que decía «La ignorancia es una bendición».

El que lo dijo no tenía idea de lo cierto que era.

Y falso, a la vez.

—Me estás confundiendo con alguien. Esas fotos no pueden ser mías. No te estoy quemando. Tienes que creerme.

—¿Tengo que creerte? —dijo Jamilen entre dientes—. ¿Tengo qué? No tengo que hacer tal cosa, ¿me oíste? Me mentiste todo el tiempo —levantó el cuchillo y lo señaló con la punta como si fuera un marcador láser— y hasta eso podía perdonarlo. El tiempo lo puede curar todo. O casi todo.

Volvió a hacer girar la copa y clavó su mirada en el líquido. El movimiento era casi sereno. Sorbió un poco del vino.

—Mi hijo —dijo Jamilen sin mirarlo y a Lucas no se le escapó el título posesorio— estuvo sus únicas horas de vida aislado en una incubadora, con un tubo enterrado en la garganta para poder respirar y calentado, no por la piel de su madre, sino por una lámpara. Mi hijo permaneció sus únicas horas de vida conectado a una máquina. ¡Mi hijo nunca vio a su madre! ¡Por tu culpa!

Puso la copa con fuerza en la mesa y solo por un milagro o una gran habilidad del artífice de la obra de cristal, esta no se quebró. El líquido saltó y varias gotas salpicaron la perlada tela del mantel.

Casi como gotas de sangre.

—Yo no tuve que ver en su muerte —dijo Lucas, pero Jamilen notó que su voz carecía de la agresividad de antes.

«Él lo sabe —se dijo—. Lo sabe».

—Tiene todo que ver. Si no hubieras tenido la necesidad de buscarte una jovencita, no habrías agarrado un cuadro de herpes. Eso no me importaría, si no fuera que me lo pegaste a mí. Durante el embarazo.

—No inventes locuras. Yo no tengo herpes.

Jamilen levantó una servilleta que tenía a un lado y sacó un objeto escondido debajo. Era un tubo de crema color blanco. En pequeñas letras azules se podía leer el principio activo.

Aciclovir.

—Este es un medicamento de uso, casi exclusivo, para el manejo del herpes. Encontré este tubo escondido entre tus cosas en la oficina. Tuve toda la tarde para buscar, pero como te habrás dado cuenta, la dejé como la encontré.

Lucas estaba pálido. Agarraba el mantel como si fuera su único punto de apoyo en el mundo.

—Me pegaste una enfermedad incurable —dijo Jamilen con todo el odio que sentía en ese momento—. Una que tendré que cuidarme de por vida. Eso hubiera sido difícil de perdonar, pero no lo pongo fuera de lo posible.

Tomó el tubito del medicamento, lo giró entre los dedos y, sin avisar, se lo lanzó a la cara de Lucas. Este logró agacharse a tiempo y el tubo pasó volando por encima de su hombro. Cuando Lucas se irguió, Jamilen tenía apoyada la punta del cuchillo sobre su mano, la otra mano sobre su muñeca, inmovilizándolo.

—Jami —dijo Lucas con pánico en su voz—. Tú no quieres hacer esto.

—Claro que quiero —dijo presionando un poco. La piel se hundió y el rostro de Lucas se arrugó del dolor—. No tienes idea de cuánto. Sin embargo, no lo haré.

Y para sorpresa de Lucas, que se burlaba de su esposa diciendo que no tenía freno ni control, Jamilen levantó el cuchillo y apoyó la espalda contra el respaldar de su asiento. El cuchillo bien agarrado, pero lejos de Lucas, quien retiró la mano con rapidez y comenzó a frotarse el punto donde el frío metal tocó su piel.

—Pensé mil formas de asesinarte —dijo Jamilen sin mirarlo, como si estuviera hablando con un fantasma presente en algún lugar de la habitación—. Esa era la rabia ofuscando mi mente. La verdad es que no tengo estómago. Cuando se dejan calmar las emociones, se ve lo inútil de algunos actos. Eso es bueno para ti.

Lucas, frotándose la piel, no parecía compartir la opinión.

—Por supuesto, no me pude resistir y vacié todo el contenido del tubo de Aciclovir en tu comida. Mezclado con la salsa no se notó y no quedaba mucha crema en el tubo, así que dudo que haga más que darte náuseas y diarrea. Un muy bajo precio a pagar por tu vida, creo.

Lucas movió la cabeza hacia su plato de comida. Solo quedaban unas pocas manchas de salsa en su superficie.

—¿Trataste de envenenarme? ¿Estás loca?

—¿Puedes culparme? —dijo Jamilen, la sonrisa de vuelta en su rostro. Una expresión cansada y llena de decepción—. Como te dije, podía perdonar la traición y podía perdonar, tal vez, la enfermedad, pero que supieras que tenías la infección y no me lo dijeras, que trataras de curarla con la crema que te mandaron para no tener que confesar tu infidelidad. Que te quedaras callado y que por tu culpa Nicolás se infectara. Que dejaras a mi hijo morir solo para no tener que pelear conmigo, eso si no puedo perdonártelo.

Lucas bajó la mirada con las últimas palabras, su resistencia derrotada por el peso de la culpa. Una cosa es saber, otra es ser recordado.

—No sabía que podía pasar eso —dijo, su voz bajando a no más de un susurro—. Cuando me enteré, solo pensé en protegerte de un mal rato. Pensé que la emoción te podría hacer daño. A ti y al bebé. Actué por puro instinto.

—El instinto no existe —le respondió Jamilen, volviendo a molestarse. Su voz, cortante—. Actuaste de forma programada pensando en tus propios intereses. No pretendas decir que lo hiciste por nosotros. En lo que a mí respecta, eres igual que el criminal que perseguimos. Eres un asesino de niños. Mataste a tu propio hijo, ¡y por una mujer!

—No fue así —dijo casi suplicando—. Ella no me importa y ya la dejé.

—¿Ya la dejaste? ¿La reemplazaste tan rápido?

Lucas se dio cuenta del error muy tarde. Se le olvidó que ella decía tener fotos de su reunión con otra mujer en el restaurante. Su

expresión confirmó los peores temores de Jamilen.

—No solo no dejaste —dijo enunciando cada palabra como si tuvieran ácido— a la mujer que te pegó la infección que mató a tu hijo, sino que sigues saliendo con ella. No solo no la culpaste de lo ocurrido, sino que trataste de hacerme creer que yo era la culpable. Todo el estrés y toda la culpa de los últimos meses solo porque tú… tú… ¡tú no querías dejar a esa mujer!

Jamilen alzó la mano y clavó el cuchillo en la superficie de la mesa. La hoja quedó balanceándose, el mango de madera oscilando como un péndulo inverso. Apretó los puños y las lágrimas se derramaron de sus ojos. Lucas levantó la mano para secarlas, pero ella alejó el intento de un manotazo que la llenó de más satisfacción de lo que esperaba.

Se acomodó en su silla, se limpió los labios y el rostro con la servilleta y se levantó. El cuchillo clavado sobre la mesa.

—Voy a salir —le dijo, tirando la servilleta—. Cuando regrese, no quiero encontrarte aquí.

—Jamilen… te dije que no me importaba… no puedes irte así.

—Voy a irme a un hotel y dormiré allí. Regresaré en la mañana. Eso te da tiempo de sobra para recoger todas tus cosas.

—Jami… piénsalo bien. Dejarás siete años de matrimonio…

—¡Tú saliste del matrimonio primero! —subrayó Jamilen con rabia.

Lucas parecía estar haciendo hasta lo imposible para hacerle perder el tenue control que tenía sobre sus impulsos. Respiró hondo y continuó:

—Cuando regrese, más te vale no estar aquí.

Pasó al lado del que, por muchos años, fue su compañero y se sintió como si dejara a un completo extraño.

—Jami —la voz de Lucas casi una súplica.

—En los próximos días recibirás una llamada de mi abogado. Espero que firmes los papeles de divorcio sin protestar y aceptando todo lo que te pida. Quiero salir de tu vida de la forma más rápida posible. Tu amiguita te lo agradecerá.

Llegando a la puerta, sin mirar nunca atrás, se detuvo y dijo:

—Recuerda que mataste a Nicolás. Eso no pienso olvidarlo. No me lo hagas más difícil de lo necesario. Si en algún momento me amaste, dame eso por lo menos.

Y sin otra palabra, salió de la casa y cerró la puerta.

El frío nocturno se sentía sobre su piel y la humedad se podía oler en el aire. Caminó hacia su auto con la sensación de haberse liberado de un gigantesco peso. No había otra forma de expresar lo que sentía, excepto felicidad.

Necesitó perder un hijo para darse cuenta de que siempre estuvo prisionera de Lucas. Necesitó descubrir la verdad para desarrollar el valor de dejarlo y un asesino de niños para conocer a alguien especial que le diera una nueva perspectiva de la vida.

Dios trabajaba de formas misteriosas.

Sacó la llave de su auto y se disponía a entrar cuando sonó su celular. Lo sacó de su bolsillo mientras entraba al interior del Kia. Dudaba que Lucas la fuera a llamar, estando ella a pocos metros. Además, nada podía arruinar ese momento. Era libre.

Semanas después, recordando todo lo ocurrido, comprendería que su angelito de la guarda por esos días estaba pasado de cafeína, porque no terminaba de salir de un problema cuando otro aparecía delante de ella.

Esa vez en la forma de una llamada de Angelo.

Capítulo 19

Jamilen llegó lo más rápido que pudo, considerando el caos vehicular propio de la urbe. Al cerrar la puerta del auto miró su reloj. Eran casi las ocho de la noche.

El almacén llamado Delicias era uno de esos sitios especializados en comida *gourmet*. Eran expertos en panes recién horneados, con gran variedad de especias y quesos de todos los rincones del orbe. Embutidos, en diferentes tonalidades de rojo, llenaban toda una pared, envueltos en el vapor del frío aire que los protegía cual una tenue neblina matutina.

Angelo, parado cerca de los jamones y las piernas de cordero, hablaba con una dependiente. Cuando la vio llegar, le hizo rápidos ademanes para que se acercara a ellos.

—Es un completo desastre —dijo Angelo casi en su oído—. El secuestrador se la llevó del estacionamiento y nadie se dio cuenta.

Jamilen asintió, pero no le sorprendió en lo más mínimo. Muchas personas no sabían lo fácil que era secuestrar a un niño. Todo lo que se requería era la oportunidad y suerte.

No comprendía el motivo, pero la suerte parecía favorecer a estos personajes la mayoría del tiempo.

—La hija de Salas se llama Raquel. Su tía, por parte de su madre, la recogía todos los miércoles y la llevaba a comprar pan y queso para la cena. Una especie de costumbre familiar. Raquel se quedó en el auto y cuando la tía salió quince minutos después, Raquel no estaba por ninguna parte, un gato estaba dormido en el

piso del auto y se halló esto en el asiento.

Con estas palabras, Angelo le enseñó la foto tomada con su celular.

En el asiento del lado del pasajero se distinguía un disco con círculos en blanco y negro. Un disco que Jamilen conocía muy bien.

—Entonces no hay dudas. El SUNI se llevó a la hija de Salas.

—Correcto. Un criminal secuestró a la hija del jefe del Departamento de Homicidios a plena luz del día y en el medio de la ciudad. La prensa nos va a comer vivos.

—¿Dónde está Salas?

Angelo señaló con la mano en dirección a lo que parecía ser una cafetería en el fondo del local. Pasaron alacenas con jaleas y encurtidos importados en frascos de elegantes formas y colores llamativos. Sentado a una mesa, en una esquina, el detective Salas tenía tapado el rostro con las manos.

Jamilen no preguntó. Tomó una silla y se sentó a su lado. El ruido lo hizo reaccionar y levantó la mirada. Sus ojos estaban inyectados de sangre.

—Las noticias vuelan rápido —dijo con una sonrisa apagada.

—Angelo me llamó para decirme lo que pasó. No tengo ningún otro compromiso esta noche, así que aquí estoy.

Salas asintió y bajó la cabeza. Jamilen había desarrollado una cordial relación con el detective, así que le tomó la mano en señal de apoyo. Salas se la apretó de vuelta, pero no soltó palabra por varios minutos.

Jamilen solo podía imaginarse lo que pasaba por la mente de Salas.

Su hija en manos de un sádico asesino de niños. Su último asesinato ocurrido hacía menos de 72 horas. Todas las estadísticas que conocían iban pasando por su cabeza, una detrás de otra. Lo más probable, una más que las demás.

«En la mayoría de los casos de niños secuestrados que son asesinados, el hecho ocurre dentro de las primeras tres horas después de la desaparición».

Según Angelo, la hora número tres había pasado hacía media

hora.

—No puedes hacer nada más aquí, Alejandro —dijo Angelo, quien había permanecido parado al lado de Jamilen—. Ve a tu casa a descansar. Nosotros nos haremos cargo.

Salas levantó el rostro y sus ojos se clavaron en los de Angelo.

—Mi esposa murió dando a luz a Raquel —dijo con suavidad, pero determinación—. Ella y mi hermano son toda mi familia, pero Raquel es todo lo que me queda de su madre. Ella es mi responsabilidad y le fallé. No la protegí como debía.

—No vaya por allí —le dijo Jamilen con calma.

Salas la miró sin comprender.

—La autoflagelación no es productiva, menos en este momento. Necesitamos que nos ayude a encontrar a Raquel. La culpa solo ofusca y confunde. Confíe en mí. Hablo por experiencia personal.

—¿Qué me sugiere entonces? ¿Qué me olvide de todo?

—No. Quiero que le haga caso al detective Morris y se vaya a casa. Descanse. Sé que piensa que no va a poder, pero su cuerpo sabe qué hacer. Si algo nuevo aparece, será la primera persona a la que llamen.

—Hazle caso a la licenciada —dijo Angelo—. Ve a casa. Tu hermano no sabe y se va a enterar pronto por las noticias. Es mejor que tú se lo digas.

Salas cerró los ojos, pero aceptó con un movimiento de la cabeza.

Se levantó de la mesa y tras darle un amistoso apretón a la mano de Jamilen, se separó de ella y se alejó rumbo al exterior. Cuando iba llegando a la puerta, fue abordado por un excitado. Ibáñez, que no parecía poder parar de hablar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jamilen al ver a Salas agarrar a Ibáñez por ambos brazos.

Angelo se dirigió hacia su compañero, Jamilen pocos pasos detrás. El aire nocturno los envolvió, el frío calando hasta los huesos.

—Nos vemos en la oficina —le dijo Salas a Ibáñez, corriendo hacia su auto.

—¿Qué pasó? —preguntó Angelo.

Su compañero se dio la vuelta, la sonrisa en su rostro imposible de ocultar.

—Al fin una buena noticia. Tenemos un video.

Angelo se quedó congelado en su sitio. Jamilen, sin darse cuenta, lo tomó por el codo.

—¿Un video?

—Aunque no lo crean. Instalaron una cámara oculta hace unas semanas. Está dirigida hacia los estacionamientos y por su posición debió de filmar todo el secuestro.

—¿Debió? ¿Nadie ha visto el video?

—No. Por motivos de costo, el equipo que se instaló permite filmar, pero no reproducir. Salas nos espera en la oficina para ver el video.

Angelo gritó un par de órdenes e Ibáñez fue a buscar el auto. Cuando Angelo terminó de hablar, Jamilen tomó su brazo para llamar su atención.

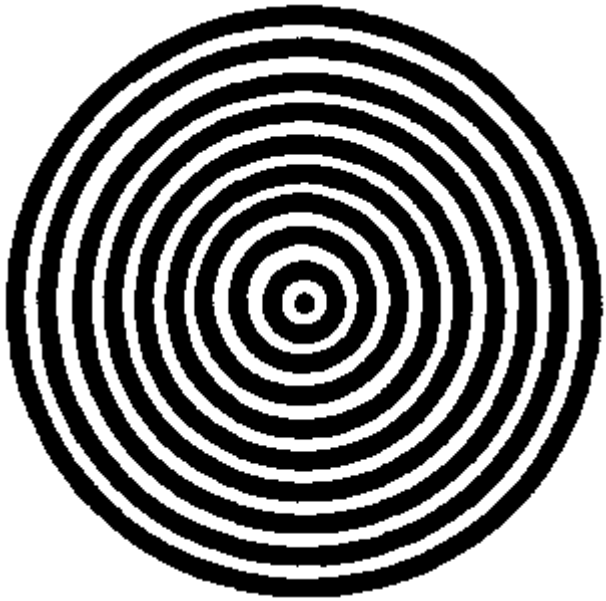
—Hay algo que no me dijiste y eso me preocupa —dijo, tratando de hacerse oír por encima del barullo generalizado—. ¿Dónde estaba el punto?

Angelo sabía a qué punto se refería. El punto en el disco.

—Salas aún no pregunta, pero lo hará. Ese disco, no me gusta lo que implica.

Sacó su celular y buscó en el menú de fotos. Cuando encontró la que buscaba, se la enseñó. Jamilen tuvo que acercar la cara al teléfono, encandilada por las luces rojas y azules de los autos de la policía que llenaban el estacionamiento.

Era un acercamiento del disco encontrado en el carro.



El punto estaba localizado en todo el centro del disco.

—No entiendo —dijo Jamilen, recordando *La Divina Comedia* —. Ese es el noveno círculo del infierno.

Los versos de esa sección de la obra se materializaron delante de sus ojos como si fueran trazos en llamas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,
que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

—El noveno círculo —dijo Jamilen— es donde se castiga a los traidores. Hay cuatro rondas en este círculo, pero el punto está localizado en todo el centro y ese sitio está reservado para la más grande de las traiciones. La traición a Dios.

—Eso me temía —dijo Angelo apagando el celular.

La imagen del disco desapareció de la pantalla. El punto en el

centro junto con el resto.

El punto que representaba el sitio de tormento eterno de Satanás.

La oscuridad que la rodeaba era casi absoluta, al punto que por un momento pensó que había perdido la vista. A pesar de que no podía moverse, sentía todo lo que pasaba a su alrededor y estaba segura de tener los ojos abiertos. Poco a poco se fue acostumbrando a las tinieblas y las sombras comenzaron a tomar forma con la ayuda de una etérea luminosidad que apenas alcanzaba los bordes de su visión. Intentó moverse, pero su cuerpo rehusaba a obedecerle. Era como si un hechicero malvado le hubiera lanzado el conjuro *Petrificas totalus*, del libro de Harry Potter.

Su cuerpo era como de piedra. Podía ver, escuchar y sentir, pero no mover un solo músculo.

Sentía el colchón sobre el cual descansaba, así como las ataduras en los tobillos y muñecas. Sentía la almohada sobre la que reposaba su cabeza y la tenue brisa que acariciaba su piel. El simple hecho de que su cuerpo no le respondiera era más terrible que si hubiera despertado encerrada en una jaula llena de ratas.

No era la primera vez que se sentía desamparada o asustada. En esas ocasiones, no tuvo control sobre lo que ocurría, pero al menos su cuerpo la escuchaba. Ahora, hasta eso le quedaba vedado.

La impotencia en su máxima expresión.

Sus ojos se humedecieron y una lágrima se deslizó por el costado izquierdo de su rostro, sin posibilidad de poder secar su errático recorrido hacia su nuca. La visión luminosa de momentos antes distorsionada por la película de líquido en su córnea. Quiso gritar y no pudo.

Después de varios minutos escuchó un ruido a su derecha. El resonar de unas pisadas.

Su corazón se aceleró y trató de moverse, pero su cuerpo aún no le respondía. No le quedó más remedio que esperar a ver qué ocurría. Los pasos sonaban lejos de ella, en algún lugar del edificio

donde el señor que la secuestró la había traído, pero presentes con cada nuevo golpe de su suela contra el piso.

Escuchó un objeto chocar contra una superficie de metal. Una puerta se abrió, chirriando sobre sus goznes durante todo el movimiento, para luego cerrarse con lentitud.

El silencio volvió a rodearla.

La película de lágrimas sobre sus ojos se evaporó y recuperó parte de su visión previa. Un incipiente resplandor flotaba encima de ella y no pudo evitar recordar las historias sobre las personas que, al morir, son bañadas por una luz blanca y brillante. Si la seguías, ibas al cielo. Si no, te quedabas en la tierra como fantasma.

Rezó con todas sus fuerzas para que esa luz fuera el puente de cristal hacia el paraíso. Lo seguiría sin titubear.

Pequeñas partículas de polvo flotaban en el aire. Fue allí que se percató que lo que estaba viendo era un rayo de luz de luna entrando por un panel vacío de los muchos que ocupaban toda la pared del otro lado de la cama. Varios vidrios estaban rotos y el cielo nocturno era visible a través de ellos.

Le comenzó a picar la punta de la nariz, como siempre ocurría cuando se tenían las manos ocupadas. Trató de rascarse y en ese instante se percató de que la punta de los dedos de la mano izquierda empezaba a responder. Esa sencilla manifestación de control sobre su propio cuerpo la llenó de tal alegría que se olvidó de lo precario de su situación.

Eso fue hasta que volvió a escuchar la puerta abrirse y el resonar de pasos en su dirección.

El miedo volvió a invadir su mente. Conocía la sensación, pero esto era mil veces peor. Miedo sin la capacidad de responder o defenderse.

Los pasos se detuvieron a un metro de donde estaba acostada. No podía girar la cabeza para ver al hombre, pero sentía su presencia y sus ojos sobre ella. No entendía qué buscaba.

Quería preguntar y tampoco podía.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó la voz del hombre desde las sombras.

«¡No lo sé! ¡Déjeme salir!», gritó Raquel en su mente. Ni una sola sílaba pudo salir de sus labios. Era un maniquí en una cama de metal.

—No te preocupes —dijo el hombre sin moverse un ápice—. Sé que no puedes hablar. También estoy seguro de que no sabes por qué estás en el infierno.

«En el infierno —pensó Raquel—. Mori y estoy en el infierno».

—No te dejaré en ascuas mucho tiempo. Tienes que saber por qué estás aquí y lo sabrás. Lo que no te garantizo es que te guste la respuesta.

Raquel sintió sus ojos humedecerse de nuevo. Parpadeó.

Otro músculo bajo su control.

«Poco a poco —pensó—. Poco a poco».

El rostro del hombre se materializó justo encima, por debajo del rayo de luz de luna. Las penumbras rodeaban su cara y el cabello parecía brillar en ciertos puntos.

Sus ojos volvieron a parpadear y el extraño personaje sonrió, pero no pudo distinguir si era una expresión de felicidad o la mueca que uno esperaría ver en un científico loco o en el villano de una película.

Una mano, que no vio acercarse, le tocó el rostro. Movió sus cabellos y secó las lágrimas que corrían por su piel.

—Estás recuperando el control de tu cuerpo —dijo la voz del hombre—. Eso es bueno, pero falta aún mucho tiempo para que te puedas mover. Primero, tendrás control sobre los músculos más pequeños. Los grupos musculares más grandes son los últimos en recuperarse.

El extraño se alejó un poco.

—Sé que me puedes ver y escuchar. Sientes todo lo que pasa a tu alrededor y eso es importante para lo que viene después. Presta atención a lo que te voy a decir.

El rostro desapareció, pero sabía que estaba muy cerca. Pudo sentir su aliento. Un aire cálido que se deslizó sobre su cuello. La voz volvió a sonar a unos milímetros de su oído.

—Estás aquí —dijo tocando su frente— por una sola razón.

Se lo pudo imaginar sentado de cuclillas a su lado, alejando los cabellos de su cara y frente.

—Has sido una niña muy, pero muy mala.

La puerta del reproductor de DVD se cerró con la lentitud que solo un equipo electrónico podría tener en un momento como ese, indiferente a la premura que tenían los humanos de pie frente al televisor.

La puerta se cerró y el equipo empezó a leer la información digital escondida en su interior tomándose todo el tiempo del mundo. La pantalla permanecía oscura.

—Vamos, aparato del demonio, ¡muévete! —dijo Ibáñez, golpeando la superficie de la mesa con el puño. Angelo y Jamilen, detrás de él, observaban con detenimiento, mientras Salas, de brazos cruzados, era una efigie de piedra esperando con paciencia que el video decidiera revelar la verdad.

Jamilen no se dejaba engañar. Salas parecía calmado, pero era en realidad un mar de tensión y estaba segura de que todo lo que hacía falta era un ligero empujón para hacerlo perder la máscara que procuraba mantener en esos momentos.

Para alivio de todos, una imagen se materializó en la pantalla. Una escena que mostraba lo que la cámara oculta en la forma de una lámpara filmaba todos los días desde la entrada de Delicias.

Un video del estacionamiento completo comenzó a correr. Según la hora registrada de forma digital en la parte inferior derecha, eran las nueve de la mañana.

—Perfecto —se le escapó a Salas—. El video cubre el área donde se estacionó el auto. Tenemos al desgraciado en video. Lo tenemos.

Jamilen sabía que el video les daba una ventaja importante, pero no era garantía de que lo atraparían y, menos aún, de que Raquel estuviera viva cuando lo hicieran. Sin embargo, no pensaba ser ella la que vocalizara lo obvio.

De nada le serviría a Salas en ese momento. Todo lo que le

quedaba al detective era la esperanza de que su hija fuera la excepción a la regla.

Ya habían pasado seis horas desde la desaparición de Raquel.

—Adelanta el video hasta las cinco de la tarde —le dijo Salas a Ibáñez.

Presionó un botón y los números en blanco comenzaron a cambiar de forma más acelerada. Las imágenes de autos entrando y saliendo del estacionamiento sucedían de forma rápida, las siluetas de personas intercalándose con las de autos en movimiento. La avenida principal a lo lejos, no dejaba de moverse por los cientos de autos que transitaban por allí.

—Tantas personas y nadie vio nada —murmuró Salas—. Parece imposible.

Jamilen no se molestó en responder. Sabía la respuesta. Una de las primeras recomendaciones de su profesor de Psicología Social fue que, en caso de peligro, no pidieran socorro.

«Pueden estar sangrando por los ojos y eso no es garantía de ayuda. Mejor griten "Fuego" —escuchó al viejo profesor decir en sus recuerdos—. Es más probable que alguien se fije en ustedes de esa forma y, por ende, aumentan sus probabilidades de sobrevivir. El ser humano es una criatura muy curiosa, pero el altruismo no es inherente a la especie. La autopreservación… esa es otra historia».

El video por fin llegó a la hora deseada e Ibáñez detuvo el avance rápido. El tiempo pareció congelarse y la velocidad fue reemplazada por el parsimonioso movimiento de la rutina diaria del estacionamiento.

4:54 pm, decían los números en blanco. Aún no había llegado el auto donde iba Raquel.

A las 5:15 pm pudieron ver cómo un Nissan Murano gris entraba al local y se estacionaba a pocos metros de la puerta.

—Ese es —dijo Salas halando una silla y sentándose en frente de la pantalla. Todas sus esperanzas estaban puestas en lo que ese video mostrara en los próximos minutos.

La puerta del lado del pasajero se abrió y se bajó la tía de Raquel. En solo diez pasos desapareció de la cámara. En el

estacionamiento solo se hallaban dos autos más. Después de un minuto otro auto entró y Salas se acercó a la pantalla. El auto, un Kia Rio como el de Jamilen, pero de color champaña, se estacionó cerca de la entrada. Una mujer se bajó y entró al local.

Salas se echó para atrás decepcionado, hasta que vio el movimiento. La puerta de uno de los autos ya estacionados se abrió y un hombre descendió de él. Llevaba un sombrero oscuro y lentes claros. Un abrigo negro lo cubría hasta los tobillos. En el brazo llevaba un objeto que acariciaba con delicadeza al ir avanzando hacia la Murano.

5:19 pm

Salas se levantó y paró el video. Lo retrocedió.

—¿Qué hace? —preguntó Ibáñez, pero Salas no le respondió. Siguió retrocediendo el video hasta las 4:30 pm. El estacionamiento tenía otros autos, pero se veía cómo una Fortuner de color gris metálico entraba y se colocaba en el lugar donde permanecería por los siguientes 49 minutos. La placa estaba cubierta de lodo e impedía leer una sola letra o número.

Salas congeló la imagen.

—El desgraciado la estaba esperando —dijo con un toque de frustración mezclado con sus palabras—. La estuvo siguiendo y sabía dónde estaría ese día. El desgraciado estuvo vigilándonos y no nos dimos cuenta.

Angelo no dijo nada, pues sabía que las palabras sobraban en ese momento. Se acercó a Salas y adelantó el video hasta el punto donde dejaron de verlo antes.

El extraño del abrigo negro caminando hacia Raquel.

Lo vieron dar golpes en el vidrio, impotentes, pues sabían lo que ocurriría después. Vieron a Raquel bajar la ventanilla y el paso del animal al interior del auto. No pudieron ver el disparo, pero cuando Raquel se cayó contra su asiento y el extraño metió la mano para abrir la puerta, Salas congeló la imagen.

—Usa algún tipo de droga —dijo viendo la escena congelada—. ¿Ven cómo Raquel deja de moverse y hablar? Seguro que es un paralizante de acción rápida. Eso explica cómo puede llevarse a los

niños. No ofrecen la más mínima resistencia.

Jamilen pensó en un círculo de arbustos en un parque. El SUNI escondido entre ellos. La droga tenía que poderse aplicar a distancia. Era la única forma de poder actuar con la rapidez necesaria.

Saltar, agarrar a la niña y esconderla entre los arbustos.

—Una pistola —sugirió Jamilen. Miró a Angelo—. ¿Recuerdas el parque de Marta Cruz?

Angelo asintió. Él también pensaba igual.

Salas presionó el botón de reproducir y el video cobró vida. El SUNI entró y sacó a Raquel en brazos. Le dio un beso en la frente y se la llevó de vuelta a su auto.

5:22 pm

—Menos de cinco minutos —observó—. Todo en menos de cinco minutos.

El SUNI cerró la puerta de su auto y regresó al de Raquel.

—¿Qué está haciendo? —dijo Salas al televisor.

El delincuente, más calmado aún, subió la ventana, revisó el interior y colocó un objeto de colores blanco y negro en el asiento. Empujó la puerta con una mano enguantada.

—Adiós a las huellas digitales —dijo Ibáñez apretando los puños con rabia.

Y luego, cuando ya habían perdido toda esperanza, dio la vuelta para regresar a su auto.

Su rostro visible en el cuadro.

Salas casi disparó su mano y congeló la imagen. La cara del SUNI iluminada por la luz de un atardecer urbano.

—¡Lo tenemos! —gritó Salas, levantándose de su asiento—. Envíen esa foto a los de Informática, para ver si tenemos suerte y está en nuestras bases de dato. Copias a todos los oficiales de policía y quiero ver ese rostro a todo color en la primera plana de cuanto diario se publique en la mañana. Quiero una descripción completa del sujeto y de su auto en blanco y negro, como los malditos discos que nos deja en todas partes.

Todos entraron en movimiento. Ese no era el momento de discutir quién estaba a cargo. La vida de una niña estaba en juego.

—Y de paso —dijo Salas, sus ojos grabándose el rostro del SUNI en la memoria con sangre y fuego— pregúntenle a los de Informática si hay alguna forma de limpiar digitalmente la placa de ese auto. Si me pueden dar el número de identificación, yo me encargo de conseguirles las dos tortugas que les hace falta. Demonios, si quieren me pongo el nombre de su maestro rata. Splinter Salas. Hasta suena distinguido.

Jamilen no pudo evitar reírse por lo bajo.

A pesar de lo que había insinuado, el detective Salas también era fanático de las Tortugas Ninja.

Quién lo diría.

Capítulo 20

Cinco fotos en fila. Cuatro discos.

Las mismas preguntas.

Ninguna respuesta.

Jamilen miró el tablero y no pudo evitar levantar una pequeña plegaria, aunque hacía años que no pisaba una iglesia, para que la hija del detective Salas siguiera con vida. Si el milagro se daba, sería con un alto costo. Nadie sabía lo que hacía el SUNI con sus víctimas, pero si José Muñoz era una muestra, Raquel tenía que estar en su propio infierno.

«Aguanta un poco —pensó Jamilen—. Sobrevive. No lo hagas enojar y sobrevive».

Las cicatrices psicológicas las manejaremos después.

Cerró los ojos. Una parte de *La Divina Comedia* resonaba en su memoria.

Por mí se va a la ciudad doliente,
por mí se va al eterno sufrimiento,
por mí se va a la gente condenada.
La justicia movió a mi alto arquitecto,
hízome la divina potestad,
el saber sumo y el amor primero.
Antes de mí no fue cosa creada
sino lo eterno y duro eternamente.
Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza.

Jamilen no la había perdido del todo, pero cada nuevo amanecer bajaban un poco sus reservas. Las estadísticas de casos similares constituían su mantra de todas las mañanas.

«De los secuestros de niños que terminan en asesinato, solo el 3,6 % ocurre después de las 24 horas».

Ya habían pasado siete días desde el momento del secuestro. Todos los policías, activos, pasivos, de vacaciones y jubilados, conocían el rostro de la persona que secuestró a la hija de uno de los suyos. Todos los panameños con acceso a un periódico, radio o televisión habían visto el rostro del infame personaje.

A la fecha, miles de llamadas y cientos de pistas.

Ningún resultado.

El rostro no estaba presente en ninguna base de datos conocida y ninguna de las llamadas había logrado llevarlos al paradero del SUNI o de Raquel Salas.

La Fuerza Conjunta aumentó en tamaño. El segundo en que el SUNI atacó a uno de los miembros de la policía, las voces ofreciendo ayuda se multiplicaron por mil. Los jefes pusieron todos los recursos necesarios a su alcance y el ministro Archibold prometió darles lo que necesitaran para rescatar a Raquel Salas con vida.

Cenizas en medio de una tormenta.

Angelo, Oscar (empezó a tutear al detective Ibáñez desde hacía un par de días), Graco y Anderson estaban interrogando a todos los involucrados una vez más, buscando una pista efímera que se les hubiera escapado con anterioridad. Salas no se movía de la oficina nada más que para ir a comer y dormir, coordinando cada recurso disponible en sus manos.

Jamilen le hacía compañía y dedicaba su tiempo a pensar. En revisar la información disponible; en buscar señales psicológicas que los miembros de la policía, más propensos a aceptar hechos palpables, hubieran pasado por alto o desechado.

En tratar de encontrarle lógica al papel que desempeñaba para el SUNI la hija del detective Salas y qué significado tenía el último disco.

¿Qué trataba de decir?

Jamilen estudió el disco que encontraron en el interior del auto. Idéntico a los demás, excepto por la localización del punto. El noveno círculo. El círculo de los traidores. Donde Dante encontró a Caín, a Judas Iscariote y al mismo Satanás.

El detective Salas, en ese preciso momento, estudiaba el video del secuestro. Se instalaba delante de la silla y repetía la escena una y otra vez. Qué esperaba ver que no hubiera visto en días previos, Jamilen no lo sabía, pero no podía culparlo. Era todo lo que le quedaba.

Torturarse reviviendo los minutos antes de que su hija desapareciera.

Jamilen regresó su atención a los discos. No podía precisarlo, pero sentía que había un detalle que se le escapaba de los dedos. Que estaba a su alcance si tan solo tenía la presencia mental de ver más allá de lo evidente.

Dos niñas. Abuso sexual. Un disco con el círculo de los lujuriosos marcado. Faltaba el otro, pero no dudaba que iba a ser igual.

Dos niños. Abuso físico. Círculo de los iracundos.

Raquel Salas. Círculo de los traidores.

Faltaba el abuso.

Jamilen captó que estaba pasando algo por alto. La victimología.

¿Por qué Raquel fue seleccionada?

¿Por qué Nicolás tenía que morir?

Sacudió la cabeza. Pensar en los niños le hacía recordar a su difunto hijo, pero quizás era hora de perdonarse. Nunca dejaría de pensar en él, pero ya era hora de seguir con su vida. Lucas no tuvo otro remedio que cumplir y sus cosas desaparecieron de la casa esa misma noche. Era libre de escoger su camino a partir de ese punto.

Lo haría otro día. Tenía cosas más importantes en ese momento.

«Enfoca —se dijo—, pero mantén la mente abierta».

Regresó todos sus pensamientos al problema de Raquel.

No era suficiente que fuera hija de uno de los detectives de la Fuerza Conjunta. Ellos ni siquiera habían estado cerca de atraparlo

y el detective Salas no hizo ninguna declaración pública que pudiera haber irritado al SUNI. Todas las conferencias de prensa e informes llevaban la firma o el rostro del ministro Archibold, decisión que se tomó para evitar luchas de poder entre Personas Desaparecidas y Homicidios.

«Es más —pensó Jamilen, regresando la mirada hacia el detective Salas—. Su rostro solo salió en televisión el día de la conferencia de prensa».

El SUNI estaba vigilando a la hija de Salas. ¿Se limitó a ella o a todos los miembros de la Fuerza Conjunta?

Muchas preguntas, pero una seguía siendo la más importante.

¿Por qué Raquel?

Asumieron en un principio que era una muestra de poder del SUNI. Una forma de mostrar lo listo que era y que tenía completo control sobre los niños, sobre la policía y sobre la Fuerza Conjunta. Tenía a la ciudad prisionera, pues si la hija de un jefe de la policía no estaba a salvo, ¿qué niño lo estaba?

«Nunca asuman nada —escuchó la voz del agente especial Goya en la charla final de su curso de Ciencias de la Conducta—. La mayoría de las veces, las cosas no son lo que parecen».

¿Y si Raquel fue seleccionada igual que los otros niños, y el ser hija del detective Salas solo fue un extra muy apropiado?

Jamilen se acercó al televisor y presionó el botón de pausa en el reproductor. La imagen del SUNI caminando con un gato hacia Raquel congelada en puntos de colores brillantes.

Salas levantó la mirada. Grandes ojeras enmarcaban su rostro, como un par de lentes oscuros mal puestos. La rabia contenida detrás de ellos encontrando un punto donde enfocarse.

—¿Se puede saber qué está haciendo, licenciada Lasso?

—Necesito que me preste toda su atención por unos minutos.

El detective Salas hizo el ademán de volver a encender el reproductor, pero Jamilen bloqueó su movimiento poniendo la mano sobre el botón. Los ojos de Salas se abrieron y su labio se torció en una expresión de molestia, pero el cambio duró muy poco. Su rostro se relajó y bajó la mirada.

—Está bien, licenciada. Usted gana. ¿Qué necesita?

«Hasta ahora vamos bien», pensó Jamilen. Se arrodilló a su lado, para poder verlo directo a los ojos.

—Quiero que piense en Raquel los días antes de su desaparición. ¿Notó algo extraño? ¿Fuera de lo común?

—No entiendo a qué se refiere.

Jamilen le explicó lo que estaba pensando. Salas se mantuvo impasible todo el tiempo.

—¿Sugiere que mi hija era víctima de abuso sexual? ¿Que alguien abusaba de ella y yo no me di cuenta?

—Nunca dije abuso sexual. Dije abuso, en términos generales. Hay muchos tipos, pero el SUNI seleccionó a estos niños —dijo señalando hacia el tablero— porque, por lo menos a sus ojos, eran víctimas de alguna forma de abuso. Mi pregunta es si Raquel no podría ser una.

—No. No lo era.

—No lo ha pensado siquiera. ¿No vio algún cambio?

—Déjeme explicarle por qué respondí tan rápido —dijo Salas con calma, como si hablara con un estudiante de primaria—. Raquel vive conmigo y con mi hermano y le puedo garantizar que ninguno de los dos abusa de ella.

—Nunca dije eso.

—No he terminado. Acepto que eso no descarta cientos de otras posibilidades. Escuela, vecinos, amigos. No soy ingenuo. Conozco todas las caras del mal y sé que nadie está exento de su largo alcance. Llevo una semana dándole vueltas al asunto y lo mismo que usted me pregunta, yo lo he pensado mil veces, pero se lo juro licenciada: no hay nada que me haga sospechar.

—¿Seguro? —insistió Jamilen.

—Seguro. Sus notas son igual de buenas que siempre, su conducta no ha cambiado. Su forma de vestir es la misma desde hace años. No ha cambiado su predilección de moda, colores o estilos. No presencié llamadas a escondidas ni vi marca alguna en su piel que me hiciera sospechar. Raquel era la misma ese día —dijo señalando hacia la pantalla del televisor, con la imagen congelada—

que siempre había sido. Mi pequeña niña.

Sus ojos se humedecieron y desvió la mirada. Presionó el botón de reproducir y su atención se concentró en el video del secuestro.

Había dicho su última palabra acerca del tema.

Jamilen no sabía si creerle o no. Los padres casi siempre eran los últimos en darse cuenta, pero el convencimiento en su voz era demasiado preciso para ser pasado por alto.

Entonces, ¿dónde la dejaba eso?

Jamilen suspiró y se quedó parada al lado de Salas viendo el video.

El rostro del SUNI. *Blazer* negro, sombrero oscuro, lentes claros.

Salas dejó correr el video después de ese punto. Jamilen lo había visto completo, pero en esta ocasión se percató de otra cosa. La primera vez estuvieron tan emocionados por tener un rostro a quien echarle la culpa, que su mente no procesó el minúsculo movimiento ejecutado por el SUNI de vuelta a su auto, antes de desaparecer con la hija de Salas.

De espalda a la cámara, levantó la mano y se rascó la cara.

Jamilen retrocedió el video varios cuadros.

—Vamos de nuevo —dijo Salas molesto, pero Jamilen lo ignoró y se acercó a la pantalla.

El rostro del SUNI. Los lentes claros. Nada llamativo en el rostro. A los costados, unas sombras largas.

Sombras largas. Sombras que no se movían con el giro de la cabeza al alejarse.

Avanzó la imagen cuadro a cuadro. Salas no la interrumpió. Se daba cuenta de que Jamilen veía algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jamilen, señalando la sombra en su cara en un cuadro distinto al usado para publicar su rostro en los periódicos.

—Informática amplió la foto lo más que pudo y estudiaron otros ángulos. Suponen que pueden ser patillas, pero no están seguros.

Patillas.

«Si le pica, ¿por qué no se la afeita?».

—Rayos —fue todo lo que pudo decir.

Su sospecha de momentos antes, más evidente que nunca.

¿Y si el SUNI los estaba vigilando a todos?

—¿Qué pasa, licenciada? —preguntó Salas con aprehensión.

—Yo lo he visto antes.

—¿Qué?

—Creo que me choqué con alguien idéntico hace un mes. El día que compré *La Divina Comedia*.

—¿Dónde?

—En una librería. Exedra. Nos chocamos en la escalera. Yo iba bajando, él subiendo. Se le cayeron unos libros y yo lo ayudé a recogerlos.

—Licenciada —dijo Salas, dubitativo—. Soy el primero que aceptaría cualquier posibilidad con tal de rescatar a Raquel, pero creo que está viendo fantasmas donde no los hay.

—¿No se le ha ocurrido —dijo verbalizando sus temores— que si el SUNI se enfocó en usted es porque forma parte de la Fuerza Conjunta?

—Claro que sí. ¿Qué tiene que ver eso con todo?

—¿Cómo lo supo? ¿Cómo supo que usted forma parte de la Fuerza Conjunta designada a atraparlo?

—Salió en televisión. Todo el país lo sabe.

—Exacto. Salió en televisión. En la conferencia de prensa.

—Sí. No entiendo.

—En la conferencia de prensa salimos todos. Usted, Angelo, Oscar, los detectives Graco y Anderson. Usted mismo dijo que el SUNI lo había estado vigilando. ¿Por qué solo a usted? ¿Y si nos vigilaba a todos?

Salas se quedó mirándola, asombrado por la implicación. Se les había pasado por alto esa posibilidad.

—¿Sugiere que el SUNI la seguía?

—Es una posibilidad y explicaría cómo me choqué con él. Me estaba siguiendo y llegó a Exedra muy tarde, justo cuando me iba. Estaba nervioso, más de lo que se esperaría de un accidente casual.

—Licenciada. Voy a seguirle el juego y ahora le toca a usted

concentrarse y prestarme toda su atención. Quiero que me cuente qué pasó desde el momento que usted puso el pie en la librería.

Jamilen relató los eventos lo mejor que su memoria le permitía. Los libros que compró, cómo se acercó a la cajera y pagó con su tarjeta de crédito, los libros dentro de la bolsa negra.

Bajando la escalera, el choque con el hombre de las patillas, los libros en el piso, los títulos, el papel con la firma que le devolvió…

El papel con la firma.

Salas sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Una pequeña tira de papel con su firma solo indicaba una cosa.

El SUNI había comprado sus libros con una tarjeta de crédito o débito. En cualquiera de los dos casos, el resultado final era el mismo.

Tenían una forma de identificarlo.

Raquel había perdido la noción del tiempo.

Su única forma de llevar el control de los días y las noches era registrando en su memoria los cambios del tipo de luz que entraba por los paneles de vidrio.

Luz del sol. Luz de luna.

El mundo seguía girando sobre su eje. Era la única prueba que tenía de no estar atrapada en una pesadilla eterna.

El extraño la sentó en el piso para que pudiera trabajar. Sus tobillos aún estaban atados a la cama, pero Raquel había decidido muchos días antes no intentar huir.

No tenía sentido y al final tuvo que reconocer que el extraño tenía razón. Debía aceptar la realidad, por dolorosa que fuera.

Con las manos siguió amasando la pegajosa sustancia, dándole forma y aplicándola sobre el objeto bajo sus dedos. La vasija con agua a su lado le servía para humedecer la superficie de la sustancia y la hacía flexible.

Le dolían los dedos de tanto trabajar y tenía pequeños cortes en todos ellos, pero ya estaba terminando. Era la parte final de su trabajo.

El extraño se lo prometió. Le aseguró que el trabajo sería largo y pesado, pero era el único camino para salir de allí. Tan pronto terminara ese pequeño trabajo le permitiría ir al cielo.

Y cómo anhelaba ir. Que todo acabara y por fin pudiera descansar en paz.

Colocó el objeto en la bandeja de plata delante de ella. Un rayo de luz caía justo en el centro. Raquel tomó un pedazo de la arcilla y la aplicó con delicadeza al objeto.

Aún se podían ver las gotas de agua deslizándose sobre su superficie, pero en poco tiempo se secaría y endurecería. Ese era su mejor trabajo hasta el momento. Mucho mejor que los primeros que realizó.

La voz del extraño resonó en la soledad del hangar, casi como la voz de un dios primitivo hablando con sus seguidores.

—Bien. Me parece que has terminado. Levántate.

Raquel se alzó con dificultad. Su ropa estaba manchada de arcilla, suciedad, sudor y agua por todas partes. Le ardían las manos. Le ardían los dedos y su cabello, que no había peinado desde su llegada al infierno, estaba lleno de suciedad y tierra.

Por suerte no había un solo espejo, para no tener que ver su estado en ese momento.

No que importara. Ni la suciedad ni el dolor ni el cansancio.

Lo único que importaba era la promesa del extraño.

«Termina esta labor que te encomiendo —le dijo la tercera noche— y te dejaré ir al paraíso».

El extraño se acercó al objeto colocado en la bandeja de plata y se agachó para verlo más de cerca. Luego movió los ojos en dirección de Raquel.

—Perfecto —dijo—. Buen trabajo.

Se levantó y alejó, sus pasos resonando como un fuerte eco.

Raquel respiró hondo. Por lo visto, no había terminado. No la liberaría todavía, pero lo haría pronto. Tenía que creer que lo haría pronto. Había terminado su labor, tal y como prometió hacer.

El objeto colocado en la bandeja de plata iluminado por la luz del sol.

Capítulo 21

—Tenemos un nombre —dijo Rafael, una de las Tortugas Ninja de Informática, entrando al salón de reuniones. En la mano traía un juego de páginas para cada uno—. Marcel Osorio. Tiene cuarenta y cinco años. Nacionalidad panameña. Sin antecedentes. No debe ni una multa de tránsito. Paga sus impuestos a tiempo y no tiene ninguna orden de arresto pendiente.

—Un maldito santo, entonces —dijo Ibáñez viendo la foto anexada en el documento.

La foto era una pequeña ampliación de la licencia de conducir del señor Marcel Osorio. En la foto, un hombre de rasgos finos, con grandes lentes y dos patillas a los lados.

La foto de alguien normal. No la de un asesino.

Salas miraba la foto con una intensidad que parecía despedir calor. Como si por simple fuerza de voluntad pudiera materializarlo en la oficina.

No podía empezar a imaginarse lo que debía sentir. Saber quién secuestró a una hija y no poder hacer nada, excepto esperar.

Más espera.

—Dice aquí —leyó Angelo— que trabaja en una compañía de seguridad.

—Sí. Es el dueño de la compañía. Se encargan de pequeños trabajos de seguridad informática, aunque también hacen trabajos más convencionales.

—¿Qué sabemos de su pasado? —preguntó Graco.

—Veamos, veamos —dijo Miguel Ángel, sentado en una silla, leyendo de la pantalla de su iPad—. Llamativo. Sus padres y hermana fallecieron en un accidente cuando él tenía once años. Su casa se incendió.

—¿Un incendio? ¿Fue sospechoso?

—Estaba en un retiro de la escuela. Esas misiones de trabajo social. Cuando su casa se incendió, Marcel estaba a cuatrocientos kilómetros bajo supervisión constante.

—Vale, pero su vida comienza con violencia. Ya es algo raro.

—Tal vez —dijo Rafael—, pero esa fue la conclusión de los investigadores. En fin, sin otros familiares que se hicieran cargo de él, pasó al cuidado del Estado en un orfanato hasta la mayoría de edad. Ahora, hay que reconocerlo, eso no lo detuvo. Marcel se graduó de ingeniero en Informática en la Universidad Tecnológica. Con honores. Dos maestrías. Gestión de Informática/ Telecomunicaciones y Experto en Implantación de Sistemas Informáticos. Para terminar, un doctorado en Seguridad Informática.

—Eso puede explicar cómo localizó a los niños —comentó Jamilen—. Ya lo sospechamos. Computadoras e internet.

—Sí —dijo Miguel Ángel—. Seguro que tiene el perfil necesario y la habilidad para armar o *hackear* algún sitio y usar sus cuartos de chateo o foros para un *grooming*.

—Espera —dijo Anderson—. ¿Qué es eso de *grooming*?

Fue bueno que el detective Anderson siempre tuviera tanto interés por aprender. Hizo la pregunta que Jamilen iba a hacer. Si era obvio, Anderson la salvó del ridículo.

—El *grooming* —dijo Miguel Ángel— es una técnica de acoso sexual con el uso de internet. Involucra a un adulto que se hace pasar muchas veces por niño o niña y comienza a establecer lazos de amistad con otros usuarios, niños también.

—Con el tiempo —siguió Rafael— y esto puede llevar de semanas a meses; al ganarse la confianza del niño empiezan a bombardearlo con pornografía o insinuaciones sexuales, convenciendo poco a poco al niño a participar.

—Puede ser cualquier cosa de contenido sexual, pero si el niño rompe esa barrera y manda la primera foto o video, comienza el ciberacoso. Amenazas de publicar las fotos o decírselo a los padres son los ejemplos más frecuentes. Con esto obligan al niño a tomarse más fotos, cada vez más explícitas o, inclusive, acudir a una reunión física, donde el desenlace es obvio.

—No sabía que era algo tan serio —murmuró Graco.

—Es peor que eso.

—Dejemos la clase para otro día —interrumpió Salas, molesto —. Quiero encontrar a mi hija pronto. ¿Qué más me pueden decir de ese individuo?

Miguel Ángel deslizó el dedo sobre la pantalla revisando la información que tenían.

—No mucho más. Tenemos la dirección de su casa y de su empresa. Ah, va a adorar esto. Se llama Inferno Security.

—Inferno. Entiendo. Infierno. Parece que tenía razón, licenciada.

Dijo esas palabras mientras se levantaba de la silla y se colocaba su saco con un solo movimiento.

—¿Adónde vas? —preguntó Angelo.

—Voy a casa del tal Osorio.

—Oh, no. Espera. Tenemos que planear.

—Ese desgraciado —casi gritó Salas— tiene a mi hija de nueve años. ¿De verdad piensas que me voy a quedar esperando?

Angelo no dijo nada. Solo asintió y se levantó.

—Voy contigo.

—Y yo —dijo Jamilen.

—No, licenciada —dijo Salas—. Usted no es policía.

—Usted lo dijo. No podemos esperar. No sabemos qué le ha pasado a su hija en estos días. Si la encontramos va a necesitar alguien que la apoye y la escuche. De preferencia, alguien del sexo femenino que sepa lo que está haciendo, mientras ustedes lidian con Osorio. No me discuta. Voy.

No esperó respuesta. Salió por la puerta, seguida de Angelo y Salas, pocos pasos detrás.

—Yo manejo —dijo Salas y aceleró el paso.

Jamilen y Angelo se miraron por un instante, sin dejar de caminar, pero pensando lo mismo.

«Oh, no».

La casa, un dúplex de blancas paredes, estaba muy bien conservada.

Un jardincito en la entrada lleno de flores moradas y blancas. Una banca de madera oscura, bajo la sombra de dos palmeras, completaba la escena.

El estacionamiento estaba vacío en ese momento.

Desde el carro podían ver la entrada de la casa. Una alfombra verde les daba la bienvenida. Un hombre, en la casa de al lado, podaba la grama de su jardín. Un niño, tres casas más abajo, salía a pasear a un pequeño maltés que no cesaba de brincar entre sus pies.

«Una casa típica, en un barrio típico, con personas normales —pensó Jamilen contemplando los alrededores—. ¿Por qué no me sorprende?».

Salas miró su reloj y resopló con fuerza.

—Si no llega en los próximos cinco minutos, entro.

Habían logrado convencerlo de esperar la orden de cateo. Si entraban sin ella, la revisión y todo lo que encontraran sería ilegal. Si el tal Osorio escapaba por un tecnicismo tan insignificante, solucionable con solo esperar unos minutos, jamás se lo perdonarían.

Ellos partieron por delante, mientras Ibáñez se encargaba de encontrar un juez que firmara la orden con la prontitud que ameritaba el caso. Esa parte debía ser fácil.

Lo difícil era esperar, sabiendo que a pocos metros podía estar Raquel.

Un rechinar de llantas los hizo mirar por el espejo retrovisor. Ibáñez se estacionó en la acera contraria y bajó del auto, haciendo señas con la mano. Todos captaron el mensaje y se bajaron también. En la mano enarbolaba una hoja de papel.

—Listo —dijo al estar cerca de ellos—. Firmada por el juez Torres. La tinta todavía está fresca.

Eso era lo único que necesitaba Salas. Sin verificar si la hoja estaba en regla, se lanzó hacia la entrada principal, seguido de Angelo e Ibáñez. Graco y Anderson, que llegaron con Ibáñez, cerraban fila.

Salas llegó a la entrada de la casa y presionó el timbre. Después de la cuarta vez, procedió a dar fuertes golpes en la puerta. Nadie contestó.

Se retiró de la entrada y le hizo señales a Angelo. Este se acercó a la puerta y todos sacaron sus armas, en espera de cualquier sorpresa. Tomó un pequeño impulso y golpeó la puerta con el hombro. Con el tercer impacto la puerta se abrió.

El mundo privado de Marcel Osorio al alcance de sus dedos.

Jamilen entró la última. Esperaba que el interior de la casa compensara la banalidad del exterior. No sabía cómo debía ser la casa de un asesino de niños, pero por lo menos una edificación de dos pisos en la cima de una colina, con un patio lleno de chatarra y suciedad. La casa de Osorio era demasiado común para su gusto.

El interior era un reflejo del exterior y no podía ser más ordinaria.

Una amplia sala con un techo bajo de madera. Dos lámparas solitarias, una en la sala y otra en el comedor. Dos sofás en forma de ele dispuestos alrededor de una mesa que carecía de adornos. Un estante en la pared contraria, también falto en decoraciones.

Jamilen se paró en medio de la sala y giró 360° sobre sus talones.

No estaba segura de qué esperar, pero no eso.

Era un domicilio sin ninguna huella impresa de personalidad. Ni un solo libro a la vista. No había equipos de sonido o una sencilla televisión (en blanco y negro hasta hubiera sido apropiado). En las esquinas, nada de floreros, estatuas o siquiera un mísero cactus. Paredes blancas, sin cuadros ni retratos.

Pasó su dedo por encima de la superficie del aparador. Limpia e inmaculada, sin una sola brizna de polvo pegada a su superficie.

—¿Todo limpio? —escuchó la voz del detective Salas gritar desde algún lado de la casa.

—No está aquí —le respondió Angelo.

—Ni acá. Todo limpio —la voz de Graco.

Anderson salió de la cocina, guardando su arma en su estuche.

—No parece la cocina de un asesino —comentó.

—¿Qué esperaba? —le preguntó Jamilen.

—No sé. Carne humana o una cabeza en la refrigeradora.

Por lo visto no era la única que pensaba así.

Angelo salió de un pasillo que tenía el aspecto de ser el camino a los dormitorios. Llamó a Jamilen con un gesto de la mano. Cuando se acercó le indicó que lo siguiera. El arma aún en la mano.

Pasaron al lado de un dormitorio con la puerta abierta. En su interior una cama doble cubierta con una sábana color crema. Ni un solo mueble adicional.

Angelo siguió avanzando. Ese cuarto no era lo que quería mostrarle.

Cuando Jamilen lo alcanzó en el cuarto contiguo, Angelo estaba sentado en una acolchada silla de oficina, delante de un escritorio. En su superficie, un LCD de 32 pulgadas y en el piso, la torre de una computadora.

El escritorio era tan simple como se podía conseguir. Sin ribetes o biseles. Una tabla y cuatro patas. Un ratón óptico y un teclado ergonómico de color azul oscuro le hacían compañía al monitor. Ni un solo papel o estuche de discos de computadora a la vista.

Paredes blancas. Sin cuadros, decoraciones o pósteres. Faltos de personalidad como el resto de la casa.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Salas desde la puerta.

Jamilen se volteó. Salas y Graco estaban en la entrada de la habitación. Graco estudiaba con la mirada cada esquina con precisión clínica. La atención del detective Salas enfocada en la computadora.

La pantalla estaba encendida, un protector estándar de un campo de estrellas en las profundidades del espacio corriendo sin cesar. Angelo, por respuesta, movió el ratón y el campo de puntos blanco desapareció. En su lugar apareció un pequeño recuadro que solicitaba una palabra clave.

—Pensé que íbamos a tener que llamar a las Tortugas Ninja —

dijo Angelo señalando el monitor—, pero en el momento en que me levantaba de la silla me empujé con la mano. Toqué la mesa y mis dedos sintieron algo raro en la parte inferior.

Angelo se agachó y miró debajo de la mesa. Jamilen hizo lo mismo, seguido de Salas y Graco.

Una hoja de papel estaba pegada a la madera. Un rectángulo de delgada cartulina como las que se encuentran en los tarjeteros. En letras de bloque color negro, alguien había escrito unas palabras.

Clave: 171769

http://www.mibellapanama.com/ seguido de una serie de símbolos y números. Contaron, por lo menos, quince caracteres. Debajo, otras indicaciones.

Parada de navidad/corazón de Caperucita Roja/013176/ mijardincito

Salas se levantó, una mirada de determinación en el rostro.

—¿Ya lo probaste? —le preguntó a Angelo.

—Aún no.

Salas lo pensó no más de una milésima de segundo.

—Hazlo. Es todo lo que tenemos.

Angelo se acercó al escritorio y escribió en el recuadro gris los números 171769.

Con el corazón en la garganta, Jamilen vio cómo presionaba la última tecla. La pantalla azul desapareció, un punto blanco parpadeando en el centro.

—Demonios —murmuró Angelo—, no vayas a fallar ahora. Funciona.

Como si le hubiera entendido, el punto blanco se amplió y se convirtió en las dunas de un desierto, un fondo de pantalla predeterminado en muchas computadoras. Entre las arenas, destacaban dos iconos. Un pequeño basurero y el de Mozilla Firefox.

Angelo no necesitó que se lo dijeran. Abrió el explorador y escribió la dirección, letra por letra.

La pantalla se puso blanca, mientras fotos e imágenes se iban cargando. Contra un fondo que parecía un cielo nocturno, varias

carpetas con fotos. Un título en letras amarillas en la parte superior.

Mi Bella Panamá. Para aquellos que adoramos nuestro país.

Las carpetas con nombres que indicaban el tipo de fotos que contenían

Feria de Azuero.

Carnavales de Las Tablas.

Playas y ríos.

Paradas de Navidad.

Angelo presionó dos veces el enlace y la carpeta se abrió, desplegando fotos desde varios ángulos y en varios puntos de la capital de las paradas navideñas. Su dedo se deslizó sobre la rueda que estaba colocada entre los dos botones del ratón y las fotos fueron bajando.

Todos formaron un arco detrás de Angelo, asimilando cada foto que descendía. Buscando una foto en especial.

—¡Allí! —exclamó Anderson en la quinta fila de fotos—. La sexta foto de derecha a izquierda.

Angelo la amplió. Era una escena de un colorido carro alegórico. Santa Claus en un trineo, empujado por sus fieles renos. Varios duendes a los lados, despidiéndose al verlo despegar.

—¿Qué tiene esa foto? —preguntó Salas—. No lo veo.

Anderson se acercó al monitor y señaló con un dedo la primera fila de observadores. Entre las decenas de adultos y niños, un señor mayor cargaba en hombros una niña de cinco años. Llevaba una capa roja y una caperuza sobre dos trenzas de color dorado. A la distancia que fue tomada la foto se podía ver la ropa que llevaba debajo.

Un suéter blanco con un corazón en pequeñas lentejuelas y cristales de color plata en todo el centro.

—¿Qué tiene que ver esa niña con todo esto? —preguntó Salas, sorprendido.

—Tal vez no es la niña —dijo Jamilen, recordando clases pasadas—. Tal vez el corazón es una entrada a otro sitio. Las fotos pueden esconder enlaces. Todo depende de saber dónde presionar.

Jamilen se acercó al teclado y empujó el ratón hasta que el

indicador en forma de flecha se posicionó en todo el centro del corazón de plata. Nada pasó en ese momento.

Jamilen presionó el botón derecho del ratón y todos aguantaron la respiración.

La foto se empezó a fragmentar en pedazos, como si un terremoto interno estuviera sacudiéndola. Detrás de la foto apareció un nuevo recuadro negro sobre un fondo gris. Una nueva clave era solicitada.

Jamilen se alejó de la mesa y la tensión en el cuarto se elevó a niveles eléctricos.

Angelo los miró a todos, como si quisiera la aprobación individual y colectiva de sus compañeros. Luego, regresó al teclado. Escribió 013176.

La palabra clave fue aceptada y una nueva página apareció. Era una especie de directorio, con imágenes que promocionaban diferentes sitios para todos los gustos. De deportes, equipos electrónicos, juegos de video.

Casi al final encontraron la que buscaban. Un rectángulo rosado lleno de flores y en el centro, en letras rojas, las palabras *Mi Jardincito*.

Angelo presionó el letrero.

Una nueva pantalla apareció. La imagen de un jardín lleno de flores de todos los tipos imaginables. Rosas blancas y rosadas, lirios color crema, margaritas de tonalidades amarillas y flores que Jamilen nunca había visto en su vida. Algunas se movían como empujadas por un invisible viento electrónico. Una cautivadora música. Melodías conjuradas por una flauta de Pan sonaban en el fondo. Sobre un cielo celeste claro lleno de nubes, el nombre de la página.

Mi Jardincito.

—No creo querer saber qué es ese lugar —dijo Graco en un tono de voz neutro.

Todos sabían que no había marcha atrás. El SUNI era dueño de esa computadora y esa página era especial para él.

Especial para un pedófilo, asesino de niños.

«Fantástico», pensó Jamilen con tristeza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Angelo. En la página no existía un menú. Solo el jardín y la música.

—Yo diría —dijo Graco— que hay que ver si funciona lo que te dijo la licenciada Lasso.

Angelo deslizó el puntero con la ayuda del ratón. Casi con el primer movimiento pasó por encima de una flor y la flecha mutó, convirtiéndose en una mano con el dedo extendido.

No presionó el punto. Siguió deslizando el puntero.

Casi todas las flores eran enlaces ocultos.

Decenas y decenas de flores.

—Presiona una, por Dios santo —dijo Jamilen con urgencia.

Angelo seleccionó una flor blanca y presionó.

Una ventana se abrió, ocupando la mitad de la pantalla.

Una serie de fotos ocuparon el espacio y Salas dio un paso atrás al ver el contenido. Jamilen, por el contrario, se quedó congelada en su lugar y todo lo que pudo hacer fue llevarse la mano a la boca. Su mente trataba de procesar la información visual suministrada, pero algún circuito en lo profundo de su cerebro rehusaba darle una explicación.

Era un conjunto de seis fotos de la misma persona. Una niña de unos siete años.

En la primera foto aparecía vestida. El fondo, un patio lleno de grama y un árbol.

En la segunda foto, la misma niña. El mismo fondo. Ropa interior.

Las otras cuatro fotos, sin prenda de vestir alguna. Las últimas dos, envuelta en actividades que ningún niño debería verse forzado a soportar. Imágenes más propias de un video triple X filmado en algún rincón oscuro del mundo.

—Dios santo —murmuró Graco.

Anderson no dijo nada, pero Jamilen oyó que se retiraba. De seguro, buscando algún sanitario donde vomitar.

Angelo cerró la ventana y se posó sobre otra flor.

Mismo resultado. Mismo sistema de seis fotos y similar secuencia de eventos. Diferente niño. Un varón ahora, de diez u

once años.

Otra ventana. Otro niño.

Angelo lanzó el ratón lejos de él y apagó el monitor.

Se llevó las manos al rostro y se tapó los ojos en un vano intento de borrar las imágenes que lo perseguirían de por vida a partir de ese momento.

A todos ellos. Habían encontrado a su Virgilio y este los estaba guiando por los círculos del Hades. Un infierno muy diferente al descrito por Dante.

Un infierno lleno de niños inocentes.

El extraño cerró el cuaderno donde estaba escribiendo. Colocó una pluma *Cross* color negro sobre la mesa y apoyó la espalda contra el respaldar de su silla, suspirando con fuerza.

Al lado derecho de la mesa del escritorio estaba su fiel computadora. Del lado izquierdo tenía armada una pirámide con las doradas y oscuras latas de una marca de bebida energizante.

No necesitaba contarlas. Llevaba siete. Siete latas en el transcurso de seis horas.

«Eso no puede ser saludable», pensó.

Tomó el basurero colocado bajo la mesa y empezó a depositar todas las latas en el fondo. Cuando terminó, sacó la bolsa fuera del cuarto y apagó la luz.

El calor que recorría el edificio de extremo a extremo lo golpeó con fuerza y un mechón de cabello cayó sobre sus ojos. Se lo apartó con un movimiento rápido de la mano y levantó la mirada. A través de un grupo de paneles ausentes pudo ver un cielo sin nubes.

Con las manos en los bolsillos se encaminó hacia el dormitorio habilitado en las oficinas del antiguo hangar. Todos los muebles hacía años que habían desaparecido, ya fuera por manos humanas o por el tiempo. Ahora, el pequeño espacio de 9 metros cuadrados era ocupado por una sencilla cama tamaño Queen y un aire acondicionado blanco que se hallaba encendido desde horas antes. El frío del cuarto lo envolvió como un manto y sintió su corazón

calmarse un poco. Cerró la puerta y la trancó por dentro.

Tres barras de metal colocadas en su lugar.

Se recostó en el colchón mirando el techo. Se sentía cansado, pero no quería dormir.

Estaba acostumbrado a despertar bañado en sudor, a pesar de las temperaturas casi glaciales que usaba para entumecer su cuerpo y mente, pero eso no lo hacía anhelar la hora de irse a la cama.

Sin embargo, tarde o temprano, las dosis de energía líquida menguaban y su cuerpo se rendía al cansancio. Ese era uno de esos días.

Tenía que dormir, quisiera o no. Si tenía suerte, su cuerpo estaría tan agotado que no recordaría el sueño.

Cerró los ojos y cayó dormido.

La sensación de falta de aire fue lo primero que sintió.

Abrió los ojos y una mano apretó su cuello con más fuerza.

Trató de liberarse, pero la mano era gruesa y muy fuerte. Mientras más trataba de soltarse, más se cerraba sobre su tráquea. Cuando ya se sentía desfallecer, la mano liberó la presión.

Se sentó en la cama. Una tenue luz entraba por una ventana e iluminaba el interior de la habitación.

El hombre parado delante de la cama lo alumbró con una potente lámpara. En las penumbras del cuarto, la luz de la linterna era como un pequeño sol y sus rayos iban todos dirigidos a sus ojos.

Se tapó el rostro con las manos y en ese momento sintió la patada en un costado. Se dobló del dolor y se cayó de la cama.

—Levántate —dijo el hombre, apuntándolo con la cegadora luz —. Miserable excusa de hijo. Es hora de despertar. ¡Sorpresa!

La mano lo agarró por los cabellos y lo levantó en peso. Un grito trató de escaparse de sus labios, pero apretó los dientes. Sabía el castigo que sufrían los niños que les gritaban a sus padres.

—¿Te gustan las sorpresas?

—Sí…

Un nuevo golpe, este sobre del rostro.

—Sí, ¿qué?

—Sí… señor.

—Mucho mejor. Ahora, de pie.

Se irguió con dificultad. El cuero cabelludo lo sentía en llamas. Su padre bajó la lámpara y el extraño lo miró sin que se diera cuenta. Como siempre, no llevaba ropa interior.

La lámpara giró hacia sus ojos. Una patada en la rodilla lo dobló de nuevo.

«No lo mires —se dijo a sí mismo—. Llevas cuatro años en esto. Eso ya deberías saberlo. No le gusta que lo mires».

Un brazo que sería la envidia de King Kong lo agarró por el cuello y lo alzó con fuerza. Un rostro lleno de decenas de arrugas se acercó a su oído. Una poblada barba cubría su quijada.

—Camina. No tenemos toda la noche. No queremos despertar a tu mamá.

El brazo lo empujó en dirección a la puerta interna. La que llevaba al cuarto de su hermana menor.

Con cada paso se sentía como uno de esos condenados a la silla eléctrica, en su caminata final. Por lo menos, ellos sabían que allá todo terminaría. Él no tenía ese lujo. Todo se repetiría la siguiente noche.

Y la siguiente. Y la siguiente.

Abrió la puerta y entró en la habitación de su hermana. Sus pequeños ronquidos se escuchaban como el suave ronroneo de un gato. Ese sonido siempre alegraba su corazón, hasta que recordaba por qué lo llevaba en esa dirección.

—Despiértala —le dijo la gruesa voz del que tenía que llamar padre—. Es hora de que cumpla con sus obligaciones.

Los buenos hijos obedecían a sus padres.

Se arrodilló al lado de su hermana y la despertó con suavidad. Sus ojos se abrieron casi en el acto y se iluminaron al ver la cara de su hermano.

El rayo de luz cayó sobre los dos con fuerza.

—Vamos —dijo su padre—. No tenemos toda la noche. Anabel, levántate y quítate ese camisón.

La niña apretó la ropa contra su cuerpo, en un vano intento de evitar lo inevitable.

La suela de la pesada bota cayó sobre la espalda de su hermano.

—Marcel —murmuró la niña—. No lo golpees. Haré lo que me pidas.

—Claro que lo harás —dijo su padre—. Es lo que hacen los buenos niños.

El haz de luz se deslizó sobre sus dos cuerpos. Estudiando cada centímetro de piel descubierta. Ya ambos estaban sin ropa. Era lo mejor.

Las consecuencias eran rápidas y violentas.

—¿Cuántos años tienen ya?

Su propio padre no sabía sus edades. Por algún motivo a Marcel no le extrañaba.

—Yo tengo nueve —dijo Marcel—. Anabel tiene ocho.

Un puño lo golpeó en las costillas. Se dobló sobre ese lado y su hermana le apretó la mano.

—¿Te dije que respondieras por ella?

—No, señor.

La luz se congeló en su hermana.

—Te ves limpia. ¿Te bañaste antes de dormir? ¿Te quistaste toda la suciedad?

—Sí. Sí, señor.

—Bien. Esta noche tengo planeado algo especial.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marcel y Anabel empezó a temblar a su lado. Marcel solo pudo apretarle la mano, tratando de infundirle confianza.

«Acabará pronto —parecía querer decirle por el tacto—. Una hora a lo sumo y nos dejará libres».

Por lo menos hasta la siguiente noche.

—Ok. Hoy quiero que hagan lo siguiente.

Un fuerte sonido electrónico resonó con fuerza descomunal y llenó toda la habitación, sacándolo del sueño. El extraño se despertó con un grito de terror.

Saltó de la cama y corrió hacia la mesa en la esquina del cuarto. Una laptop mostraba un fondo marino lleno de peces. El extraño tocó el teclado y el acuario desapareció para mostrar un cuadro

amarillo. En su interior, en letras negras, un mensaje parpadeando.

RUPTURA DE SEGURIDAD. PUERTA DE CASA ABIERTA.

Apagó la alarma y abrió otro programa. Leyó la información digital y se dejó caer al piso. No solo habían entrado en su casa. Estaban usando su computadora.

Sabía que ese día llegaría, pero no se lo esperaba tan pronto.

Gotas de sudor se deslizaban por su espalda y en el frío de la habitación solo pudo abrazarse y rezar por Anabel.

—Pronto, hermanita —dijo en voz baja—. Muy pronto.

Capítulo 22

El salón de conferencias estaba más lleno que nunca.

La superficie de la mesa parecía estar retoñando tacitas de café y el aire se sentía saturado del punzante aroma. Una lata de soda y una botella de aloe vera discordaban con la escena. Salas, Graco y Anderson leían un reporte del equipo encontrado debajo de su auto.

Ante la evidencia y con una fuerte sospecha de estar siendo vigilados por el SUNI, extremaron las medidas de seguridad. Angelo siempre tuvo dudas de cómo ella y el SUNI se encontraron. Era demasiado curioso. Demasiado improbable.

Sin embargo, había ocurrido. Alguna explicación tenía que haber. El SUNI no era omnipotente. No podía seguirlos a todos a la vez.

Angelo, guiado por una corazonada, decidió revisar los autos de la Fuerza Conjunta.

Encontró una unidad de posicionamiento global debajo del carro de cada uno de ellos, incluyendo su KIA. Los estudiaron, le tomaron fotos y los dejaron en su lugar. Si los removían, le avisaban al SUNI que conocían su secreto y el elemento sorpresa desaparecía.

Decidieron dejarlos en su lugar, pero todos sabían que el SUNI los vigilaba y podía encontrarlos en cualquier momento.

Una sensación nada tranquilizadora.

Del otro lado de la mesa, Angelo, Ibáñez y el jefe Valero esperaban que las Tortugas Ninja prepararan el equipo necesario. Tenían un reporte preliminar del contenido de la computadora del

SUNI.

«No más SUNI —pensó Jamilen—. Ya no es un Sujeto No Identificado. Tiene un nombre: Marcel Osorio».

El ministro Archibold, Jamilen y el grupo de Salas discutían algunos detalles sin interés. Todos estaban haciendo tiempo.

La última palabra en todo ese caso lo tenían los del Departamento de Informática, que después de unos cinco minutos más tenían todo listo. Un silencio sepulcral llenó toda la oficina cuando la luz del equipo, un proyector de última generación, mostró la imagen del jardincito de flores.

—Antes de entrar en materia —dijo Rafael levantándose de su silla— quiero que sepan que lo que vamos a discutir aquí forma parte ahora de una investigación que involucra organismos internacionales. Organismos muy interesados en detener esta red de pornografía infantil. Sin embargo —comentó mirando hacia el detective Salas—, si tenemos evidencia de la localización de Raquel, estarán de acuerdo con la decisión que tomemos. La vida de ella es prioridad sobre la red, pero piden nuestra discreción. Si podemos atrapar a Osorio y a toda su red, mejor todavía.

—Tenemos otros miembros del equipo —dijo Miguel Angel— revisando la computadora de Osorio. Si hay algún documento de interés allí, lo encontraremos por muy bien que lo haya escondido, pero por ahora tenemos más que suficiente con la página del jardincito.

—Como entramos a esa página usando una clave verdadera, esta continúa funcionando. Eso es importante para atrapar a todos los miembros y visitantes de la página. Como dije, está siendo moni toreada las veinticuatro horas del día.

—¿Encontraron a mi hija o no? —dijo Salas, golpeando la mesa con la hoja de reporte del equipo de GPS.

—Salas —le recriminó Valero— dales tiempo. Fueron mis órdenes.

Salas lo miró sin comprender.

—¿Sabes lo que encontraron?

Valero lo miró y de forma casi imperceptible, asintió. Antes de

que pudiera saltar, habló:

—No todos aquí conocen lo que ustedes vieron y, considerando lo que sé, creo prudente que hagamos esta presentación una sola vez. Tendremos tiempo de actuar después.

El detective Salas iba a protestar, pero cerró la boca y se cruzó de brazos. A esas alturas debía saber que unos minutos no iban a hacer la diferencia.

Raquel llevaba tres semanas desaparecida.

—La página de *Mi Jardincito* —dijo Miguel Ángel— es, como todos se imaginan, una pantalla para lo que en realidad es una red de pornografía infantil. Cada flor en ese jardín maldito es un enlace a una carpeta con seis o más fotos. El patrón que vimos es el mismo para todos. Una foto con ropa, una en interiores y un desnudo frontal. Las demás, a imaginación del usuario.

—¿Quién es el dueño? —preguntó Valero.

—Eso aún no lo sabemos —dijo Rafael—, pero lo estamos averiguando. Ahora, según el foro…

—Aguanta —dijo Ibáñez con el entrecejo fruncido—. ¿Esa página tiene un foro?

—Sí. Es el cactus en el medio del jardín.

A Jamilen esa imagen siempre le llamó la atención. Un jardín lleno de flores y un cactus, un saguaro alto y desgarbado, en todo el centro.

Otro misterio resuelto.

—Cuando entramos en el foro, bueno, digamos que voy a tener pesadillas por mucho tiempo. Ahora, ustedes las compartirán conmigo.

Rafael se inclinó y movió el ratón. Lo posicionó sobre el saguaro y presionó el botón. Una ventana apareció al lado, con un listado de opciones.

Misión.

Visión.

¿Quiénes somos?

No están solos.

Foro.

—Parece la página de una empresa —comentó Anderson—. Con misión y visión.

—No es el tema de la reunión de hoy, pero, en resumidas cuentas, es una explicación del porqué del sitio, qué los motiva o impulsa y hace sentir bienvenidos a todos los visitantes.

—¿Es una broma? —preguntó el ministro Archibold.

—Eso quisiera, señor ministro —dijo Rafael—. Incluso es hasta típico. Hace unos meses desmantelaron una red similar en Noruega. Se llamaba… «Deseos perversos» o algo así.

—«Deseos violentos» —corrigió Miguel Ángel— y no fue en Noruega. Fue en Holanda.

—Eso es, «Deseos violentos». Lo de Holanda, no estoy seguro. En fin, en su página los miembros discutían sus sueños, justificaban sus actos y daban consejos de la mejor forma de secuestrar y matar un niño.

Un suspiro de resignación se escapó de los labios de Salas.

—Disculpe, detective —dijo Rafael, percatándose de la implicación en sus palabras—. No me refería a…

—No importa —dijo Salas, deteniendo sus disculpas con la mano—. Solo dime, por curiosidad, ¿cuántos miembros?

—No lo recuerdo muy bien, pero creo que cuando cerraron la red, encontraron más de doscientas mil fotos y videos de pornografía infantil.

—No me refería a eso. ¿Podemos saber cuántos miembros tiene la nuestra?

«Eso no sonó bien —pensó Jamilen—. Nuestra red de pornografía infantil».

¿Cuántas más habría que no conocían?

Rafael miró a Miguel Ángel que continuó:

—El foro no lo dice, pero el punto «Quiénes somos» tiene un contador de miembros activos.

Miguel Ángel entró en la sección mencionada y se fue hasta el final.

El contador, un modelo típico de cientos de páginas de internet, reportaba el número 233.

Jamilen se quedó con la boca abierta. Había 233 personas con acceso a computadoras e intereses muy diferentes de lo considerado aceptable por la mayoría de las sociedades modernas.

—Dime que ese número no representa a Panamá —insistió Angelo.

—Gracias al cielo no. Esta red es accesible desde todo el mundo, pero podemos asegurarles que hay miembros en nuestro suelo.

—Para poder tener acceso a todo el material —dijo Rafael— el sitio exige que primero envíes fotos con las especificaciones que mencioné. Es una forma estándar de protección para estos grupos. El tener una foto de pornografía infantil es un delito. Tener una en posesión o ponerla en internet es garantía segura de una larga temporada en la cárcel en no muy buenas condiciones de seguridad personal. Para entrar tienes que asegurarles que corres tantos riesgos como ellos.

—Las fotos están numeradas con un código que, en un principio, pensamos era al azar. Luego nos dimos cuenta de que el código indica el país de origen del usuario que las puso en el sitio. No es gran ayuda, pero es algo.

Miguel Ángel sacó una hoja de su bolsillo y empezó a dictar. Rafael movía el ratón en la dirección indicada y abría la ventana.

Rosa blanca. Esquina inferior derecha… una niña.

Una flor que no conocía, de largo tallo y color rosado. Centro, parte inferior… un niño.

Margarita. Centro a la derecha del cactus… una niña.

Margarita. Centro, arriba de la anterior… una niña.

Gardenia. Esquina superior izquierda… un niño.

—Las fotos de las dos niñas, las margaritas, fueron enviadas por el mismo usuario. Se hace llamar Magnus999. Uno de los niños, la gardenia, por un usuario diferente. Rasputín15.

—¿Reconocen a las niñas? —dijo Miguel Ángel abriendo las dos ventanas, una al lado de la otra.

Jamilen sintió el corazón caer a sus pies.

Marta Cruz y Bianca Santamaría.

Reducidas a dos margaritas, una al lado de la otra.

Escuchó el sonido de alguien tragando aire. Entonces recordó que ni el ministro ni el jefe Valero habían visto esas fotos. Además, el ministro Archibold estaba viendo las fotos, en toda su vulnerabilidad, de alguien que confirmaba sus peores pesadillas. Hasta ese momento, aún era posible que Bianca huyera con un novio.

Esas fotos destruían la posibilidad.

Miguel Ángel cerró las ventanas y abrió la gardenia.

Tomás Solano.

—Todos están allí —dijo Ibáñez con aspereza—. Todos.

—¿Y las otras dos flores —preguntó Salas— quiénes son? Me imagino que una es José Muñoz.

Rafael abrió las dos flores que quedaban y las dos ventanas mostraron las fotos de los niños.

Ninguno era José Muñoz. Eran rostros desconocidos.

La niña escondida detrás de la rosa blanca podía tener diez u once años. El niño, tal vez la misma edad. Nada que los identificara o permitiera averiguar cuándo fueron secuestrados o si fueron víctimas de Osorio. El niño tenía una pequeña cicatriz en forma de estrella en el codo izquierdo.

Dos angelitos más a la lista. *Perfecto*.

—Esos dos —dijo Rafael— fueron puestos en el sitio por un usuario que se hace llamar Dante666.

—¿Dante666? ¿Osorio? —preguntó Jamilen.

Rafael asintió.

—Esas fotos las encontramos en la computadora de Osorio —dijo Miguel Ángel—. Son las únicas fotos que había, así que estamos bastante seguros que fueron las fotos con las que pudo entrar al sitio. Su tiquete de aceptación, por decirlo de alguna forma.

—Sus primeras víctimas —dijo Graco—. ¿Alguna forma de identificarlos?

—Ya tratamos con los de Personas Desaparecidas, pero ninguna foto de los casos pendientes corresponde a esos dos.

—Dos niños que nadie reportó. ¿Niños sin casa? ¿Sin hogar?

—Es nuestra opinión —dijo Rafael—. Niños sin padres,

maltratados por la vida. Iria con el patrón.

Miguel Angel cerró las ventanas.

—Tenemos tres pedófilos en nuestro suelo. Osorio y dos más —dijo Angelo—. Demonios. Díganme que alguien va a ir detrás de esos sujetos.

—La red está infiltrada. Tarde o temprano caerán. No se preocupen de eso.

Un silencio cayó en la habitación, hasta que Salas hizo la pregunta que nadie se atrevía a hacer.

—¿Mi hija no estaba allí?

Rafael miró a Miguel Angel. Luego, ambos miraron a Valero.

—Salas. Lo siento mucho.

El detective Salas bajó la cabeza y se la cubrió con las manos.

Todos guardaron silencio, el suave jadeo del padre amortiguado por sus brazos. Después de dos minutos respiró hondo y levantó la mirada.

—Ese desgraciado puso fotos de mi hija en ese sitio. Espero que no sea yo quien lo encuentre, porque…

—No fue él —dijo Rafael.

—¿Cómo?

—El señor Osorio no puso esas fotos. Fue otra persona. Mucho antes.

—No entiendo —dijo Salas en *shock*—. Osorio la raptó. ¿Cómo puedes pensar que no fue él?

—Porque las fotos fueron subidas al sitio hace más de un año. Esa información está disponible en el foro. Cada vez que actualizan el jardín, ponen un aviso. Las fotos de Raquel fueron subidas el 13 de febrero del año pasado por un usuario que se hizo llamar *MycroftH10*.

—Eso no puede ser.

Sus ojos se entrecerraron medio centímetro.

—Quiero ver las fotos.

—Salas —empezó Valero, pero este lo interrumpió.

—Necesito ver algo.

—No son fotos…

—Deben mostrárselas —dijo Jamilen y todos se voltearon a mirarla—, tiene que saber que es ella, aunque el dolor sea muy grande. Si no lo hace, jamás podrá estar en paz.

Valero trató de objetar, pero desistió.

—Dejemos al detective solo.

—No es necesario —dijo Salas—. Quiero que esas fotos los persigan también a ustedes. La desdicha adora la compañía.

Una miserable sonrisa apareció en sus labios y miró hacia la pantalla.

Rafael movió el cursor sobre una flor blanca que Jamilen sí reconoció en el acto.

Una orquídea. La flor del Espíritu Santo.

Las fotos de Raquel Salas aparecieron a todo color. Un patio con grama en el suelo y un muro de ladrillos en el fondo.

Igual serie de seis fotos. El hombre que salía con Raquel en las últimas dos fotos era de color casi canela. Se podía ver una pequeña verruga en su muslo derecho.

—¡Ese desgraciado! —gritó Salas y se levantó de la silla casi en un brinco. Sin decir otra palabra salió corriendo de la oficina. En su escapada, se llevó la mano al cinto para ver si su arma estaba allí.

—¡Salas! —exclamó Valero—. ¿Adónde vas?

Angelo acercó los ojos a la pantalla.

—Demonios —dijo de repente Angelo y tomó a Jamilen por la muñeca—. Creo que voy a necesitar que vengas. Tal vez puedas calmarlo. Oscar, ¡vamos!

Los tres salieron de la oficina, preguntas resonando detrás de ellos. Angelo, antes de salir, regresó su atención a los demás.

—Envíen una unidad a la casa del detective Salas. No, mejor dos.

Salió corriendo, con Oscar y Jamilen detrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Conozco ese lugar —dijo Angelo sin parar y acelerando el paso—. El muro de ladrillos rojos es la casa de Salas y el hombre de la verruga en el muslo, su hermano Erick.

El círculo de los traidores.

Un hermano que traicionó a otro, como Caín.

Un hombre que traicionó la confianza de quien era su obligación defender y proteger, como Judas.

Un hombre que cualquiera llamaría un demonio, como Satanás.

En momentos como ese, Jamilen detestaba tener la razón.

—Explícame —dijo Jamilen asomada entre los asientos de Oscar y Angelo— cómo puedes estar tan seguro.

Angelo giró el timón y el Ford Taurus esquivó un camión para luego regresar a su carril. Unos metros más adelante, Salas conducía como un demente y eso, después de haber compartido un auto con él, era decir bastante.

—Tuve que ir a su casa hace una semana —dijo Angelo, sin quitar la vista de su objetivo— y conocí al hermano. Estaba sentado en una silla en el patio y llevaba unos pantalones cortos. Vi esa verruga y reconocí el muro de ladrillos rojos. La foto de Raquel fue tomada allí.

—Hace más de un año —dijo Oscar, pensativo—. Otro caso de abuso sexual. Osorio sí escogió a Raquel por ser una niña víctima de abusos.

—Así parece —comentó Jamilen—. Así parece.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Angelo.

—Me preguntaba por qué Osorio considera el caso de Raquel diferente. ¿Por qué no la puso en el mismo círculo del infierno que Marta?

—Tal vez se cree Minos —dijo Oscar.

Jamilen sonrió. Oscar prestaba atención después de todo.

—Esa es una explicación. Por algún motivo, el caso de Raquel le pareció más una traición que un acto de lujuria.

—¿Lo puedes culpar? —dijo Oscar—. El abuso sexual ya de por sí es malo, pero de un familiar… La hija de un hermano.

Jamilen no lo corrigió. La realidad era mucho peor de lo que pensaba.

Condujeron el resto del camino en silencio, temiendo qué haría el detective Salas al llegar a casa.

«¿Qué harías tú?», se preguntó Jamilen. Luego recordó el cuchillo en la mano de Lucas y cómo le lanzó el tubo de crema.

Por suerte no tenía permiso de portar armas.

El carro de Salas giró en una bocacalle y aceleró.

—Estamos llegando —dijo Angelo—. Oscar y yo nos bajaremos primero. Esperas en el auto hasta que yo te avise.

Sin esperar respuesta, Angelo frenó en una acera y ambos compañeros saltaron del auto. Salas ya estaba en el estacionamiento de una casa cercana. Dejó la puerta del auto abierta y corrió hacia la entrada.

Llevaba su arma en la mano.

—Rayos —dijo Jamilen—. Que me quede en el auto. Claro.

Jamilen se bajó, cerró las puertas y fue detrás de Oscar y Angelo, quienes ya llegaban a la casa.

Salas abrió la puerta de la casa y se perdió en su interior. Antes de entrar le pareció escuchar el grito del detective llamando a su hermano. Treinta segundos después, Angelo y luego Oscar.

Silencio absoluto.

Jamilen llegó a la entrada de la casa, pero no entró. Era valiente, o por lo menos eso creía, pero entrar en una casa con personas armadas y guiadas por sus emociones, no le parecía buena idea.

Dio unos pasos tentativos hacia la entrada y Angelo casi choca con ella.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije…? No importa, ven urgente.

Antes de que pudiera entrar, Angelo la detuvo poniendo su mano en su brazo.

—No es algo bonito —le advirtió.

—¿Qué lo es en todo este caso?

Y entró en la casa del detective Salas, temiendo encontrarse a la persona que hasta ese momento había sido un compañero de trabajo con una humeante pistola en mano y el cuerpo de su hermano sangrando en el piso. Angelo la guio hasta los dormitorios y la dejó pasar.

La escena que se encontró en su lugar parecía sacada de otra película.

Era un cuarto de color melocotón, con decoraciones infantiles de princesas y cuentos de hada. Una foto en un aparador con el rostro de Raquel. Salas arrodillado, golpeando el piso con rabia. La pistola tirada a su lado. Oscar parado en una silla con las manos alzadas hacia el techo.

Un hombre colgando.

Sus pies flotando 10 centímetros por encima del suelo, oscilando al errático ritmo de la soga amarrada alrededor de su cuello.

—¿Por qué? ¿Por qué? —era todo lo que se le entendía al detective Salas.

«¿El suicidio o Raquel?», pensó Jamilen, acercándose hacia el cuerpo tirado en el piso. Se arrodilló a su lado y empujó con el pie la pistola hacia Angelo. Mejor que no tuviera acceso a armas letales en ese momento.

—Está muerto —dijo Oscar, verificando pulsos en todas las arterias disponibles.

—Déjalo donde está —dijo Angelo.

Jamilen levantó la cabeza y lo miró con severidad.

—Es el hermano de…

—Es la escena de un crimen —dijo Angelo con autoridad, pero sin regañarla—. No debemos tocar nada más. Salgamos de la habitación.

Sirenas de la policía acercándose. Llegaban los refuerzos.

Jamilen regresó su atención al detective Salas y entre ella y Angelo lograron hacer que se levantara y saliera del cuarto de su hija, manchado para siempre con la muerte de su abusador.

«Destrucción de la inocencia en todas sus formas», se dijo Jamilen viendo las decoraciones de unicornios y pequeñas hadas en las paredes al salir.

A ninguno se le escapó la pequeña hoja de papel blanco colocada sobre la cama de Raquel y fijada en su sitio con una pequeña aguja.

Lo siento.

El detective Salas, sentado en un sofá con una sábana de color

oscuro sobre los hombros, contemplaba la superficie de una taza de té que Jamilen había preparado con premura. Una suave esencia a limón cubría el lugar.

Alrededor de ellos, el movimiento de toda la maquinaria que se activaba en casos como ese. En ese momento, los destellos luminosos de las cámaras tomando fotos en la habitación apenas se reflejaban en las paredes cercanas.

Jamilen permaneció a su lado, dándole su espacio. Eran muchas cosas para procesar en poco tiempo. Eso sin contar con que aún no encontraban a Raquel.

—¿Quiere algo más? —se atrevió a preguntar después de un rato.

El detective Salas negó con la cabeza, sus movimientos tan lentos como si estuviera bajo los efectos de una dosis masiva de tranquilizantes. Cuando la miró, parecía haber envejecido diez años en cuestión de horas.

—Sí. Quiero que me diga cómo mi propio hermano me pudo hacer esto.

Jamilen no respondió. Esa era una pregunta para la cual no existían respuestas.

¿Qué motivaba a una persona a hacerle daño a otra? ¿Qué hacía que alguien quisiera lastimar a un niño?

Angelo apareció acompañado de la detective Graco. Esta se acercó a su jefe y se agachó a su lado.

—Soy consciente de que es un momento muy duro para usted, pero sigue siendo una investigación criminal. Los muchachos empezaron a revisar la casa. Presupongo que usted les dio permiso.

Salas asintió con el más imperceptible de los movimientos.

—Bien. Entonces debe saber que revisamos el cuarto de su hermano. En su escritorio tiene una laptop. ¿Sabe de cuál estoy hablando?

Salas asintió.

—Una Toshiba negra. Yo se la regalé para una Navidad hace tres o cuatro años.

—Lamento decirle que los de informática hicieron una revisión

preliminar. Hallamos las fotos en una carpeta oculta.

No tenía que especificar qué fotos. Todos sabían a cuáles se refería.

—Además, en sus favoritos está el enlace a la página de *Mi Bella Panamá*.

Salas no respondió. Estudiaba la clara superficie líquida contenida en el envase apoyado en sus piernas.

—¿Alguna idea de por qué se suicidaría? El motivo es obvio, pero ¿por qué ahora?

—Es mi culpa —dijo Salas, resignado—. Era mi hermano. Era su sobrina. No era lo correcto, pero no pude evitarlo. Siempre estuvo informado del curso de la investigación. Del sospechoso, de la computadora y de la página de *Mi Jardincito*.

Salas bajó la cabeza y se llevó la taza de té a los labios. No era necesario que elucubrara más. Si Erick sabía que tenían acceso a la página con las fotos de Raquel, era solo cuestión de tiempo que tuviera que enfrentar a su hermano.

Después de tomar un sorbo de té miró a Jamilen.

—Está bueno, gracias. —Luego sonrió—. Ahora caigo en la cuenta. Debí verlo desde el principio.

—¿Qué cosa?

—El usuario que puso las fotos de Raquel se llamaba *MycroftH10*.

—Sí, es cierto —dijo Graco.

—Mycroft era el hermano mayor de Sherlock Holmes. Erick era mi hermano mayor, y cuando me convertí en detective de homicidios empezó a llamarme Sherlock Holmes. Yo nací el diez de mayo, igual que él, pero dos años después. Teníamos eso en común también.

Tomó un nuevo sorbo del té, pero la taza repiqueteó con el plato de la vajilla.

—Siempre pensé que Erick era el mejor hermano del mundo. Cuidaba a Raquel cuando yo tenía que quedarme trabajando hasta tarde. Él no tenía un trabajo fijo, por lo que casi era el ama de casa. Era mi persona de más confianza. Estuvo conmigo después de la

muerte de mi esposa y me ayudó criando a Raquel. La vio crecer. Le cambió los pañales. ¿Cómo pudo pasar de eso a…?

No terminó la frase y cerró los ojos.

La habitación se llenó con las melodías de una canción que Jamilen reconoció en el acto.

Murder by numbers, de The Police.

Graco se levantó y, pidiendo disculpas, atendió la llamada.

Esa canción como tono de llamada de una detective de homicidios le pareció inapropiada, pero luego recapacitó y se dio cuenta de que la poesía en el hecho era hasta hermosa.

«¿Por qué no?».

Graco empezó a hablar en un tono más alto y acelerado, lo que activó a Salas de una forma inesperada. Sus ojos se encendieron y parecía más alerta.

Algo estaba pasando y Salas lo presentía.

Cuando cerró el teléfono, Graco se veía alterada.

—Era Rafael —dijo parándose en medio de la sala. Angelo y Oscar se acercaron a escuchar—. Encontraron un documento en la computadora de Osorio. Un archivo en formato PDF. Un título de propiedad.

—¿Qué propiedad? —preguntó Salas levantándose del sofá.

—Un edificio en medio de la nada —dijo Graco—. Fue comprado a nombre de una compañía ficticia por Inferno Security. Por eso no la encontramos cuando investigamos a Osorio.

—¿Un edificio? —preguntó Angelo.

—Una especie de hangar cerca del antiguo aeropuerto de río Hato. Fue abandonado después de la invasión y puesto a la venta hace unos diez años. Según el archivo, lo compró casi regalado.

—Un hangar. Eso es, ¡el asbesto!

Miró a todos expectante, pero nadie sabía de qué hablaba.

—El cadáver de José Muñoz, ¿recuerdan? El forense encontró en la ropa polvo de asbesto. Estuve buscando y ese material está en muchas partes, pero cada vez menos por los problemas de salud que causa. Uno de los sitios donde se encuentra es en lugares que almacenan aviones antiguos o aeronaves militares.

—Si José Muñoz estuvo allí, Raquel puede estar también —dijo Graco sacando su celular para hacer una llamada.

Salas sacó las llaves de su auto y caminó hacia la puerta.

Angelo se interpuso en su camino.

—¿Adónde vas?

—Raquel puede estar en ese hangar. Voy para allá.

—No. Esta vez vamos a planear las cosas bien.

—¡Mi hija está allí!

—Tal vez —dijo Angelo sin moverse—, pero eso no cambia las cosas. Osorio tiene a Raquel y si nos apuramos y ve a la policía, puede decidir eliminar los cabos sueltos y escapar.

Salas pareció considerarlo. Luego regresó al sofá y tomó su taza de té.

—Si quieren coordinar algo, háganlo rápido. Con su ayuda o sin ella, salgo para ese hangar en quince minutos. Lo que demoro en tomarme esta taza de té.

Miró a Jamilen y sonrió.

—De verdad está bueno —dijo sorbiendo un poco del tibio líquido.

Capítulo 23

Era increíble lo que se podía organizar en quince minutos con el incentivo apropiado. Angelo y Graco coordinaron una redada en el tiempo que Salas terminó su té.

Tres horas después, estaban estudiando desde las alturas de una colina el hangar donde esperaban encontrar a Osorio y, con algo de suerte, a Raquel.

El gigantesco edificio con sus paredes de vidrio, algunas rotas, otras ausentes y todas cubiertas de polvo, ocupaba una esquina del terreno cercado. Dos estructuras adicionales, primitivas chozas para guardar instrumentos varios, se localizaban en el otro extremo.

La única entrada en la cerca de ciclón que rodeaba la propiedad, alambre de púas en su parte superior para completar, estaba abierta. Cerca de la entrada, una Fortuner gris oscuro que todos conocían por el video.

—Está aquí —dijo Salas en un ronquido grave, quitándose los binoculares de los ojos—. Por un momento pensé que nos iba a ganar de nuevo, pero esta vez no tiene salida.

—¿Verificaron la placa? —preguntó Ibáñez.

—Sigue cubierta de lodo —dijo Salas—, pero no la necesito. Ese carro lo tengo grabado en el cerebro. Es el auto de la persona que secuestró a Raquel.

Se volvió a colocar los binoculares y regresó a vigilar el local. Parecía relajado, pero Jamilen no se dejaba engañar. Estaba tenso hasta su última fibra y parecía querer salir en carrera hacia el hangar.

Tenían que tener cuidado. Si se descuidaban, Salas podría hacer algo impredecible. Jamilen no podía ponerse en los zapatos del detective, pero le constaba lo volátil que podía ser el jefe de Homicidios. Si de él dependiera, Osorio no iría a prisión. La cárcel no era castigo apropiado para su falta.

Pena de muerte.

Angelo la trajo con la excusa de brindar rápida ayuda psicológica a Raquel o lidiar con un psicótico Osorio en caso necesario; pero a escondidas de los demás, le pidió que mantuviera un ojo extra en Salas. No podían correr el riesgo de que decidiera hacer justicia con sus manos. Tenía permiso suyo de gritar si veía el más mínimo movimiento sospechoso.

Después de un minuto adicional de vigilancia pareció estar satisfecho y se levantó, protegido por el arbusto desde el cual observaba.

—¿El equipo está listo?

—Todo está preparado —dijo Graco, mientras se apretaba las cintas del chaleco antibalas—. Esperamos su orden.

—Muy bien —dijo Salas tirando los binoculares en el asiento trasero del auto y tomando el chaleco que le ofrecía Anderson—. A mi orden, entramos rápido. Solo hay una entrada y el polvo de la carretera nos revelará al ir acercándonos. Cuando eso ocurra, la sorpresa termina.

Se apretó las cintas y se las ajustó con un golpe de la palma.

—Rápidos, pero tengan cuidado. Quiero a Osorio y pretendo rescatar a mi hija, pero no a expensas de la sangre de ninguno de ustedes. Si salen heridos, me voy a molestar mucho, ¿entendido?

Todos asintieron, algunos sonriendo a escondidas del detective. Era lo más cercano que Salas admitiría algún tipo de sentimiento afectivo hacia ellos.

—Dentro del perímetro de la cerca, silencio de radio absoluto. Si tenemos suerte, Osorio está encerrado en algún cuarto o en un punto lejano del hangar y no nos verá llegar. Si eso ocurre, no quiero que una llamada inoportuna lo dañe todo.

—No disparen si no es necesario —dijo Angelo—. Osorio es la

única persona que sabe la verdad sobre el destino de los niños y las familias merecen saber qué pasó con ellos. Además, puede tener información vital para la captura de los responsables de *Mi Jardincito*.

Todos asintieron, con excepción de Salas, que agachó la cabeza para revisar su chaleco.

«Salas no pretende tener compasión —pensó Jamilen—. Quiere venganza».

—Ya saben —dijo Salas—. Aceleramos y entramos a toda velocidad. Radios apagadas. Vigilancia extrema en todo momento. Ese lugar es una pesadilla para cualquier equipo de ataque. Abierto, con muchos lugares para esconderse y con un asesino psicótico en su interior. No se separen.

Salas giró sobre sus talones, dirigiéndose a Ibáñez.

—¿El otro equipo cómo va?

Ibáñez tomó su teléfono e hizo una llamada. Intercambió unas cuantas frases y cerró.

—Entraron en Inferno Security hace treinta minutos. Están decomisando todo el material e interrogando a los empleados. Las Tortugas Ninja empezaron a copiar los discos duros de todas las computadoras del local.

—¿Esperaron la orden de cateo?

—Claro. No rompimos una sola ley. Por cierto, manda a decir Rafael que resolvió otro misterio.

—¿Cuál? —preguntó Angelo con curiosidad.

—Por qué José Muñoz no sale en *Mi Jardincito* o, más bien, cómo conoció a Osorio sin estar en esa página.

Se guardó el celular en un bolsillo y ajustó una cinta del chaleco.

—Dice que al lado de *Inferno* hay un salón de belleza. Se llama Retoques.

—¿Y eso es relevante por…?

—Rafael es muy metódico. Se leyó todo el material de la investigación, incluyendo los reportes de las entrevistas. Retoques es un salón de belleza al cual acudía la señora Muñoz. Cuando iba, José la acompañaba. Siempre.

—Debió de verlo muchas veces —comentó Jamilen— y con lo abnegada que nos pareció ser la madre, presenció de primera línea el abandono. El maltrato psicológico, tal vez físico. Cuidado que Osorio habló con él en otras ocasiones y la madre ni cuenta se dio.

«Algunas mujeres no merecen ser madres», pensó. Luego, la imagen de su Nicolás vino a la mente. Cerró los ojos y rezó por primera vez en mucho tiempo. Cuando terminó, siguió a los demás.

En la parte baja de la colina esperaban los autos. Tres FJ Cruiser negros, moles metálicas todo terreno dispuestas para el ataque. En uno iría Salas con Graco y Anderson. En el segundo, Angelo con Oscar, un sargento que no conocía de apellido Lee y ella. En el tercero, cuatro policías más traídos para esa operación. Un total de once personas para enfrentarse a un solitario asesino de niños.

De alguna forma, no estaba segura de tener una ventaja numérica en realidad.

Angelo cerró la puerta y se giró para hablar con ella.

—Ya escuchaste a Salas. Entramos y rápido. Esperas en el auto hasta que yo indique que es seguro entrar o en caso que piense que te necesito con urgencia extrema… Por favor.

La mirada de Jamilen debía de estar hablando por ella. Las palabras de Angelo sonaban a regaño. El «por favor» al final la hizo sonreír y asintió.

La radio de Angelo cobró vida y la voz de Salas resonó en el interior del auto.

—Aquí Dragón 1 ¿Estamos listos?

—Dragón 2, listo —contestó Ibáñez.

—Dragón 3, listo —dijo una voz calmada desde el tercer vehículo.

—Bien, recuerden todo lo que discutimos. Atrapemos a ese desgraciado.

Los tres motores se encendieron casi al unísono y las llantas giraron sobre el suelo tapizado de grama seca y luego la carretera de tierra camino al hangar.

La nube de polvo detrás de ellos era un aviso claro para cualquiera que estuviera observando, pero ya habían pasado el punto

de no retorno. Aceleraron al máximo y atravesaron la entrada en fila india.

Los autos se detuvieron y todos saltaron. Salas iba el primero en el grupo, arma alzada y lista para disparar, casi buscando a quién apuntar. Unos pasos atrás, Graco con Angelo.

—Cuídate —le dijo Jamilen desde el seguro interior del auto, esperando que de alguna forma sus palabras llegaran a sus oídos, al desaparecer en las sombras del hangar.

Jamilen miró su reloj y llevó la cuenta.

Diez segundos.

Treinta segundos.

Cuarenta segundos.

Al llegar al segundo cincuenta, Angelo apareció en la entrada y le hizo señas urgentes para que fuera. El miedo en su rostro era evidente aun a esa distancia.

Algo no había salido como esperaban.

Rafael no entendía lo que estaba leyendo.

Estaban en las oficinas de Inferno Security. Rafael era el encargado de hacer las copias de los discos duros de las cinco computadoras que encontraron en el local y analizarlas. En ese momento estudiaba los documentos digitales que correspondían a los contratos encargados a Inferno en los últimos años.

El documento que se deslizaba en sentido descendente con el girar del disco del ratón no podía ser cierto.

No… A menos que…

—¡Miguel Ángel! —gritó sin dejar de leer.

—Dime —le contestó una voz a sus espaldas—. Estoy ocupado.

—No me importa si estás chateando con Megan Fox —dijo recordando la fascinación de su amigo con la artista—. ¡Ven ya!

Entre gruñidos y protestas apagadas se acercó a su mesa de trabajo.

—¿Qué pasa?

Rafael no le respondió. Se levantó de la silla y le indicó el

documento en la pantalla.

Miguel Ángel se sentó sin comprender, pero cuando iba por la mitad su dedo dejó de mover el ratón.

—¿Qué? No entiendo.

En la pantalla se veía el contrato firmado entre Inferno Security y la tienda Delicias para la instalación de una cámara de video oculta que pudiera grabar por 24 horas el área del estacionamiento.

—¿Delicias? No es ese…

—Si. Allí secuestraron a Raquel.

—¿Cómo? ¿Osorio instaló la cámara de video que usamos para identificarlo?

Rafael se acercó a la pantalla.

—Verifica quién lo instaló. Él es el jefe de la compañía. De repente no sabía. Si ese es el caso, la ironía sería increíble. Para los *Record Guinness*.

Miguel Ángel bajó la página del contrato hasta el final. Rafael leyó por encima de su hombro.

—Equipo instalado por Marcel Osorio.

Rafael y Miguel Ángel se miraron.

—Llama a Salas. Hazlo ya.

Miguel Ángel trató de llamar, pero entró el buzón de voz.

—Están en la redada al hangar —recordó.

—Demonios —murmuró Rafael, regresando la mirada a la pantalla.

No le gustaba. Para nada.

Capítulo 24

El interior del hangar solo podía ser descrito con una palabra.

Majestuoso.

Era amplio y se lo podía imaginar en mejores momentos, limpio y con cientos de personas trabajando por todas partes. Los paneles de vidrio reflejando la luz del sol como si fueran lámparas.

Ahora, todo lo que quedaba era el polvo flotando en el aire.

Eso y el grupo de personas que movían sus armas a diestra y siniestra, buscando un blanco que rehusaba hacer su aparición.

En el centro del hangar un grupo de objetos colocados en un arco. El detective Salas estaba arrodillado cerca de uno, estirando las manos, pero sin atreverse a tocarlo.

—Raquel —murmuró Jamilen y avanzó rápido, ante la mirada protectora de Angelo. Los otros miembros de la fuerza de ataque se dispersaron buscando señales de Osorio, evitando tener que estar al lado del sollozante padre.

Jamilen, ya más cerca, pudo ver que los objetos eran cinco camas de metal. Encima de cuatro de ellas pudo ver una sábana verde cubriendo un objeto cuyo origen no pudo precisar. La quinta cama estaba vacía.

—Salas —dijo Jamilen en un tono bajo. No quería llamar la atención de Osorio, pero tenía que hacer algo. El detective estaba tirado sobre la cama en el medio del arco. Ajeno a toda la realidad que lo rodeaba en ese instante.

—Salas —dijo en un tono más firme. Eso hizo reaccionar al

detective, que volteó para ver sobre su hombro. Las lágrimas desbordándose. Ojos enrojecidos.

—Raquel —masculló entre llantos y sollozos—. Mi hija.

Jamilen vio la cama. Atada a la barra de metal un cartel de cartón y plástico.

En su superficie un nombre escrito en letras de molde.

RAQUEL

Jamilen miró las otras camas. Todas tenían el mismo cartel, con diferentes nombres.

MARTA
BIANCA
TOMÁS
JOSÉ

Esta última vacía. En todas las demás, el objeto apenas se asomaba por debajo de la sábana. En la cama rotulada RAQUEL, dos pies con un par de zapatillas blancas que correspondían a la perfección con la descripción hecha por Salas de la ropa que llevaba su hija el día que fue secuestrada.

—No, no, no —repetía Salas en un tono plañidero que le partía el corazón a Jamilen—. No puede ser. No…

Se enderezó un poco y apoyó la frente sobre el barandal de metal de la cama. Su arma abandonada en el piso, oculta entre las penumbras.

Jamilen se acercó y tomó a Salas por el brazo. Angelo siguió su ejemplo, del otro lado.

—Vamos, detective. No hay nada que pueda hacer aquí. Osorio está en algún lugar, seguro que observando. Vámonos y dejemos a los demás hacer su trabajo.

Salas no parecía escuchar ni una palabra. Su cuerpo parecía estar en animación suspendida.

—No. No la dejaré de nuevo. No.

Se zafó de la mano de ambos y se acercó aún más al cuerpo en la cama. Arrodillado, se dejó caer sobre la sábana verde. Su cabeza tocó la tela y pareció rebotar, de lo rápido que reaccionó Salas al toque.

Se irguió y dio dos pasos atrás, mirando la cama como si esperara en cualquier momento cobrara vida.

—¿Qué pasó? —preguntó Angelo, captando que algo raro ocurría.

Salas regresó a la cama sin titubear y removió la sábana de un tirón.

—Dios bendito —exclamó Anderson.

La cama estaba ocupada por un muñeco hecho de barro. Tenía el tamaño de Raquel y llevaba toda su ropa, hasta las zapatillas. Su rostro estaba cuarteado.

—¿Qué tipo de broma enferma es esta? —exclamó Salas—. ¿Dónde está Raquel? ¿Está… dentro del muñeco?

Miró a todos los que lo rodeaban, pero ninguno pudo darle una respuesta. Se acercó a otra cama y quitó la sábana. Luego repitió el procedimiento con todas las demás.

En todas, un muñeco de barro con la ropa del niño secuestrado.

La muñeca que representaba a Marta Cruz era la más malgastada de todas y su brazo izquierdo se había partido por el codo. Salas lo levantó y estudió el interior. Ninguna señal de hueso. Apretó con los dedos una parte y el material se desmoronó bajo la presión de sus dedos.

—¡Explíqueme eso! —le dijo a Jamilen, señalando con el dedo el muñeco de barro que representaba a Raquel—. ¿Qué tiene que ver eso con el resto? ¿Dónde está mi hija?

Jamilen no se dignó responder. Ella tampoco sabía qué estaba pasando.

Miró el resto del hangar, buscando una pista. Los miembros de la fuerza de ataque habían revisado cada rincón sin encontrar señales de Osorio y se reportaban con Angelo. Salas caminaba de un lado a otro del arco, casi completando la silueta de una circunferencia.

Una circunferencia. Un círculo.

Nueve círculos. El tema tenía que seguir siendo el infierno. Todo giraba en torno a eso.

El suelo estaba poblado de sábanas verdes, tiradas al piso por Salas. Una capa de polvo gris y blanco cubría el piso por doquier. Suciedad acumulada por años en el abandonado hangar.

Sin embargo, comenzó a notar que el polvo blanco no estaba tirado de forma aleatoria. Casi parecía un patrón. Miró hasta donde se lo permitía la vista y no vio más polvo blanco.

Solo allí, cerca de las camas.

Tomó las sábanas y las colocó encima de las estructuras de metal tapando los nombres. Las pisadas de todos los que habían entrado primero pasaron por encima de los trazos, pero aún eran visibles con cierta claridad.

Se alejó un poco para poder tener una mejor perspectiva.

En grandes letras de tiza blanca alguien había escrito una palabra que seguía el arco de las camas. Solo era visible como tal vista desde el ángulo apropiado varios metros atrás.

INFIERNO

Jamilen giró sobre sus pies, observando todo con cuidado. Osorio había escrito eso en el piso. Esa palabra solo era visible desde donde ella estaba parada.

O desde arriba.

Levantó los ojos. A sus espaldas una escalera de metal subía a un piso superior, donde un grupo de oficinas ocupaban una parte de la pared. Un oficial subía los peldaños en ese momento; sus pasos resonaban con suavidad bajo sus pies.

—Angelo —dijo Jamilen señalando hacia las oficinas y explicándole lo que descubrió.

Los ojos de Salas se enfocaron en la escalera. Se agachó con rapidez, tomando su arma del piso, y salió corriendo hacia ella.

—Demonios —dijo Angelo, corriendo detrás de Salas—. Va a hacer que nos maten a todos.

Por suerte Ibáñez captó lo que pasaba y logró interponerse ante el detective. Otro grupo armado subió por delante de ellos y revisó cada oficina. Todas tenían las puertas abiertas. Al llegar a la última, uno de ellos salió y señaló con el dedo el interior.

Fueron subiendo, escalón por escalón. Mirando a todas partes.

La puerta de la última oficina era nueva y el interior lucía remodelado. Ahora era una habitación. Una cama ocupaba un lado y una mesa con una laptop abierta, el otro. Un acuario de peces electrónicos nadaba con parsimonia por la pantalla.

Detrás de la mesa, una puerta cerrada.

Angelo se colocó por delante de Jamilen y apuntó su arma hacia la puerta. Oscar, Graco y Anderson hicieron lo mismo. Salas, a un lado de la entrada, los miró y dio la señal. Uno de los policías le disparó a la puerta y voló la cerradura. Salas arremetió con su hombro y la puerta salió volando hacia el interior, en una explosión de astillas.

Jamilen, antes de que Salas saltara encima de la derrumbada pieza de madera, vio que en el piso estaba escrita una palabra en tiza.

PURGATORIO

—¡Quieto! ¡No se mueva! —escuchó los gritos venir del interior.

Jamilen fue la última en asomarse. Todos los miembros de la fuerza de ataque apuntaban sus armas hacia el mismo punto.

Estaban en el interior de lo que parecía ser un salón de reuniones. Las paredes tapizadas con una sola fotografía en paneles. Era una vista aérea de la cima de una cordillera. Montañas escarpadas y filosos riscos rodeaban la habitación. Un cielo claro sin nubes, apenas visible encima de la pétrea obra de la naturaleza.

Un trípode en un costado de la oficina con una cámara de video apuntando a una mesa oval, en el centro, con una capacidad como para veinte personas.

Una sola silla en el extremo más distante de la mesa.

El señor Marcel Osorio, vestido con una camisa de manga corta de cuadros negros y rojos, sentado en la silla. Sus dos manos sobre la superficie de la mesa, mientras los cañones de diez armas de diferente poder bélico y calibre apuntaban a sus órganos vitales.

—Buenos días —dijo el señor Osorio al calmarse las voces—. Los estaba esperando.

El sargento Lee fue el designado para quedarse afuera, vigilando la salida. Un helicóptero de la policía volaba en la periferia del viejo aeropuerto abandonado, manteniendo un ojo desde las alturas en caso de emergencia.

Al sargento Lee le hubiera gustado entrar en el hangar. Ser parte del equipo que le pusiese las manos encima al sádico asesino de niños que tenía aterrorizado a todos, era un honor que lo marcaría el resto de su carrera.

«No importa —pensó mirando las sombras que permanecían imperturbables en la entrada—. No entré, pero soy parte del equipo. Eso es de lo que importa».

La radio en su cinturón traqueteó antes de que una voz saliera de la bocina.

—¡Lee! Contesta, maldita sea.

Sacó la radio de su cinto y se la llevó al oído. La rabia casi le impedía articular las palabras.

—Estamos en silencio absoluto —dijo con la boca pegada a la radio. Estaba seguro de que el infeliz que había osado desobedecer la orden del detective Salas tenía que tener un vibrante zumbido en el tímpano en ese momento—. Si me llamas no estamos en…

—Olvídate de eso —dijo la voz del piloto del helicóptero—. Tienes un problema mucho más grande en tus manos.

—¿Problema? —preguntó casi como un susurro. No le gustaba cómo sonaba eso.

Podía pasar de ser el héroe al maldito que dejó escapar al asesino o metió las cuatro en la operación más importante de la década: rescatar a la hija de un detective de la policía.

—Sé más específico. ¿Qué problema?

Escuchó la descripción del piloto y cada palabra sonaba peor que la anterior. Sus ojos se dirigieron de un extremo al otro del terreno cercado, buscando amenazas que no estaban allí, pero que se aproximaban.

—¿Captaste lo que te dije?

El sargento Lee no respondió a la pregunta del piloto.

A lo lejos, por encima del horizonte impuesto por el terreno y en dirección a la vieja carretera, una nube de polvo se elevaba como una tormenta de arena en el desierto.

—¿Dónde está mi hija? —casi le gritó, pegando el cañón a su cabeza.

El señor Osorio levantó los ojos con una expresión entre divertida y aburrida.

—Mi médico me recomendó una dieta baja en hierro. Esa arma no creo que sea buena idea.

Angelo se acercó y logró convencerlo de que se alejara. Nadie dejó de apuntar hacia el misterioso hombre sentado en la silla.

—¿Dónde está Raquel, señor Osorio? —preguntó Jamilen.

Su atención se enfocó en ella. Con una intensidad tan palpable que Jamilen casi podía sentir cómo tocaba su piel.

—Con todos los demás niños, licenciada Lasso. En el cielo.

Salas casi se lanza sobre él, pero entre Angelo y Oscar lograron calmarlo. Su boca se torcía en insultos y amenazas, casi escupiendo cada palabra. El señor Osorio se limpió una gota de saliva que cayó en su mano.

—¡No te muevas! —gritó Anderson, dando un paso al frente—. ¡Ni un solo movimiento en falso!

Osorio lo miró y luego a Jamilen, como diciendo «¿Qué le pasa a este individuo?».

—¿Qué hiciste con ellos, desgraciado infeliz? —gritó Salas, Angelo por delante para impedirle hacer una estupidez—. ¿Los mezclaste con el barro de los muñecos allá abajo? ¿Qué?

—¿Mezclarlos con el barro? —preguntó Osorio, divertido—. Eso sería demasiado trabajo. No, detective Salas. Los muñecos de barro son eso. Muñecos de barro hechos a imagen y semejanza de los niños. —Luego, mirando al techo, como si fuera un pensamiento secundario dijo—: Hechos a imagen y semejanza *por cada uno* de los niños.

Las órdenes y amenazas se sucedían una a continuación de la siguiente. Angelo se acercó a la mesa y, avisándole que se mantuviera inmóvil, sacó un par de esposas. Osorio levantó las manos de la mesa y las extendió en su dirección.

La imagen de la inocencia.

Angelo le colocó las esposas y lo levantó de la silla. Ya de pie y esposado, la tensión se redujo, pero dos armas permanecían dirigidas a su frente. Los demás esperaban las órdenes de Salas, quien no cesaba de preguntarle a Osorio por su hija.

La respuesta era la misma siempre. En el cielo.

Jamilen estudió el lugar. No olvidaba que un letrero afuera catalogaba esa oficina como el purgatorio. Era estéril, pero distaba mucho de la imagen del purgatorio que tenía después de leer *La Divina Comedia*.

Infierno y purgatorio. Después venía el paraíso.

—Él no dijo paraíso. Dijo cielo.

Las montañas que los rodeaban en papel de pared llenaban toda la habitación. Era un muy buen trabajo. Casi no se distinguían las líneas de separación entre los paneles.

Un panel en particular, colocado casi detrás de la silla, llamó su atención.

Todos los otros paneles tenían o combinaban la imagen de montaña, sierra o roca con algo de cielo. Ese, en particular, era celeste.

Como si alguien estuviera caminando por un sendero y de repente llegara al borde del precipicio, con el vacío extendiéndose abajo y delante de sus pies.

Jamilen se acercó a la pared y la estudió con cuidado. Levantó la mirada y vio la palabra escrita en pequeñas letras negras en el techo,

encima de la pared que estudiaba.

Cielo.

—Angelo —dijo Jamilen sin quitar la mirada de las cinco letras. Cuando se acercó, ella levantó la mano hacia el techo.

Angelo, viendo la palabra, le colocó con delicadeza la mano en el brazo en señal de afecto y luego le hizo señas a los demás. Deslizó sus dedos por el borde del panel y a la altura de su cintura sintió algo.

Todos tenían sus armas apuntadas. Dos de los policías, mantenían un ojo en Osorio, al otro extremo de la mesa, pero pendientes a lo que ocurría a metros de distancia.

Angelo empujó un punto y el panel entero se hundió y deslizó a la derecha. El cielo se movió para dar espacio a una entrada oscura, apenas iluminada por una lámpara de techo.

El piso después del umbral parecía una plancha de metal, casi un corredor, con un pasamano redondo y placas de vidrio o plástico transparente debajo. Más allá de esta frontera, una luz vaporosa.

Angelo atravesó el umbral. Detrás de él fueron los demás y Jamilen, que no pretendía quedarse atrás a estas alturas, los siguió.

La escena que vieron sus ojos era imposible de explicar.

Era una sección cerrada del hangar y alguien con mucha imaginación y esmero la había trabajado. Los paneles de vidrio fueron reemplazados o pintados de negro, al igual que las paredes. El piso de la planta baja, tapizado con grama japonesa. Un pequeño estanque en el extremo del lugar, con una delicada cascada. Se podía oír el tranquilizante ruido del agua deslizándose. A un lado, cuatro tiendas de campaña de colores vivos y, en varias partes de ese jardín, delicados postes con lámparas que despedían una brillante pero agradable luz blanca.

En el centro, un parque de niños. El piso no era grama, sino arena de un color gris claro. Columpios inmóviles. Ruedas sin girar. Toboganes en perfecto estado.

Entre los juguetes, Jamilen vio lo que parecían ser estatuas.

Se restregó los ojos y miró de nuevo.

Estatuas no. Niños.

Tres de ellos estaban en medio del parque. En poses retorcidas, con las manos extendidas hacia una rueda giratoria, rojo brillante. Sentada en ella, el cuarto niño permanecía igual de inmóvil como si los estuviera vigilando.

Jamilen, a pesar de la altura, no tenía dudas de que la persona sentada en esa rueda era Raquel Salas.

«Estatuas de barro fuera. Estatuas de verdad dentro de un paraíso artificial», pensó Jamilen, apoyando la mano en la baranda para buscar apoyo. Sentía que el mundo le daba vueltas. Al final, los niños habían terminado siendo no más que la decoración en la loca fantasía de un demente.

Y en ese momento, la niña de la rueda agachó la cabeza y gritó:

—¡Uno… dos… tres… pan con queso!

Las palabras parecieron infundir vida a las otras estatuas que comenzaron a correr en su dirección. Con la última letra de «queso» Raquel levantó la mirada y los niños dejaron de moverse, algunos en grotescas poses planeadas.

«No eran estatuas. Estaban jugando. Están vivos. Todos ellos».

Marta, Bianca, Tomás y Raquel. Eso no era posible, pero allí estaban todos.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué los secuestros?

¿Y José?

—¡Raquel! —gritó Salas y los niños dejaron de jugar para levantar la mirada.

No salieron corriendo al verse rescatados o saludaron con alegría. Se quedaron viendo a la comitiva que los estudiaba desde la entrada. Se acercaron y formaron un grupo más concentrado y una de las mayores, Marta en opinión de Jamilen, empezó a hablar. Les puso las manos en los hombros y todos caminaron hacia las tiendas de campaña.

«¿Qué hacen?», pensó Jamilen.

Cada uno entró en una tienda. Al salir de ellas llevaban una mochila al hombro. En fila india se dirigieron a la escalera. Marta Cruz iba primero. Bianca cerraba la fila.

Sus pequeños pasos resonaban en los escalones de metal y su eco

se perdía en las profundidades del depósito. Jamilen vio cómo Bianca le iba diciendo algo al oído de Raquel. La niña solo asentía, sin quitar sus ojos de ellos.

No. No de ellos. De su padre.

Cuando llegaron a la parte superior, Raquel se separó del resto y caminando hacia su padre como si acabara de llegar de las vacaciones de verano dijo:

—Hola, papi.

Salas se arrodilló en el piso y abrazó a su hija. Sus llantos eran mitad lágrimas y mitad risas. Jamilen vio cómo Angelo sonreía y Oscar, el taciturno del grupo, se secaba a escondidas la esquina del ojo.

—¡Estás viva! —decía Salas sin soltar a su hija—. Había perdido las esperanzas, pero estás viva.

Anderson y Graco golpearon puños y empezaron a coordinar la salida de los niños.

Jamilen vio la escena y sintió correr las lágrimas. Después de todo el sufrimiento, Raquel era reunida con su padre. Los otros niños, pronto irían con los suyos.

Entonces Jamilen notó algo raro. Los otros niños estaban parados, uno al lado del otro, en fila. Miraban la escena con absoluta seriedad, brazos caídos a los lados del cuerpo.

«Parece una escena de *La Villa de los Condenados*»[3], pensó Jamilen, recordando la película con los niños de ojos claros y cabello sin color.

¿Qué les había hecho Osorio mientras estuvieron en el infierno para que ahora se vieran así?

Colocaron a Osorio lejos de la salida y Anderson empezó a indicarles a los niños por dónde ir. Pasaron del cielo al purgatorio sin protestar y caminaron hacia la salida. Todos al ir pasando miraban a su captor, pero no más de un instante.

La última en salir fue Raquel, de mano de su padre. Ella no miró a Osorio. Salió y alcanzó a sus compañeros de cautiverio. Graco iba con ellos, explicándoles que los llevarían a un lugar seguro, lejos de allí.

Jamilen salió del purgatorio con Angelo. Oscar y otro de los agentes, uno de cada lado, llevaban a Osorio. Sus esposas chocando con suavidad. Dos de los agentes bajaron al jardín para asegurar el área.

—Eso es todo —dijo Angelo al ir bajando la escalera—. La pesadilla terminó y los niños están a salvo.

Jamilen le sonrió. Tenía razón. No esperaba ese final. Había muchas preguntas sin respuesta y todavía le faltaba hablar con los niños. Nadie sabía lo que ellos tuvieron que soportar mientras fueron prisioneros de Osorio. Eran meses de exámenes médicos y sesiones de terapia, pero al final eso no importaba.

Estaban con vida.

Las cicatrices las verían después.

Al llegar a la parte baja de la escalera se detuvieron. Hicieron sentar a Osorio en el último escalón y esperaron a que Salas saliera del hangar. Los niños se irían en uno de los vehículos. Osorio sería sacado el último por motivos de seguridad.

—Entonces, Jamilen —dijo Angelo en un tono bajo dirigido a ella—, ¿qué te depara el futuro?

Jamilen lo miró y alzó los hombros.

—No sé, pero lo primero que pienso hacer es irme el fin de semana a algún lugar alejado a descansar la mente. No quiero escuchar teléfonos ni noticias. Necesito relajarme y pensar.

Angelo asintió y miró el hangar, con sus camas de metal y muñecos de barro.

—Entiendo. Prefieres olvidar todo esto. No puedo culparte.

—No todo —dijo Jamilen sin mirarlo—. Tal vez cuando regrese y fuera del horario de trabajo podamos disfrutar de un buen par de *pancakes*.

—¿Los mejores o los que te hacen la competencia?

Jamilen sonrió.

—La competencia. Los mejores, ya veremos después.

Echó una mirada a su entorno. ¿Cuánto sufrimiento habían pasado los niños en ese infierno? Tendría sus respuestas, pero no estaba seguro de querer hacerlo. Por eso quería tomarse un fin de

semana libre. Necesitaría energía para lidiar con los niños.

Siempre podían asignar al psicólogo de la policía o a otro personal especializado, pero ella pensaba terminar ese caso. Ya no era cuestión de querer.

Tenía que terminarlo. Hasta sus últimas y más horrendas consecuencias.

Además, quedaba el asunto de Osorio. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué buscaba?

¿Por qué José Muñoz tuvo que morir, pero los otros no?

Jamilen giró los ojos hacia el que en otros tiempos fue el SUNI. Era la imagen de la indiferencia. Tenía los hombros caídos y los brazos, relajados. Sus pies se movían, haciendo pequeñas marcas en el polvo del piso. Su rostro estaba oculto entre las sombras.

Algo estaba llamando su atención, pero no percibía qué.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Angelo.

—No sé —dijo ella. Redujo su campo de visión para enfocarlo en Osorio. Era el mismo hombre con quien se había chocado en Exedra. De eso no tenía dudas. Las mismas patillas y, aunque no llevaba lentes, eran los mismos ojos. La camisa de cuadros le favorecía. Lo hacía parecer un poco más joven. Los brazos eran delgados, pero debajo de la piel se veía la silueta de los músculos.

Y entonces lo vio.

Un rápido gesto de sorpresa revoloteó en sus ojos y Angelo, que sabía prestar atención a los cambios de humor de Jamilen, lo percibió en el acto.

—¿Qué? Háblame, Jamilen.

Ella no podía responder. Señaló con el dedo hacia Osorio.

Angelo siguió la dirección del dedo y, en un principio, no lo captó. Luego, al fijarse mejor, lo vio también.

En el codo izquierdo, Osorio tenía una cicatriz queloide. Una cicatriz con la forma de una estrella.

—¿Dónde vimos una cicatriz igual? —dijo Angelo, pero ya sabía la respuesta.

Era idéntica a la cicatriz en el codo del niño sin identificar en *Mi Jardincito*. Un poco más vieja y grande, pero era la misma.

—¿Osorio es el niño de las fotos? —preguntó Angelo—, pero… él puso esas fotos en el sitio. ¿Cuándo se las tomaron?

Jamilen levantó la mirada de la cicatriz hacia Osorio. Su actitud había cambiado. Parecía tenso. Sus ojos con frecuencia se dirigían a la salida.

Salas y los otros detectives se perfilaban en el umbral de la salida. La luz del sol los dibujaba como siluetas. Cinco adultos y cuatro niños saliendo al exterior.

Jamilen regresó su atención a Osorio quien, en esta ocasión, le devolvió la mirada.

—No se preocupe, licenciada —dijo, sorprendiendo a todos—. Este sórdido asunto está a punto de terminar.

Una media sonrisa en los labios.

—Los niños saben lo que tienen que hacer.

Jamilen sintió una mano gélida apretar su corazón con estas palabras.

Las piezas empezaron a encajar en su cabeza.

—¡Rayos! —exclamó y empezó a correr en dirección a la salida.

Angelo la siguió, arma en mano.

«Los niños saben lo que tienen que hacer».

El detective Salas llevaba a Raquel de la mano cuando atravesó la entrada del hangar. La luz del brillante sol lo cegó por un segundo, pero cuando logró enfocar de nuevo pensó que estaba viendo alucinaciones.

Una cinta amarilla de la policía cerraba la entrada en la cerca. Detrás de los cuadros de alambre, decenas de vehículos. Personas que se movían sin parar. Luces que destellaban. A la distancia logró distinguir los logos impresos o pintados en las puertas de algunos de los autos.

Cadenas de radio y televisión. Noticieros.

—¿Me pueden decir qué pasa? —le preguntó a Graco. Anderson se alejó del grupo, en dirección a la entrada. El sargento Lee discutía con las personas que insistían en querer entrar.

Anderson se quedó cuidando la cinta amarilla, mientras un agotado Lee se acercaba a su jefe.

—Usted dio orden de silencio absoluto de radio —le dijo al acercarse— así que no le pude avisar antes. No sabemos cómo se enteraron, pero toda la prensa de la maldita ciudad está aquí.

—Nadie dijo nada. Todo lo planeamos en cuestión de quince minutos.

—Eso lo sé —dijo avanzando con el grupo hacia los Cruisers—. Alguien llamó de forma anónima y les dijo lo que íbamos a hacer. Todos llegaron casi al mismo tiempo. Debió de ver la nube de polvo…

—Eso no importa —dijo Salas, molesto, pero luego se fue calmando. Miró a los niños a su lado y sonrió—. ¿Sabe qué?, ¿por qué no? Siempre nos están dando plomo y criticando que no hacemos lo suficiente. Hoy capturamos al malo y salvamos a los niños. Oportunidades mediáticas como esta aparecen cada mil años. Yo digo que la aprovechemos. Además —dijo señalando a la cerca de ciclón— el ministro Archibold no puede culparme de robarle las cámaras. Ya la prensa estaba aquí y la única salida la tienen bloqueada.

Sonrió con satisfacción y avanzó hacia la entrada. Ya cerca de la cinta amarilla, las luces empezaron a darse con más frecuencia.

—¡Detective Salas! —gritaban voces desde todos los ángulos posibles—. ¿Atraparon al asesino? ¿Esos son los niños secuestrados?

Las filmadoras apuntaban en su dirección y los micrófonos se materializaron. Salas llevaba a Raquel de la mano, pero llegando a la cinta, desde donde pensaba dirigirse a la prensa, sintió cierta resistencia y su hija se zafó de sus dedos.

Salas se dio la vuelta, pero Raquel ya no lo acompañaba. A pocos metros, los otros tres niños, de brazos cruzados, lo miraban con seriedad. La cabeza de Raquel apenas visible por encima de la de Tomás.

—¿Qué pasó, Raquel? No tengas miedo. Es solo la prensa. Quieren saber que están bien.

Ninguno de los niños se movió.

—¡Salas! —escuchó la voz de Jamilen. Giró sobre sus talones y la vio cómo salía corriendo del hangar en su dirección. Angelo iba

detrás—. ¡Algo va a pasar!

Salas avanzó hacia los niños, pero estos se pegaron más.

—¿Qué hacen? Vamos, Raquel. No es hora de jugar.

Salas estiró la mano hacia su hija, pero todos retrocedieron lejos de su alcance.

—Ya no es gracioso —dijo Salas, irritado—. Raquel, ven en este instante.

Los niños no respondieron. Se sacaron las mochilas de los hombros y abrieron las cremalleras. En sus pequeñas manos, objetos que atrapaban la luz del sol con destellos luminosos.

Jamilen vio el movimiento y se agachó por puro reflejo.

En la mano de los cuatro niños refulgían discos de metal. Los alzaron hasta donde daban sus brazos, a la vista de todos. El silencio en el árido paisaje era señal del magnetismo que la escena tenía en los presentes.

Y sin otra señal o palabra, empezaron a lanzar los discos al aire.

En dirección a la cinta amarilla.

Jamilen vio volar los discos y cada uno parecía un proyectil de luz. Algunos chocaron con la cerca. Otros con el detective Salas, que alargó la mano y atrapó uno de los discos. La mayoría se remontó por encima del plástico amarillo que en letras negras ordenaba «No pasar» y cayeron del otro lado. Entre los pies y manos de decenas de periodistas.

Algunos los tomaban sin saber qué hacer. Otros, presintiendo una historia nacer entre sus dedos, los escondieron. Los más inteligentes, corrieron de vuelta a sus vehículos y huyeron de la escena.

No estaba segura, pero calculó que, por lo menos, quince de los discos de plata desaparecieron tragados por la vorágine humana que controlaba los micrófonos y cámaras.

Salas miraba el disco en la mano y luego a los niños.

—¿Qué es esto?

Ninguno respondió.

—¡Les pregunté qué es esto! ¿Raquel?

Avanzó hacia su hija, pero Marta se interpuso. Le puso la mano

en el pecho y le escupió en el rostro.

Lo violento e inesperado del gesto tomó a Salas por sorpresa.

—Nunca más —dijo Marta Cruz.

—Nunca más —repitió Bianca Santamaría.

—Nunca más —dijeron Tomás y Raquel, su voz más fuerte de lo esperado.

—¿De qué están hablando?

Jamilen y Angelo ya estaban al lado de los niños. Oscar, Graco y Anderson en medio de la escena, sin saber qué hacer o lo que estaba pasando.

Salas se limpió el escupitajo de la frente y trató de apartar a Marta. Ella le golpeó en el brazo y Bianca reaccionó igual, alejándolo.

—Nunca más le pondrás la mano encima, ¿entiendes… pervertido? —dijo Bianca gruñendo como un animal rabioso.

Salas retrocedió. Sus ojos miraron a todos a su alrededor.

«Como un animal enjaulado», pensó Jamilen.

—Dejen la tontería —dijo Salas, furioso—. Denme a mi hija.

—¡Pervertido! —dijo Bianca—. ¡Sucio!

—¡Pedófilo! —dijo Marta, tapando a Raquel—. Nunca más.

—¡Coge niñitas! —dijo la suave e infantil voz de Tomás, con una rabia que su madre nunca había escuchado—. ¿Tienes que buscar niñitas porque no puedes con las de tu edad?

Salas trató de llegar a Raquel. Marta y Bianca se le lanzaron encima, pero él las tiró al piso. Cuando llegó junto a Raquel, la niña de los cabellos dorados abrió la boca y le mordió los dedos con fuerza. Salas retiró la mano, tapándose la cortada. Su sangre se deslizaba y caía al piso, convirtiéndose en pequeñas gotas de arena roja.

—¡No me volverás a poner la mano encima! —dijo Raquel con desdén—. ¡Nunca más!

Salas se lanzó hacia su hija, pero Angelo lo empujó. Graco y Anderson corrieron hacia su lado y lo frenaron, tomándolo por los brazos.

—Aquí no, jefe —dijo Graco—. La prensa.

Las cámaras fotográficas no habían dejado de sonar. Las filmadoras, de captar cada movimiento.

—¡A los autos! —gritó Salas—. Voy con los niños.

—No lo creo —dijo Angelo, interponiéndose—. Considerando lo que acabamos de escuchar, creo más prudente que usted vaya con el sargento Lee, Graco y Anderson y dos más de los agentes. Los otros irán en el vehículo con los niños. Yo me llevaré a Osorio con Oscar.

Salas parecía dispuesto a discutir, pero Graco lo empujó rumbo a uno de los vehículos.

—Tú —dijo Angelo señalando a uno de los agentes— te quedarás vigilando el hangar. Es una escena de crimen bajo investigación. Llama a todos los que tengan que venir y hazte cargo.

Le hizo señas a Oscar para que llevara a Osorio a uno de los vehículos, mientras se aseguraba que sus instrucciones se cumplieran. Cuando los niños estuvieron seguros en uno de los autos, Angelo se dio la vuelta y le dijo a Jamilen:

—Vienes conmigo.

—Mi lugar debería ser con los niños.

—Tendrás todo el tiempo que quieras con ellos, pero tenemos lo que demora el viaje de vuelta a la ciudad para averiguar qué fue todo ese asunto del disco y las acusaciones de los niños. Temo que caímos en un nido de víboras y acaban de despertar.

Caminando hacia el Cruiser, donde los esperaba Oscar, terminó diciendo:

—Necesito tu ayuda para resolver este misterio antes de llegar y la única persona con todas las respuestas es él.

Con el dedo señaló a un apacible Marcel Osorio que miraba por la ventana del auto el viejo hangar.

Capítulo 25

El polvo levantado por el auto era una estela chocolate en el fresco aire del atardecer. Eran seguidos por todos los periodistas que se habían quedado hasta el final. Salas y los niños debían de ir unos veinte minutos por delante.

En el interior del Cruiser iban Angelo y Jamilen en el asiento delantero. En el trasero, Oscar con un sereno Osorio que no quitaba la vista del exterior.

Jamilen se tomó su tiempo en ordenar sus ideas. Tenía una cierta impresión de lo que había pasado, pero necesitaba la ayuda de Osorio para llenar los espacios en blanco. Se dio la vuelta en su asiento y miró hacia atrás.

—Usted planeó todo.

Osorio separó la mirada del color rojo brillante que comenzaba a difuminarse por el cielo del atardecer. Inclinó la cabeza y levantó la ceja.

—Casi todo —reconoció—. Algunas cosas se salieron del plan, pero creo que pude resolverlas. Al final, todo lo que importa son los niños.

Oscar resopló a su lado y miró hacia afuera.

—Claro. Le importan tanto que no tuvo inconveniente en asesinar a un niño pequeño.

—Disculpe, detective Ibáñez —dijo con seriedad—, pero yo no he matado a una sola persona en toda mi vida.

—Ah, ya veo. Ahora me va a decir que José Muñoz se suicidó.

—José… no, no voy a decir eso. José fue asesinado, tan solo que no por mí.

—¿Quién mató a José? —preguntó Angelo.

Jamilen creía saber la respuesta.

—Fue su mamá, por supuesto. La maldita bruja.

—¿Su mamá?

—Le pegaba por cualquier tontería. José me confesó que no pasaba un día sin recibir, por lo menos, dos golpizas. Decidió huir de casa, pero lo planeó muy tarde. La noche antes de escapar le ocurrió algo que nunca le había pasado. Se orinó en la cama. Cuando lo despertó su mamá y vio lo ocurrido tomó un palo de escoba… de esos de aluminio… y empezaron los golpes. Para cuando el cansancio pudo más que la rabia, José ya era un cadáver, solo que no lo sabía. Leí el reporte de la autopsia. Una hemorragia intracerebral. ¿Saben la fuerza que se tiene que poner en un golpe para provocar un sangrado de ese tipo?

—Espere un momento —dijo Angelo, reduciendo la velocidad al mínimo permitido. Los carros de la prensa seguían detrás—. ¿Cómo que leyó el reporte?

Osorio se rio como un niño atrapado en una travesura.

—Su seguridad informática es fatal. Puedo entrar y leer todos sus documentos con una laptop y las manos atadas.

—¿Cómo ahora? —dijo Oscar señalando sus esposas.

Osorio las miró y las hizo sonar con un suave movimiento de las muñecas.

—Consígame la computadora y luego hablamos. Deberían contratarme.

—Ya estamos escribiendo el contrato —dijo Oscar.

—Eso no importa —dijo Jamilen, desviando el tema de nuevo a lo importante—. ¿Cómo sabe que fue la mamá? Pudo ser alguien más.

—No, fue la mamá. Lo malo con ese tipo de hemorragias es que la persona no muere en el acto. Demora, según el grado de pérdida sanguínea y la velocidad. En el caso de José fue muy lento. Lo suficiente como para permitirle ponerse la ropa y salir de su casa con

la mochila al hombro. Yo lo estaba esperando ese día para llevármelo y lo vi salir de la casa. Me sorprendió ver que no tomaba la misma ruta de siempre para la escuela y más aún cuando lo vi detenerse en una parada de buses.

Osorio regresó la mirada hacia el exterior. La ventana estaba cerrada, pero el movimiento de las plantas señalaba un fuerte viento.

—Fue irreal. Se desplomó. Me bajé listo para atraparlo, pensando que era un truco y que de alguna forma me habían descubierto, pero era algo grave. De eso me di cuenta apenas le di la vuelta. Lo metí en mi auto y conduje hacia el hospital más cercano, pero murió en el camino.

Su voz era un suspiro al terminar el relato:

—Antes de morir me confesó lo que era para él su diario vivir. Me pidió que le dijera a su mamá que la perdonaba por los golpes. Que sabía que era porque su papá no estaba, pero que no se preocupara. Que iba a reunirse con él. Luego de eso murió.

Osorio bajó la cabeza y pateó el respaldar del asiento del conductor.

—¡Hey! No hagas eso —gritó Angelo. Oscar había sacado su revólver, pero el prisionero estaba calmado. Las lágrimas se deslizaban desde sus ojos.

—José Muñoz nunca culpó a su madre. La perdonó a pesar de las golpizas, las hambrunas y el abandono.

Angelo miró a Jamilen. Ella ya lo había dicho y venía este curioso personaje a confirmar sus palabras.

Qué pequeño era el mundo.

—¿Por qué lo dejó a orillas del río? Si lo hubiera escondido o enterrado no estaríamos teniendo esta conversación.

—Lo hizo a propósito —dijo Jamilen—. Quería que lo atrapáramos, con sus propias condiciones, por supuesto, y necesitaba que la prensa supiera de los secuestros. ¿Estoy en lo cierto?

—Por muy bien que se diseñe un plan, siempre hay un elemento no considerado que lo puede echar todo a perder. En el mío era usted, licenciada Lasso. No me equivoqué. Es tan inteligente como la imaginaba.

—Ok, me siento como Anderson —dijo Oscar pasándose la mano por la nuca.

—Tenía planeado cómo atraer la atención de los medios en el momento indicado. Cuando me di cuenta de que José estaba muerto, pasé toda la noche desesperado. Pensando. Si me hubiera apurado un día, él estaría vivo. Después de las tres de la mañana supe que, quizás, podía usar su muerte. Un asesino de niños llama mucho más la atención que un simple secuestrador. Es la realidad de nuestro mundo.

—Un asesino de niños lo pasa mucho peor en la cárcel —le dijo Oscar— que un simple secuestrador. Debió pensar eso también.

—Oh, lo hice.

—¿Qué hay en los discos? —preguntó Jamilen.

—La verdad.

—¿Y qué es la verdad? —preguntó Jamilen.

—¡Vamos! Sonamos como película… *Whatis the Matrix?* —dijo Oscar imitando en una voz grave la emblemática línea.

—No se burle, detective Ibáñez. Me tomó mucho tiempo preparar todo. Esos discos son mi regalo final para muchos niños y, en cierta forma, para ellos —dijo señalando los autos que los seguían.

—Digo, la escenita al final fue muy llamativa. Hacer que los niños atacaran a Salas y lo insultaran fue un toque en particular divertido, pero dudo bastante que pase de allí.

—No era una actuación —intervino Jamilen con seriedad.

—¿Cómo que no era una actuación? —dudó Oscar, mirando a Osorio y luego a Jamilen—. Esos niños llamaron a Salas «pedófilo» y «pervertido».

—Porque lo es —dijo Osorio.

—¿Y tenemos que creerte?

—A mí no. A Raquel.

—¿Raquel? —se asombró Angelo—. ¿Raquel lo dijo?

—Claro. Era parte del proceso.

—Infierno… Purgatorio… Paraíso —dijo Jamilen enumerando con los dedos.

Osorio asintió.

—¿Quieren hablar en español, por favor? —se quejó Angelo.

—Cuando un niño sufre abusos —dijo Osorio, con aire magisterial— llega el momento en que toda su vida es un proceso de sobrevivencia. Hace las cosas, no porque esté de acuerdo o porque quiera. Las hace porque es la única forma de sobrevivir. Si hacer algo garantiza no recibir golpes o evita un daño mayor, el niño lo hará. La única forma de romper ese ciclo es alejar al abusador del niño y mucha terapia después.

—Ahora usted es un experto —dijo Oscar, torciendo los labios.

—Sufrí abusos mi padre durante más de cinco años. Risica y sexualmente, mientras mi madre, a escasos metros de distancia, rezaba por nuestras almas. Tuve que vivir en carne propia y en la de mi pobre hermana lo que solo esos niños saben. ¿Quiere saber la verdad? Sí, soy un maldito experto.

Oscar cerró la boca y miró hacia el exterior. Quería odiar a Osorio, pero estaba perdiendo lugares de donde agarrarse.

—Usted consiguió acceso a *Mi Jardincito* con sus propias fotos —dijo Angelo—. Las suyas y… ¿las de su hermana?

—Sí —dijo Osorio y una sonrisa apareció recordando a la que fue su adoración—. Anabel. Mi hermana menor.

—¿Qué le pasó? —preguntó Jamilen.

Apretó las manos, como si estuviera elevando una plegaria. Cuando logró reponerse, con una voz apagada, dijo:

—Al cumplir los once años nos dimos cuenta de que estaba embarazada. Nunca supimos de quién, pero solo había dos hombres en la casa. Las opciones eran obvias.

—¿Usted y su hermana? ¿No podía…? —preguntó Oscar, pero la mirada de Osorio le quitó la palabra.

—¿No recuerda lo que le dije? Cuando uno es víctima de abusos hará lo que sea por sobrevivir. Quedarse callado, no molestar, cumplir órdenes. Mi padre era muy especial a la hora de dar órdenes. Le gustaba vernos. A mí y a mi hermana.

—Dios santo —murmuró Jamilen.

—Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Eso es cuento.

Tuve que ver cómo mi hermana, que adoraba estar con su hermano mayor, empezaba a alejarse. A verme como una amenaza más. En cierta forma no la culpo. Yo era su hermano mayor y debía protegerla. No lo hice.

Osorio se quedó callado, tratando de borrar los recuerdos que la confesión traía a flote, pero luego prosiguió.

—En fin, un día me fui de retiro comunitario y Anabel se quedó en casa. Decía sentirse mal. A media semana me fue a buscar la policía y me pidieron que los acompañara. En presencia de la directora me informaron del incendio que devastó mi casa. Mi madre y mi padre murieron en el fuego y Anabel terminó con quemaduras severas en todo el cuerpo, tanto internas como externas. Demoró seis días en morir, pero fue suficiente. A punta de señas y lectura de labios logré averiguar la verdad.

Miró a Jamilen, como si ella pudiera comprender la magnitud del hecho.

—Anabel fue a decirle a nuestra madre que estaba embarazada. Ella montó en cólera y cuando demandó saber quién era el padre, Anabel se molestó y se defendió. Le confesó todo, como si ella de verdad no lo supiera. ¿Sabe cuál fue la reacción de mi madre? Decirle que todo era culpa suya por tentar a un buen hombre y que debían sacar el demonio que tenía dentro.

Giró sus manos y estudió las palmas.

—Mi madre decidió purificar a mi hermana al estilo del Antiguo Testamento. La golpeó para subyugarla y la amarró a su cama, la roció de gasolina y le prendió fuego.

El sonido del viento golpeando las ventanas era el único acompañante de las palabras de Osorio.

—Mi madre no era muy inteligente y no tenía los circuitos bien puestos. Dejó el envase de gasolina muy cerca de la cama y cuando entró mi padre y vio lo que pasaba trató de actuar. En la pelea empujaron el envase directo hacia las llamas. Se imaginan lo que pasó después.

—Lo siento —dijo Jamilen.

—Fue hace mucho tiempo, pero aún me duele. Anabel me pidió

que la perdonara antes de morir por todo lo que había hecho y me pidió un favor.

—¿Un favor?

—Sí. Que dedicara mi vida a asegurarme que lo ocurrido con nosotros no volviera a pasar. Yo se lo prometí, por supuesto. Mi hermana murió dos horas después con una sonrisa en los labios.

—¿Y su forma de cumplir la promesa fue secuestrar niños?

—No. Cumplí mi promesa diseñando y creando la página de *Mi Jardincito*.

Angelo volteó tan rápido la cabeza que Jamilen pensó que estaba viendo una escena de *El exorcista*. El carro perdió el control y se fue hacia la mitad del carril. En ese momento un camión de cervezas venía en sentido contrario.

Jamilen logró detener el grito en su garganta. Por fortuna, Angelo giró el timón con fuerza y regresó a su paño. El camión estremeció el vehículo al pasar a su lado como una sombra de colores.

—No vuelvas a hacer eso —dijo Oscar desde el asiento trasero —. Mi trabajo es preocuparme e insultar. El tuyo, conducir. Quiero llegar sano y salvo a casa para emborracharme y tú tienes que alimentar a tu hámster.

—¿En serio? —dijo Osorio mirando hacia el asiento del conductor—. ¿Un hámster?

—Sí. Un hámster y no quiero que sus labios ni siquiera hagan referencia a él. En lo que a mí se refiere, usted no vale su peso en lama. Venir a crear esa basura de página en recuerdo de su hermana violada me parece un insulto.

—Y poner sus fotos para deleite de una partida de pervertidos, aún peor —completó Ibáñez, soltando el agarradero en la parte alta del techo.

—Anabel hubiera estado de acuerdo con el sacrificio. Si eso podía salvar a un solo niño, la humillación habría valido la pena. Yo salvé cuatro y, me atrevería a decir, muchos más por efecto multiplicador.

—¿Cómo puede pensar que está ayudando a los niños? —le

preguntó Jamilen—. ¿Usted pensó cuando su padre abusaba de usted que él lo estaba ayudando?

—¡Claro que no! El miserable bastardo, que espero se esté pudriendo en el más profundo de los círculos del infierno, satisfacía sus propios deseos. Siempre.

—Entonces, me lo va a tener que explicar. ¿Cómo poner fotos pornográficas de niños inocentes es una ayuda a la causa?

—Nunca puse fotos de otros niños. Las únicas fotos que puse en *Mi Jardincito* fueron las mías, tomadas por mi padre, y las de Anabel. Mismo fotógrafo. Cuando cumplí la mayoría de edad y me dejaron tener acceso a las cosas de mi padre, encontré las fotos escondidas en un viejo libro. Pensé prenderles fuego y olvidar que esos días habían pasado, pero el ver a Anabel en esas fotos me hizo recordar la promesa que le hice.

Angelo redujo la velocidad al entrar en un área poblada. Un niño de la edad de José pasó por delante del auto vendiendo manjar blanco. A través del vidrio miró hacia el interior, pero los vidrios ahumados lo desanimaron y siguió su camino en busca de otros clientes.

—Si pudiera evitar eso lo haría —suspiró Osorio. Al volver a acelerar el auto siguió con su historia—. En fin, decidí ese día dedicarme a estudiar Informática y todo lo que tenía que ver con computadoras. Tenía una idea y guardé las fotos hasta el momento indicado. Cuando conseguí los conocimientos suficientes, diseñé la página de *Mi Jardincito*, con todas las medidas de seguridad que se me ocurrieron. Les da tranquilidad a los usuarios de ese tipo de material.

—Entiendo —dijo Jamilen mirando a Angelo—. Las fotos de él y su hermana le daban legitimidad al sitio. Tenerlas era un delito. Ponerlas y darles para acceso, un delito mayor.

—Correcto. Las personas que buscan fotos como esas son muy cautelosas. La única forma de atraerlos era con la carnada apropiada. Decidí que Anabel y yo seríamos voluntarios para la tarea. Con el tiempo, más personas se fueron anexando y el banco de fotos aumentó, lo que atraía a más clientes. Diseñé el lugar para que fuera

una especie de santuario. Un lugar donde ellos se sintieran bienvenidos y pudieran compartir con personas con sus mismos intereses y deseos. Su lugar feliz.

—¿Un lugar feliz para pedófilos? —dijo Angelo con aspereza—. Si así piensa que le hace justicia a los niños, está loco.

—Vamos, detective —dijo Osorio—. Si usted quiere atrapar un animal salvaje, ¿dónde pone la trampa? ¿En medio de la carretera o entre los matorrales?

—¿Una trampa? —preguntó Jamilen, quien empezaba a entender la magnitud de lo que oía.

—Claro. *Mi Jardincito* es y siempre fue eso. Una trampa. La abrí con mis fotos y las de Anabel y la promocioné por los oscuros pasadizos de la pornografía digital. El único requisito para entrar era pagar el boleto de admisión y colocar una serie de fotos en el sitio. Con un solo pago era suficiente y luego toda la base de datos era suya. En el foro podían conversar y compartir sus temores e ideas. Los sitios en sus países que eran buenos para cazar niños y los lugares que debían evitar.

—¿Y eso en qué ayuda a los niños?

Osorio solo sonrió.

—Ah, ya veo —dijo Oscar y, a pesar de todo, sonrió también.

—Exacto. Verán, el sitio era seguro, tanto como yo quería que fuera. Nadie del exterior podía penetrarlo ni infiltrarlo y ellos lo sabían. Lo que no sabían era que una de las flores del jardín era una trampa disfrazada. Mi flor. Cuando entraban en el enlace que llevaba a mis fotos, un pequeño virus se instalaba en su computadora.

Cada vez que visitaban el sitio, el virus ubicaba el fragmento de un programa de mi creación en el disco duro. Después de seis visitas la trampa estaba armada y era cuestión de esperar. La siguiente vez que prendían la computadora, el programa se autoensamblaba y luego de eso tenía acceso a todo lo que hacían.

—¿A todo? —preguntó Jamilen.

—Oh, sí. Páginas que visitaban, documentos que escribían, números de tarjetas de crédito y en qué las usaban. Las fotos que

bajaban de *Mi Jardincito*, con la hora y fecha. Cada paquete de fotos estaba numerado con un código que parecía al azar. Sin embargo, con algo de trabajo, era fácil determinar que en realidad indicaba el país de origen de la foto. No parece gran cosa, pero pensé que sería de utilidad al momento de iniciar la investigación. Me imagino que sus amigos de informática descifraron el código, ¿cierto?

Jamilen y Angelo asintieron. Era extraño estar hablando de esa forma con un sospechoso que, hasta hacía unas horas, era la manifestación de sus peores pesadillas.

—Cuando llegaron a mi casa y encontraron la hoja bajo el escritorio con las indicaciones de cómo entrar, ese era yo dándoles la llave. El código en las fotos era la carretera para hallar las fotos de los niños en Panamá y sus abusadores, por supuesto.

—Dante666 era usted —dijo Angelo—. Ese fue el usuario que colocó sus fotos y las de su hermana.

—Me pareció apropiado. Mi madre era, no creo que haya otra palabra para describirla, psicótica en extremo. Todo en nuestra casa giraba en torno a la religión. ¿Sabe con qué nos acostaba a dormir? Nos leía el Apocalipsis, para que nunca olvidáramos las consecuencias del pecado. Cuando muchos años después de su muerte leí *La Divina Comedia*, no pude evitar pensar en mi madre. Hubiera adorado ese libro. Así que pueden decir que mi nombre de usuario es en honor a ella.

—El otro era Rasputín 15… creo… y Magnus999.

—Rasputín15 —dijo Osorio— es el padrastro de Tomás Solano.

Se cree de ascendencia rusa, pero él tiene de ruso lo que yo tengo de alienígena.

—¿El padrastro? —suspiró, resignada, Jamilen—. Allí me equivoqué. Nunca lo vi como un abusador sexual.

—Oh, no. El abuso de Tomás siempre fue físico.

—¿Y las fotos?

—Esas fotos fueron tomadas por el padrastro, pero fueron un montaje. Las de actos sexuales solo lo parecen, pero no lo son. Después que las tomó le dijo a Tomás que, si alguna vez decía algo, les mandaría las fotos a su mamá y ella nunca más le hablaría. Como

fue solo esa vez, nunca dijo nada.

—¿Por qué hacerlo entonces?

—Para tener acceso a *Mi Jardincito*. Al señor Paz, el padrastro de Tomás, le gustan las niñas de seis a ocho años. Quería entrar en el sitio, pero necesitaba una serie de fotos para entrar y tenía un niño a su alcance.

—Demonios —fue todo lo que pudo decir Angelo.

—Y que lo diga. La historia la supe después, hablando con Tomás. Tuve que regresar al sitio del secuestro y cambiar el disco. El primero que puse era similar al de Bianca y Marta. No me gusta equivocarme, pero era algo que tenía que hacer. En cuanto al otro usuario, Magnus999 es un profesor de ambas, en el Santa Rita.

—¿El profesor Arango? —adivinó Jamilen.

—Esa la acertó —dijo Osorio, sorprendido—. ¿Cómo lo supo?

—Es una larga historia. Tal vez algún día se la cuente, si me termina de convencer de que todo esto era una buena idea.

—Oh, eso es fácil. Puede que no esté de acuerdo con mis métodos del todo, pero fue por los niños. Jamás dude de eso.

—¿José Muñoz? —preguntó Angelo.

—José nunca fue parte de *Mi Jardincito*. A él lo descubrí gracias al salón de belleza en frente de mi trabajo. Lo vi durante semanas sentado en una silla leyendo revistas y doblándose del hambre, mientras su madrecita se pintaba las uñas. En una ocasión salió del local y empezó a deambular por el centro comercial. Lo invité a pasar y cuando podía se le escapaba a la mamá y usaba los juegos de video que tenía instalados en una computadora. No siempre podía escaparse. Su mamá no podía ni dejarlo huir en paz.

—¿Y MycroftH10? —preguntó Oscar en voz baja, casi temeroso de la respuesta—. ¿De verdad era Erick Salas?

—No. Ese usuario lo usaban ambos. Erick y Alejandro Salas.

—¿Cómo?

—Recuerden el virus que quedaba instalado en su computadora. Le dediqué mucho tiempo a esos dos. Ambos usaban la computadora con el mismo nombre de usuario, pero lo hacían en momentos diferentes. Se veía la diferencia entre los comentarios del

Mycroft de la mañana y el que aparecía en las noches. Luego hice un reconocimiento y confirmé mis sospechas. El usuario MycroftH10 estuvo activo en varias ocasiones cuando Salas estaba solo en su casa y su hermano en un gimnasio cercano. No tengo dudas de la culpabilidad de ambos. Además, Raquel me lo confirmó después.

—¿Raquel se lo confirmó? —preguntó Angelo, abatido.

—Sí. Esos dos son de lo peor que me encontré en ese jardín, y créanme, tuve pesadillas gracias a ese sitio. ¿Saben lo que hicieron? Como la mamá de Raquel murió en el parto, ellos la criaron. ¿Sabían eso?

Todos movieron la cabeza. Las llantas generaban un suave y constante ruido al deslizarse sobre el asfalto.

—Bueno. Decidieron, cuando cumplió los cuatro años, explicarle que estaba bien andar sin ropa por la casa. Le explicaron que los niños obedecen todas las órdenes de los mayores y que los genitales no son algo malo. Que había muchos puritanos que pensaban mal, pero que ellos no eran así. Que la querían mucho y lo hacían por su bien.

—No quiero seguir escuchando —dijo Oscar, volteando la mirada hacia la ventana.

—Tal vez no quiera, pero es la verdad. Esos dos abusaron de ella y la convencieron desde pequeña de que era lo normal. Lo esperado.

La violaron, la traicionaron y lo más terrible era que ella ni siquiera lo sabía.

—Por eso los mandó al noveno círculo —comentó Jamilen.

—Sí. Decidí hacer el papel de Minos y ese es el lugar que se merecen.

—Bueno, si es verdad y hay justicia, quizás uno ya está allí —comentó Jamilen. Angelo la miró de reojo, advirtiéndole en silencio no seguir. Osorio seguía siendo un prisionero.

—¿Uno ya está? El detective Salas no está muerto, así que… ¿Erick?

Angelo no respondió, pero luego recapacitó. Quizás dándose cuenta de que no perdía nada confirmando un hecho que saldría a la

luz pública muy pronto.

—Sí. Erick se suicidó.

—Se equivocan. Eso no pasaría ni en un millón de años.

—Bueno, a veces el mundo no es lo que uno espera —dijo Oscar— y encontramos el cadáver de Erick colgando de una soga.

—Eso no lo discuto. Lo que no creo es que fuera un suicidio.

Oscar giró en su asiento y clavó sus ojos en el cautivo que, con toda tranquilidad, sugería más problemas.

—Espero que no esté insinuando lo que creo que está insinuando.

—Lamento decirle que sí. Leí los comentarios de los dos MycroftH10, ¿recuerda? El Mycroft de la mañana, ese sería Erick, era prepotente. Seguro de sí mismo. Creía tener el mundo agarrado por las bolas. El Mycroft de la tarde, su detective, ese era más calmado. Más precavido. Erick no me parece el tipo que se suicidaría ante un problema. Una balacera al atardecer contra los miembros de la policía, eso sería más probable.

—Esto ya entra en las marismas de la dimensión desconocida —dijo Jamilen—. ¿Está sugiriendo que Salas, el detective Salas, mató a su hermano?

—¿Le extrañaría? Olviden todos sus prejuicios en mi contra y asuman que cada palabra que les digo es la pura verdad. ¿Creen que una persona como el detective Salas no mataría a su propio hermano para salvar el pellejo?

—Simular un suicidio —dijo Jamilen—. ¿Por qué?

—Porque encontraron mi computadora. Me imagino su cara cuando vio que podían entrar en la página de *Mi Jardincito*. Sabía que las fotos de Raquel estaban allí y eso llevaría a una investigación. No podía confiar en que su hermano mantuviera la boca cerrada. Como les dije, su personalidad era demasiado extrovertida. Un chivo expiatorio era justo lo que necesitaba. Un «suicidio» resolvía todos sus problemas. Es hasta lógico, si no tienes moral ni corazón.

El rostro de Angelo se endureció. Jamilen quería tomarle la mano y darle alguna forma de apoyo, pero ese no era el momento. Angelo iba a tener que lidiar con una acusación de abuso sexual

infantil y una sospecha de asesinato dirigida hacia un colega y miembro de la Fuerza Conjunta.

—No lo creo —dijo Oscar mirando por la ventana—. Además, me parece imposible que Raquel no dijera nada. Que no supiera que algo raro estaba pasando…

—Pensaron en eso. Le explicaron que nunca debía tocar ese tema con nadie, porque si lo hacía podía generar malas interpretaciones y su familia terminaría en prisión y ella en un orfanato. Tenía tanto miedo de perderlos que se mantuvo callada por mucho tiempo. Ellos contaban con que nadie se apresuraría a decirle que era normal o no en términos de sexualidad y pasaron años antes de que empezara a sospechar.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie. Cometieron el error de comprarle una computadora y ella se enteró por sí sola. Cuando despertó en el infierno, ella me confesó que sabía que estaba haciendo algo malo, pero que no sabía qué. Esos dos abusaban de esa dulce niña y la hicieron crecer creyendo una sarta de mentiras que ahora tiene que enderezar de alguna forma si quiere tener una vida normal. No la envidio, licenciada Lasso, si le toca el caso de Raquel.

—Necesito que me aclare una cosa —dijo Jamilen, evitando entrar en el tema—. ¿A qué se refería con «cuando despertó en el infierno»?

—Ah, eso. El hangar, la parte de afuera, era el infierno. Era donde llevaba a los niños una vez lograba separarlos de sus victimarios. El problema es que eran niños que sufrían abusos y, como les dije, están en modo de alerta. Su terror era demasiado poderoso. Se me ocurrió crear un ambiente aún más terrorífico, que superara sus peores temores con respecto a las personas que los golpeaban o violaban. Mi infierno buscaba eso. Hacerlos entrar en modo de sobrevivencia para que no rechazaran lo que les decía. Bajo esa premisa, escucharon todo lo que les dije y, sin darse cuenta, fueron captando que yo quería ayudarlos.

—¿Un Síndrome de Estocolmo inducido? —preguntó Jamilen, entre sorprendida y molesta. No podía negar que podía funcionar.

Las terapias de choque eran una forma aceptada, aunque controversial, de manejo en casos difíciles. Sin embargo, someter a niños inocentes al terror de un infierno creado le pareció extremo.

—Esa era la idea.

—Esa frase la he escuchado antes —dijo Oscar.

—Es un síndrome que se presenta en ciertos cautivos durante un secuestro. Desarrollan empatía por sus secuestradores, al punto que los defienden al ser liberados. Confunden una falta de abuso por bondad.

—Exacto. Yo hice algo parecido. Aproveché el hecho de que, por los abusos, serían más susceptibles a escuchar y obedecer buscando sobrevivir. Los sometí a la posibilidad de un destino peor al cual ya vivían para romper cualquier control que sus depredadores todavía pudieran tener en ellos, pero en lugar de abuso les di consejos y apoyo emocional. Un apoyo que solo alguien que pasó por lo mismo que ellos comprendería. En algunos casos me tomó meses, como con Marta, pero otros fueron más fáciles. Bianca me tomó unas semanas, pero tuve la ayuda de su amiga.

—El fantasma —dijo Jamilen—. Otro misterio resuelto.

—¿El fantasma? —preguntó Osorio—. Ahora yo soy el confundido.

—Ya era hora —comentó Angelo, el sarcasmo en sus palabras aliviando un poco la ansiedad del momento.

—Bianca le dejó un mensaje a un amigo. En el mismo le decía que tenía que ir a reunirse con un fantasma. Marta. Su amiga desaparecida.

—Puede ser —dijo Osorio—. Marta la llamó para hacerla ir a un sitio aislado, donde yo la esperaba. Cuando despertó, estaba en el infierno y ninguna señal de Marta. Eso la asustó más de lo que esperaba, pero fue necesario.

—El fin no siempre justifica los medios —dijo Jamilen.

—Es cierto, pero cómo ayuda.

Manejaron en silencio durante un par de kilómetros, cada uno procesando la información recibida a su propia manera. Cuando iban llegando a la altura de la autopista que los llevaría a Panamá,

con 30 minutos o más de viaje por delante, Oscar decidió ser el primero en tomar la palabra.

—Vale. A ver si entendí —dijo regresando su atención hacia Osorio—. Usted diseñó la página de *Mi Jardincito* para atraer pedófilos de todo el mundo, con el propósito de tenderles una trampa.

—Sí.

—Aprovechaba la página para localizar niños en Panamá que fueran víctimas de abuso. Los ubicaba, planeaba sus secuestros para alejarlos de sus abusadores y darles una forma bastante sádica, en mi opinión, de terapia de grupo.

—Sí —dijo torciendo los ojos—. Sé que voy a ser criticado por eso, pero funcionó.

—Sí, sí, sí —como si el comentario fuera trivial—. Déjelo para su abogado. Ahora, el hangar era su centro de terapia. Un infierno fabricado para someter a los niños y, no puedo creer lo que voy a decir, ayudarlos.

—Sí. No tenga miedo de decirlo. Nunca los maltraté. Les daba el susto inicial. La inmovilidad es de por sí suficiente terror. La impotencia es el peor castigo. Cuando recuperaban el control de su cuerpo eran más dóciles y más propensos a escuchar. Allí iniciaba la terapia y la promesa final era que, cuando lograran aceptar que eran víctimas de un abusador, irían al cielo.

—Ese es el jardín donde encontramos a los niños —dijo Jamilen.

—Exacto.

—Bien, entonces, la oficina con la mesa era el purgatorio.

—Sí. Era el siguiente paso en el proceso. Como un gesto simbólico de sus vidas pasadas hacían con sus propias manos un muñeco de barro a su imagen y semejanza y lo dejaban en la cama de hospital dentro del infierno. Yo los ayudaba con la cara. Ellos hacían el resto.

—Una cama de hospital. Como en la que su hermana vivió antes de morir —sugirió Jamilen.

Osorio asintió.

—Luego de eso, pasaban al purgatorio y allí confesaban. Contaban cada abuso pasado a manos de sus familiares y maestros. Cada vejación y humillación vivida. Se lo sacaban todo del sistema y yo les reforzaba que nunca fue su culpa. Ese trabajo lo finalizaban los otros niños en el cielo. Todos estaban juntos en eso y nunca tuvieron la culpa de lo ocurrido. Eso es vital para su recuperación.

—Las unidades de GPS debajo de nuestros autos fueron para saber dónde estábamos en todo momento.

—En realidad, solo me interesaba la licenciada Lasso, pero si encontraban el GPS debajo de su auto y no en los de los demás miembros de la fuerza, despertaría sospechas innecesarias.

—¿Por qué yo?

—Primero, porque no era policía. Si me chocaba por accidente con uno sería demasiada coincidencia. Segundo, porque al seguirla me di cuenta de que frecuentaba la Librería Exedra. Mi encuentro con usted debía parecer inocente, fruto de un error en mi premura por vigilarlos a todos. Necesitaba que usted me viera, recordara mis patillas y el tiquete de la tarjeta de crédito. Hasta los libros que dejé caer. Los elegí porque estaba seguro que nadie más compraría los dos el mismo día y sus títulos, para una lectora, serían fáciles de recordar. Conocer el área me sirvió para poder programar la escena de antemano.

—Para cuando viéramos el video del secuestro de Raquel —dijo Angelo recordando el mensaje de Rafael que logró escuchar al terminar la redada—. Un video que usted sabía se estaba filmando. Sabía que Jamilen lo reconocería y de allí, la identificación a solo un paso. Nos usó para sus propósitos.

—Lo siento.

—Se confió mucho en mi memoria. Pude no haber recordado nada del hecho.

—Es cierto. Hasta los mejores planes se apoyan, en algún momento, en la divina Providencia. Sin embargo, si eso hubiera ocurrido, siempre podía recurrir a una llamada anónima. ¿Cómo cree que conseguí que la prensa estuviera presente hoy en el hangar?

—¿Ese circo fue culpa suya? —preguntó Oscar.

—Claro. Necesitaba que el arresto fuera filmado para que todos vieran la reacción de los niños y con los medios de comunicación presentes me aseguraba que por lo menos uno de los discos escapara de la escena. Eso era vital. Cuando me enteré que irrumpieron en mi casa, supe que no faltaba mucho así que he estado pendiente de todas sus formas de comunicación electrónica desde entonces. Además, tengo acceso a las computadoras del Departamento de Informática.

—¿Cómo puede tener…? —inició diciendo Jamilen, pero recordó la historia de Osorio y captó la explicación—. Al ver las fotos de *Mi Jardincito* instalaron el virus en sus computadoras.

—Exacto. Me ayudó mucho. Apenas supe que venían al hangar llamé a los medios de comunicación y me senté en el purgatorio a esperar. Por favor, les extiende mi agradecimiento a Rafael y a Miguel Angel.

—Bien, entiendo todo eso. No importa —dijo Angelo, mirando su reloj—. Tenemos poco tiempo y quiero saber una cosa. ¿Qué había en los discos que los niños tiraron al final?

—Y, por favor —pidió Oscar—, no diga «la verdad».

—Esos discos tienen dos carpetas. Una se llama «niños» y la otra «pedófilos». En la primera carpeta están todos los videos de las confesiones. Cada niño, de forma individual, contando todo lo que les pasó. No hay opción de un trato con la justicia o promesas de «pretendo mejorar». Esas confesiones son gráficas y nadie que las escuche podrá perdonar a ninguno de los depredadores. Con eso liberamos a esos niños de sus cadenas.

—¿Y la otra carpeta?

—La carpeta titulada «pedófilos» tiene toda la información de *Mi Jardincito*.

—No me diga que puso las fotos de los niños al alcance de la prensa —comenzó a decir Oscar, pero Osorio lo cortó, molesto.

—Claro que no. No sea absurdo. Tienen la información de los usuarios de la página. Nombres, países de origen, direcciones de casa y números de teléfono, cuántas veces entraron en la página, cuántas fotos pusieron en el sitio y cuántas bajaron a sus propias

computadoras, los comentarios que hicieron en el foro, los consejos sobre cómo cazar mejor a los niños, los lugares peligrosos y los mejores predios para acechar… Todo. No más secretos.

—Eso destruirá muchas vidas —dijo Jamilen.

—Vidas que no merecen ser vividas o tener el confort que disfrutan. Abusaron de niños y disfrutaban con ello. Algunos, inclusive, fantaseaban en cómo se sentiría matarlos al final. El problema es que, cuando redes como esta caen, todo se hace en silencio. Nunca se sabe si son castigados de verdad o enviados a terapia, con un golpecito en la mano. Muchos de ellos tienen grandes fortunas a sus espaldas y el dinero es capaz de mover el mundo.

Osorio torció los labios en un gesto de pura rabia.

—Cuando murió mi padre, la policía no quiso aceptar que éramos víctimas de abuso. Según ellos, era mi palabra y él era un miembro respetado de la comunidad. Líder, grupos sociales, cosas de esas. Mi madre, una devota que pasaba visitando la iglesia. Con ese tipo de modelos, yo tenía que estar mintiendo. Cerraron las muertes como accidentales. Esta vez no. No más secretos. No más encubrimientos en beneficio del que debería estar tras las rejas. La prensa no dejará que esto desaparezca y eso es todo lo que quiero.

—¿No cree en las segundas oportunidades?

—Soy un firme creyente de las segundas oportunidades. Lo que hice fue para darles una segunda oportunidad a los niños. Los que abusaron de ellos y los visitantes de *Mi Jardincito* no se lo merecen, pero hasta a ellos les di la oportunidad. Ninguno vio las señales. Estaban demasiado obsesionados con sus fantasías para ver la señal de peligro.

—No entiendo. No vi ningún aviso en el sitio.

—Claro que lo había, solo que nadie lo vio. ¿Recuerda que les dije que mis fotos eran las que instalaban el virus?

Cuando asintieron, él siguió:

—La foto de mi hermana estaba oculta detrás de una rosa blanca. Eran sus favoritas. Me volví un especialista en botánica armando ese jardín. ¿Reconocieron la flor que ocultaban mis fotos?

—No —dijo Jamilen por todos—. Era una flor extraña. Tenía un largo tallo y era como rosada o lila.

—Sí. No es una flor típica. La planta se llama *Drosera capensis*. Es lo que diríamos una planta carnívora. Sus hojas están cubiertas de una sustancia pegajosa llamada mucílago. Los insectos se posan en ellas, quedan pegados y la hoja se curva para envolver y devorar a su presa.

—¿Una planta atrapa insectos? Adecuado. Irónico, pero adecuado.

Osorio miró a Jamilen y por primera vez se dio cuenta del cansancio en su rostro.

—Sé que iré a prisión por mucho tiempo. Sé que algunos preferirán creerle a Salas que a su hija o al profesor Arango sobre la palabra de Bianca, pero nivelé las cosas. Les di las herramientas necesarias, pero aun así no será fácil. El silencio y la indiferencia es la actitud más popular. ¿Alguna vez leyó a Sartre?

La pregunta la tomó por sorpresa, pero asintió.

—¿Leyó *Sin salida*?[4]

—No. Sé de la obra, pero no la leí.

—Consígala. Le gustará. Hay una frase de esa obra de teatro que nunca olvidaré.

Guardó silencio, viendo los árboles a los lados de la carretera pasar.

—¿Cuál es la frase?

—*El infierno son los otros*.

Jamilen cambió de postura en su asiento y se quedó mirando el camino, una cinta gris que se extendía hasta donde llegaba el horizonte. El cielo había cambiado a un azul oscuro plagado de nubes que, de alguna forma, hacía juego con el resto del paisaje.

Osorio tenía razón en ciertas cosas, pero no compartía su opinión en otras. Nunca tendría su perspectiva, pero él tampoco tenía la suya. Jamilen esperaba no saber nunca lo que era ser víctima de abuso físico o sexual, pero él no sabía lo que era perder un hijo. En su intento de ayudar a los niños, se olvidó de los que sí se preocupaban por ellos. Nancy Santamaría, los padres de Marta

Cruz, María Solano, la profesora Ramos y el profesor Caries. Todos ellos dejados en pausa, sin saber qué había ocurrido. Sin poder cerrar ese capítulo.

Tampoco compartía su opinión de que el tiempo no curaba las heridas. Algunas veces cicatrizaba mal, pero siempre cerraban si uno lo permitía.

Sus pérdidas anteriores eran un recuerdo. Nicolás, una sombra que siempre estaría allí, pero que ya no recordaba con tristeza sino con un tierno estoicismo. Lucas, un vestigio de un cercano ayer que no la abrumaba como antes.

Por delante de ella, toda una gama de posibilidades, como los senderos que se alejaban de la autopista hacia desconocidos destinos. Cada una con un final, pero el cual no podías conocer hasta después de haberte decidido a tomar el riesgo de salir de la vía principal.

Echó un vistazo hacia su izquierda. Angelo conducía concentrado en el camino, sus penetrantes ojos grises fijos en el horizonte. Un camino que podía tomar, si se atrevía. El destino, desconocido. Sin embargo, eso era lo divertido. Nunca se sabía dónde iba a parar todo.

A veces bien. A veces mal, pero esa era la vida.

Sartre tenía razón en parte, pensó cerrando los ojos. El infierno es otras personas.

También el cielo.

Palabras finales del autor

Quiero dedicar estas páginas que me quedan para aclarar algunos puntos que pienso son importantes.

El MIPPOV es una entidad ficticia creada para fines de esta obra literaria. En un mundo ideal, una institución de este tipo existiría con todo el apoyo público y privado necesario para su adecuado funcionamiento.

No existimos en un mundo ideal.

Todos los departamentos relacionados con este ministerio, por lo tanto, tampoco existen. Sus funciones las llevan a cabo otros expertos con todo el profesionalismo esperado. El autor desea elevar sus respetos a todos los involucrados en las investigaciones de niños desaparecidos. No siempre se consiguen los resultados que se buscan, pero no es por falta de esfuerzo o dedicación (o por lo menos, eso espero).

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, reales o imaginarias, es pura coincidencia.

Eso no hace esta historia menos posible. Los datos estadísticos presentados son verídicos. La vida y el arte se confunden en algún plano oscuro y frío. Esta historia, en cierta forma, es una manifestación escrita de las peores pesadillas de muchas personas, por lo que algunas veces preferimos pensar que no existen. Podemos ver a alguien comportándose de forma sospechosa, pero nunca pensamos en primer lugar que sus propósitos no son en el mejor interés de nuestros niños.

Preferimos mirar hacia otro lado antes que confrontar nuestros

monstruos sociales. Y aunque los pudiéramos detectar con tiempo, solo escaparían para acechar a otra víctima.

La historia de Westley Allan Dodd es cierta. Pueden confirmarla. Jamás fue víctima de abusos o descuidado. Creció en una familia saludable y feliz, pero al llegar a su adolescencia empezó a abusar de otros niños (empezando con sus primos) y se fue tornando más violento hasta terminar en el asesinato. Su documento «Cuando conoces a un extraño» fue escrito en prisión, mientras esperaba ser ejecutado. Dodd rehusó apelar la pena de muerte y escogió ser ahorcado, debido a que así podía sentir lo que una de sus víctimas sintió. Le dijo a la corte: «Debo ser ejecutado antes que tenga la oportunidad de escapar… si escapo, les prometo, violaré y mataré nuevamente y disfrutaré cada segundo».

Al final de estas palabras les dejo el documento (traducido). Me parece una buena idea que todos los niños que usted conozca lean este documento por lo menos una vez. La opinión de los expertos es la forma menos confiable de evidencia científica, pero considerando que nadie va a hacer un estudio al respecto, creo que debemos apoyarnos (en esta ocasión) en las palabras de alguien que conoce de primera mano la mente criminal.

Y a usted, mi querido lector, solo me queda pedirle disculpas por haberlo introducido en ese mundo, pero era necesario. Los monstruos no se van porque uno cierre los ojos. No funciona así en las películas, mucho menos en la vida real.

Si usted es padre o madre, esta noche, cuando sus pequeños retoños estén durmiendo, vaya al lado de sus camas. Arrodíllese y, luego de darles un beso en la frente, levante una plegaria a la deidad que usted tenga en lo más alto y rece porque los cuiden y protejan de todo mal.

Y cuando se levante, rece de nuevo porque su plegaria sea escuchada. Es todo lo que nos queda.

Esperar por lo mejor, pensando en lo peor.

OSVALDO REYES T.
28 de diciembre de 2011

Cuando conoces a un extraño

Westley Allan Dodd[5]

Introducción —escrita por un profesional— quién soy, qué hice, por qué escribí esto. Hay cosas que un niño puede hacer para protegerse. Nunca he abusado ni lastimado a un niño que se me resistiera. Algunas veces necesitó un simple «no». Otras veces, algo más.

¿Qué debes hacer?

A muchos niños y niñas se les dice «no tomen pastillas de extraños» o «no se suban en el carro de extraños», pero ¿qué deben hacer cuando están solos y alguien que no conocen quiere que vayan con él o quiere que se bajen los pantalones o hagan algo que ustedes saben está mal? ¿Qué hacen si no hay adultos cerca que los puedan ayudar? ¿Hacen lo que el extraño quiere y esperan que se vaya pronto? ¡NO! El extraño es más grande y fuerte que ustedes y pueden tener miedo, pero pueden hacer que huya. Algunas veces el extraño está tan asustado como ustedes. Tiene miedo que hagan algo que los pueda llevar a ser arrestados. Los dejará solos y huirá de ustedes.

¿Cómo puede un niño o niña hacer que un adulto huya cuando quieren hacerte algo malo? ¿Qué hacer?

¡Solo di no!

Tal vez les han dicho «A las drogas diles no». También pueden decirle no a alguien que quiere que se vayan con él. Pueden decirle no a la persona que les pide que se bajen los pantalones o se quiten la ropa. Hay otras personas como yo. Hacemos que te quites la ropa. Algunos te decimos que subas en nuestros autos. Podemos ser buenos contigo o podemos ser malvados. Algunas veces, algunos de nosotros vamos a querer lastimarte o aun asesinarte. Pero puedes escapar.

Un niño me dijo no. Entonces, antes de que pudiera decir o hacer algo, corrió en la otra dirección. Yo corrí también, lejos de él. No quería que nadie me viera persiguiéndolo y tenía miedo que enviara la policía detrás de mí. ¡No! Y entonces ¡corre!

Otro niño dijo no y trató de huir. Agarré su brazo y no lo dejaba ir. Finalmente se bajó los pantalones y me dejó que lo tocara, así que lo dejé ir. ¿Había algo más que pudo hacer para protegerse? ¿Qué?

Conocí a otro niño tenía seis años. Le dije «tienes que venir conmigo». Me dijo que NO y trató de huir, pero lo agarré y lo cargué para llevármelo. Sabía que no podía escapar, pero no se rindió. Empezó a gritar y chillar, «¡Que alguien me ayude! ¡Me están matando!».

Siguió gritando y chillando, pidiendo ayuda. Tuve miedo de que alguien lo oyera, así que lo dejé ir. No quería que me atraparan, pero el niño corrió y le dijo a alguien lo que había pasado. La policía me atrapó diez minutos después.

Ese niño de seis años no sabía lo que le iba a hacer. Él solo sabía que me lo trataba de llevar y que algo muy malo podía pasar. En lugar de tener miedo e ir conmigo, ¡gritó por ayuda! Es un héroe porque a pesar de tenerme miedo, gritó y chilló por ayuda cuando la necesitaba.

¡Solo di **NO**! Entonces **¡CORRE! ¡GRITA!** ¡Lo asustará! **¡PIDE AYUDA!** ¡Huye tan rápido como puedas y cuéntale a alguien lo que pasó! ¡Siempre debes decirle a alguien! ¡Sé un **HÉROE**!

OSVALDO REYES (Panamá, 1971) Estudió medicina en la Universidad de Panamá y luego se especializó en Ginecología y Obstetricia en la Maternidad María Cantera de Remón. Actualmente labora como médico especialista en la Maternidad del Hospital Santo Tomás, donde también ejerce funciones como Coordinador de Investigaciones. Es encargado de la Cátedra de Obstetricia de la Universidad de Panamá y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Es un ferviente lector y escritor del género negro. Con nueve libros (*El Efecto Maquiavelo, En los umbrales del Hades, Pena de muerte, La estaca en la cruz, Sacrificio, El canto de las gaviotas, El cactus de madera, Asesinato en Portobelo, El experimento Maquiavelo*) y dos colecciones de cuentos (*Trece gotas de sangre y Trece candidatos para un homicidio*) publicados a la fecha. Sus relatos forman partes de diferentes antologías (*Escrito en el agua, Pólvora y sangre, Homenaje a los clásicos, Revista Mordedor, Círculo de Lovecraft*). Es ganador del Primer Premio de Narrativa Corta (2017) del Panama Horror Film Fest y del concurso de microrrelatos (2019) del grupo Tierra Trivium (#crimenperfecto) de España, así como finalista del concurso de microrrelatos Guadalajara en Negro (2021).

Notas

[1] *Expediente X* en España [N. del E.] <<

[2] *El silencio de los corderos* en España [N. del E.] <<

[3] El pueblo de los malditos en España [N. del E.] <<

[4] *A puerta cerrada* en España [N. del E.] <<

[5] Dodd fue ejecutado en 5 de enero de 1993, por los asesinatos de Billy Neer, Cole Neer y Lee Iseli. <<